AUTORA SUPERVENTAS NÚMERO 1 DEL NEW YORK TIMES

SARAH J. MAAS

LA ESPADA DE LA ASESINA

La esperadísima precuela de Trono de cristal nos presenta cinco nuevas historias en las que se nos desvelan secretos del pasado de la asesina Celaena Sardothien.

Celaena Sardothien es la asesina más temida de Adarlan. Como parte del Gremio de Asesinos, ha jurado proteger a su maestro, Arobynn Hamel, pero Celaena no escucha a nadie y solo confía en su amigo Sam.

En esta precuela cargada de acción, Celaena se embarca en cinco arriesgadas misiones que la llevan a visitar islas remotas y hostiles desiertos, allí liberará a gente de la esclavitud y castigará la tiranía. Pero al actuar por cuenta propia, ¿conseguirá librarse del yugo de su maestro o sufrirá un inimaginable castigo por su traición?

Sarah J. Maas

La espada de la asesina

Trono de cristal - 0

Título original: *The Assassin's Blade*
Sarah J. Maas, 2014
Traducción: Guiomar de Manso Zúñiga

SARAH J. MAAS

LA ESPADA DE LA ASESINA

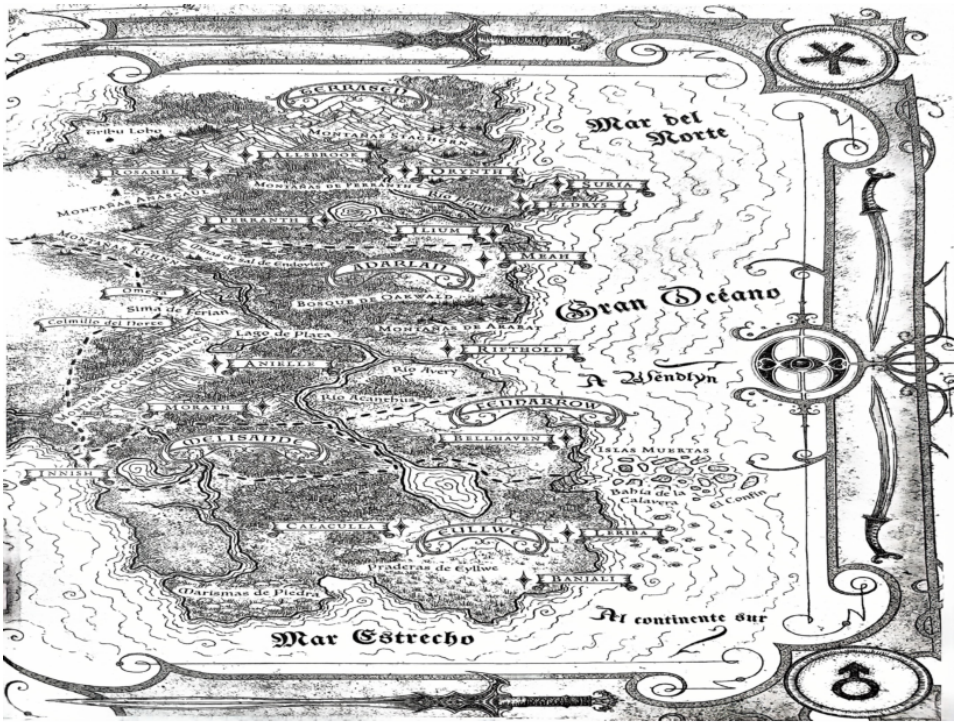
Relatos sobre TRONO DE CRISTAL

Traducción de Guiomar Manso de Zúñiga

Esta es para el fenomenal equipo de Bloomsbury en todo el mundo:
gracias por hacer realidad mis sueños.

Y para mi astuta y brillante editora, Margaret:
gracias por creer en Celaena desde la primera página.

ERILEA
PÁRAMO HELADO
Hmarorth
Ruinas
Agola
Jungla de Morla
PÁRAMO OCCIDENTAL
Briarcliff
Reino de las Brujas
Jungla de Bocdan
TIERRA DESÉRTICA
Arenas Cancarinas
Desierto Rojo
Urpa
Golfo de Oro
Oasis de Barg
Los Asesinos Silenciosos
Roll
Dunas Negras
El Sueco
Xandria
Flujos volcánicos
Arenas Negras de Roth


Mar del Norte
Gran Océano
Mar Estrecho
Al continente sur
A Wendlyn
Escarpa
Montañas Calhora
Allebrook
Rosamel
Montañas Aparicio
Montañas de Feranth
Oryenth
Suria
Feranth
Ilium
Meah
Adarlan
Omega
Sima de Ferian
Colmillo del Norte
Bosque de Carwald
Lago de Plata
Montañas de Araban
Rifthold
Anielle
Río Avery
Río Acanthus
Morath
Eyllwe
Bellhaven
Islas Muertas
Bahía de la Calavera
El Confín
Innish
Calaculia
Culluc
Peribia
Praderas de Eyllwe
Baniali
Marismas de Piedra
Tribu Lobo

LA ASESINA Y EL SEÑOR DE LOS PIRATAS

CAPÍTULO 1

Sentada en la sala del consejo de la Fortaleza de los Asesinos, Celaena Sardothien se reclinó en la silla.

—Son más de las cuatro de la madrugada —dijo mientras ajustaba los pliegues de su camisón de seda carmesí y cruzaba las piernas desnudas bajo las mesa de madera—. Más vale que esto sea importante.

—Tal vez si no te hubieses pasado toda la noche leyendo, no estarías tan cansada —le espetó el joven que estaba sentado enfrente de ella. Celaena le ignoró y estudió a las otras cuatro personas reunidas en la cámara subterránea.

Todos eran hombres mucho mayores que ella, y todos se negaban a mirarla a los ojos. Un estremecimiento que no tenía nada que ver con el frío que hacía en la habitación bajó por su columna. Hurgó en sus cuidadas uñas y adoptó una expresión de serena neutralidad. Los cinco asesinos reunidos en torno a la larga mesa, incluyéndola a ella, eran cinco de los siete colegas de mayor confianza de Arobynn Hamel.

No cabía duda de que la reunión era importante. Celaena lo sabía desde el momento en que la sirvienta había llamado a su puerta y le había insistido en que bajara sin vestirse siquiera. Cuando Arobynn te llamaba, no le hacías esperar. Por suerte, sus pijamas y camisones eran tan exquisitos como su ropa de diario; también costaban casi lo mismo. Aun así, dado que tenía dieciséis años y estaba en una habitación llena de hombres, mantuvo un ojo puesto en el escote de su camisón. Su belleza era un arma que cuidaba con esmero, pero también podía ser un punto débil.

Arobynn Hamel, el rey de los asesinos, estaba sentado a la cabecera de la mesa; su pelo castaño rojizo brillaba a la luz de la lámpara de araña. Los ojos plateados de su mentor se cruzaron con los suyos y el hombre frunció el ceño. Puede que fuese por la hora intempestiva, pero Celaena habría jurado que estaba un poco más pálido de lo habitual. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Han capturado a Gregori —dijo Arobynn al cabo de unos momentos. Bueno, eso explicaba su ausencia en aquella reunión—. Su misión era una trampa. Lo tienen encerrado en las mazmorras reales.

Celaena soltó el aire por la nariz. ¿*Esa* era la razón de que la hubieran despertado? Dio unos golpecitos impacientes en el suelo con una zapatilla.

—Entonces, mátale —dijo.

En cualquier caso, ese hombre nunca le había gustado. Cuando Celaena tenía diez años, Gregori le había lanzado una daga a la cabeza por darle a su caballo una bolsa de chucherías. La niña había atrapado la daga al vuelo, por supuesto, y desde entonces, Gregori llevaba en la mejilla la cicatriz que ella le había hecho al lanzársela de vuelta.

—¿*Matar* a Gregori? —preguntó Sam, el joven sentado a la izquierda de su mentor, un lugar que solía estar reservado para Ben, el lugarteniente de Arobynn. Celaena sabía muy bien lo que Sam Cortland pensaba de ella. Se conocían desde que eran niños, cuando Arobynn la acogió y la declaró a ella, no a Sam, su protegida y heredera. Eso no había impedido que Sam intentar minar su posición a cada rato. Y ahora, con diecisiete años, Sam seguía siendo un año mayor que ella, y seguía sin olvidar que siempre sería un segundón.

Le dio rabia ver a Sam en el puesto de Ben, que seguramente le estrangularía por ello cuando llegara. Quizás Celaena podía ahorrarle las molestias y hacerlo ella misma.

Celaena miró a Arobynn. ¿Por qué no había regañado él a Sam por sentarse en el sitio de Ben? El rostro de Arobynn, todavía apuesto a pesar de las hebras plateadas que empezaban a asomar por su pelo, permanecía impasible. Celaena odiaba esa máscara indescifrable, sobre todo cuando controlar sus propias expresiones y su temperamento seguía costándole un poquito.

—Si han atrapado a Gregori —dijo Celaena arrastrando las palabras al tiempo que echaba hacia atrás su largo pelo dorado—, el protocolo es simple: envía a un aprendiz a que eche algo a escondidas en su comida. Nada doloroso —añadió cuando vio que los hombres se ponían tensos—. Lo justo para silenciarle antes de que hable.

Cosa que Gregori muy bien podía hacer, si estaba en las mazmorras reales. La mayoría de los delincuentes que entraban allí no volvían a salir jamás. Vivos no. Ni con un aspecto reconocible.

La ubicación de la Fortaleza de los Asesinos era un secreto bien guardado, y Celaena había sido entrenada para conservarlo hasta su último aliento. Pero, aunque no lo hiciera, era poco probable que nadie se creyera que una elegante mansión en una calle muy respetable de Rifthold fuera el hogar de algunos de los mayores asesinos del mundo. ¿Qué mejor lugar para esconderse que en plena capital?

—¿Y si ya ha hablado? —rebatió Sam.

—Si Gregori ya ha hablado —contestó ella—, habrá que matar a todo el que le haya oído. —Los ojos marrones de Sam centellearon cuando ella le dedicó una sonrisilla de suficiencia que sabía que le irritaba. Celaena se volvió hacia Arobynn—. Pero no tenías por qué arrastrarnos hasta aquí para decidir esto. Ya has dado la orden, ¿verdad?

Arobynn asintió apretando los labios. Sam se tragó sus objeciones y se giró hacia la chimenea, que crepitaba junto a la mesa. El fuego proyectaba luces y sombras sobre los suaves y elegantes rasgos de la cara de Sam; una cara que, según le habían dicho a Celaena, podría haberle reportado una fortuna si el chico hubiese seguido los pasos de su madre. Pero la madre de Sam había

optado por dejarle con asesinos, y no con cortesanas, antes de morir.

Un sonido rugiente, llenó los oídos de Celaena cuando Arobynn respiró hondo, rompiendo el silencio. Algo iba mal.

—¿Qué más ha pasado? —preguntó. Se echó hacia delante en la silla. Los otros asesinos clavaron la mirada en la mesa. Fuese lo que fuese, lo sabían. ¿Por qué no se lo había dicho Arobynn a ella primero?

Los ojos de Arobynn se volvieron duros como el acero.

—Han matado a Ben.

Celaena apretó con fuerza los reposabrazos de su silla.

—¿Qué? —*Ben*... Ben, el asesino siempre sonriente que la había entrenado tan a menudo como Arobynn. Ben, que una vez le había arreglado la mano derecha destrozada. Ben, el séptimo y último miembro del círculo interno de Arobynn. Apenas tenía treinta años. Celaena retrajo los labios para enseñar los dientes—. ¿Qué quieres decir con que le han matado?

Arobynn la miró y un fogonazo de pena cruzó por su cara. Cinco años mayor que Ben, Arobynn había crecido con él se habían entrenado juntos; Ben se había asegurado de que su amigo se convirtiera en el innegable rey de los asesinos y jamás había cuestionado su posición como lugarteniente de Arobynn. A Celaena se le cerró la garganta.

—Se suponía que era una misión de Gregori —explicó Arobynn en voz baja—. No sé cómo acabó implicado Ben. Ni quien los traicionó. Encontraron su cuerpo cerca de las puertas del castillo.

—¿Tenéis su cuerpo? —preguntó Celaena. Tenía que verlo. Tenía que ver a Ben una última vez, ver cómo había muerto, cuántas heridas habían hecho falta para matarle.

—No —dijo Arobynn.

—¿Por qué diablos no lo tenéis? —preguntó Celaena abriendo y cerrando los puños.

—¡Porque el lugar era un avispero de guardias y soldados! —exclamó Sam. Celaena giró la cabeza hacia él a toda velocidad—. ¿Cómo crees que nos enteramos de esto? —¿Arobynn había enviado a *Sam* a ver por qué no estaban Ben y Gregori?—. Si hubiésemos recuperado su cuerpo —se defendió Sam, que no estaba dispuesto a arredrarse ante su mirada furibunda—, los hubiésemos conducido

directos hasta la Fortaleza.

—Sois asesinos —le gruñó ella—. Se supone que sois capaces de recuperar un cuerpo sin que os vean.

—Si hubieras estado allí, habrías hecho lo mismo.

Celaena empujó su silla hacia atrás con tal fuerza que se volcó.

—¡Si yo hubiera estado allí, los habría *matado a todos* para recuperar el cuerpo de Ben! —Estampó las manos sobre la mesa, haciendo temblar todos los vasos.

Sam se levantó de un salto, con una mano sobre la empuñadura de su espada.

—Oh, mírate. Dándonos órdenes como si tú dirigieras el Gremio. Pero no es así, Celaena. —Negó con la cabeza—. Todavía no.

—*Basta ya* —espetó Arobynn, al tiempo que se levantaba de su silla.

Celaena y Sam no se movieron. Ninguno de los otros asesinos dijo nada, aunque todos cerraron sus manos en torno a sus múltiples armas. Celaena sabía por experiencia cómo eran las peleas en la Fortaleza; las armas eran tanto por la seguridad de sus dueños como para evitar que ella y Sam se hicieran daño de verdad.

—He dicho que *ya basta*.

Si Sam daba un solo paso hacia ella, si desenvainaba su espada un solo centímetro, esa daga que llevaba escondida entre los pliegues del camisón encontraría un nuevo hogar en el cuello del chico.

Arobynn fue más rápido. Agarró la barbilla de Sam y obligó al joven a mirarle.

—Contrólate o lo haré yo por ti, chico —musitó—. Pareces tonto buscando pelea con ella esta noche.

Celaena se tragó su réplica. Podía manejar a Sam aquella noche; o cualquier otra, dicho fuera de paso. Si la cosa acababa en pelea, ella vencería. Siempre batía a Sam.

Pero Sam soltó la empuñadura de su espada. Después de unos instantes, Arobynn retiró la mano de la cara del joven, aunque no se apartó. Manteniendo los ojos clavados en el suelo, Sam se dirigió al otro extremo de la sala del consejo. Cruzó los brazos y se apoyó contra la pared de piedra. Celaena todavía podía alcanzarle. Un gesto rápido de muñeca y la sangre manaría de su cuello.

—Celaena —dijo Arobynn. El eco de su voz resonó por la sala

silenciosa.

Ya se había derramado sangre suficiente aquella noche. No necesitaban a otro asesino muerto.

Ben. Ben estaba muerto, desaparecido, y ella no volvería a toparse con él por las salas y los pasillos de la Fortaleza. Ben no volvería a curarle las heridas y lesiones con sus manos frías y hábiles, no volvería a arrancarle una carcajada con una broma o alguna anécdota obscena.

—Celaena —la advirtió Arobynn de nuevo.

—Tranquilo —le espetó Celaena. Giró el cuello de un lado a otro y se pasó una mano por el pelo. Fue hasta la puerta, pero se detuvo un momento en el umbral—. Solo para que lo sepáis —dijo. Se dirigía a todos los presentes, aunque seguía teniendo los ojos fijos en Sam—. Voy a recuperar el cuerpo de Ben. —Sam apretó la barbilla, aunque fue lo bastante sensato como para no levantar la vista—. Pero no esperéis que tenga la misma cortesía con vosotros cuando os llegue la hora.

Dicho eso, giró sobre sus talones y subió por la escalera de caracol hacia la mansión que se alzaba sobre ellos. Quince minutos después, salió con sigilo por la puerta principal y se adentró en las silenciosas calles de la ciudad.

Nadie la detuvo.

CAPÍTULO 2

Dos meses, tres días y unas ocho horas después, el reloj de la repisa de la chimenea dio las doce del mediodía.

El capitán Rolfe llegaba tarde, aunque, claro, Celaena y Sam también. Pero Rolfe no tenía excusa, no cuando ya llevaban dos horas de retraso y la reunión era en el despacho del pirata.

No era culpa de Celaena que llegaran tarde. Ella no podía controlar los vientos, y esos marineros miedicas se habían tomado todo el tiempo del mundo en sortear el archipiélago de las Islas Muertas. No quería pensar en cuánto oro había gastado Arobynn en sobornar a una tripulación para que navegara hasta el corazón del territorio pirata. Pero la ciudad de Bahía de la Calavera (que recibía su nombre de la bahía en la que se encontraba) estaba en una isla, así que en realidad no tenían más opciones de transporte.

Celaena, oculta tras una capa negra demasiado gruesa, una túnica a juego y una máscara de ébano agobiante, se levantó de su asiento delante del escritorio del señor de los piratas. ¡¿Cómo se atrevía a hacerla esperar?! Después de todo, el hombre sabía con

exactitud por qué estaban allí.

Habían encontrado a tres asesinos muertos a manos de los piratas, y Arobynn había enviado a Celaena como su daga personal. Para obtener una compensación, preferiblemente en oro, por lo que esas muertes le costarían al Gremio de los Asesinos.

—Por cada minuto que nos haga esperar —le dijo Celaena a Sam, y su voz sonó baja y suave a causa de la máscara—, voy a añadir otras diez monedas de oro a su deuda.

Sam, que no llevaba máscara sobre su apuesto rostro, cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Ni se te ocurra. La carta de Arobynn está sellada, y así va a seguir.

Ninguno de los dos se había sentido particularmente contento cuando Arobynn anunció que iba a enviar a Sam a las Islas Muertas con Celaena, sobre todo cuando el cuerpo de Ben, que Celaena sí había recuperado, apenas llevaba dos meses enterrado. El dolor de haberle perdido todavía no se había disipado.

Su mentor había definido a Sam como un acompañante, pero Celaena sabía lo que significaba su presencia: era un perro guardián. Tampoco era que tuviera intención de hacer nada malo cuando estaba a punto de conocer al señor de los piratas de Erilea. Era una oportunidad que solo se presentaba una vez en la vida. Aunque la pequeña isla montañosa y la destartalada ciudad portuaria no le habían causado gran impresión hasta el momento.

Esperaba una mansión como la Fortaleza de los Asesinos, o al menos un viejo castillo fortificado, pero el señor de los piratas ocupaba la planta de arriba de una taberna de aspecto bastante sospechoso. Los techos eran bajos, los suelos de madera crujían y la atestada habitación, combinada con la temperatura ya de por sí abrasadora de las islas del sur, tenía a Celaena sudando a mares bajo sus capas de ropa. Sin embargo, su incomodidad merecía la pena: cuando habían cruzado Bahía de la Calavera, todas las cabezas se habían girado en su dirección. La capa negra que ondeaba a su alrededor, la exquisita ropa y la máscara la transformaban en un susurro de oscuridad. Un poco de intimidación nunca hacía daño.

Celaena se acercó al escritorio de madera y cogió un papel. Sus manos, enfundadas en unos guantes negros, lo giraron para leer lo

que ponía. Un cuaderno de bitácora con información meteorológica. Menudo rollo.

—¿Qué haces?

Celaena cogió otra hoja de papel.

—Si su augusta *pirateza* no puede molestarse en limpiar su despacho para recibirnos, entonces no sé por qué no iba yo a echar un vistazo.

—Llegará en cualquier momento —bufó Sam entre dientes. Celaena cogió un mapa abierto y examinó los puntitos y las marcas dibujadas a lo largo de la costa de su continente. Algo pequeño y redondo centelleó debajo del plano; se lo metió con disimulo en el bolsillo antes de que Sam pudiera darse cuenta.

—Oh, cállate —protestó mientras abría el aparador en la pared de al lado del escritorio—. Con lo que crujen estos suelos, le oiríamos a un kilómetro de distancia. —El aparador estaba lleno de pergaminos enrollados, plumas, alguna que otra moneda y un brandy añejo con pinta de ser muy caro. Celaena sacó una botella e hizo girar el líquido ámbar a la luz del sol que entraba a raudales por el pequeño ojo de buey—. ¿Quieres un trago?

—No —espetó Sam en tono cortante, medio retorcido en su asiento para vigilar la puerta—. Ponlo en su sitio. Ahora.

Celaena ladeó la cabeza, volvió a agitar el brandy en su botella de cristal y luego la dejó en su sitio. Sam suspiró. Debajo de su máscara, Celaena sonrió.

—No puede ser un mandamás demasiado bueno —comentó— si este es su despacho. —Sam soltó un discreto suspiro de consternación cuando Celaena se dejó caer en la gigantesca butaca de detrás del escritorio y empezó a abrir los libros de contabilidad del pirata y a hurgar entre sus papeles. Su letra apretada era apenas legible, y su firma, poco más que un garabato de bucles y picos irregulares.

En realidad, no sabía lo que buscaba. Arqueó las cejas un poco al ver una hoja de perfumado papel violeta, firmada por una mujer llamada Jacqueline. Se echó hacia atrás, plantó los pies en la mesa y lo leyó.

—¡Maldita sea, Celaena!

La joven arqueó las cejas, pero luego se dio cuenta de que Sam no podía verla. La máscara y esa ropa eran una precaución

necesaria, que hacía mucho más fácil proteger su identidad. De hecho, todos los asesinos de Arobynn habían tenido que jurar que guardarían el secreto de quién era, bajo la amenaza de sufrir torturas interminables que acabarían en su muerte.

Celaena soltó un bufido, aunque su aliento solo consiguió que el interior de la insufrible máscara fuese aún más sofocante. Lo único que sabía el mundo acerca de Celaena Sardothien, la asesina de Adarlan, era que era mujer. Y Celaena quería que siguiera siendo así. ¿Cómo si no iba a poder pasear por las anchas avenidas de Rifthold o infiltrarse en fiestas fastuosas haciéndose pasar por un miembro de la nobleza de otra nación? Y, aunque le gustaría que Rolfe tuviera la oportunidad de admirar su bello rostro, tenía que reconocer que el disfraz también la hacía bastante imponente, sobre todo cuando la máscara distorsionaba su voz para convertirla en un gruñido rasposo.

—Vuelve a tu asiento. —Sam hizo ademán de agarrar una espada que no llevaba. Los guardias de la puerta de la posada les habían quitado las armas. Por supuesto, ninguno de ellos se había dado cuenta de que Sam y Celaena eran armas en sí mismos. Podían matar a Rolfe con suma facilidad solo con sus manos.

—¿Vas a luchar conmigo si no lo hago? —Tiró la carta de amor sobre la mesa—. No sé por qué, pero creo que eso no causaría muy buena impresión a nuestros nuevos conocidos. —Cruzó los brazos detrás de la cabeza y contempló el mar turquesa visible entre los edificios dilapidados que conformaban la bahía de la Calavera.

—Solo vuelve a tu asiento —masculló Sam, levantándose a medias de su silla.

—He pasado los últimos diez días en el mar. ¿Por qué habría de sentarme en esa silla incómoda cuando esta es mucho más de mi gusto?

Sam soltó un gruñido, pero, antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió. Sam se quedó paralizado, pero Celaena se limitó a hacer un gesto de saludo con la cabeza mientras el capitán Rolfe, señor de los piratas, entraba en su despacho.

—Me alegra ver que os habéis puesto cómodos. —El hombre, alto y de pelo oscuro, cerró la puerta a su espalda. Una acción atrevida, teniendo en cuenta quiénes le esperaban dentro.

Celaena se quedó donde estaba. Vaya, él sí que no era lo que

esperaba. La asesina no se sorprendía a menudo, pero... le había imaginado un poco más sucio, y mucho más ostentoso. Dadas las historias que había oído de las locas aventuras de Rolfe, le costaba creer que aquel hombre, fibroso pero no flaco, bien vestido pero no en exceso, y con aspecto de no haber llegado a la treintena, fuese el legendario pirata. A lo mejor él también mantenía su identidad en secreto ante sus enemigos.

Sam se levantó y le saludó con un ligero asentimiento.

—Sam Cortland —se presentó.

Rolfe le tendió la mano, y Celaena observó la palma y los dedos tatuados cuando Sam se la estrechó. El mapa. *Ese* era el mítico mapa por el que había vendido su alma. El mapa de los océanos del mundo, el mapa que cambiaba para mostrar tormentas, enemigos... y tesoros.

—Supongo que tú no necesitas presentación. —Rolfe se giró hacia ella.

—No. —Celaena se arrellanó más en la silla del escritorio del pirata—. Supongo que no.

Rolfe se rio, y una sonrisa torcida se desplegó después por su rostro moreno. Fue hacia el aparador, lo que le dio a Celaena la oportunidad de examinarle con mayor detalle: hombros anchos, cabeza alta y una elegancia despreocupada en los movimientos que provenía de saber que en ese momento tenía el control. Tampoco llevaba espada. Otra decisión atrevida. Sensata, también, dado que ellos podrían utilizar sus armas contra él.

—¿Brandy? —les ofreció.

—No, gracias —respondió Sam. Celaena sentía los duros ojos del joven sobre ella, la mirada con la que pretendía instarla a quitar los pies de la mesa de Rolfe.

—De todos modos, con esa máscara puesta —caviló Rolfe—, no creo que pudieras beber nada. —Se sirvió una copa a sí mismo y bebió un largo trago—. Te debes de estar muriendo de calor con toda esa ropa.

Celaena bajó los pies al suelo mientras deslizaba la mano por el borde curvo del escritorio y estiraba los brazos.

—Estoy acostumbrada.

Rolfe volvió a beber, observando a Celaena durante un instante por encima del borde de su vaso. Sus ojos eran de un impactante

tono verde mar, tan brillantes como el agua que se encontraba a unas manzanas de distancia. Bajó el vaso y se acercó al extremo de la mesa.

—No sé cómo hacéis las cosas en el norte, pero aquí abajo nos gusta saber con quién estamos hablando.

—Como has dicho —Celaena ladeó la cabeza—, no necesito presentación. Y, en cuanto al privilegio de ver mi preciosa cara, me temo que es algo que muy pocos hombres consiguen.

Los dedos de Rolfe apretaron el vaso con más fuerza.

—Levántate de mi silla.

Al otro lado de la habitación, Sam se puso tenso. Celaena examinó el contenido del escritorio de Rolfe una vez más y chasqueó la lengua.

—En serio, tienes que hacer algo para organizar todo este lío —comentó, sacudiendo la cabeza.

Percibió cómo el pirata alargaba la mano hacia su hombro y se puso en pie antes de que los dedos del hombre pudieran rozar siquiera la lana negra de su capa. Era al menos una cabeza más alto que ella.

—Yo no haría eso si fuese tú —le dijo con voz melosa.

Los ojos de Rolfe centellearon ante el desafío.

—Estás en *mi* ciudad y en *mi* isla. —No había más de un palmo de distancia entre ellos—. No estás en posición de darme órdenes.

Sam se aclaró la garganta, pero Celaena miraba directamente a la cara de Rolfe. Los ojos del pirata escudriñaron la negrura bajo la capucha de su capa: la máscara negra y lisa, las sombras que ocultaban cualquier indicio de sus rasgos.

—Celaena —la advirtió Sam, tras aclararse la garganta otra vez.

—Vale, vale. —Ella suspiró de un modo exagerado y esquivó a Rolfe como si no fuese más que un mueble. Se dejó caer en la silla de al lado de Sam, cuyos ojos echaban tales chispas que podrían haber derretido todo el Páramo Helado.

Celaena notó cómo Rolfe observaba los movimientos de ambos, pero el pirata se limitó a ajustar las solapas de su túnica azul medianoche antes de tomar asiento. La sala se sumió en un silencio pesado, solo interrumpido por los chillidos de las gaviotas que volaban en círculo sobre la ciudad y los gritos de los piratas, que se llamaban los unos a los otros en las mugrientas calles.

—¿Entonces? —Rolfe apoyó los antebrazos en la mesa. Sam miró a Celaena. Le tocaba a ella.

—Sabes muy bien por qué estamos aquí —empezó Celaena—. Aunque a lo mejor ese brandy se te ha subido a la cabeza. ¿Quieres que te refresque la memoria? —Rolfe le hizo un gesto con su mano verde, azul y negra, como si fuese un rey que escuchara las quejas de la chusma desde su trono. «Imbécil»—. Han encontrado a tres asesinos de nuestro Gremio muertos en Bellhaven. El que logró escapar nos contó que los habían atacado unos piratas. —Celaena pasó un brazo por el respaldo de su silla—. *Tus* piratas.

—¿Y cómo supo el superviviente que eran mis piratas?

Celaena se encogió de hombros.

—A lo mejor fue por los tatuajes.

Todos los hombres de Rolfe tenían una mano multicolor tatuada en la muñeca...

Rolfe abrió un cajón de su mesa, sacó un papel y leyó lo que decía.

—Cuando me llegó el rumor de que Arobynn Hamel quizás me culpara a mí, hice que el jefe de los astilleros de Bellhaven me enviara estos registros. Parece que el incidente ocurrió a las tres de la mañana en los muelles.

—Es correcto. —Esta vez fue Sam el que contestó.

Rolfe dejó el papel en la mesa y levantó los ojos al cielo.

—Si eran las tres de la mañana y todo sucedió en los muelles..., que no tienen farolas, como estoy seguro de que sabéis —Celaena no lo sabía—, ¿cómo pudo ver vuestro asesino los tatuajes?

Debajo de su máscara, Celaena frunció el ceño.

—Porque ocurrió hace tres semanas, con luna llena.

—Ah, pero estamos a principios de la primavera. Incluso en Bellhaven, las noches siguen siendo frías. A menos que mis hombres fuesen sin abrigo, no había forma de que...

—Basta —le cortó Celaena—. Supongo que ese papel contiene todo tipo de excusas irrisorias para exculpar a tus hombres. —Agarró su bolsa y sacó de malos modos los dos documentos sellados —. Son para ti. —Los tiró sobre la mesa—. De nuestro jefe.

Una sonrisa tironeaba de las comisuras de los labios de Rolfe, pero cogió los documentos y estudió el sello. Los puso a contraluz.

—Me sorprende que no los hayáis manipulado. —Sus ojos

centellearon, llenos de picardía, y Celaena pudo sentir cómo la suficiencia rezumaba por todos los poros de la piel de Sam.

Con dos movimientos hábiles de la muñeca, Rolfe abrió ambos sobres con un abrecartas que Celaena no había visto antes. ¿Cómo se le podía haber pasado por alto? Un error de principiante.

En los silenciosos momentos que pasaron mientras Rolfe leía las cartas, su única reacción fue el ocasional tamborileo de sus dedos sobre la mesa de madera. El calor era sofocante y el sudor rodaba ya por la espalda de Celaena. Se suponía que iban a quedarse allí tres días, el tiempo suficiente para que Rolfe reuniera el dinero que les debía. Que, a juzgar por el ceño cada vez más fruncido en la cara de este, parecía ser mucho.

El pirata soltó el aire despacio cuando terminó de leer y luego agrupó bien todos los papeles.

—Vuestro jefe plantea unas condiciones duras —comentó Rolfe. Miró de Celaena a Sam—. Pero sus términos no son injustos. Quizás deberíais haber leído la carta antes de empezar a lanzar acusaciones contra mí y mis hombres. No habrá ningún castigo por la pérdida de esos asesinos, cuyas muertes, según admite vuestro jefe, no fueron culpa mía en absoluto. Debe de tener algo de sentido común, pues. —Celaena reprimió el impulso de echarse hacia delante. Si Arobynn no estaba reclamando un pago por la muerte de esos asesinos, entonces, ¿qué estaban haciendo ellos allí? Le ardía la cara. Había quedado como una tonta, ¿verdad? Si Sam se atrevía a sonreír siquiera un poquito...

Rolfe volvió a tamborilear en la mesa con sus dedos tatuados y se pasó una mano por el pelo, que le llegaba a los hombros.

—En cuanto al acuerdo comercial que ha detallado..., haré que mi contable calcule los gastos, pero tendréis que decirle a Arobynn que no espere obtener ganancias hasta *al menos* el segundo cargamento. Es posible que el tercero. Y, si eso le causa algún problema, puede venir aquí abajo en persona a decírmelo.

Por una vez, Celaena se sintió agradecida por la máscara. Sonaba a que los habían enviado a realizar algún tipo de inversión comercial. Sam asintió en dirección a Rolfe, como si supiera de lo que hablaba el pirata.

—¿Y cuándo podemos decirle a Arobynn que recibirá el primer cargamento? —preguntó.

Rolfe metió de cualquier modo las cartas de Arobynn en un cajón del escritorio y lo cerró con llave.

—Los esclavos llegarán aquí dentro de dos días. Listos para que podáis partir al día siguiente. Os prestaré mi propio barco, así que le podéis decir a esa temblorosa tripulación vuestra que son libres de regresar a Rifthold esta noche, si les place.

Celaena le miró pasmada. ¿Arobynn los había enviado allí a por... a por *esclavos*? ¿Cómo podía caer tan repugnantemente bajo? ¿Y cómo había podido decirle que iba a la bahía de la Calavera con un cometido cuando en realidad la había enviado para *aquello*...? Notó que se le abrían las aletas de la nariz. Sam sabía lo del trato, pero de algún modo había olvidado mencionar la verdadera razón de su visita durante los diez días que habían pasado embarcados. En cuanto estuviera a solas con él, le haría arrepentirse de ello. Pero por el momento... no podía dejar que Rolfe se percatara de su ignorancia.

—Más vale que no hagas una chapuza —le advirtió Celaena al señor de los piratas —. Arobynn no estará contento si algo se tuerce.

Rolfe se rio bajito.

—Tenéis mi palabra de que todo irá de acuerdo con el plan. Soy el señor de los piratas por una razón, ¿sabes?

Celaena se inclinó hacia delante, modulando voz para adoptar el tono formal de un socio preocupado por su inversión.

—¿Cuánto tiempo exactamente llevas implicado en el tráfico de esclavos? —No podía ser mucho. Adarlan acababa de empezar a capturar y vender esclavos hacía dos años. La mayoría eran prisioneros de guerra de los territorios que habían osado rebelarse contra sus conquistadores. Muchos de ellos procedían de Eyllwe, pero también había prisioneros de Melisande y Fenharrow, o de la tribu aislada en las montañas Colmillo Blanco. La mayor parte de los esclavos iban a Calaculla o a Endovier, los campos de trabajos forzados más grandes y más famosos del continente, donde trabajaban en las minas de sal o extrayendo piedras preciosas. Sin embargo, cada vez eran más los que llegaban a las mansiones de los nobles de Adarlan. Que Arobynn quisiera hacer ahora un sucio trato comercial..., una especie de chanchullo en el mercado negro... Eso ensuciaría la reputación de todo el Gremio de los Asesinos.

—Créeme —dijo Rolfe, cruzando los brazos—, tengo experiencia suficiente. Deberías estar más preocupada por tu jefe. Invertir en el negocio de los esclavos tiene los beneficios garantizados, pero es posible que necesite destinar más recursos de los que le gustaría para evitar que nuestro acuerdo llegue a oídos equivocados.

A Celaena se le revolvió el estómago, pero se esforzó en fingir desinterés.

—Arobynn es un hombre de negocios astuto —optó por decir—. Le sacará el máximo provecho a lo que sea que puedas enviarle.

—Por su bien, espero que sea verdad. No quiero arriesgar mi nombre para nada. —Rolfe se levantó, y Celaena y Sam hicieron otro tanto—. Mañana os haré llegar los documentos firmados. Por el momento... —Señaló hacia la puerta—. Tengo dos habitaciones preparadas para vosotros.

—Solo necesitamos una —le interrumpió ella. Rolfe elevó las cejas en actitud sugerente. A Celaena le ardía la cara detrás de la máscara y Sam se atragantó de risa—. Una habitación, dos camas.

Rolfe se rio entre dientes mientras iba hasta la puerta y la abría para ellos.

—Como queráis. Haré que os preparen sendos baños. —Celaena y Sam le siguieron al oscuro y estrecho pasillo—. Aunque podríais compartir uno —añadió con un guiño.

Celaena tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no darle un puñetazo más abajo del cinturón.

CAPÍTULO 3

Tardaron cinco minutos en registrar la abarrotada habitación en busca de mirillas ocultas o señales de peligro; cinco minutos en levantar los cuadros que colgaban de las paredes de madera, dar golpecitos a las tablas del suelo, sellar la rendija que quedaba entre la puerta y el suelo, y cubrir la ventana con la ajada capa negra de Sam.

Cuando Celaena estuvo segura de que nadie podía oírla ni verla, se quitó la capucha, se desató la máscara y giró en redondo para encararse con Sam. Él, sentado en su pequeña cama, que más parecía un catre, levantó las palmas de las manos hacia ella.

—Antes de que me arranques la cabeza —dijo, hablando en voz baja solo por si acaso—, deja que te diga que he entrado en esa reunión sabiendo tan poco como tú.

Celaena le miró furibunda mientras saboreaba el aire fresco sobre su rostro pegajoso y cubierto de sudor.

—¿Oh, en serio?

—No eres la única que sabe improvisar. —Sam se quitó las botas

de una patada y se sentó más al fondo en la cama—. Ese hombre está tan enamorado de si mismo como lo estás tú. Lo ultimo que necesitamos es que sepa que nos lleva la delantera en esto.

Celaena se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¿Por qué nos habrá enviado Arobynn aquí sin decirnos la verdadera razón? ¡A echarle la bronca a Rolfe... por un crimen con el que no tenía nada que ver! A lo mejor Rolfe nos ha mentido acerca de lo que decía la carta. —Se enderezó de pronto—. Eso bien podría ser...

—No estaba mintiendo acerca de lo que decía la carta, Celaena —la cortó Sam—. ¿Por qué habría de molestarse? Tiene cosas más importantes que hacer.

Celaena soltó una ristra de palabrotas por lo bajo y empezó a andar de un lado para otro; sus botas negras repiqueteaban contra los irregulares tablones del suelo. Menudo señor de los piratas. ¿*Esa* era la mejor habitación que podía ofrecerles? Era la asesina de Adarlan, el brazo derecho de Arobynn Hamel, ¡no una ramera de los bajos fondos!

—Sea como sea, seguro que Arobynn tiene sus razones. —Sam se tumbó en la cama y cerró los ojos.

—Esclavos —escupió Celaena. Se pasó una mano por el pelo recogido y sus dedos se engancharon en la trenza—. ¿Qué se le ha perdido a Arobynn en el negocio de los esclavos? Somos mejores que eso. ¡No necesitamos ese dinero!

A menos que Arobynn estuviese mintiendo; a menos que todos sus gastos extravagantes se hicieran con unos fondos inexistentes. Celaena siempre había dado por sentado que su riqueza no tenía fin. Se había gastado la fortuna de un rey solo en su vestuario. Pieles, seda, joyas, el coste semanal de conservar su precioso aspecto... Por supuesto, él siempre había dejado claro que Celaena tendría que devolverle la inversión, y ella le había estado entregando parte de su salario para hacerlo, pero...

Tal vez Arobynn quisiera aumentar las riquezas que ya poseía. Si Ben estuviese vivo, no lo habría tolerado. Ben se habría mostrado tan repugnado como ella. Una cosa era que te contrataran para matar a funcionarios corruptos del Gobierno, pero coger a prisioneros de guerra, maltratarlos hasta que dejaran de resistirse y luego condenarlos a una vida entera de esclavitud...

Sam abrió un ojo.

—¿Vas a darte un baño o puedo ir yo primero?

Celaena le tiró su capa. Sam la atrapó con una sola mano y la arrojó al suelo.

—Voy yo primero dijo ella.

—Por supuesto que sí.

Celaena le lanzó una mirada asesina y entró en la sala de baño hecha un basilisco. Cerró la puerta de un portazo.

De todas las cenas a las que había asistido Celaena en su vida, aquella era de lejos la peor. No por la compañía, que era bastante interesante, como tuvo que admitir a regañadientes. Ni por la comida, que tenía un aspecto estupendo y olía aún mejor, sino simplemente porque no podía comer nada por culpa de esa condenada máscara.

Sam, por supuesto, parecía repetir de todos los platos solo para fastidiarla. Celaena, sentada a la izquierda de Rolfe, medio deseaba que la comida estuviera envenenada. Claro que Sam solo se había servido del surtido de carnes y estofados después de comprobar que Rolfe también los comía, así que las probabilidades de que su deseo se hiciera realidad eran más bien escasas.

—Señorita Sardothien —dijo Rolfe, alzando mucho sus oscuras cejas—. Debes de estar hambrienta. ¿O es que mi comida no es lo bastante buena para tu refinado paladar?

Debajo de la capa y el abrigo y la oscura túnica, Celaena no solo estaba hambrienta, sino que también estaba cansada y se moría de calor. Y de sed. Lo cual, combinado con su temperamento, solía ser una combinación letal. Aunque ninguno de ellos podía ver nada de eso.

—Estoy bien —mintió mientras hacía girar el agua en su copa. El líquido subía por los lados y la tentaba con cada vuelta. Celaena lo dejó estar.

—Tal vez si te quitaras la máscara, te costaría menos comer —comentó Rolfe, al tiempo que se metía un pedazo de pato asado en la boca—. A no ser que lo que haya detrás nos haga perder el apetito.

Los otros cinco piratas, todos capitanes de la flota de Rolfe, se rieron con disimulo.

—Sigue hablando de ese modo —Celaena agarró con fuerza el pie de su copa— y puede que yo te dé a ti una razón para llevar máscara. —Sam le dio una patada por debajo de la mesa y ella se la devolvió, propinándole un golpe preciso en las espinillas, lo bastante fuerte como para que Sam se atragantara con su agua.

Algunos de los capitanes allí reunidos dejaron de reírse, pero Rolfe parecía divertido. Celaena apoyó su mano enguantada sobre la sucia mesa del comedor. La superficie estaba salpicada de quemaduras y cortes profundos; era obvio que había visto una buena cantidad de refriegas. ¿No tenía Rolfe ningún gusto por el lujo? A lo mejor no le iba tan bien, si había empezado a traficar con esclavos, Pero Arobynn... Arobynn era tan rico como el mismísimo rey de Adarlan.

Los ojos verde mar de Rolfe saltaron hacia Sam, que fruncía el ceño de nuevo.

—¿Tú la has visto sin la máscara?

Sam, para sorpresa de Celaena, hizo una mueca.

—Solo una vez. —Le dedicó a su compañera una mirada recelosa muy creíble—. Y fue suficiente.

Rolfe estudió a Sam durante unos instantes, luego se metió otro pedazo de carne en la boca.

—Bueno, si no quieres enseñarme tu cara, entonces quizás tengas a bien contarnos la historia de cómo, exactamente, te convertiste en la protegida de Arobynn Hamel.

—Entrené —dijo Celaena, inexpresiva—. Durante años. No todos tenemos la suerte de tener un mapa mágico tatuado en nuestras manos. Algunos de nosotros nos hemos tenido que abrir paso hasta la cima con nuestro esfuerzo.

Rolfe se puso rígido y los otros piratas dejaron de comer. El pirata la miró durante el tiempo suficiente como para que a Celaena le entraran ganas de retractarse, y luego dejó el tenedor en la mesa.

Sam se inclinó un poco hacia ella, pero Celaena se dio cuenta de que era solo para ver mejor cómo Rolfe plantaba ambas manos sobre la mesa, con las palmas hacia arriba.

Juntas, las manos de Rolfe formaban un mapa de su continente. Y solo eso.

—Este mapa no se ha movido en ocho años. —Su voz sonó como un gruñido. Un escalofrío recorrió a Celaena. Ocho años.

Exactamente el tiempo que había pasado desde que desterraran y ejecutaran a los feéricos, cuando Adarlan conquistó y esclavizó al resto del continente y la magia desapareció—.No creas —continuó Rolfe tras retirar sus manos— que no he tenido que luchar y matar para abrirme paso tanto como tú.

Si tenía unos treinta años, era probable que hubiese matado bastante más que ella. Y, por las numerosas cicatrices de sus manos y su cara, era fácil deducir que había luchado mucho.

—Es bueno saber que somos parecidos —admitió ella. Si Rolfe ya estaba acostumbrado a meterse en negocios sucios, traficar con esclavos no sería un gran cambio para él. Claro que era un pirata inmundo. Ellos en cambio eran los asesinos de Arobynn Hamel: educados, ricos, refinados. La esclavitud era algo que estaba muy por debajo de ellos.

Rolfe le dedicó su sonrisa torcida.

—¿Actúas de este modo porque de verdad eres así o solo porque te da miedo relacionarte con la gente?

—Soy la mayor asesina del mundo. —Celaena levantó la barbilla —. No le tengo miedo a nadie.

—¿En serio? —preguntó Rolfe—. Porque yo soy el mayor pirata del mundo y me da miedo un montón de gente. Así es como me he mantenido con vida durante tanto tiempo.

Celaena no se dignó a contestar. «Cerdo esclavista inmundo». Rolfe sacudió la cabeza y sonrió con suficiencia, justo del mismo modo en que ella le sonreía a Sam cuando quería cabrearle.

—Me sorprende que Arobynn no te haya quitado esa arrogancia —comentó Rolfe—. Tu compañero parece saber cuándo mantener la boca cerrada.

Sam tosió de un modo un poco, exagerado y se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿cómo te convertiste en el señor de los piratas?

Rolfe deslizó un dedo por un profundo surco del tablero de la mesa.

—Maté a todos los piratas que eran mejores que yo. —Los otros tres capitanes, todos más viejos, más curtidos y mucho menos atractivos que él, bufaron, pero no lo negaron—. A cualquiera lo bastante arrogante para creer que era imposible perder contra un hombre joven con una tripulación hecha de despojos y un solo

barco a su nombre. Pero cayeron todos, uno a uno. Cuando adquieres ese tipo de reputación, la gente tiende a sentirse atraída por ti. —Rolfe miró de Celaena a Sam—. ¿Quieres un consejo? —le preguntó a ella.

—No.

—Yo vigilaría mis espaldas cuando Sam estuviera cerca. Puede que seas la mejor, Sardothien, pero siempre hay alguien esperando a que des un traspié.

Sam, ese bastardo traicionero, no ocultó su sonrisilla burlona. Los otros capitanes piratas se rieron entre dientes.

Celaena fulminó a Rolfe con la mirada. Le dio un retortijón de hambre. Comería más tarde; sisaría algo de las cocinas de la taberna.

—¿Quieres *tú* un consejo? —Rolfe agitó una mano para indicarle que continuara—. Preocúpate de tus propios asuntos.

El hombre le regaló una sonrisa perezosa.

—Me cae bien Rolfe —caviló Sam más tarde en la profunda negrura de su habitación. Celaena, que estaba haciendo la primera guardia, miró ceñuda hacia donde estaba su cama, contra la pared del fondo.

—Claro que sí —refunfuñó mientras disfrutaba del aire fresco sobre la cara. Sentada en su cama, se apoyó contra la pared y jugueteó con los hilos sueltos de la manta—. Te ha dicho que me asesinaras.

—En realidad, es un sabio consejo —comentó Sam con una risita.

Celaena se remangó la túnica. Incluso de noche, aquel lugar inmundo era abrasador.

—Entonces, quizás no sea sensato que te vayas a dormir.

El colchón de Sam gimió cuando este se dio la vuelta.

—Venga ya, ¿no eres capaz de aguantar una broma?

—¿Cuando de mi vida se trata? No.

—Créeme —dijo Sam con una risotada—, si volviera a casa sin ti, Arobynn me despellejaría vivo. Literalmente. Si en algún momento te mato, Celaena, será cuando nadie pueda culparme por ello.

—Ah, muchas gracias, —Celaena frunció el ceño y se abanicó la cara sudorosa con una mano. Le vendería su alma a una manada de

demonios por una brisa fresca, pero tenían que mantener la ventana tapada, a menos que ella quisiera que un par de ojos inquisitivos descubrieran su verdadero aspecto. Aunque, ahora que lo pensaba, le encantaría ver la cara de Rolfe si averiguara la verdad. La mayoría de la gente ya sabía que era una mujer joven, pero, si el pirata supiera que estaba tratando con una chica de dieciséis años, puede que su orgullo no se recuperara nunca.

Iban a pasar solo tres noches allí; podían perder unas horas de sueño si eso significaba mantener a salvo su identidad. Y sus vidas.

—¿Celaena? —preguntó Sam en la oscuridad—. ¿Debería preocuparme por irme a dormir?

Celaena parpadeó, luego se rio en voz baja. Al menos Sam se tomaba sus amenazas un poquito en serio. Le gustaría poder decir lo mismo de Rolfe.

—No —dijo—. Esta noche, no.

—Alguna otra noche, entonces —murmuró Sam. Y, en cuestión de minutos, estaba inconsciente.

Celaena apoyó la cabeza en la pared de madera y se dedicó a escuchar la respiración de Sam durante el transcurso de las largas horas nocturnas.

CAPÍTULO 4

Incluso cuando le llegó el turno de dormir, Celaena se quedó allí tumbada, despierta. En las horas que había pasado vigilando la habitación, un pensamiento se había vuelto cada vez más problemático.

Los esclavos.

Quizás si Arobynn hubiese mandado a otra persona, si fuese un negocio del que se hubiera enterado más tarde, cuando estuviese demasiado ocupada para que le importara..., no le hubiese molestado tanto. Pero enviarla a ella a recoger un cargamento de esclavos..., de gente que no había hecho ningún mal aparte de atreverse a luchar por su libertad y la seguridad de sus familias...

¿Cómo podía Arobynn esperar que hiciera eso? Si Ben aún viviese, podría haber encontrado un aliado en él; Ben, a pesar de su profesión, era la persona más compasiva que había conocido. Su muerte dejaba un vacío que Celaena no creía que fuera a poder llenar nunca.

Celaena sudaba tanto que sus sábanas estaban mojadas, y

durmió tan poco que, cuando llegó el amanecer, se sentía como si la hubiese arrollado una manada de caballos salvajes de las praderas de Eyllwe.

Sam por fin la despertó, dándole un toque no demasiado suave con el pomo de su espada.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo, Celaena decidió que eso sentaba el tono para el resto del día, así que salió de la cama y cerró la puerta del cuarto de baño de un sonoro portazo.

Cuando emergió un rato después, tan fresca como pudo empleando solo las manos y una palangana de agua, comprendía una cosa con perfecta claridad.

Era imposible de toda imposibilidad, imposible en cualquier reino del infierno, que ella llevase a esos esclavos a Rifthold. Rolfe podía quedárselos, le importaba un comino, pero ella no sería la que los transportara a la capital.

Eso significaba que tenía dos días para averiguar cómo arruinar el trato entre Arobynn y Rolfe.

Y para encontrar una manera de salir de ello con vida.

Se echó la capa sobre los hombros mientras se lamentaba en silencio de que tantos metros de tela ocultaran gran parte de su preciosa túnica negra, en especial sus delicados bordados dorados. Bueno, al menos la capa era igual de exquisita, aunque estuviese un poco sucia de tanto viaje.

—¿Adónde vas? —preguntó Sam. Se enderezó en la cama, donde se dedicaba a limpiarse las uñas con la punta de una daga. Estaba claro que Sam no la iba a ayudar. Tendría que encontrar una manera de romper ese trato por sí sola.

—Tengo unas cuantas preguntas que hacerle a Rolfe. A solas. —Se ajustó la máscara y fue hacia la puerta—. Quiero el desayuno preparado cuando vuelva.

Sam se quedó rígido y apretó los labios en una línea fina.

—¿Qué?

Celaena señaló por el pasillo en dirección a la cocina.

—El desayuno —dijo despacio—. Tengo hambre.

Sam abrió la boca y Celaena se preparó para su réplica, pero nunca llegó. Sam hizo una profunda reverencia.

—Como desees —dijo, e intercambiaron unos gestos de una especial vulgaridad antes de que Celaena se marchara pasillo abajo.

En su afán por esquivar charcos de inmundicia, vómitos y solo los dioses sabían qué más, a Celaena le resultaba un poco difícil mantener el ritmo de las largas zancadas de Rolfe. A medida que las nubes de lluvia se iban acumulando por encima de sus cabezas, muchas de las personas que andaban por las calles (piratas andrajosos que apenas se mantenían en pie, prostitutas que pasaban dando tumbos por su lado después de una larga noche, huérfanos descalzos que correteaban como locos) habían empezado a migrar hacia el interior de los edificios destartalados.

Bahía de la Calavera no era una ciudad bonita en ningún aspecto, y muchos de sus edificios inclinados y medio derruidos parecían haber sido construidos con poco más que madera y clavos. Aparte de sus habitantes, la ciudad era conocida sobre todo por Rompenaos, la gigantesca cadena que colgaba de lado a lado de la bocana de la bahía en forma de herradura.

Llevaba siglos allí plantada y era tan grande que, como su nombre indicaba, podía romper el mástil de cualquier nave que chocara con ella. Aunque estaba destinada sobre todo a evitar ataques, también impedía que alguien se marchase a hurtadillas. Y, dado que el resto de la isla lo conformaban enormes montañas, no había muchos sitios más donde un barco pudiera fondear con seguridad. Por lo tanto, todo barco que quisiera entrar o salir del puerto tenía que esperar a que bajaran la cadena por debajo de la superficie del agua. Y estar dispuesto a pagar un arancel considerable.

—Tienes tres manzanas —anunció Rolfe—. Más te vale aprovecharlas.

¿Andaba deprisa a propósito? Celaena hizo un esfuerzo por controlar su creciente enfado y se concentró en las escarpadas y exuberantes montañas que se alzaban sobre la ciudad, en la centelleante curva de la bahía, en el aroma dulzón que flotaba en el ambiente. Había encontrado a Rolfe justo a punto de salir de la taberna para asistir a una reunión de negocios, y el pirata había aceptado contestar a sus preguntas por el camino.

—Cuando lleguen los esclavos —empezó Celaena, tratando de sonar lo más molesta posible—, ¿tendré la oportunidad de inspeccionarlos, o puedo confiar en que nos entregues un lote decente?

Rolfe negó con la cabeza ante su impertinencia mientras Celaena saltaba por encima de las piernas estiradas de un borracho inconsciente (o muerto) que estaba en su camino.

—Llegarán mañana por la tarde. Planeaba inspeccionarlos yo mismo, pero, si tan preocupada estás por la calidad de tu mercancía, te permitiré hacerlo conmigo. Considéralo un privilegio.

Celaena bufó con desdén.

—¿Dónde? ¿En tu barco? —Mejor hacerse una idea de cómo funcionaba todo y elaborar un plan a partir de ahí. Saber cómo se hacían las cosas podría darle alguna idea para arruinar el trato con el menor riesgo posible.

—He convertido un establo grande del otro lado de la ciudad en un centro de reclusión. Suelo examinar a todos los esclavos allí, pero, como os marcháis a la mañana siguiente, examinaremos a los vuestros en el propio barco.

Celaena chasqueó la lengua con la fuerza suficiente para que él la oyera.

—¿Y cuánto tiempo debo calcular que tardaremos?

—¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó Rolfe con una ceja arqueada.

—Solo contesta a la pregunta.

Unos truenos retumbaron a lo lejos justo cuando llegaban a los muelles, que eran de lejos la cosa más impresionante de la ciudad. Barcos de todas las formas y tamaños se mecían en los embarcaderos de madera mientras decenas de piratas correteaban por las cubiertas, amarrando objetos variopintos antes de que estallara la tormenta. En el horizonte, un relámpago centelleó sobre la solitaria torre de vigilancia desde la que se alzaba y se bajaba Rompenaos. En el destello, Celaena alcanzó a ver las dos catapultas encaramadas a una de las plataformas de la torre. Si Rompenaos no destruía un barco, esas catapultas podían terminar el trabajo.

—No te preocupes, señorita Sardothien —la tranquilizó Rolfe mientras pasaban por delante de las tabernas y posadas que se alineaban por los muelles. Les quedaban dos manzanas—. No perderás el tiempo. Aunque inspeccionar a cien esclavos nos llevará un buen rato.

¡Cien esclavos en un barco! ¿Dónde los metían?

—Siempre que no intentes engañarme —espetó ella cortante—,

lo consideraré un tiempo bien invertido.

—Para que no encuentres motivos de queja (y estoy seguro de que harás todo lo posible por encontrarlos), tengo otro cargamento de esclavos en el centro de reclusión para inspeccionar esta noche. ¿Por qué no vienes conmigo? Así tendrás algo con lo que compararlos mañana.

De hecho, eso sería perfecto. Tal vez pudiera limitarse a decir que los esclavos no eran del nivel esperado y negarse a hacer negocios con él. Después se marcharía sin haberle hecho daño a nadie. Todavía tendría que enfrentarse a Sam, y luego a Arobynn, pero... ya pensaría en eso más tarde.

—Vale, muy bien. —Agitó una mano en el aire—. Manda a alguien a buscarme cuando sea la hora. —La humedad era tan densa que le daba la impresión de estar nadando en ella—. ¿Y después de que los esclavos de Arobynn hayan pasado la inspección? —Cualquier pizca de información podría ser empleada más adelante como arma contra él—. ¿Tendré que vigilarlos yo en el barco o los vigilarán tus hombres por mí? Tus piratas podrían creer que son libres de llevarse los esclavos que quieran.

Rolfe agarró con más fuerza la empuñadura de su espada, que centelleó a la tenue luz. Celaena admiró el intrincado pomo con forma de cabeza de dragón marino.

—Si doy la orden de que nadie toque a tus esclavos, no los tocará nadie —masculló el pirata con los dientes apretados. Su enfado fue un inesperado placer—. No obstante, me encargaré de que haya unos cuantos guardias en el barco, si eso te ayuda a dormir mejor. No querría que Arobynn pensara que no me tomo en serio su inversión.

Se aproximaron a una taberna pintada de azul, delante de la cual descansaban unos cuantos hombres con túnicas oscuras. Al ver a Rolfe, se cuadraron e hicieron un saludo marcial. ¿Sus guardias? ¿Por qué no le había escoltado nadie por la calle?

—Eso estaría bien —convino Celaena en tono seco—. No quiero estar aquí ni un segundo más de lo necesario.

—Estoy seguro de que estás impaciente por volver a tus clientes de Rifthold. —Rolfe se detuvo ante la puerta descolorida. Un cartel colgaba encima, oscilando en los crecientes vientos de tormenta: EL DRAGÓN MARINO. Ese era también el nombre de su famoso barco,

que estaba atracado justo detrás de ellos, aunque no parecía espectacular en absoluto. Tal vez ese fuese el cuartel general del señor de los piratas. Y, si los estaba obligando a quedarse en esa taberna a varias manzanas de distancia, entonces quizás se fiara de Sam y de ella tan poco como se fiaban ellos de él.

—Creo que estoy más impaciente por volver al mundo civilizado —dijo Celaena con dulzura.

Rolfe soltó un gruñido grave y cruzó el umbral de la taberna. El interior era lodo sombras y voces murmuradas, y apestaba a cerveza rancia. Aparte de eso, Celaena no pudo ver nada.

—Un día de estos —dijo Rolfe en voz muy baja—, alguien te va a hacer pagar de verdad por esa arrogancia tuya. —Un relámpago hizo centellear sus ojos verdes—. Solo espero estar ahí para verlo.

Y le cerró la puerta de la taberna en las narices.

Celaena sonrió, y su sonrisa se ensanchó cuando unos gruesos goterones de lluvia salpicaron sobre la tierra color óxido y refrescaron al instante el bochorno.

Aquello había ido sorprendentemente bien.

—¿Está envenenado? —le preguntó a Sam. Se dejó caer en su cama al tiempo que un trueno sacudía la taberna hasta los cimientos. La taza tintineó en su platillo y, cuando se retiró la capucha y se quitó la máscara, a Celaena le llegó el aroma de pan recién horneado, salchichas y gachas.

—¿Por ellos o por mi? —Sam estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la cama. Celaena olisqueó la comida.

— ¿Detecto... belladona?

Sam la miró inexpresivo y Celaena esbozó una sonrisilla mientras cortaba un trozo de pan con la mano. Se quedaron sentados en silencio durante unos minutos, con los únicos sonidos del roce de sus cubiertos contra los platos descascarillados, el tamborileo de la lluvia sobre el tejado y el retumbar ocasional de un trueno.

—Bueno —dijo Sam al fin—. ¿Me vas a contar lo que estás planeando o debería advertir a Rolfe de que se espere lo peor?

Celaena bebió un sorbito de té con gran delicadeza.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, Sam Cortland.

—¿Qué tipo de preguntas le has hecho?

Celaena dejó la taza. La lluvia que azotaba las contraventanas amortiguó el tintineo de la porcelana contra el platillo.

—Preguntas educadas.

—¿Ah, sí? Pensaba que no sabías lo que significa la palabra «educado».

—Puedo ser muy educada cuando me viene en gana.

—Cuando te sirve para obtener lo que deseas, quieres decir. Dime, pues, ¿qué es lo que quieres de Rolfe?

Celaena estudió a su compañero. Él no parecía tener ningún escrúpulo con respecto a ese trato. Aunque era posible que no confiara en Rolfe, no le molestaba que cien almas inocentes estuviesen a punto de ser vendidas como ganado.

—Tengo más preguntas sobre el mapa de sus manos.

—¡Maldita sea, Celaena! —Sam estampó el puño contra el suelo de madera—. ¡Dime la verdad!

—¿Por qué? —preguntó ella con un mohín—. ¿Y cómo sabes que no estoy diciendo la verdad?

Sam se puso de pie y empezó a andar de un lado a otro de la pequeña habitación. Se desabrochó el botón superior de su túnica negra, dejando a la vista la piel de debajo. Algo en ese gesto le resultó extrañamente íntimo a Celaena, que se apresuró a apartar la mirada.

—Hemos crecido juntos. —Sam se detuvo al pie de su cama—. ¿Crees que no sé cuándo estás tramando algo? ¿Qué quieres de Rolfe?

Si se lo contaba, Sam haría todo lo que estuviera en su mano para evitar que arruinara el trato. Y un enemigo ya era suficiente. Con el plan todavía sin formar, tenía que mantener a Sam fuera. Además, si la cosa pasaba de castaño oscuro, Rolfe muy bien podía matar a Sam por estar implicado. O simplemente por conocerla.

—A lo mejor es que no soy capaz de resistirme a lo guapo que es —dijo.

Sam se puso rígido.

—Es doce años mayor que tú.

—¿Y? —No creía que fuese en serio, ¿verdad? Sam le lanzó una mirada tan feroz que podría haberla convertido en cenizas. Fue hacia la ventana y arrancó su capa del marco.

—¿Qué haces?

Sam abrió las contraventanas de madera para revelar un cielo lleno de lluvia y relámpagos zigzagueantes.

—Estoy harto de asfixiarme y, si estás interesada en Rolfe, lo más probable es que averigüe qué aspecto tienes en algún momento, ¿no? Así que ¿por qué molestarnos en asarnos a fuego lento hasta la muerte?

—Cierra la ventana. —Sam se limitó a cruzar los brazos—. *Ciérrala* —le gruñó.

Cuando él no dio muestras de moverse, Celaena se levantó de un salto, volcó la bandeja sobre el colchón y le empujó a un lado con la fuerza suficiente para obligarle a dar un paso atrás. Con la cabeza bien agachada, cerró la ventana y las contraventanas y colgó la capa delante.

—Idiota —bufó indignada—. ¿Qué mosca te ha picado?

Sam dio un paso hacia ella y Celaena notó su aliento caliente sobre su cara.

—Estoy harto de tus melodramas y las tonterías que haces cuando llevas esa capa y esa máscara ridícula. Y estoy aún más harto de que te dediques a mangonearme.

O sea que de *eso* iba todo aquel numerito.

—Pues acostúmbrate.

Hizo ademán de volver a su cama, pero Sam la agarró de la muñeca.

—Sea lo que sea lo que estás tramando, sea cual sea la intriga a la que estés a punto de arrastrarme, recuerda que todavía no eres la jefa del Gremio de los Asesinos. Aún respondes ante Arobynn.

Celaena puso los ojos en blanco y se zafó del chico.

—Vuelve a tocarme —escupió mientras volvía a su cama para recoger la comida volcada—, y perderás esa mano.

Después de eso, Sam no le habló más.

CAPÍTULO 5

La cena con Sam fue silenciosa, y Rolfe apareció a las ocho para llevarlos a los dos al centro de reclusión. Sam ni siquiera preguntó a dónde iban. Se limitó a seguirles la corriente, como si supiese lo que iban a hacer desde un principio.

El centro de reclusión era un enorme almacén de madera. Incluso a una manzana de distancia, algo sobre ese lugar hizo que los instintos de Celaena le gritaran que se alejara de allí. El intenso hedor a cuerpos sin lavar no la golpeó hasta que estuvieron dentro. Parpadeó ante el brillo de las antorchas y los faroles sin carcasa, y tardó unos instantes en distinguir lo que estaba viendo.

Rolfe caminaba delante de ellos, pasando sin vacilar ante las celdas abarrotadas de esclavos. Se dirigió a un gran espacio diáfano en la parte de atrás del almacén, donde un eyllweano de piel parda esperaba delante de un grupo de cuatro piratas.

Al lado de Celaena, Sam soltó una larga bocanada de aire, con el rostro pálido. Si el olor no era de por sí lo bastante malo, los cautivos de las celdas, agarrados a los barrotes, acobardados contra

las paredes o abrazados a sus hijos (¡niños pequeños!), le desgarraron hasta el alma.

Aparte de algún sollozo ocasional, los esclavos guardaban silencio, aunque los ojos de algunos de ellos se abrieron como platos al verla. Había olvidado el aspecto que tenía: sin rostro, con la capa ondeando a su espalda. Debía de parecerles la Muerte en persona. Algunos de los esclavos trazaron marcas invisibles en el aire para alejar de ellos su presencia maligna.

Celaena tomó nota mental de las cerraduras y los candados de las puertas y contó el número de personas apelotonadas en cada celda. Procedían de todos los reinos del continente. Había incluso algunos miembros del clan de las montañas: hombres pelirrojos de aspecto salvaje que seguían todos sus movimientos con sus ojos grises. Había también mujeres, algunas apenas mayores que la propia Celaena. ¿Habrían luchado también, o simplemente estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado?

A Celaena se le aceleró el corazón. Aun después de tantos años, la gente seguía desafiando la conquista de Adarlan. Pero ¿qué derecho tenía Adarlan, o Rolfe, o cualquier otro, a tratarlos de ese modo? Conquistarlos no era suficiente, no. Adarlan tenía que *hundirlos*.

Según había oído, Eyllwe se había llevado la peor parte. Aunque su rey había entregado el poder al rey de Adarlan, todavía podían encontrarse soldados de Eyllwe luchando en los grupos rebeldes que hostigaban a las fuerzas de Adarlan. Sin embargo, aquella región era demasiado importante para que Adarlan la abandonara. Eyllwe contaba con dos de las ciudades más prósperas del continente; su territorio, rico en tierras de cultivo, vías fluviales y bosques, era una arteria crucial en las rutas comerciales. Ahora, al parecer, Adarlan había decidido que podría sacar algo de dinero también con su gente.

Los hombres que rodeaban al eyllweano se apartaron cuando vieron llegar a Rolfe, al que saludaron con una inclinación de cabeza, Celaena reconoció a dos de ellos de la cena de la víspera: el calvo y bajito capitán Fairview y el enorme y tuerto capitán Blackgold. Celaena y Sam se detuvieron junto a Rolfe.

Los piratas habían desnudado al hombre de Eyllwe, cuyo cuerpo delgado estaba magullado y sangraba.

—Este se resistió un poco —explicó el capitán Fairview.

Aunque el esclavo tenía la piel empapada de sudor, mantenía la barbilla alta y los ojos fijos en algún punto lejano. Debía de tener unos veinte años. ¿Tendría familia?

—Pero, bueno, si no le quitamos los grilletes, alcanzará un buen precio —continuó Fairview, tras secarse la cara en el hombro de su túnica carmesí. El bordado dorado empezaba a deshilacharse, y la tela, que en algún momento debía de haber sido de un color vivo, estaba ahora desvahída y manchada—. Yo lo enviaría al mercado de Bellhaven. Allí hay muchos hombres ricos que necesitan manos fuertes para la construcción. O mujeres que necesitan manos fuertes para algo completamente diferente. —Le guiñó un ojo a Celaena.

Una ira feroz bulló con tal rapidez en su interior que Celaena se quedó sin respiración. No se dio cuenta de que su mano se movía hacia su espada hasta que Sam entrelazó los dedos con los suyos. Fue un gesto bastante natural y, para cualquier otro, podría haber pasado por una señal de afecto. Pero Sam le apretó los dedos con la fuerza suficiente como para que Celaena supiera que era muy consciente de lo que había estado a punto de hacer.

—¿Cuántos de estos esclavos se considerarán útiles? —dijo Sam, al tiempo que soltaba los dedos enguantados de Celaena—. Los nuestros van todos a Rifthold, pero ¿a estos los vais a dividir?

—¿Crees que tu jefe es el primero en hacer tratos conmigo? —preguntó Rolfe—. Tenemos otros acuerdos en distintas ciudades. Mis socios en Bellhaven me informan de lo que buscan los ricos y yo se lo proporciono. Si no encuentro un buen sitio donde vender los esclavos, los envío a Calaculla. Si a vuestro jefe le sobra alguno, enviarlos a Endovier podría ser una buena opción. Adarlan es bastante tacaño con lo que ofrece por los esclavos para las minas de sal, pero es mejor que nada.

Así que Adarlan no solo estaba llevándose prisioneros de los campos de batalla y de sus propias casas, también estaba comprando esclavos para las minas de sal de Endovier.

—¿Y los niños? —preguntó Celaena, haciendo un esfuerzo por mantener un tono de voz neutro—. ¿Adónde van ellos?

Los ojos de Rolfe se ensombrecieron un poco, con un brillo de culpabilidad que hizo que Celaena se preguntara si el tráfico de esclavos había sido su último recurso.

—Intentamos mantener a los niños con sus madres —dijo en voz baja—. Pero, en las subastas, no podemos controlar si los separan o no.

Celaena se tragó la réplica que tenía en la punta de la lengua.

—Ya veo. ¿Son difíciles de vender? ¿Cuántos niños podemos esperar que haya en nuestro cargamento?

—Aquí tenemos unos diez —caviló Rolfe—. Vuestro cargamento no debería tener más de esos. Y no, no son difíciles de vender, si sabes dónde hacerlo.

—¿Dónde? —preguntó Sam.

—Algunas familias adineradas podrían quererlos como pinches de cocina o como mozos de cuadra. —Aunque su voz sonó impasible, Rolfe tenía los ojos clavados en el suelo—. También puede aparecer alguna madame de burdel por la subasta.

Sam se puso blanco de furia. Si había una cosa que le sacaba de sus casillas, un tema que Celaena sabía que siempre le irritaba, era ese.

La madre de Sam, vendida a los ocho años a un burdel, había pasado sus fugaces veintiocho años abriéndose camino con uñas y dientes y, desde su condición de huérfana, había llegado a convertirse en una de las cortesanas más exitosas de Rifthold. Sam tenía solo seis años cuando ella murió, asesinada por un cliente celoso, y, aunque había amasado algo de dinero, no era suficiente para liberarla del burdel ni para dejarle a Sam el futuro asegurado. Pero había sido una de las favoritas de Arobynn, y, cuando este se enteró de que quería que Sam entrenara con él, acogió al niño.

—Lo tendremos en cuenta —dijo Sam en tono cortante.

Asegurarse de que el trato se venía abajo no era suficiente para Celaena. No era suficiente para nada. No cuando todas esas personas estaban allí encarceladas. La sangre palpitaba con fuerza en sus venas. La muerte, al menos, era rápida. Sobre todo cuando era obra suya. La esclavitud, sin embargo, era un sufrimiento sin fin.

—Muy bien —dijo levantando la barbilla. Tenía que salir de allí, y tenía que sacar a Sam de allí antes de que perdiera los papeles. Sus ojos mostraban un brillo cada vez más letal—. Estoy impaciente por ver nuestro cargamento mañana por la noche. —Hizo un gesto con la cabeza hacia las celdas detrás de ella—. ¿Cuándo partirán

estos esclavos? —Era una pregunta muy peligrosa, muy estúpida.

Rolfe miró al capitán Fairview, que se frotó la sucia cabeza.

—¿Estos? Los dividiremos, y es probable que los carguemos mañana en otro barco. Supongo que zarparán más o menos a la misma hora que vosotros. Tenemos que reunir a las tripulaciones. —El capitán y Rolfe se embarcaron en una conversación sobre quién capitanearía los barcos, y Celaena se lo tomó como una indicación para marcharse.

Echándole una última mirada al esclavo que seguía de pie delante de ellos, Celaena salió de aquel almacén que olía a miedo y a muerte.

—¡Celaena, *espera*! —la llamó Sam, jadeando mientras la seguía.

Pero no podía esperar. Había empezado a andar y andar y andar, y ahora, mientras se aproximaba a la playa desierta lejos de las luces de Bahía de la Calavera, no pensaba dejar de hacerlo hasta que llegara al agua.

No mucho más allá, en la curva de la bahía, la torre de observación montaba guardia; Rompenaos estaría suspendido sobre el agua toda la noche. La luna iluminaba la arena fina y convertía el mar tranquilo en un espejo de plata.

Celaena se quitó la máscara y la dejó caer detrás de ella; luego se arrancó la capa, las botas, la túnica. La brisa húmeda besó su piel desnuda e hizo aletear su delicada camiseta blanca.

—¡Celaena!

Unas olas de agua tibia chocaban contra sus pies, que salpicaban a su alrededor mientras seguía caminando. Antes de que el agua le cubriera más allá de las pantorrillas, Sam la agarró del brazo.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber.

Celaena tiró de su brazo, pero Sam no la soltó. En un movimiento rápido, ella giró en redondo y balanceó el otro brazo en el aire. Pero Sam conocía la maniobra, puesto que la había practicado a su lado durante años, y agarró su otra mano.

—*Para* —masculló, pero ella hizo un barrido con el pie y lo enganchó por detrás de la rodilla de Sam, que cayó como un fardo, aunque siguió sin soltarla. Una nubecilla de agua y arena los envolvió cuando impactaron contra el suelo.

Celaena aterrizó encima de él, pero Sam no se detuvo ni un

momento. Antes de que ella pudiera darle un codazo en la cara, la volteó, lanzándola de espaldas contra el suelo, lo que le sacó todo el aire de los pulmones. Sam se abalanzó sobre ella, pero Celaena tuvo los reflejos suficientes para levantar los pies justo cuando él saltaba. Le dio una patada en el estómago. Sam maldijo mientras caía de rodillas. Una ola rompió contra él y lo envolvió en una lluvia de plata.

Celaena sé puso en cuclillas de un salto. La arena silbó bajo sus pies mientras se aprestaba a placarle.

Pero Sam la estaba esperando. La esquivó con un giro rápido, la agarró de los hombros y la tiró al suelo.

Celaena sabia que la había pillado incluso antes de que terminara de estamparla contra la arena. Sam inmovilizó sus muñecas y le hincó las rodillas en los muslos para impedir que pudiera volver a levantas las piernas.

—¡Basta ya! —Clavó con fuerza los dedos en las muñecas de Celaena. Una ola despistada los alcanzó y la empapó de arriba abajo.

Celaena forcejeó y curvó los dedos en un intento de hacerle sangre, pero no llegaba hasta las manos de Sam. La arena no era una superficie lo suficientemente estable como para darle la vuelta. Además, Sam la conocía, conocía sus movimientos, sabía qué trucos le gustaba utilizar.

—*Para* —dijo él, resollando—. Por favor. —A la luz de la luna, su cara parecía tensa—. Por favor —repitió con voz ronca.

El dolor y la derrota que Celaena detectó en su voz la hicieron parar. Una nubecilla deshilachada pasó por delante de la luna, que iluminaba las fuertes líneas de sus pómulos, la curva de sus labios...; el tipo de belleza singular que había hecho triunfar a su madre. Por encima de ellos, las estrellas parpadeaban con luz tenue, apenas visibles en el resplandor de la luna.

No voy a soltarte hasta que prometas dejar de atacarme dijo Sam, a tan solo unos centímetros de su cara. Celaena sintió el aliento de sus palabras en la boca.

Aspiró una bocanada de aire, después otra. No tenía ninguna razón para atacar a Sam. No cuando había evitado que destripara a ese pirata en el almacén. No cuando se había cabreado tanto por lo de los niños esclavos. Le temblaban las piernas del dolor.

—Lo prometo —farfulló.

—Júralo.

—Lo juro por mi vida.

Sam la observó durante un segundo más, y luego se quitó despacio de encima de ella. Celaena esperó a que se pusiera en pie antes de levantarse ella también. Los dos estaban empapados y rebozados en arena, y Celaena estaba casi segura de que la mitad de su pelo se había salido de su trenza y debía de parecer una lunática iracunda.

—Bueno —dijo Sam mientras se quitaba las botas y las tiraba a la arena detrás de ellos—. ¿Te vas a explicar? —Se subió los pantalones hasta las rodillas y dio unos pasos en el agua.

Celaena empezó a andar de un lado para otro, con el agua salpicando alrededor de sus pies.

—Yo solo... —empezó, pero luego agitó un brazo y sacudió la cabeza con violencia.

—¿Tú qué? —Las olas casi ahogaron sus palabras.

Celaena se giró de pronto para encararse con él.

—¿Cómo puedes mirar a esa gente y no hacer nada?

—¿A los esclavos?

Celaena reanudó sus paseos.

—Me pone enferma. Me pone... Me cabrea tanto que creo que podría... —No podía terminar ese pensamiento.

—¿Podrías qué? —Celaena oyó el chapoteo de unos pasos y miró hacia atrás para ver a Sam acercarse. Él cruzó los brazos ante sí, preparado para una discusión—. ¿Podrías hacer algo tan estúpido como atacar a los hombres de Rolfe en su propio almacén?

Era ahora o nunca. Había intentado no involucrar a Sam, pero..., ahora que sus planes habían cambiado, Celaena necesitaba su ayuda.

—Podría hacer algo tan estúpido como liberar a los esclavos —declaró.

Sam se quedó tan quieto que podría haberse convertido en piedra.

—Sabía que estabas tramando algo, pero... *liberarlos*...

—Voy a hacerlo contigo o sin ti. —Su única intención había sido arruinar el trato, pero, al entrar en ese almacén hacía un rato, supo que no podía dejar a esos esclavos allí.

—Rolfe te matará —murmuró Sam—. O Arobynn, si Rolfe no lo hace antes.

—Tengo que intentarlo —insistió ella.

—¿Por qué? —Sam se acercó lo suficiente como para obligar a Celaena a echar la cabeza hacia atrás para poder verle la cara—. Somos asesinos. *Matamos* a gente. Destrozamos vidas todos los días.

—Nosotros tenemos elección —murmuró Celaena—. Tal vez no cuando éramos niños, cuando nuestras únicas opciones eran Arobynn o la muerte, pero ahora... ahora tú y yo podemos elegir las cosas que hacemos. A esos esclavos los capturaron y ya está. Luchaban por su libertad, o vivían demasiado cerca de un campo de batalla, o unos mercenarios pasaron por su pueblo y los raptaron. Son gente inocente.

¿Y nosotros no lo éramos?

Algo gélido atravesó el corazón de Celaena ante el destello de un recuerdo.

—Matamos a funcionarios, a oficiales corruptos y a cónyuges adulteros; y lo hacemos deprisa y limpiamente. Esto son familias enteras a las que están separando por la fuerza, a las que están destrozando. Cada una de esas personas solía ser alguien.

—No te lo discuto. —Los ojos de Sam brillaban—. No me gusta nada de esto. No solo los esclavos, sino la implicación de Arobynn. Y esos niños... —Se pellizcó el puente de la nariz—. Pero no somos más que dos personas rodeadas de los piratas de Rolfe.

Celaena le dedicó una sonrisa ladeada.

—Entonces, es una suerte que seamos los mejores. Y —añadió— es una suerte que le haya estado haciendo tantas preguntas acerca de sus planes para los próximos dos días.

Sam parpadeó.

—Te das cuenta de que esta es la cosa más imprudente que has hecho en la vida, ¿verdad?

—Imprudente, pero quizás también la más significativa.

Sam la miró durante el tiempo suficiente como para que Celaena se sonrojase, como si pudiese ver dentro de ella, como si pudiese verlo todo. El hecho de que no huyera de lo que fuese que veía hizo que a Celaena le zumbara la sangre en las venas.

—Supongo que, si vamos a morir, debería ser por una causa

noble —afirmó.

Celaena soltó una carcajada burlona y aprovechó para alejarse un paso de él.

—No vamos a morir. Al menos, no si seguimos mi plan.

—¿Ya tienes un plan? —gimió Sam.

Celaena sonrió y se lo contó todo. Cuando terminó, él se limitó a rascarse la cabeza.

—Bueno —admitió, sentándose en la arena—. Supongo que eso funcionaría. Tendríamos que sincronizarlo bien, pero...

—Pero podría funcionar. —Celaena se sentó a su lado.

—Cuando se entere Arobynn...

—Déjame a Arobynn a mí. Ya veré cómo gestionarlo.

—Siempre podríamos simplemente... no regresar a Rifthold —sugirió Sam.

—¿Cómo? ¿Escaparnos?

Sam se encogió de hombros. Aunque mantuvo los ojos sobre las olas, Celaena hubiese jurado que un rubor oscurecía sus mejillas.

—Arobynn podría matarnos por esto.

—Si escapáramos, nos buscaría por todas partes hasta el fin de nuestros días. Aunque adoptáramos nombres nuevos, nos encontraría. —¡Como si ella pudiese dejar atrás su vida entera!—. Ha invertido demasiado dinero en nosotros, y todavía no hemos saldado nuestras deudas con él. Nos consideraría malas inversiones.

Sam deslizó los ojos hacia e norte, como si pudiera ver la enorme capital y su inmenso castillo de cristal.

—Creo que detrás de este asunto hay algo más que un acuerdo comercial.

—¿A qué te refieres?

Sam trazó círculos en la arena entre ellos.

—Me refiero a... Para empezar, ¿por qué enviarnos a nosotros dos aquí? Su excusa era mentira. No somos necesarios para este trato. Podría haberse limitado a mandar a otros dos asesinos que no se llevasen como el perro y el gato.

—¿Qué estás insinuando?

—Quizás Arobynn nos quería lejos de Rifthold ahora mismo —contestó Sam, encogiéndose de hombros—. Quizás necesitaba sacarnos de la ciudad durante un mes.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—Arobynn no haría algo así.

—¿Ah, no? —preguntó Sam—. ¿Acaso averiguamos por que Ben estaba allí la noche en que capturaron a Gregori?

—Si estás sugiriendo que Arobynn se la jugó de algún modo a Ben para...

—No estoy sugiriendo nada. Pero hay unas cuantas cosas que no cuadran. Y hay preguntas que no han recibido respuesta.

—No deberíamos cuestionar a Arobynn —dijo Celaena.

—¿Y desde cuándo sigues tú las órdenes?

Celaena se puso en pie.

—Sobrevivamos primero a los próximos días y luego indagaremos en esas teorías de la conspiración que estás inventando.

Sam se levantó al instante.

—No tengo ninguna teoría. Solo preguntas que tú también te deberías estar haciendo. ¿*Por qué* quería sacarnos de la capital durante este mes?

—Podemos confiar en Arobynn. —Mientras las palabras salían por su boca, ya se sentía estúpida por decirlas.

Sam se agachó a recoger sus botas.

—Me vuelvo a la taberna. ¿Vienes?

—No. Me quedo aquí un ratito más.

Sam la miró ceñudo, pero se limitó a asentir.

—Se supone que tenemos que examinar a los esclavos de Arobynn en su barco mañana por la tarde, a las cuatro. Intenta no quedarte aquí fuera toda la noche. Necesitamos descansar todo lo que podamos.

Celaena no contestó, y dio media vuelta antes de poder ver cómo Sam se alejaba en dirección a las luces doradas de Bahía de la Calavera.

Caminó por la curva de la orilla hasta llegar a la solitaria torre de vigilancia. Después de estudiarla desde las sombras (las dos catapultas cerca de la parte superior, la gigantesca cadena que estaba anclada por encima de ellas), continuó su camino. Siguió andando hasta que no quedó nada en el mundo excepto el rugido y el siseo de las olas, el suspiro de la arena bajo sus pies y el resplandor de la luna sobre el agua.

Siguió andando hasta que una brisa sorprendentemente fresca

pasó por su lado. Se detuvo.

Despacio, Celaena giró hacia el norte, hacia el origen de la brisa, que olía a una tierra lejana que no había visto en ocho años. Pinos y nieve, una ciudad todavía atrapada entre las garras del invierno. Aspiró su aroma. Miró hacia el inmenso y solitario océano negro y vio, de algún modo, la lejana ciudad que una vez, hacía mucho tiempo, había sido su hogar. El viento arrancó mechones de pelo de su trenza y los revolvió por delante de su cara. Orynth. Una ciudad de luz y música a los pies de un castillo de alabastro con una torre de ópalo tan brillante que podía verse desde kilómetros de distancia.

La luna se ocultó detrás de una gruesa nube y su luz desapareció. En la repentina oscuridad, las estrellas brillaban con más intensidad.

Celaena conocía todas las constelaciones de memoria y, por instinto, buscó el Ciervo, el Señor del Norte, y la estrella inamovible que coronaba su cabeza.

Por aquel entonces, no había tenido elección. Cuando Arobynn le ofreció ese camino, la alternativa era la muerte. Pero ahora...

Tomó una bocanada de aire. No, sus opciones seguían siendo tan limitadas como cuando tenía ocho años. Era la asesina de Adarlan, la protegida y heredera de Arobynn Hamel, y siempre lo sería.

El trayecto de regreso a la taberna se le hizo muy largo.

CAPÍTULO 6

Después de otra sofocante noche de insomnio, Celaena pasó el día siguiente con Sam, paseando por las calles de Bahía de la Calavera. Caminaron con tranquilidad, pararon delante de los puestos de varios vendedores y entraron en alguna de las tiendas, pero todo el rato iban repasando los pasos de su plan, cuyos detalles tenían que orquestar a la perfección.

Tras hablar con los pescadores de los muelles, averiguaron que las barcas de remos amarradas a los embarcaderos no pertenecían a nadie en particular, y que a la mañana siguiente la marea alta sería justo después del amanecer. No era una gran ventaja, pero sí mejor que si fuese a mediodía.

Tras flirtear con las prostitutas de la calle principal, Sam descubrió que, cada cierto tiempo, Rolfe invitaba a todos los piratas que estaban a su servicio a una juerga que duraba varios días. También se enteró de unas cuantas cosas más que se negó a contarle a Celaena.

Y, tras interrogar a un pirata borracho que languidecía en un

callejón, Celaena averiguó cuántos hombres vigilaban los barcos de esclavos, qué tipo de armas llevaban y dónde tenían a los cautivos.

Cuando por fin dieron las cuatro, Celaena y Sam estaban a bordo del barco que Rolfe les había prometido. Observaban y contaban a los esclavos que subían a trompicones a la amplia cubierta. Noventa y tres. La mayoría hombres, la mayoría jóvenes. Las mujeres eran de edades más variadas y solo había un puñado de niños, justo como había dicho Rolfe.

—¿Son aceptables para tu refinado gusto? —preguntó Rolfe al acercarse.

—Creía que habías dicho que habría más —repuso Celaena con frialdad, sin apartar los ojos de los esclavos encadenados.

—Había cien redondos, pero siete murieron en el viaje.

Celaena reprimió la ira que bulló en su interior, y Sam, que la conocía demasiado bien, intervino.

—¿Y cuántos podemos esperar perder en el viaje a Rifthold? —Su rostro tenía una expresión relativamente neutra, aunque sus ojos marrones centelleaban de enfado. Perfecto, mentía bien. Tan bien como ella, quizás.

Rolfe se pasó una mano por el pelo oscuro.

—¿Vosotros dos no dejáis de hacer preguntas nunca? No hay forma humana de predecir cuántos esclavos perderéis. Solo aseguraos de darles de comer y de beber.

Un gruñido grave escapó entre los dientes de Celaena, pero Rolfe ya se dirigía hacia su grupo de guardias. Celaena y Sam le siguieron, al tiempo que observaban cómo empujaban a los últimos esclavos sobre la cubierta.

—¿Dónde están los de ayer? —preguntó Sam.

Rolfe agitó una mano.

—La mayoría están en ese barco y partirán mañana. —Señaló hacia un barco cercano y ordenó a uno de los capataces que empezara la inspección.

Esperaron hasta que los hombres examinaron a unos cuantos esclavos. Hacían comentarios sobre lo fuertes que eran uno u otro y donde obtendrían un buen precio por ellos en Rifthold. Cada palabra tenía un regusto peor que la anterior.

—Esta noche —le dijo Celaena al señor de los piratas—, ¿puedes garantizar que este barco estará protegido? —Rolfe salto un suspiro

exagerado y asintió—. Esa torre de vigilancia del otro lado de la bahía — insistió ella—. Supongo que ellos también serán responsables de vigilarlo, ¿no?

—Sí —espetó Rolfe cortante. Celaena abrió la boca, pero él la interrumpió—. Y, antes de que lo preguntes, déjame decirte que cambiamos la guardia justo antes del amanecer. —O sea, que tendrían que dar debida cuenta de la guardia de la mañana para evitar que dieran la voz de alarma al amanecer, en el momento de la marea alta. Era un ligero contratiempo para su plan, pero podrían solucionarlo con facilidad.

—¿Cuántos de los esclavos hablan nuestro idioma? —preguntó Celaena.

—¿Por qué? —Rolfe arqueó una ceja.

Celaena sintió que Sam se ponía tenso, pero ella se encogió de hombros.

—Podría ser un valor añadido.

Rolfe la estudió un poco demasiado de cerca, y luego se giró para mirar a una esclava que estaba junto a ellos.

—¿Hablas la lengua común?

La mujer miró a un lado y a otro y se ciñó mejor la andrajosa ropa, una mezcla de pieles y lana que sin duda llevaba para mantenerse caliente en los gélidos desfiladeros de las montañas Colmillo Blanco.

—¿Entiendes lo que te digo? —preguntó Rolfe.

La mujer levantó sus manos esposadas. La piel de alrededor del hierro estaba roja y en carne viva.

—Creo que la respuesta es no —aportó Sam.

Rolfe le fulminó con la mirada y luego echó a andar entre los esclavos.

—¿Alguno de vosotros habla la lengua común? —repitió una vez más, y estaba a punto de dar media vuelta cuando un eyllweano mayor, delgado como un junco y cubierto de cortes y moratones, dio un paso al frente.

—Yo la hablo —dijo.

—¿Eso es todo? —ladró Rolfe—. ¿Nadie más?

Celaena se acercó al hombre que había hablado y se grabó su cara en la memoria. El hombre retrocedió al ver su máscara y su capa.

—Bueno, al menos él quizás alcance un precio más elevado —comentó Celaena mirando a Rolfe, que estaba detrás de ella. Sam llamó la atención del pirata con una pregunta sobre la mujer de las montañas para así distraerle un momento—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó Celaena al esclavo.

—Dia. —Sus largos y frágiles dedos temblaban un poco.

—¿Dominas el idioma?

El hombre asintió.

—Mi... mi madre era de Bellhaven. Mi padre era un comerciante de Banjali. Crecí hablando ambos idiomas.

Y era probable que no hubiese trabajado un solo día en toda su vida. ¿Cómo había acabado alguien como él metido en aquel fregado? Los otros esclavos de la cubierta se mantenían apartados, apiñados todos juntos, incluidos algunos de los hombres y mujeres más robustos, cuyas cicatrices y magulladuras los identificaban como combatientes. Prisioneros de guerra. ¿Lo que ya habían visto en el mundo de la esclavitud habría sido suficiente para quebrantar sus espíritus? Celaena esperó que no fuese así, por su propio bien y por el de ellos.

—Bien —se limitó a decir antes de alejarse de allí.

Unas horas más tarde, nadie se fijó (o, si alguien lo hizo, no les dio importancia) en dos figuras encapuchadas que se metían en dos botes de remos y se dirigían hacia los barcos de esclavos anclados a varios cientos de metros de la orilla. Solo unos pocos faroles de aceite iluminaban las mastodónticas naves, pero la luz de la luna brillaba con la suficiente intensidad como para que Celaena pudiera distinguir el Lobo Dorado mientras remaba hacia el.

A su derecha, Sam avanzaba con el mayor sigilo posible hacia el Sin Amor, donde tenían retenidos a los esclavos de la víspera. El silencio era su única esperanza y su único aliado, aunque, a su espalda, la ciudad ya estaba sumida en una gran juerga. No había costado mucho que se extendiera el rumor de que los asesinos de Arobynn Hamel habían ofrecido barra libre en la taberna para celebrar el trato, y ya cuando Celaena y Sam iban hacia los muelles, multitud de piratas caminaban en dirección contraria hacia la posada.

Jadeando detrás de su máscara, Celaena notaba los brazos más

doloridos con cada palada. No era la ciudad lo que la preocupaba, sino la solitaria torre de vigilancia a su izquierda. Un fuego ardía en su torreta irregular. Proyectaba una tenue luz sobre las catapultas y la antiquísima cadena que cruzaba la estrecha bocana de la bahía. Si los pillaban, la primera alarma provendría de allí.

Puede que fuese más fácil escapar ahora: derribar a los guardias de la torre, tomar el mando de los barcos de esclavos y zarpar. Sin embargo, la cadena era solo la primera de una serie de defensas. Era casi imposible navegar por las Islas Muertas de noche, y con marea baja... se alejarían unas millas náuticas y encallarían en un arrecife de coral o un banco de arena.

Celaena dejó que el bote se deslizara por sí solo los últimos metros que la separaban del Lobo Dorado y agarró el peldaño inferior de una escalera de madera para evitar golpear demasiado fuerte contra el casco.

Sería más fácil salir de allí con las primeras luces de la mañana siguiente, cuando los piratas estuviesen inconscientes o demasiado borrachos para darse cuenta siquiera, y cuando la marea alta jugara en su favor.

Sam emitió un destello con un espejo compacto para indicar que había llegado al Sin Amor. Celaena captó la luz con su propio espejo y le devolvió la señal. Después lanzó dos destellos para indicar que estaba preparada.

Un momento después, Sam hizo lo mismo. Celaena respiró hondo para tranquilizarse.

Había llegado la hora.

CAPÍTULO 7

Sigilosa como una serpiente y ágil como un gato, Celaena trepó por la escalera del costado del barco.

El primer guardia no se dio cuenta de que estaba sobre el que ella cerró las manos alrededor de su cuello y apretó los dos puntos que le dejaron inconsciente. El hombre se desplomó sobre la cubierta, pero ella lo agarró de su mugrienta túnica para amortiguar la caída. Silenciosa como los ratones, silenciosa como el viento, silenciosa como una tumba.

El segundo guardia, apostado ante el timón, la vio subir por la escalera. Logró emitir un grito ahogado antes de que el pomo de la daga de Celaena se estrellara contra su frente. No fue tan limpio ni tan silencioso: golpeó la cubierta con un ruido sordo que hizo que el tercer guardia, apostado en la proa, se girara hacia ellos.

Pero todo estaba oscuro y había muchos metros de barco entre ellos. Celaena se agachó bien pegada a la cubierta y ocultó el cuerpo del guardia caído con su capa.

—¿Jon? —llamó el tercer guardia desde el otro extremo de la

cubierta. Celaena se encogió un poco al oír su voz. No muy lejos, el Sin Amor flotaba en perfecto silencio.

Celaena hizo una mueca ante el hedor que desprendía el cuerpo sucio de Jon.

—¿Jon? —repitió el guardia, y al sonido de su voz siguió el de unos sonoros pasos. Más y más cerca. Pronto vería a su compañero.

Tres..., dos..., uno...

—¿Qué demonios...? —El hombre se tropezó con el cuerpo caído del primer guardia.

Celaena se puso en movimiento. Saltó la barandilla tan deprisa que el guardia ni siquiera levantó la vista hasta que aterrizó detrás de él. Todo lo que necesitó fue darle un golpe rápido en la cabeza y ya estaba depositando su cuerpo sobre el del primer guardia. Con el corazón martilleando cada centímetro de su ser, Celaena corrió hacia la proa del barco. Lanzó tres destellos con el espejo. Tres guardias noqueados.

Nada.

—Venga, Sam. —Repitió la señal.

Lo que le pareció mucho tiempo después, recibió una señal de vuelta. Soltó el aire de golpe, aunque ni siquiera se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Los guardias del Sin Amor también estaban inconscientes.

Celaena hizo una señal más. La torre de vigilancia seguía en silencio. Si había guardias allí arriba, no habían visto nada. Tenía que darse prisa y terminar con aquello antes de que alguien notara su desaparición.

El guardia que custodiaba el camarote del capitán logró dar una patada a la pared lo bastante fuerte como para despertar a los muertos antes de que Celaena lo noqueara. Pero eso no impidió que el capitán Fairview chillara como un cochinillo cuando ella se coló en sus aposentos y cerró la puerta.

Cuando Fairview quedó a buen recaudo en el calabozo, atado y amordazado y plenamente consciente de que su vida dependía de su cooperación y la de sus guardias, Celaena bajó con sigilo a la zona de carga.

Los pasillos eran estrechos, pero los dos guardias allí apostados no se percataron de su presencia hasta que se tomó la libertad de dejarlos inconscientes.

Tan silenciosamente como pudo, cogió un farolillo que colgaba de un gancho en la pared y abrió la puerta. El hedor casi la hizo caer de rodillas.

El techo era tan bajo que prácticamente lo rozaba con la cabeza. Todos los esclavos habían sido encadenados al suelo, sentados. Sin letrinas, sin ninguna fuente de luz, sin comida ni agua.

Los esclavos susurraron palabras incomprensibles y guiñaron los ojos contra el resplandor repentino de las antorchas que entraba desde el pasillo.

Celaena cogió la anilla de llaves que había robado de las dependencias del capitán y entró en la bodega.

—¿Dónde está Dia? —preguntó. Nadie dijo nada, o bien porque no la entendían, o por solidaridad.

Suspiró y se adentró más en la cámara. Algunos de los montañeses de mirada salvaje murmuraron entre sí. Puede que hiciese poco tiempo que se habían declarado enemigos de Adarlan, pero la gente de las montañas Colmillo Blanco era conocida por su férreo amor por la violencia. Si a Celaena se le presentaba algún problema allí dentro, provendría de ellos.

—¿Dónde está Dia? —preguntó, más alto esta vez.

—Aquí —le llegó una voz temblorosa desde el fondo de la bodega de carga. Celaena guiñó los ojos para distinguir sus rasgos afilados y elegantes—. Estoy aquí.

Celaena avanzó con cuidado por la oscuridad abarrotada de cuerpos. Estaban tan cerca que apenas había sitio para moverse ni aire para respirar. No le extrañaba que hubiesen muerto siete en el viaje hasta allí.

Sacó la llave del capitán Fairview y soltó los grilletes de los pies de Dia, luego sus esposas. Después le ofreció Una mano para ayudarle a levantarse.

—Vas a traducir lo que diga. —Los habitantes de las montañas y cualquier otro que no hablara ni eyllweano ni la lengua común tendrían que deducir lo que pudieran por su cuenta.

Dia se frotó las muñecas, que sangraban y tenían costras por algunas zonas.

—¿Quién eres?

Celaena abrió las cadenas de la escuálida mujer que estaba junto a Dia y le tendió las llaves.

—Una amiga —dijo—. Dile que abra las esposas y los grilletes de todo el mundo, pero que no salgan de aquí.

Dia asintió y habló en eyllweano. La mujer miró a Celaena boquiabierta y luego cogió las llaves. Sin decir ni una palabra, se puso manos a la obra para liberar a sus compañeros. A continuación, Dia se dirigió a la sala entera con su voz suave pero firme.

—Los guardias están inconscientes —explicó Celaena. Dia tradujo—. El capitán está encerrado en el calabozo. Mañana, si os decidís a actuar, os guiará a través de las Islas Muertas hasta un lugar seguro. Sabe que el castigo por no colaborar es la muerte.

Dia tradujo, con los ojos cada vez más abiertos. En alguna parte, uno de los montañeses empezó a traducir también. Y luego otros dos, uno en el idioma de Melisande y otro en una lengua que Celaena no reconoció. ¿Había sido astuto o cobarde por su parte no haber dado la cara la noche anterior, cuando ella había preguntado quién hablaba la lengua común?

—Cuando termine de explicaros nuestro plan de acción —continuó Celaena, y notó que le temblaban un poco las manos al recordar de pronto lo que tenían por delante exactamente—, podéis salir de esta sala, pero no pongáis un pie en cubierta. Hay guardias en la torre de vigilancia y guardias que observan el barco desde tierra. Si os ven en cubierta, darán la voz de alarma. —Dejó que Dia y los otros terminaran antes de proseguir—. Mi colega ya está a bordo del Sin Amor, otro barco de esclavos preparado para zarpar mañana. —Tragó saliva con cierto esfuerzo—. Cuando yo haya terminado aquí, volveremos a la ciudad y crearemos una distracción lo bastante grande como para que, cuando llegue el amanecer, tengáis tiempo suficiente para salir del puerto. Necesitáis el día entero para salir de las Islas Muertas antes del anochecer y no quedar atrapados en su laberinto.

Dia tradujo, pero una mujer habló cerca de él. Dia frunció el ceño al girarse hacia Celaena.

—Tiene dos preguntas. ¿Qué pasa con la cadena de la entrada de la bahía? ¿Y cómo vamos a pilotar el barco?

—Dejadnos la cadena a nosotros —le tranquilizó Celaena tras asentir—. La habremos bajado antes de que lleguéis a ella.

Cuando Dia tradujo sus palabras, se empezaron a oír murmullos.

Las cadenas seguían cayendo al suelo con un repiqueteo metálico a medida que los esclavos eran liberados.

—En cuanto al manejo del barco —continuó Celaena por encima del creciente ruido—, ¿hay marineros entre vosotros? ¿Pescadores? —Se levantaron algunas manos—.El capitán Fairview os dará instrucciones precisas. Aunque, eso sí, tendréis que salir de la bahía a remo. Todo el que tenga la fuerza suficiente será necesario en los remos o no tendréis ninguna oportunidad de dejar atrás a los barcos de Rolfe.

—¿Y qué pasa con su flota? —preguntó otro hombre.

—Dejádmela a mí. —Era probable que Sam ya estuviese remando hacia el Lobo Dorado. Tenían que volver a tierra ya—. Da igual si la cadena sigue levantada, da igual lo que pueda estar ocurriendo en la ciudad, en cuanto el sol asome por el horizonte, empezáis a remar como alma que lleva el diablo.

Unas cuantas voces expresaron sus objeciones tras la traducción de Dia, pero él respondió en tono seco y cortante antes de volverse hacia ella.

—Resolveremos los detalles por nuestra cuenta.

—Discutidlo entre vosotros. —Celaena levantó la barbilla—. Vuestro futuro está en vuestras manos. Pero, elijáis el plan que elijáis, tendré la cadena bajada y os conseguiré todo el tiempo que pueda al amanecer.

Inclinó la cabeza a modo de despedida y salió de la bodega, tras hacerle un gesto a Dia para que la siguiera al pasillo. A su espalda, estalló un coro de discusiones; en voz baja, al menos.

Fuera, Celaena pudo apreciar lo delgado y lo sucio que estaba Dia. Señaló pasillo abajo.

—El calabozo, donde encontraréis al capitán Fairview, está por ahí. Sacadle antes del amanecer y no tengáis reparos en hacerle sangrar un poco si se niega a hablar. Hay tres guardias inconscientes atados en cubierta, otro más en la puerta del camarote de Fairview y estos dos de aquí. Haced lo que queráis con ellos, es cosa vuestra.

—Haré que alguien los lleve a los calabozos —se apresuró a decir Dia. Se frotó la pelusilla de la cara—. ¿De cuánto tiempo dispondremos para escapar? ¿Cuánto tiempo tendremos antes de que los piratas se den cuenta?

—No lo sé. Intentaré sabotear sus barcos, eso podría ralentizarlos. —Llegaron a unas escaleras estrechas que conducían a las cubiertas superiores—. Hay una cosa que necesito que hagas —continuó Celaena. Dia levantó la vista hacia ella con los ojos brillantes—. Mi colega no habla eyllweano. Necesito que vayas remando hasta el otro barco, les repitas todo lo que te he dicho y sueltes sus cadenas. Nosotros tenemos que volver a la orilla, así que tendrás que ir solo.

Dia contuvo el aliento, pero asintió.

—Lo haré.

Después de decirles a los que estaban en la bodega que llevaran a los guardias inconscientes al calabozo, Dia subió en silencio con Celaena a la cubierta vacía. Se encogió un poco al ver a los guardias noqueados, pero no puso objeciones cuando Celaena le tapó los hombros con la capa de Jon y ocultó su rostro entre los pliegues de la prenda. Tampoco cuando le dio la espada y la daga del guardia.

Sam ya estaba esperando al lado del barco, a salvo de la mirada de la torre de vigilancia. Ayudó a Dia a subirse a la primera barca de remos antes de trasladarse él a la segunda y esperar a que Celaena subiera a bordo.

La túnica oscura de Sam estaba manchada de sangre fresca, pero los dos habían llevado consigo una muda de ropa. En silencio, Sam cogió los remos y Celaena se aclaró la garganta. Dia se giró hacia ella. Celaena hizo un gesto con la cabeza hacia el este, hacia la bocana de la bahía.

—Recuerda, debéis empezar a remar al amanecer, aunque la cadena todavía esté levantada. Cada segundo que os demoréis significa perder un poco de ventaja.

—Estaremos preparados —le aseguró Dia, al tiempo que cogía los remos.

—Entonces, buena suerte —le deseó. Sin decir otra palabra, Dia empezó a remar hacia el otro barco, con paladas un poco ruidosas para el gusto de Celaena, aunque no tanto como para ser detectadas.

Sam también comenzó a remar. Se deslizó en torno a la curva de la proa y puso rumbo a los muelles a un ritmo sosegado para no levantar sospechas.

—¿Nerviosa? —preguntó, y su voz fue apenas audible por

encima del batir constante de sus remos por la tranquila bahía.

—No —mintió Celaena.

—Yo también.

Delante de ellos brillaban las luces doradas de Bahía de la Calavera. La algarabía y los gritos de la ciudad resonaban sobre el agua. Estaba claro que se había corrido la voz de que había cerveza gratis.

—Prepárate para armar un lío de mil demonios —dijo Celaena, y esbozó una leve sonrisa.

CAPÍTULO 8

Aunque los cánticos de la multitud rugían a su alrededor, Rolfe y Sam tenían los ojos cerrados para mantener la concentración. Sus gargantas se movían arriba y abajo, abajo y arriba, engullendo sus jarras de cerveza. Y Celaena, que los observaba desde detrás de su máscara, no podía parar de reír.

No le estaba resultando muy difícil fingir que Sam estaba borracho y que se lo estaban pasando genial. En gran parte gracias a su máscara, pero también porque Sam representaba su papel muy muy bien.

Rolfe estampó su jarra sobre la mesa y soltó un «¡ah!» de satisfacción mientras se secaba la boca mojada en la manga y la multitud allí congregada vitoreaba. Celaena se reía a carcajadas mientras su rostro enmascarado rezumaba sudor. Como en todos los demás sitios de esa isla, en la taberna hacía un calor sofocante, y el olor a cerveza y cuerpos sin lavar manaba de todas las piedras y ranuras.

El local estaba hasta la bandera. Un grupo de música formado

por un acordeón, un violín y una pandereta tocaba de un modo estridente en un rincón, junto a la chimenea. Los piratas intercambiaban historias y pedían a gritos sus canciones favoritas. Había campesinos y maleantes de distintas clases que bebían hasta perder el sentido y apostaban en juegos de azar amañados. Las prostitutas patrullaban la sala, serpenteando entre las mesas para sentarse en los regazos de unos y otros.

Enfrente de Celaena, Rolfe sonrió y Sam apuró las últimas gotas de su jarra. O eso pensaba Rolfe. Dada la frecuencia con que las bebidas se volcaban y derramaban, nadie se había dado cuenta del charco constante que rodeaba la jarra de Sam, y el agujero que había taladrado en su base era demasiado pequeño para detectarlo.

La multitud se dispersó y Celaena se rio mientras levantaba la mano.

—¿Otra ronda, caballeros? —exclamó, haciéndole una seña a la camarera.

—Bueno —comentó Rolfe—. Sin ninguna duda, te prefiero así a cuando hablamos de negocios.

Sam se inclinó hacia ellos con una sonrisa cómplice en el rostro.

—Oh, yo también. Es horrible la mayor parte del tiempo.

Celaena le dio una patada bastante fuerte, porque sabía que no era del todo mentira. Sam soltó un gritito. Rolfe se rio entre dientes.

Celaena le tiró a la camarera una moneda de cobre mientras la mujer rellenaba las jarras de Rolfe y Sam.

—Bueno, ¿en algún momento tendré la suerte de ver la cara de la legendaria Celaena Sardothien? —Rolfe se inclinó hacia delante para apoyar los brazos en la mesa empapada. El reloj de detrás de la barra marcaba las tres y media de la madrugada. Tenían que actuar pronto. Dado lo atestada que estaba la taberna y la cantidad de piratas que ya estaban medio inconscientes, era un milagro que quedara cerveza en Bahía de la Calavera. Si Arobynn y Rolfe no la mataban por liberar a los esclavos, Rolfe bien podía asesinarla por ofrecerle barra libre a todo el mundo sin tener ni de lejos el dinero suficiente para pagarla.

Celaena se inclinó hacia Rolfe.

—Si nos consigues a mi jefe y a mí tanto dinero como dices, te mostraré mi cara. —Rolfe lanzó una mirada al mapa tatuado en sus manos—. ¿De verdad vendiste tu alma por eso? —le preguntó

Celaena.

—Cuando me enseñes tu cara, te contaré la verdad.

Celaena le tendió la mano.

—Trato hecho. —Rolfe se la estrechó. Sam levantó su jarra, que ya se había vaciado un par de centímetros por el agujerito del fondo, y brindó por su acuerdo. Los dos hombres bebieron. Celaena sacó una baraja de cartas de un bolsillo de su capa.

—¿Os apetece jugar una partida de Reyes?

—Si para cuando termine esta juerga no estás arruinada —declaró Rolfe—, jugar a las cartas contra mí será tu perdición.

—Oh, lo dudo mucho. —Celaena chasqueó la lengua. Cortó y barajó las cartas tres veces. Luego repartió los naipes.

Pasaron las horas en una serie de brindis sonoros y partidas de cartas perfectas, sesiones de canto en grupo e historias sobre tierras más y menos lejanas. Y, con el reloj silenciado por la música interminable, Celaena se encontró apoyada en el hombro de Sam, riéndose a carcajadas mientras Rolfe terminaba su relato obsceno y absurdo de la mujer del granjero y sus sementales.

Cuando Celaena estampó el puño contra la mesa, aullando de risa..., no fue del todo fingido. Y, cuando Sam deslizó una mano alrededor de su cintura, tuvo que preguntarse si él también seguía actuando. En cualquier caso, su contacto encendió una llama incandescente que la recorrió de arriba abajo.

En cuanto a las cartas, resulto ser Sam el que les sacó los cuartos y, para cuando las manecillas del reloj apuntaban a las cinco, Rolfe estaba de un humor de perros.

Por desgracia para él, ese humor no iba a mejorar. Sam le hizo a Celaena un gesto de asentimiento y, con disimulo, esta le puso la zancadilla a un pirata, que derramó su copa sobre un hombre beligerante, que a su vez intentó darle un puñetazo en la cara, pero en cambio golpeó al individuo que estaba a su lado. Por suerte, en ese momento, una carta trucada cayó de la manga de un hombre, una prostituta le pegó una bofetada a la criada de un pirata y la taberna estalló en una gran reyerta.

La gente forcejeaba en el suelo, y algunos piratas desenvainaron espadas y dagas para tratar de abrirse paso a estocadas por la sala. Otros saltaban desde la entreplanta para unirse a la refriega; se columpiaban por encima de la barandilla e intentaban o bien

aterrizar sobre las mesas, o bien agarrarse a la gran lámpara de hierro. Fallaban estrepitosamente en ambos casos.

Los músicos no dejaron de tocar; se limitaron a levantarse y replegarse hacia el rincón. Rolfe, medio de pie, puso una mano sobre la empuñadura de su espada. Celaena asintió con la cabeza antes de desenvainar la suya y lanzarse a la carga contra la multitud enfervorizada.

Con varios gestos hábiles de la muñeca, le cortó el brazo a un hombre y le dio un tajo a otro en la pierna, pero no llegó a matar a nadie. Solo necesitaba mantener la refriega en marcha y animarla lo suficiente para que todos los ojos siguiesen fijos en la ciudad.

Justo cuando pretendía escabullirse hacia la salida, alguien la agarró por la cintura y la estampó contra una columna de madera tan fuerte que supo que tendría un moratón. Se retorció entre los brazos de un pirata de rostro rubicundo y apenas pudo reprimir una arcada cuando su aliento agrio se filtró a través de su máscara. Celaena consignó liberar el brazo lo suficiente para incrustar el pomo de se espada entre las piernas del hombre, que cayó al suelo como una piedra.

Apenas pudo dar un paso antes de que un puño peludo se estrellara contra su mandíbula. El dolor la cegó como un relámpago y notó sabor a sangre en la boca. Se apresuró a palpar su máscara para comprobar que no se había agrietado ni estaba a punto de caerse.

Esquivó el siguiente golpe y deslizó un pie por detrás de la milla del hombre para hacerle caer en medio de un aullante grupo de prostitutas. No sabía a dónde había ido Sam, pero, si se atenía al plan, entonces no tenía que preocuparse por él. Empezó a zigzaguear entre los gruñidos de los piratas iracundos, directa hacia la salida, al tiempo que desviaba con su espada unas cuantas estocadas poco diestras.

Un pirata con un parche deshilachado en el ojo levantó una mano torpe para golpearla, pero Celaena la atrapó y le propinó tal patada en el estómago que el hombre salió volando para estrellarse contra otro. Aterrizaron sobre una mesa, la volcaron y empezaron a pelear entre ellos. «Animales». Celaena se abrió paso entre la multitud y salió por la puerta principal de la taberna.

Para su deleite, las calles no estaban mucho mejor. La pelea se

había extendido a una velocidad asombrosa. A ambos lados de la avenida, multitud de piratas procedentes de otras tabernas forcejeaban, se batían en duelo y rodaban por los suelos. Al parecer, ella no había sido la única con ganas de enzarzarse en una refriega.

Mientras se regodeaba en el caos, empezó a caminar en dirección al punto de encuentro con Sam. Cuando estaba a media manzana, la voz de Rolfe atronó detrás de ella.

—*¡Basta!*

Todos levantaron lo que fuese que tuvieran en las manos (una jarra, una espada, un mechón de pelo...) y saludaron.

Y retomaron al instante la pelea.

Celaena se rio para sus adentros y se apresuró a bajar pos una callejuela. Sam ya estaba allí. Le sangraba la nariz, pero sus ojos brillaban con intensidad.

—Diría que eso ha ido bastante bien —comentó.

—No sabía que fueses un jugador de cartas tan experto —Celaena le miró de arriba abajo. Se mostraba estable y sereno—. Ni un borracho tan experto.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Celaena Sardothien —dijo él con una sonrisa. La agarró del hombro, de repente más cerca de lo que a ella le habría gustado—. ¿Lista? —preguntó. Celaena asintió mientras miraba al cielo, que ya clareaba.

—Vamos. —Se soltó de él y se quitó los guantes, que guardó en un bolsillo—. La guardia de la torre de vigilancia debe de haber cambiado ya. Tenemos hasta el amanecer para inutilizar esa cadena y las catapultas.

Habían debatido durante un rato si destruir la cadena desde el lado opuesto, que no estaba vigilado, pero, aunque lo hicieran, todavía tendrían que vérselas con las catapultas. Era mejor arriesgarse a un enfrentamiento con los guardias y deshacerse de las dos cosas de una sola tacada.

—Si sobrevivimos a esto, Celaena —dijo Sam mientras se dirigía hacia la calle lateral que los llevaría hasta los muelles—, recuérdame que te enseñe a jugar bien a las cartas.

Celaena maldijo de un modo lo bastante colorido como para hacerle reír. Echaron a correr.

Giraron hacia una calle tranquila justo cuando alguien salía de entre las sombras.

—¿Vais a alguna parte?
Era Rolfe.

CAPÍTULO 9

Calle abajo, Celaena tenía una vista privilegiada de los dos barcos de esclavos fondeados en la bahía, todavía inmóviles. Y de la cadena rompemástiles no lejos de ellos. Por desgracia, desde su ángulo, Rolfe también la tenía.

El cielo se había vuelto gris claro. Amanecía.

Celaena inclinó la cabeza en dirección al señor de los piratas.

—Prefiero no ensuciarme las manos en ese tumulto.

Rolfe apretó los labios en una línea fina.

—Qué curioso, visto que has sido tú la que le ha hecho la zancadilla al hombre que ha iniciado la refriega.

Sam le lanzó una mirada asesina. Creía que había sido sutil, ¡maldita sea!

Rolfe desenvainó su espada y los ojos del dragón centellearon bajo la creciente luz.

—Y también es curioso que hayas estado buscando pelea desde hace días y a continuación, de repente, hayas decidido desaparecer cuando la atención de todo el mundo estaba fija en otra parte.

—No queremos problemas —se apresuró a decir Sam, levantando las manos en actitud pacífica. Rolfe se rio; un sonido áspero sin humor alguno.

—Tal vez tú no, Sam Cortland, pero *ella* sí. —Rolfe dio un paso hacia Celaena con la espada colgando de su mano—. Ella ha querido problemas desde el momento en que llegó aquí. ¿Cuál era tu plan? ¿Robar tesoros? ¿Información?

Por el rabillo del ojo, Celaena vio que algo cambiaba en los barcos. Como un pájaro que flexionara las alas, una hilera de remos salió disparada por sus costados. Estaban listos. Y la cadena seguía levantada.

«No mires, no mires, no mires...».

Pero Rolfe miró y Celaena contuvo la respiración mientras el pirata escudriñaba los barcos.

Sam se puso tenso y flexionó un poco las rodillas.

—Te voy a matar, Celaena Sardothien —masculló Rolfe. Y lo decía en serio.

Los dedos de Celaena se cerraron en torno a su espada y Rolfe abrió la boca, llenando los pulmones de aire mientras se preparaba para dar la voz de alarma.

A la velocidad del rayo, Celaena hizo lo único que se le ocurrió para distraerle.

Su máscara repiqueteó contra el suelo al tiempo que la capucha caía hacia atrás. Su pelo dorado relució a la primera luz del día. Rolfe se quedó paralizado.

—Tú... Eres... ¿Qué tipo de truco es este?

Detrás de ellos, los remos empezaron a moverse, batiendo el agua mientras los barcos viraban hacia la cadena. Y hacia la libertad que esperaba al otro lado.

—Vete —le murmuró a Sam—. *Ahora.*

Sam se limitó a asentir antes de echar a correr.

A solas con Rolfe, Celaena levantó su espada.

—Celaena Sardothien, a tu servicio.

El pirata todavía la miraba pasmado, con la cara pálida de rabia.

—¿Cómo te atreves a engañarme?

Celaena hizo una reverencia.

—No he hecho nada por el estilo. Te *dije* que era preciosa.

Antes de que pudiera impedírselo, Rolfe empezó a gritar.

—¡Están intentando robar nuestros barcos! ¡A los botes todo el mundo! ¡A la torre de vigilancia!

Estalló un rugido, y Celaena rezó por que Sam pudiese llegar a la torre antes de que los piratas le atraparan.

Celaena empezó a caminar en círculo alrededor del señor de los piratas. Él hizo otro tanto. No estaba borracho en absoluto.

—¿Cuántos años tienes? —Rolfe calculaba bien cada paso, pero Celaena se dio cuenta de que siempre que se movía dejaba al descubierto su costado izquierdo.

—Dieciséis. —No se molestó en mantener la voz baja y ronca.

Rolfe maldijo indignado.

—¿Arobynn ha enviado a una chica de dieciséis años a tratar conmigo?

—Ha mandado a lo mejor de lo mejor. Considéralo un honor.

Con un gruñido ronco, el señor de los piratas atacó.

Celaena se echó hacia atrás y levantó la espada para bloquear la estocada que Rolfe trató de asestarle en la garganta. No tenía que matarle ya, solo distraerle un rato, lo justo para evitar que siguiera organizando a sus hombres. Y para mantenerle alejado de los barcos. Tenía que conseguirle a Sam el tiempo suficiente para bajar la cadena e inutilizar las catapultas. Los barcos ya estaban virando hacia la bocana de la bahía.

Rolfe arremetió de nuevo y Celaena le dejó golpear dos veces su espada antes de esquivar la tercera estocada y estrellar el cuerpo contra él. Le dio un golpe con el pie y Rolfe se tambaleó hacia atrás. Sin perder un segundo, Celaena sacó su cuchillo largo de caza y le lanzó un tajo en el pecho. Sin embargo, dejó que su ataque se quedara corto y se limitara a rasgar la elegante tela azul de su túnica.

Rolfe tropezó con la pared del edificio que tenía detrás, pero recuperó el equilibrio y esquivó el espadazo que le hubiese separado la cabeza de los hombros. Las vibraciones de la espada al impactar contra la piedra aguijonearon el brazo de Celaena, pero mantuvo su mano firme sobre la empuñadura.

—¿Cuál era el plan? —jadeó Rolfe por encima del rugido de los piratas que corrían hacia los muelles—. ¿Robarme a mis esclavos y embolsarte todas las ganancias?

Celaena soltó una carcajada al tiempo que hacía una finta a su

derecha para luego lanzar su daga hacia el desprotegido costado izquierdo del pirata. Para su sorpresa, Rolfe bloqueó ambos movimientos con un solo gesto ágil y seguro.

—Liberarlos —admitió. Más allá de la cadena, más allá de la bocana, las nubes del horizonte empezaban a colorearse con la luz del amanecer.

—Serás tonta —escupió Rolfe, y esta vez su finta fue tan buena que ni siquiera Celaena pudo evitar que la espada le rozara el brazo. La sangre caliente empezó a filtrarse por su túnica negra. Celaena bufó entre dientes y se alejó unos pasos. Un error de principiante—. ¿Crees que liberar a doscientos esclavos solucionará algo? —Rolfe le lanzó una botella de licor de una patada. Celaena la desvió con el lado plano de su espada. Su brazo derecho aullaba de dolor. El cristal se hizo añicos a su espalda—. Hay miles de esclavos ahí fuera. ¿Vas a entrar en Calaculla y en Endovier y los vas a liberar a ellos también?

Detrás de Rolfe, las paladas regulares de los remos propulsaban los barcos hacia la cadena. Sam tenía que darse prisa. Rolfe sacudió la cabeza.

—Chica estúpida. Sino te mato yo, lo hará tu jefe.

Sin previo aviso, Celaena se abalanzó sobre él. Se agachó al pasar por su lado, dio media vuelta y Rolfe apenas se había girado cuando ella estampó el pomo de la espada contra la parte de atrás de su cabeza.

El señor de los piratas se desplomó sobre la calzada de tierra justo cuando una multitud de hombres mugrientos y ensangrentados doblaba la esquina. Celaena solo tuvo tiempo de taparse la cabeza con la capucha y rezar por que las sombras ocultaran su cara lo suficiente antes de echar a correr.

No le costó demasiado escabullirse del grupo de piratas, medio borrachos y desquiciados por la pelea. Solo tuvo que llevarlos por unas cuantas calles enrevesadas y pronto les dio esquinazo. No obstante, la herida de su brazo ralentizaba bastante su carrera hacia la torre de vigilancia. Sam le sacaba muchísima ventaja. Bajar la cadena estaba ahora en manos del chico.

Los piratas corrían de acá para allá por los muelles, enrabietados, buscando *cualquier* barco que estuviese operativo.

Esa había sido la última etapa de su periplo la noche anterior: inutilizar los timones de todos los barcos del muelle, incluido el del propio Rolfe, el Dragón Marino, que, para ser sinceros, se merecía ser saboteado, dado lo laxa que había sido la seguridad a bordo. Sin embargo, a pesar de todo, algunos piratas consiguieron encontrar barcos de remos y se amontonaron en su interior. Blandían espadas, alfanjes o hachas y gritaban blasfemias a pleno pulmón. Los edificios destartalados no eran más que un borrón para Celaena mientras seguía su carrera hacia la torre. Resollaba, y el aire arañaba su garganta a medida que la noche sin dormir empezaba a cobrarse su peaje. Se abrió paso a empujones entre los piratas de los muelles, demasiado ocupados lamentando los destrozos de sus barcos para prestarle atención alguna.

Los esclavos seguían remando hacia la cadena como si los persiguieran demonios de todos los infiernos habidos y por haber.

Celaena se lanzó carretera abajo hacia los límites de la ciudad. Puesto que la calle era ancha y en pendiente, veía a Sam correr muy por delante de ella... y a un grupo grande de piratas no demasiado lejos de él. El corte de su brazo palpitaba, pero aun así se forzó a ir más deprisa.

A Sam no le quedaban más que unos pocos minutos para conseguir bajar esa cadena antes de que los barcos de los esclavos se hicieran añicos contra ella. Y, aunque lograsen detenerse antes de chocar con ella, había suficientes barquitos pequeños persiguiéndolos como para que los piratas los derrotasen sin problemas. Los piratas tenían armas. Aparte de lo que pudiera haber a bordo de los barcos, los esclavos iban desarmados, aunque muchos fueran guerreros y rebeldes.

Hubo un destello de movimiento desde la torre medio derruida. El acero centelleó y allí estaba Sam, subiendo como una exhalación los peldaños que giraban en espiral por la pared exterior de la torre.

Dos piratas bajaban por las escaleras con las espadas en alto. Sam esquivó a uno y lo derribó de un golpe rápido en la columna. Antes de que el pirata hubiese terminado de caer siquiera, la espada de Sam atravesó el estómago del otro hombre.

Pero aún tenía que inutilizar a Rompenaos, además de las dos catapultas y...

Y a la docena de piratas que ya estaban al pie de la torre.

Celaena maldijo. Ella todavía estaba demasiado lejos. No había forma humana de que pudiera llegar a tiempo de inutilizar la cadena. Los barcos se estrellarían contra ella mucho antes de que lo consiguiera.

Se trago el dolor del brazo y se concentró en su respiración mientras corría y corría, sin atreverse a apartar los ojos de la torre que tenía delante. Sam, todavía una figura diminuta en la distancia, llegó a la cima y a la plataforma de piedra diáfana donde descansaba el ancla de la cadena. Incluso desde tan lejos, Celaena pudo ver que tenía un tamaño colosal. Y, mientras Sam corría a su alrededor, cortaba todo lo que podía y se lanzaba contra la enorme palanca, los dos se dieron cuenta de la horrible verdad, lo único que a Celaena se le había pasado por alto: la cadena era demasiado pesada para que pudiera moverla un solo hombre.

Los barcos de los esclavos ya estaban cerca. Tan cerca que parar... parar era imposible.

Iban a morir.

Pero los esclavos no dejaron de remar.

La docena de piratas subían ahora por la escalera. Sam estaba entrenado para enfrentarse a varios hombres a la vez, pero una docena de piratas... ¡Maldito Rolfe y sus hombres por demorarla!

Sam echó un vistazo hacia las escaleras. Él también sabía de la presencia de los piratas.

Celaena podía verlo todo con una claridad enloquecedora. Sam seguía en la cima de la torre. Un piso más abajo, sobre sendas plataformas que sobresalían por encima del mar, estaban las dos catapultas. Y, en la bahía, la tripulación de los dos barcos remaba cada vez a mayor velocidad. Libertad o muerte.

Sam se descolgó hasta el nivel de las catapultas, y Celaena tropezó ligeramente cuando le vio empujar con todas sus fuerzas contra la plataforma rotatoria sobre la que descansaba una de ellas. Empujó y empujó y empujó hasta que el artilugio empezó a moverse. No hacia el mar, sino hacia la propia torre hacia el punto de la pared de piedra donde estaba anclada la cadena.

Celaena no se atrevía a apartar la mirada de la torre mientras Sam colocaba el artefacto en posición. Ya había una roca cargada y, en el resplandor del sol naciente, apenas lograba distinguir la cuerda tensa que aseguraba la catapulta.

Los piratas casi habían llegado a ese piso. Los dos barcos remaban más y más deprisa, con la cadena tan cerca que su sombra se cernía ya sobre ellos.

Celaena contuvo la respiración cuando los piratas salieron a la plataforma de la catapulta con las armas en alto.

Sam levantó una espada. La luz del amanecer centelleó sobre la hoja, tan brillante como una estrella.

Un grito de advertencia brotó de la boca de Celaena cuando la daga de un pirata voló hacia Sam.

Pero Sam bajó su espada contra la cuerda de la catapulta, doblándose por la cintura. La catapulta se soltó tan deprisa que Celaena apenas pudo seguir el movimiento. La gran roca se estrelló contra la torre, destrozando piedra, madera y metal. Todo ello explotó en una gran nube de polvo.

Y, con un estruendo que resonó por toda la bahía, la cadena se derrumbó, arrancando un pedazo de torre. Justo el pedazo donde había visto a Sam por última vez.

Celaena, que por fin había llegado a la edificación, se detuvo un momento para observar cómo las velas blancas de los barcos de los esclavos se desplegaban y relucían doradas a la luz del amanecer.

El viento llenó las velas y los empujó hacia el horizonte. Salieron disparados hacia la boca de la bahía y hasta el océano más allá. Para cuando los piratas arreglaran sus naves, los esclavos estarían demasiado lejos para darles alcance.

Murmuró una oración por que encontraran un puerto seguro. Y sus palabras fueron arrastradas por las alas del viento. Les deseo todo lo mejor.

Un bloque de piedra se estrelló contra el suelo cerca de ella. El corazón de Celaena dio una sacudida. «Sam».

No podía estar muerto. No a causa de esa daga, ni de esa docena de piratas, ni de la catapulta. No, Sam no podía ser tan estúpido como para dejar que le mataran. Le... le... Bueno, le mataría si estaba muerto.

Desenvainó su espada a pesar del dolor de su brazo e hizo ademán de entrar a la carrera en la torre medio derruida, pero una daga le presionó el cuello y la hizo detenerse en seco.

—No lo creo —susurró Rolfe al oído.

CAPÍTULO 10

—Mueve un solo músculo y derramaré el contenido de tu garganta sobre el suelo —amenazó Rolfe mientras su mano libre arrancaba la daga de Celaena de su vaina y la tiraba dentro de un arbusto. A continuación, le quitó también la espada.

—¿Por qué no me matas y ya está?

La risa ronca de Rolfe le hizo cosquillas en la oreja.

—Porque quiero tomarme mucho mucho tiempo para disfrutar mientras te mato. —Celaena levantó la vista hacia la torre semiderruida, hacia el polvo que aún giraba en espiral a causa de la destrucción provocada por la catapulta. ¿Cómo podría Sam haber sobrevivido a eso?—. ¿Sabes cuánto me va a costar tu intento de jugar a los héroes? —Rolfe hundió la daga en su cuello y su piel se abrió con un fogonazo de dolor—. Doscientos esclavos, más dos barcos, más los siete barcos que has saboteado en el puerto, más innumerables vidas.

Celaena resopló con desdén.

—No olvides la cerveza de anoche.

Rolfe movió el cuchillo y lo clavó un poco más.

Celaena hizo una mueca contra su voluntad.

—Eso también me lo cobraré de tu piel, no te preocupes.

—¿Cómo me has encontrado? —Necesitaba tiempo. Necesitaba algo con lo que trabajar. Si daba un paso en la dirección equivocada, terminaría con el cuello cortado.

—Sabia que seguirías a Sam. Si estabas tan decidida a liberar a los esclavos, seguro que no dejarías morir solo a tu compañero. Aunque creo que has llegado un poco tarde para eso.

En la densa jungla, los pájaros y las bestias retomaban poco a poco sus gritos. Pero la torre de vigilancia permanecía en silencio, interrumpido solo por el siseo de las piedras que aún caían.

—Vas a volver conmigo —la informó Rolfe—. Y, cuando haya acabado contigo, me pondré en contacto con tu jefe para que venga a recoger los pedacitos.

Rolfe dio un paso y la hizo girar con él hacia la ciudad; justo lo que Celaena había estado esperando.

Estampó su espalda contra el pecho del pirata y enganchó el pie por detrás del suyo. Rolfe trastabilló y tropezó con su pierna. Celaena metió la mano entre su garganta y la daga justo cuando él se disponía a cumplir su promesa de cortarle el cuello.

La sangre de la palma salpicó su túnica, pero Celaena apartó el dolor a un lado y le dio un fuerte codazo en el estómago. Rolfe se quedó sin respiración y se dobló por la cintura, solo para encontrarse con la rodilla de la asesina estampándose contra su cara. Sonó un leve crujido cuando su rótula impactó contra la nariz del pirata. Cuando por fin derribó a Rolfe sobre la tierra, Celaena tenía la pernera del pantalón manchada de sangre. Sangre de él.

Celaena echó mano de la daga que había dejado caer el señor de los piratas mientras él desenvainaba su espada. El hombre se puso de rodillas a toda prisa y le lanzó una estocada, pero ella plantó el pie sobre la espada y la estrelló contra el suelo. Rolfe levantó la cabeza justo cuando la asesina se lanzaba hacia delante para tirarle de espaldas. Celaena se puso en cuclillas encima de él, sujetando la daga contra su cuello.

—Vaya, eso no ha ido como esperabas, ¿verdad? —preguntó. Luego aguzó el oído unos instantes para asegurarse de que no iban a aparecer más piratas en su camino. Pero los animales todavía

ululaban y chillaban, y los insectos aún zumbaban. Estaban solos. La mayoría de los piratas debían de seguir absortos en la refriega de la ciudad.

Le palpitaba la mano, que no paraba de sangrar, pero aun así agarró a Rolfe por el cuello de su túnica para acercar la cabeza de él a la suya.

—Bueno —empezó, y su sonrisa se ensanchó al ver la sangre que manaba de la nariz del pirata—. Esto es lo que va a pasar. —Soltó la túnica y sacó los dos papeles que llevaba en el bolsillo. Comparada con el dolor de la mano, la herida de su brazo ya no era más que una tenue palpitación—. Vas a firmar estos dos documentos y vas a estampar tu sello en ambos.

—Ni hablar —escupió Rolfe.

—Ni siquiera sabes lo que dicen. —Celaena empujó la punta de su daga contra el cuello del pirata—. Así que deja que te lo aclare; uno de estos papeles es una carta para mi jefe. Dice que no hay trato, que no le enviarás sus esclavos y que si le pillas involucrado en algún otro trato semejante con cualquier otra persona, recurrirás a toda tu armada para castigarle.

Rolfe se atragantó con sus propias palabras.

—Estás loca.

—Quizás —admitió ella—, pero todavía no he terminado. —Cogió la segunda carta—. Esta... esta la escribí en tu nombre. Hice todo lo que pude por escribirla con tu voz, pero me vas a tener que perdonar si es un poco más elegante de lo que sueles ser. —Rolfe forcejeó, pero ella presionó un poco más con la daga y el hombre se quedó quieto—. Básicamente —dijo con un suspiro dramático—, dice que tú, el capitán Rolfe, portador del mapa mágico tatuado en tus manos, no volverás a vender un solo esclavo nunca *jamás*. Y que, si pillas a algún pirata vendiendo o transportando esclavos, le ahorcarás, quemarás o ahogarás con tus propias manos. Y que Bahía de la Calavera es desde este momento un puerto seguro para cualquier esclavo que huya de las garras de Adarlan.

A Rolfe casi le salía humo por las orejas.

—No voy a firmar ninguna de esas cosas, chica estúpida. ¿Acaso no sabes quién soy?

—Perfecto —aceptó Celaena, al tiempo que inclinaba la hoja para que se hundiera en la carne con un poco más de facilidad—.

Memoricé tu firma cuando estuve en tu despacho el primer día. No será difícil de falsificar. Y en cuanto a tu sello... —Sacó algo más de su bolsillo—. También me lo llevé de tu despacho aquel primer día, solo por si lo necesitaba. Al final, resulta que hice bien. —Rolfe emitió un graznido gutural cuando Celaena sujetó el anillo en alto con la mano libre; el granate centelleó a la luz—. Supongo que puedo volver a la ciudad y contarles a tus compinches que decidiste zarpar en pos de esos esclavos y que te esperen de vuelta..., no sé..., ¿dentro de seis meses? ¿Un año? El tiempo suficiente para que no se fijen en la tumba que cavaré para ti aquí mismo, al borde del camino. Para ser franca, me has visto la cara y debería matarte por ello. Pero considéralo un favor... y una promesa de que, si *no* sigues mis órdenes, cambiaré mi decisión de perdonarte la vida.

Rolfe entornó los ojos hasta que no fueron más que dos estrechas ranuras.

—¿Por qué?

—Tendrás que ser más claro.

Rolfe respiró hondo.

—¿Por qué tomarte tantas molestias por un puñado de esclavos?

—Porque, si nosotros no luchamos por ellos, ¿quién lo hará? —Sacó una pluma de su bolsillo—. Firma los papeles.

—¿Y cómo sabrás que estoy cumpliendo con mi palabra? —preguntó él, con una ceja arqueada. Celaena retiró la daga de su cuello y utilizó la hoja para quitarle un mechón de pelo oscuro de la cara.

—Tengo mis fuentes. Y, si me entero de que estás traficando con esclavos, da igual dónde vayas, da igual lo lejos que huyas, te encontraré. Ya te he derrotado dos veces. La tercera no tendrás tanta suerte. Lo juro por mi nombre. Tengo casi diecisiete años y ya puedo darte una paliza; imagina lo buena que seré dentro de unos años más. —Sacudió la cabeza—. No creo que quieras ponerme a prueba ahora. Y ciertamente no querrás hacerlo después.

Rolfe la miró durante unos segundos.

—Si vuelves a poner un solo pie en mi territorio, morirás. —Hizo una pausa, luego musitó—: Que los dioses ayuden a Arobynn. —Cogió la pluma—. ¿Alguna otra petición?

Celaena se quitó de encima de él, pero no soltó la daga.

—Sí, ¿por qué no? —dijo—. Un barco sería genial.

Rolfe se limitó a fulminarla con la mirada antes de agarrar los documentos.

Cuando Rolfe firmó, selló y le devolvió los papeles, Celaena se tomó la libertad de dejarle sin sentido de nuevo. Dos golpes rápidos en dos puntos del cuello hicieron el apaño; estaría inconsciente el tiempo suficiente para que ella pudiera hacer lo que necesitaba hacer: encontrar a Sam.

Subió corriendo las escaleras medio derruidas de la torre saltó por encima de bloques de piedra y cadáveres de piratas, y no paro hasta que encontró los cuerpos destrozados de la docena de hombres que más cerca habían estado de Sam. Y las ruinas de las catapultas. Sangre, huesos, trozos aplastados de carne que no tema demasiado interés en mirar más detenidamente...

—¡Sam! —gritó, al tiempo que resbalaba sobre unos cascotes. Levanto una plancha de madera y escudriñó la plataforma en busca de alguna señal de su compañero—. ¡Sam!

Su mano empezó a sangrar otra vez, dejando manchurrones sobre todo lo que levantaba: piedra y madera y metal. ¿Donde estaba?

Aquello había sido *su* plan. Si uno de ellos tenía que morir, debería haber sido ella. No Sam.

Llegó hasta la segunda catapulta, cuya estructura se encontraba partida en dos por un pedazo de torre caído. Allí era donde le había visto por última vez.

Una losa de piedra sobresalía de donde había impactado contra la plataforma. Era lo bastante grande como para haber aplastado a alguien.

Celaena se abalanzó contra ella, y sus pies resbalaron sobre el suelo mientras empujaba y empujaba y empujaba. La piedra no se movió.

Gruñendo y jadeando, empujó con más fuerza. Pero la piedra seguía siendo demasiado grande.

Con una ristra de palabrotas, estampó un puño contra la superficie gris y su mano herida aulló en señal de protesta. El dolor hizo que algo se abriera dentro de ella, y golpeó la piedra una y otra y otra vez, apretando los dientes para evitar dar salida al grito que se iba acumulando en su interior.

—Por alguna razón, no creo que eso vaya a hacer que la piedra se mueva —dijo una voz, Celaena giró en redondo.

Por el otro lado de la plataforma, vio emerger a Sam. Estaba cubierto de polvo gris de la cabeza a los pies, y un hilillo de sangre resbalaba de un corte en su frente, pero estaba...

Celaena levantó la barbilla.

—Te he estado llamando a gritos.

Sam se encogió de hombros mientras caminaba hacia ella.

—Pensé que podías esperar unos minutos, dado que he salvado el plan y todo eso. —Elevó las cejas, tensando su frente cubierta de ceniza.

—Menudo héroe. —Celaena señaló hacia las ruinas de la torre —. Nunca había visto un trabajo tan chapucero.

Sam sonrió, sus ojos marrones tenían un brillo dorado a la luz del amanecer. Era una mirada tan propia de Sam...; ese destello de picardía, ese toque de exasperación, la amabilidad que siempre, siempre le haría mejor persona que ella.

Antes de poder darse cuenta de lo que hacía, Celaena lanzó sus brazos alrededor del chico y le abrazó con fuerza.

Sam se puso rígido, pero, después de unos instantes, también pasó los brazos alrededor de ella. Celaena aspiró su aroma, el olor de su sudor, el tufo del polvo y las rocas, el perfume metálico de su sangre... Sam apoyó la mejilla sobre su cabeza. Celaena no recordaba... De verdad que no lograba acordarse de la última vez que alguien la había abrazado. No, un momento... Había sido hacía un año. Ben. Un día en que ella había regresado de una misión dos horas tarde y con un esguince en un tobillo. Ben estaba preocupado y, dado lo cerca que había estado de que la capturaran los guardias reales, ella había vuelto bastante asustada.

Pero abrazar a Sam era diferente, de algún modo. Como si tuviese ganas de hacerse un ovillo entre sus brazos cálidos, como si, por un momento, no tuviese que preocuparse de nada ni de nadie.

—Sam —murmuró contra su pecho.

—¿Mmm?

Celaena se apartó de él y se escurrió de entre sus brazos.

—Si le cuentas a alguien alguna vez que te he abrazado..., te sacaré las tripas.

Sam la miró boquiabierto, luego echó la cabeza hacia atrás y

estalló en carcajadas. Rio y rio, hasta que el polvo se le metió en la garganta y le dio un ataque de tos. Celaena dejó que lo sufriera solo, pues no lo encontraba gracioso en absoluto.

Cuando recuperó un poco la respiración, Sam se aclaró la garganta.

—Vamos, Sardothien —dijo, deslizando un brazo por encima de los hombros de Celaena—. Si ya has terminado de liberar esclavos y destrozar ciudades piratas, creo que podemos iros a casa.

Celaena le miró de soslayo y sonrió.

LA ASESINA Y LA CURANDERA

CAPÍTULO 1

La extraña joven llevaba ya dos días alojada en la posada del Cerdo Blanco y apenas había hablado con nadie excepto con Nolan, que había echado un solo vistazo a sus elegantes ropas negras como la noche y había hecho lo imposible para darle alojamiento.

Le asignó la mejor habitación del Cerdo, la habitación que solo ofrecía a los clientes a los que tenía la intención de dejar sin blanca, y no se mostró en absoluto inquieto por la gruesa capucha que llevaba la joven ni por el surtido de armas que relucían a lo largo de su cuerpo esbelto y fibroso. Tampoco se inmutó cuando la joven le lanzó una moneda de oro con un movimiento de sus dedos enguantados. Ni cuando vio que llevaba un elaborado broche de oro con un rubí del tamaño de un huevo de petirrojo.

Aunque, claro, Nolan nunca parecía temer de verdad a nadie, a menos que diera la sensación de que no pensaba pagarle. E, incluso en esos casos, eran la ira y la avaricia, no el miedo, las que ganaban la partida.

Yrene Towers había estado observando a la muchacha desde la

seguridad de la barra del bar. La observaba, sí, porque la desconocida era joven y no iba acompañada y se sentaba en la mesa del fondo tan quieta que era imposible no mirarla. No hacerse preguntas.

Yrene todavía no le había visto la cara, aunque había captado algún atisbo de la trenza dorada que centelleaba desde las profundidades de su capucha negra. En cualquier otra ciudad, a la posada del Cerdo Blanco la habrían considerado lo peor de lo peor en lo que a lujo y limpieza se refería. Pero en Innish, una ciudad portuaria tan pequeña que no aparecía en la mayoría de los mapas, se consideraba la mejor.

Yrene echó un vistazo a la jarra que estaba limpiando en ese momento e intentó no hacer una mueca. Hacía todo lo posible por mantener la barra y el bar limpios, y por servir con una sonrisa a los clientes del Cerdo, la mayoría de ellos marineros, comerciantes o mercenarios que a menudo creían que ella también estaba en venta. Pero Nolan seguía aguando el vino, seguía lavando las sábanas solo cuando ya no era posible negar la presencia de piojos y pulgas, y a veces usaba cualquier carne que encontrara en el callejón de atrás para preparar el estofado del día.

Yrene llevaba ya un año trabajando allí, once meses más de lo que pretendía en un principio, y el Cerdo Blanco la ponía enferma. Y, dado que soportaba casi cualquier cosa (un hecho que permitía tanto a Nolan como a Jessa exigir que ella limpiara las inmundicias más repugnantes de sus clientes), eso era mucho decir.

La extraña de la mesa del fondo levantó la cabeza y le hizo a Yrene una seña con un dedo enguantado para que le llevara otra cerveza. Para alguien que no parecía tener más de veinte años, la joven bebía unas cantidades escandalosas. Vino, cerveza, lo que fuera que Nolan le dijera a Yrene que le sirviese... Pero nunca parecía subírsele a la cabeza. Aunque, claro, con esa gruesa capucha, era imposible saberlo a ciencia cierta. Las dos ultimas noches, la joven se había limitado a regresar a su habitación con una gracia felina, sin tropezar consigo misma como hacían la mayoría de los clientes cuando se dirigían a la puerta tras la última llamada.

Yrene se apresuró a servir cerveza en la jarra que acababa de secar y la puso sobre una bandeja. Añadió un vaso de agua y algo

más de pan, puesto que la joven no había tocado el estofado que le habían servido para cenar. Ni un solo bocado. Chica lista.

Yrene zigzagueó por el atestado bar, esquivando las manos que intentaban manosearla. A medio camino, su mirada se cruzó con la de Nolan, que estaba sentado junto a la puerta principal. Recibió un asentimiento de ánimo; su cabeza casi calva relucía a la tenue luz. «Que siga bebiendo. Que siga gastando».

Yrene evitó poner los ojos en blanco, aunque solo fuese porque Nolan era la única razón por la que no tenía que ganarse la vida en las calles adoquinadas junto al resto de las mujeres de Innish. Hacía un año, aquel hombre rechoncho se había dejado convencer de que necesitaba más ayuda en la taberna de la posada. Aunque, claro, solo había aceptado cuando se había dado cuenta de que él se llevaba la mejor parte del trato.

Pero Yrene tenía entonces dieciocho años y estaba desesperada, y había aceptado encantada un trabajo por unos pocos cobres y una miserable camita en un escobero bajo las escaleras. La mayor parte de sus ingresos provenían de las propinas, pero Nolan reclamaba la mitad de ellas. Y luego Jessa, la otra camarera, solía llevarse dos tercios de lo que quedaba, porque, como solía decir, ella era «la cara bonita que hace que los hombres suelten el dinero».

Un vistazo a un rincón le mostró esa cara bonita y su cuerpo correspondiente encaramados al regazo de un marinero barbudo. La chica reía y agitaba sus espesos rizos castaños. Yrene suspiró, pero no se quejó, porque Jessa era la favorita de Nolan, y a Yrene no le quedaba ningún otro sitio al que ir, absolutamente ninguno. Innish era ahora su hogar, y el Cerdo Blanco era su refugio. Fuera de allí, el mundo era demasiado grande, estaba demasiado lleno de sueños rotos y ejércitos que habían destrozado y quemado todo lo que Yrene más quería.

Por fin, llegó a la mesa de la desconocida y encontró a la joven mirándola.

—Te he traído también agua y algo de pan —balbuceó Yrene a modo de saludo. Dejó la cerveza en la mesa, pero vaciló con los otros dos artículos de su bandeja.

—Gracias —se limitó a decir la joven. Su voz sonaba grave y fría. Culta. Educada. Y sin ningún interés en Yrene.

Tampoco era que hubiese nada en ella que despertase el más

remoto interés, con ese vestido de lana tejido a mano que tan poco hacía por su figura demasiado delgada. Como la mayoría de los oriundos de Fenharrow, Yrene tenía la piel de un tono dorado oscuro, un pelo castaño de lo más anodino y una estatura media. Solo sus ojos, de un brillante marrón dorado, eran motivo de orgullo para ella. Aunque la mayoría de la gente no solía verlos. Yrene hacía todo lo posible por mantener la cabeza gacha la mayor parte del tiempo; así evitaba llamar la atención o que se dirigiesen a ella.

Así pues, Yrene dejó el pan y el agua y recogió la jarra vacía que la chica había empujado hacia el centro de la mesa. Sin embargo, la curiosidad pudo más que la discreción, y echó una ojeada a las profundidades negras de la capucha de la joven. No vio nada más que sombras, un destello de pelo dorado y un atisbo de piel pálida. Tenía muchas preguntas, muchísimas preguntas. «¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Sabes usar todas esas armas que llevas?».

Nolan observaba toda la interacción, así que Yrene hizo una genuflexión y volvió a la barra entre la masa de manos sobonas, con los ojos fijos en el suelo y una sonrisa distante plantada en la cara.

Celaena Sardothien estaba sentada en su mesa de aquella posada cutre y mugrienta, preguntándose cómo podía haberse ido su vida al garete tan deprisa.

Odiaba Innish. Odiaba el hedor a basura y desperdicios, el pesado manto de niebla que la envolvía noche y día; odiaba a los comerciantes y mercenarios de segunda y, en general, a toda la gente miserable que la habitaba.

Allí nadie sabía quién era, ni por qué había ido; nadie sabia que la chica de debajo de la capucha era Celaena Sardothien, la asesina más famosa del imperio de Adarlan. Aunque, claro, ella tampoco quería que lo supieran. De hecho, no podía dejar que lo supieran. Tampoco quería que se enteraran de que le quedaba apenas una semana para cumplir los diecisiete.

Llevaba ya dos días allí. Dos días que había pasado o bien encerrada en su misera habitación (una «suite», había tenido el descaro de llamarla el empalagoso posadero), o bien abajo, en el bar, que apestaba a sudor, cerveza rancia y cuerpos sucios.

Se habría marchado de haber tenido la opción. Pero se veía obligada a quedarse allí gracias a su jefe, Arobynn Hamel, el rey delos asesinos. Siempre había estado orgullosa de su estatus como su heredera, siempre había alardeado de ello. Pero ahora... Aquel viaje era su castigo por arruinar un atroz acuerdo para el tráfico de esclavos con el señor de los piratas de la bahía de la Calavera. Así que, a menos que quisiera atravesar la jungla Bogdano, ese pedazo de tierra salvaje que unía el continente a la Tierra Desértica, cruzar en barco el golfo de Oro era el único camino posible. Lo cual significaba esperar allí, en esa patética taberna, a que un barco la llevara a Yurpa.

Celaena suspiró y bebió un largo trago de cerveza. Casi la escupió. Repugnante. Era lo peor de lo peor, igual que el resto del lugar. Igual que el estofado que ni se había molestado en probar. Fuera cual fuese la carne que llevaba, no era de ninguna criatura que mereciera la pena comer. Pan y queso tierno sería el menú, pues.

Se echó hacia atrás en su asiento y observó a la camarera de pelo castaño dorado deslizarse entre el laberinto de mesas y sillas. La chica esquivaba con agilidad a los hombres que intentaban meterle mano sin poner en riesgo la bandeja que sostenía por encima del hombro. Qué desperdicio de pies rápidos, buen equilibrio y ojos despiertos e impactantes. La chica no era tonta. Celaena lo había notado en la manera en que observaba la sala y a los clientes, en la forma en que observaba a la propia Celaena. ¿Qué infierno personal la habría empujado a trabajar allí?

No era que le importara demasiado. Las preguntas eran sobre todo para espantar al aburrimiento. Ya había devorado los tres libros que había llevado consigo desde Rifthold, y ninguna de las tiendas de Innish tenía un solo libro en venta; solo especias, pescado, ropa pasada de moda y material náutico. Para ser una ciudad portuaria, era patética. Pero el reino de Melisande lo estaba pasando mal desde hacía ocho años y medio, desde que el rey de Adarlan había conquistado el continente y había redirigido todo el comercio a través de Eyllwe en lugar de utilizar los pocos puertos orientales de Melisande.

El mundo entero lo estaba pasando mal. Incluida Celaena.

Reprimió el impulso de tocarse la cara. La hinchazón de la

paliza que le había dado Arobynn ya había remitido, pero los moratones seguían allí. Evitaba mirarse en el espejo de plata de encima de su tocador, a sabiendas de lo que vería: los pómulos moteados de morado y azul y amarillo, un espantoso ojo morado y un labio partido todavía en proceso de cicatrización.

Todo ello era un recordatorio de lo que Arobynn le había hecho el día que regresó de la bahía de la Calavera, una prueba de que ella le había traicionado al salvar a doscientos esclavos de un destino terrible. Se había buscado un enemigo poderoso en el señor de los piratas, y estaba casi segura de que había arruinado su relación con Arobynn, pero había hecho lo correcto. Había merecido la pena; siempre la merecería, se decía.

A pesar de que a veces estuviese tan enfadada que no fuera capaz de pensar con claridad. A pesar de que se hubiese metido no en una, ni en dos, sino en tres peleas de bar en las dos semanas que había tardado en viajar desde Rifthold hasta allí, de camino al Desierto Rojo. Una de las refriegas, al menos, la había provocado con razón: un hombre había hecho trampas en una partida de cartas. Pero las otras dos...

No había forma de negarlo: simplemente buscaba pelea. Nada de cuchillos, nada de armas. Solo puños y pies. Celaena supuso que debería sentirse mal por las narices y mandíbulas rotas, por los montones de cuerpos inconscientes que había dejado a su paso. Pero no lo conseguía.

No lograba que le importara, porque esos momentos que había pasado peleando eran los pocos momentos en que se había sentido otra vez ella misma. Los momentos en que se había sentido como la mayor asesina de Adarlan, la heredera elegida por Arobynn Hamel.

Aunque sus rivales hubiesen estado borrachos y desentrenados, aunque supiese desde el principio que no tenían nada que hacer contra ella.

La camarera alcanzó la seguridad de la barra y Celaena miró a su alrededor. El posadero seguía observándola como había hecho durante los dos últimos días, preguntándose cómo podía sacarle aún más dinero. Había unos cuantos clientes que también la observaban. A algunos los reconocía de las noches anteriores, mientras que otros eran rostros nuevos que estudió y registró en su memoria en un santiamén. ¿Era miedo o suerte lo que los había mantenido lejos de

ella hasta ahora?

No había ocultado en absoluto el hecho de que llevaba dinero encima. Y su ropa y sus armas también hablaban de su riqueza. El broche que llevaba, con ese gran rubí, casi pedía problemas a gritos. De hecho, lo llevaba para invitar a los problemas. Había sido un regalo de Arobynn por su decimosexto cumpleaños; *deseaba* que alguien intentara robárselo. Sí era lo bastante bueno, tal vez le dejara hacerlo. Así que en realidad solo era cuestión de tiempo que uno de ellos tratara de asaltarla.

Y que ella decidiera que estaba aburrida de pelear solo con puños y pies. Miró la espada que tenía a su lado. Centelleaba a la turbia luz de la taberna.

Pero iba a partir al amanecer. Zarpaba hacia la Tierra Desértica, desde donde viajaría hasta el Desierto Rojo para encontrarse con el Maestro Mudo de los Asesinos, con quien debía entrenar durante un mes como segunda parte de su castigo por traicionar a Arobynn. Aunque, si era sincera consigo misma, había empezado a barajar la idea de no ir.

Era tentador. Podía embarcarse rumbo a alguna otra parte, al continente sur, quizás, y empezar una nueva vida. Podía dejar atrás a Arobynn, el Gremio de los Asesinos, la ciudad de Rifthold y el condenado imperio de Adarlan. No había gran cosa que se Jo impidiera, excepto la sensación de que Arobynn la encontraría por muy lejos que se fuera. Y el hecho de que Sam... Bueno, no sabía lo que le había sucedido a su compañero asesino aquella noche en que todo se había ido al infierno. En cualquier caso, la atracción de lo desconocido seguía allí, así como la rabia salvaje que le rogaba que se deshiciera de los últimos grilletes de Arobynn y navegara hacia un lugar donde pudiera establecer su propio Gremio de los Asesinos. Sería muy fácil, tan fácil...

Pero, aunque decidiera no embarcarse hacia Yurpa al día siguiente y en vez de eso se subiera a un barco que fuese hacia el continente sur, todavía le quedaba pasar una noche más en esa espantosa posada. Otra noche sin dormir en la que solo podría oír el rugido de la ira forcejeando en su interior.

Si fuese lista, si fuese sensata, evitaría toda confrontación esa noche y abandonaría Innish en paz, fuese donde fuese después.

Pero no se sentía demasiado lista ni demasiado sensata, y mucho

menos cuando las horas pasaron y el ambiente de la posada cambió a una cosa salvaje y hambrienta que aullaba pidiendo sangre.

CAPÍTULO 2

Yrene no sabía cómo ni cuándo había pasado, pero la atmósfera del Cerdo Blanco había cambiado. Era como si todos los hombres allí reunidos estuviesen esperando algo. La chica del fondo seguía sentada a su mesa, seguía sumida en sus pensamientos, pero sus dedos enguantados tamborileaban sobre la superficie de madera mellada, y a cada rato movía su cabeza encapuchada para mirar a su alrededor.

Yrene no hubiese podido marcharse aunque hubiera querido. Faltaban todavía cuarenta minutos para la última llamada, y después tendría que quedarse una hora más para limpiar y acompañar a los clientes más embriagados hasta la puerta. No le importaba a dónde fuesen una vez que cruzaran el umbral, no le importaba si acababan bocabajo en una zanja, siempre y cuando salieran del bar y permanecieran fuera de él.

Nolan había desaparecido hacía unos minutos, o bien para salvar su propio pellejo, o bien para hacer algún trapicheo en el callejón de atrás. Y Jessa seguía sentada en el regazo de ese marinero,

flirteando sin vergüenza, ajena al cambio en el ambiente.

Yrene no hacía más que mirar a la chica encapuchada; igual que muchos de los clientes de la taberna. ¿Estaban esperando a que se levantara? Reconocía a algunos ladrones entre los presentes, ladrones que llevaban dos días rondando como buitres; intentando averiguar si la joven desconocida sabía utilizar las armas que portaba. Era de todos conocido que partía al amanecer. Si querían su dinero, sus joyas, sus armas o algo mucho más oscuro, esa noche sería su última oportunidad.

Yrene se mordisqueó el labio mientras servía una ronda de cervezas para la mesa de cuatro marineros que jugaban una partida de Reyes. Debería advertir a la chica, decirle que tal vez le interesara escabullirse del bar y buscar su barco de inmediato, antes de que acabara con el cuello rajado.

Pero Nolan la echaría a patadas a la calle si supiera que la había advertido. Sobre todo cuando muchos de los matones y asesinos presentes eran clientes fieles que a menudo compartían con él sus ganancias de procedencia turbia. E Yrene no tenía ninguna duda de que Nolan enviaría a esos mismos hombres tras ella si le traicionaba. ¿Cómo se había adaptado tan bien al modo de vida de esa gente? ¿Cuándo se habían convertido Nolan y el Cerdo Blanco en un sitio y un puesto que estaba desesperada por mantener?

Yrene tragó saliva mientras servía otra jarra de cerveza. Su madre no hubiese dudado en advertir a la chica.

Pero su madre había sido una mujer buena, una mujer que jamás vacilaba, que jamás daba la espalda a una persona herida o enferma, fuese lo pobre que fuese, que jamás echaba a nadie de su casita del sur de Fenharrow. Jamás.

Como curandera de destreza prodigiosa, bendecida con magia abundante, su madre siempre había mantenido que no era correcto cobrar a la gente por lo que Silba, la diosa de la curación, le había entregado a ella gratis. La única vez que Yrene había visto dudar a su madre fue el día en que los soldados de Adarlan rodearon su casa, armados hasta los dientes, portando antorchas y leña en las manos.

No se habían molestado en escuchar cuando su madre los explicó que su poder, como el de Yrene, había desaparecido hacia meses, junto con el resto de la magia de la tierra. Abandonada por

los dioses, había afirmado.

No, los soldados no la habían escuchado en absoluto. Como tampoco lo habían hecho todos esos dioses desaparecidos a quienes Yrene y su madre habían rogado por su salvación.

Esa había sido la primera y única vez que su madre había arrebatado una vida.

Yrene todavía podía ver el destello de la daga oculta en la mano de su madre, todavía sentía la sangre de ese soldado en sus pies desnudos. Podía oír a su talentosa madre gritarle que corriera, podía oler el humo de la hoguera en la que quemaron viva mientras Yrene lloraba en la seguridad del cercano bosque de Oakwald.

Yrene había heredado de ella su estómago de hierro, aunque nunca pensó que esos nervios sólidos acabarían por mantenerla atada a ese lugar, considerando ese agujero de mala muerte como su hogar.

Estaba tan perdida en sus pensamientos y recuerdos que no se percató de la presencia del hombre hasta que una ancha mano se había cerrado en torno a su cintura.

—Nos vendría bien una cara bonita en esta mesa —dijo, sonriéndole con una expresión lobuna. Yrene dio un paso atrás, pero él la tenía bien sujeta e intentó sentarla en su regazo.

—Tengo trabajo —dijo con la mayor docilidad posible. Ya se había desenredado de situaciones como esa en otras ocasiones. Infinitas veces ya. Hacía mucho que habían dejado de darle miedo.

—Puedes trabajar sobre mí —intervino otro de los mercenarios, un hombre alto con una espada de aspecto ajado amarrada a la espalda. Con calma, Yrene soltó los dedos del primer mercenario de su cintura.

—La última llamada es dentro de cuarenta minutos —anunció con tono cordial mientras daba pasos atrás, alejándose cuanto podía sin irritar a los hombres que le sonreían como perros salvajes—. ¿Queréis alguna cosa más?

—¿Qué haces después? —preguntó otro.

—Volver a casa con mi marido —mintió. Pero los hombres miraron el anillo que llevaba en el dedo, el anillo que ahora asaba por alianza matrimonial. Había pertenecido a su madre, a la madre de su madre, y a todas las grandes mujeres que vivieron antes que ellas, todas curanderas brillantes, todas borradas de la memoria.

Los mercenarios fruncieron el ceño y ella se lo tomó como una indicación para marcharse. Yrene volvió a la barra a toda prisa. No advirtió a la chica. No quiso recorrer el bar entero otra vez, con todos esos hombres que acechaban como lobos.

Cuarenta minutos. Solo cuarenta minutos más hasta que pudiera echarlos a todos.

Y entonces podría recoger y limpiar y desplomarse en la cama. Un día más en aquel infierno que de algún modo se había convertido en su futuro.

A decir verdad, Celaena se sintió un poco insultada cuando ninguno de los hombres del bar hizo ademán de agarrarla a ella, su dinero, su broche de rubí o sus armas cuando pasó entre las mesas. La campana acababa de tocar la última llamada y, aunque no estaba cansada en absoluto, ya estaba harta de esperar a que una pelea, una conversación o cualquier otra cosa ocuparan su tiempo.

Supuso que podía volver a su habitación y releer uno de los libros que había llevado consigo. Al pasar por delante de la barra, le tiró una moneda de plata a la camarera de pelo moreno y barajó los posibles beneficios de salir a las calles y ver qué aventuras la encontraban.

«Imprudente y estúpida», diría Sam. Pero Sam no estaba allí, y Celaena no sabía si estaba vivo o muerto, o si Arobynn lo había apaleado hasta dejarlo sin sentido. Era bastante lógico suponer que Sam habría recibido algún castigo por el papel que había desempeñado en la liberación de los esclavos de la bahía de la Calavera.

Celaena no quería pensar en ello. Sam se había convertido en su amigo, o eso creía. Ella nunca había disfrutado del lujo de tener amigos, aunque tampoco había tenido un interés particular en encontrarlos. Sin embargo, Sam había sido un buen candidato, aunque no dudara en decir justo lo que pensaba de ella, o de sus planes, o de sus habilidades.

¿Qué opinaría él si ella se limitase a zarpar hacia lo desconocido y no fuese nunca al Desierto Rojo o no volviese jamás a Rifthold? Puede que lo celebrara; sobre todo si Arobynn le nombraba heredero a él. O quizás Celaena pudiera llevarle con ella. De hecho, cuando estaban en Bahía de la Calavera, Sam había sugerido que

intentaran escapar. Así que, una vez que Celaena se instalara en alguna parte, una vez que se hiciese un hueco como asesina de élite en la tierra que decidiese convertir en su hogar, tal vez pudiera pedirle que se uniera a ella. Y jamás tendrían que volver a aguantar palizas y humillaciones. Una idea tan fácil y atractiva..., tan tentadora...

Celaena subió con paso cansado las estrechas escaleras, atenta a cualquier indicio de que hubiese ladrones o asesinos esperándola. Para su desilusión, el pasillo de la planta de arriba estaba oscuro y silencioso. Y desierto.

Con un suspiro, entró en su habitación y cerró la puerta con llave. Después de un momento, empujó también la vieja cajonera para bloquear la puerta. No por su propia seguridad. Oh, no. Era por la seguridad de cualquier idiota que intentara entrar, que luego se encontraría rajado del ombligo a la nariz solo para satisfacer el aburrimiento de una asesina solitaria.

Sin embargo, después de pasearse inquieta por el cuarto durante quince minutos, apartó el mueble de nuevo y salió por la puerta. En busca de pelea. De aventura. De cualquier cosa que alejara su mente de los moratones de su cara y del castigo que le había impuesto Arobynn y de la tentación de eludir sus obligaciones e irse navegando a una tierra lo más lejana posible.

Yrene arrastró los últimos cubos de basura a la brumosa callejuela de detrás del Cerdo Blanco. Le dolían la espalda y los brazos después de un día que había sido más largo de lo habitual.

No había habido pelea, gracias a los dioses, pero Yrene todavía no podía quitarse de encima los nervios y esa sensación de que pasaba algo raro. Aun así estaba contenta, contentísima, de que no hubiese habido un altercado en el Cerdo. Lo último que quería era pasar el resto de la noche fregando sangre y vómito del suelo y arrastrando muebles rotos al callejón. Después de que ella hiciera sonar la campana de la última llamada, los hombres habían apurado sus copas entre refunfuños y risas y se habían dispersado sin apenas problemas.

Como era de esperar, Jessa había desaparecido con su marinero y, dado que la callejuela estaba desierta, Yrene daba por sentado que la joven se había marchado con él a alguna otra parte.

Dejándola a ella sola, una vez más, para recoger y limpiarlo todo.

Yrene hizo una pausa para dejar la basura menos repugnante en un montón ordenado a lo largo de la pared del fondo. No era gran cosa: pan rancio y un poco de estofado. Habrían desaparecido por la mañana, después de que los niños vagabundos y medio salvajes que pululaban por las calles de Innish hubiesen arramblado con todo.

¿Qué diría su madre si supiese en lo que se había convertido su hija?

Yrene tenía solo once años cuando aquellos soldados quemaron a su madre por poseer magia. Durante los primeros seis años y medio después de los horrores de aquel día, había vivido con una prima de su madre en otro pueblo de Fenharrow, fingiendo ser una pariente lejana sin ningún poder en absoluto. No era un disfraz difícil de mantener: sus poderes habían desaparecido de verdad. Sin embargo, en aquella época, el miedo era omnipresente; la gente se había vuelto contra sus propios vecinos, y a menudo vendían a cualquiera que hubiese tenido poderes de los dioses a la legión más cercana. Por fortuna, nadie había cuestionado la pequeña presencia de Yrene y, durante esos largos años, mientras ayudaba a que la granja familiar recuperara la normalidad tras el paso de las fuerzas de Adarlan, nadie se fijó en ella.

No obstante, Yrene quería ser curandera, como su madre y su abuela. Había empezado a seguir a su madre a todas partes en cuanto fue capaz de hablar, y había ido aprendiendo despacio, como hacían todos los curanderos tradicionales. Y esos años en la granja, aunque pacíficos (además de monótonos y aburridos), no habían bastado para hacerle olvidar once años de formación, ni las ganas de seguir los pasos de su madre. No había entablado una gran relación con sus primos, a pesar de su caridad, y ninguna de las dos partes había intentado de verdad salvar la brecha causada por la distancia, el miedo y la guerra.

Así que nadie puso pegas cuando cogió el poco dinero que tema ahorrado y se marchó de la granja unos meses antes de su decimoctavo cumpleaños.

Había puesto rumbo a Antica, una ciudad de sabios y eruditos en el continente sur, un reino al que Adarlan y la guerra no habían llegado, donde, según los rumores, la magia aún existía. Había viajado a pie desde Fenharrow, cruzando las montañas hasta

Melisande y atravesando el bosque de Oakwald, para por fin acabar en Innish. Había oído que allí podría encontrar un barco que la llevara al continente sur, a Antica. Y era precisamente allí donde se había quedado sin dinero.

Por eso había buscado ese trabajo en el Cerdo. Al principio, había sido solo algo temporal, para ganar lo suficiente como para pagarse el pasaje a Antica, pero entonces le había empezado a preocupar no tener nada de dinero al llegar allí y, después, no poder pagarse los estudios en la Torre Cesme, la gran academia de curanderos y médicos. Así que se había quedado, y las semanas se habían convertido en meses. De algún modo, el sueño de ir al sur, de asistir a la Torre, había quedado aparcado. Sobre todo cuando Nolan aumentó el alquiler de su habitación y el coste de su comida y siempre encontraba maneras de bajarle el sueldo. Sobre todo cuando ese estómago suyo de curandera le permitía soportar las indignidades y la oscuridad de ese lugar.

Yrene expulsó el aire por la nariz. Así que allí estaba. Una camarera en un pueblo de mala muerte con apenas un par de cobres en el bolsillo y ningún futuro a la vista.

Oyó el crujido de unas botas sobre la piedra y lanzó una mirada furibunda calle abajo. Si Nolan pillaba a esos golfillos comiéndose su comida, por rancia y repugnante que fuera, la culparía a ella. Diría que él no era una casa de beneficencia y restaría el precio de su paga. Ya lo había hecho una vez antes, y ella había tenido que ir en busca de esos niños harapientos y regañarlos para hacerles entender que tenían que esperar hasta altas horas de la noche para levarse la comida que ella les dejaba con tanto cuidado.

—Os dije que esperarais hasta que fuesen más de las... —empezó, pero se calló cuando cuatro figuras surgieron de entre la neblina.

Hombres. Los mercenarios de antes.

Al instante, Yrene corrió hacia la puerta abierta, pero ellos eran rápidos. Más rápidos que ella.

Uno bloqueó la puerta mientras otro se acercaba por detrás y la agarraba con fuerza, pegándola a su enorme cuerpo.

—Grita y te rajo el cuello —le susurró al oído, con un aliento caliente que apestaba a cerveza—. Te he visto embolsarte unas buenas propinas esta noche, chica. ¿Dónde están?

Yrene no sabía qué habría hecho a continuación: pelear o llorar o suplicar o intentar gritar a pesar de todo. Pero no tuvo que decidir.

De pronto, el hombre que estaba más lejos de ella soltó un grito ahogado y fue engullido por la neblina.

El mercenario que la sujetaba se giró hacia él, arrastrando a Yrene consigo. Se oyó un revoloteo de ropa y luego un golpe sordo. Después, silencio.

—¿Ven? —llamó el hombre que bloqueaba la puerta.

Nada.

El tercer mercenario, el que estaba entre Yrene y la niebla, desenvainó su espada corta. Yrene no tuvo tiempo de lanzar un grito de advertencia cuando una figura oscura brotó de entre la bruma y lo agarró. No por delante, sino del costado, como si acabara de surgir de la nada.

El mercenario tiró a Yrene al suelo y desenvainó la espada que llevaba a la espalda, un arma con una hoja ancha de aspecto temible. Sin embargo, su compañero ni siguiera gritó. Más silencio.

—Déjate ver, maldito cobarde —gruñó el cabecilla—. Enfréntate a nosotros como un hombre de verdad.

Una risa bajita y suave.

A Yrene se le heló la sangre en las venas. Que Silba la protegiera.

Conocía aquella risa. Conocía la voz fría y sofisticada que la acompañaba.

—¿Igual que vosotros, hombres de verdad, habéis rodeado a una chica indefensa en un callejón?

Y, con eso, la desconocida salió de entre la niebla. Llevaba dos dagas largas en las manos. Ambas hojas goteaban sangre oscura.

CAPÍTULO 3

Oh, por todos los dioses.

A Yrene se le aceleró la respiración cuando la chica se acercó a los dos atacantes que seguían en pie. El primer mercenario soltó una carcajada, pero el que estaba junto a la puerta se quedó inmóvil. Yrene empezó a retroceder con sumo cuidado.

—¿Has matado a mis hombres? —exigió saber el mercenario; mantenía la espada en alto.

La joven hizo girar una de sus dagas para colocarla en otra posición. Una posición, pensó Yrene, que permitiría a la hoja deslizarse con facilidad entre las costillas, directa al corazón.

—Digamos sin más que tus hombres han recibido su merecido.

El mercenario se lanzó a por ella, pero la chica le estaba esperando. Yrene sabía que debía huir, echar a correr y no mirar atrás, pero la chica solo iba armada con dos dagas, y el mercenario era enorme y...

Todo acabó casi antes de empezar. El mercenario dio dos espadazos y ambos se toparon con esas dagas de aspecto asesino. Y

entonces la joven le dejó inconsciente con un golpe rápido en la cabeza. Tan rápido... A una velocidad y con una elegancia increíbles. Un espectro que se movía entre la niebla.

El hombre se desplomó entre la bruma y desapareció de la vista. Yrene no prestó demasiada atención cuando la desconocida lo siguió hasta donde había caído.

La camarera giró la cabeza hacia el mercenario de la puerta, preparada para gritarle una advertencia a su salvadora, pero el hombre ya esprintaba calle abajo tan deprisa como lo llevaban sus pies.

Ella casi pensó en hacer lo mismo cuando la desconocida emergió de entre la niebla, con las dagas ya limpias pero aún en la mano. Aún preparadas.

—Por favor, no me mates —susurró Yrene. Estaba dispuesta a suplicar, a ofrecerle cualquier cosa a cambio de su inútil vida malgastada. Pero la joven se limitó a reírse en voz baja.

—Si quisiera matarte, ¿para qué me habría molestado en salvarte? —preguntó.

Celaena no había tenido la intención de salvar a la camarera.

Había sido pura chiripa que viera a los cuatro mercenarios recorriendo las calles con sigilo, pura chiripa que parecieran tan ansiosos por encontrar jaleo como lo estaba ella. Los había seguido hasta esa callejuela, donde los había encontrado a punto de hacer daño a esa chica de maneras imperdonables.

La pelea, sin embargo, había sido demasiado rápida para poder disfrutarla, o para servir de bálsamo para su mal humor. Si es que podía llamarse pelea.

El cuarto hombre había escapado, pero no tenía ganas de perseguirle, no mientras la camarera siguiera delante de ella temblando de la cabeza a los pies. Celaena tenía la sensación de que lanzarle una daga al hombre que escapaba corriendo haría que la chica empezara a gritar. O que se desmayara. Lo cual... complicaría las cosas.

Pero la muchacha no gritó y tampoco se desmayó. Se limitó a señalar con un dedo tembloroso el brazo de Celaena.

—Estás... estás sangrando.

Celaena bajó la vista y frunció el ceño en dirección a la pequeña

mancha brillante de su bíceps.

—Supongo que sí.

Un descuido tonto. El grosor de su túnica había impedido que fuese una herida problemática, pero tendría que limpiarla. Estaría curada como mucho en una semana. Hizo ademán de volver hacia la calle para ver qué más diversiones podía encontrar, pero la camarera volvió a hablar.

—Po... podría curarte la herida y vendártela.

Celaena tenía ganas de zarandear a la chica. Quería sacudirla por unas diez razones diferentes. La primera, la más importante, era que estaba temblando y asustada y había sido inútil por completo. La segunda, que fuera tan estúpida como para estar en ese callejón en mitad de la noche. Y no tenía ganas de pensar en todas las otras razones; ya estaba bastante enfadada de por sí.

—Me la puedo curar yo misma sin problema —dijo Celaena mientras se encaminaba hacia la puerta que conducía a las cocinas del Cerdo Blanco. Hacía un par de días, había explorado la posada entera y los edificios aledaños, y ahora podía orientarse por ellos con los ojos vendados.

—Solo Silba sabe lo que había en esa espada — murmuró la chica. Celaena se detuvo. Invocar a la diosa de la curación... Muy poca gente hacía eso ya, a menos que fueran...—. Yo... Mi madre era curandera y me enseñó unas cuantas cosas —balbuceó la muchacha—. Podría... podría... Por favor, deja que te pague la deuda que tengo contigo.

—No tendrías ninguna deuda conmigo si hubieses tenido un poco de sentido común.

La camarera se encogió un poco, como si Celaena le hubiese pegado. Eso la irritó aún más. La irritaba todo: esa ciudad, ese reino, ese maldito mundo.

—Lo siento —dijo la chica con voz suave.

—¿Por qué te estás disculpando conmigo? ¿Por qué te estás disculpando siquiera? Esos hombres se lo estaban buscando. Pero tenías que haber sido más lista en una noche como esta, cuando apostaría todo lo que tengo a que has percibido la agresividad que flotaba en ese condenado bar mugriento.

Celaena tuvo que recordarse que no era culpa de la chica. No era culpa suya no saber defenderse.

La muchacha enterró la cara entre las manos y encorvó los hombros. Celaena empezó a contar los segundos que transcurrían hasta que estallara en sollozos, hasta que se viniera abajo.

Pero no hubo lágrimas. La chica se limitó a respirar hondo unas cuantas veces y luego bajó las manos.

—Deja que te limpie el brazo —dijo con una voz que era... diferente, de algún modo. Más fuerte, más clara—. O acabarás perdiéndolo.

Y ese leve cambio en ella fue lo bastante interesante como para que Celaena la siguiera al interior.

No se molestó en hacer nada con los tres cuerpos del callejón. Tenía la sensación de que nadie excepto las ratas y los carroñeros se preocuparían de ellos en esa ciudad.

CAPÍTULO 4

Yrene llevó a la joven a su habitación debajo de las escaleras, porque le daba algo de miedo que el mercenario que había escapado pudiera estar esperándolas arriba. No quería ver más peleas ni muertes ni sangre, tuviese o no tuviese muchas tragaderas.

Por no mencionar que también le daba algo de miedo estar encerrada en la suite con aquella extraña.

Dejó a la joven sentada en su destartalado catre y fue en busca de dos cuencos de agua y unas vendas limpias. Nolan se las restaría de su paga cuando se diese cuenta de que no estaban. No importaba. Esa desconocida le había salvado la vida. Eso era lo menos que podía hacer por ella.

Cuando Yrene regresó, casi dejó caer los boles humeantes. La muchacha se había quitado la capucha, la capa y la túnica.

Yrene no sabía en qué fijarse primero.

¿En que la chica era joven? Quizás unos dos o tres años más joven que ella, aunque transmitía una sensación de vejez.

¿En que la chica era preciosa? Con el pelo dorado y unos ojos

azules que brillaban a la luz de la vela.

¿O en que la cara de la chica hubiese sido aún más bonita sino hubiera estado cubierta por un collage de moratones? Unos moratones horribles, incluido un espantoso ojo morado que sin duda había estado cerrado por la hinchazón en algún momento.

La desconocida la miraba, quieta y callada como un gato.

No le correspondía a Yrene hacer preguntas. Sobre todo cuando aquella chica había despachado a tres mercenarios en cuestión de segundos. Aunque los dioses la hubiesen abandonado, Yrene todavía creía en ellos; seguían en alguna parte, observando. Creía en ellos, porque ¿cómo si no podía explicar que le acabaran de salvar la vida? Además, la idea de estar sola, sola de verdad, era demasiado difícil de soportar, aun cuando su vida se había torcido de todas las maneras imaginables.

El agua se agitó en los cuencos cuando Yrene los dejó en la mesita de al lado de su cama. Intentó controlar el temblor de sus manos.

La chica no dijo nada mientras Yrene inspeccionaba el corte de su bíceps. Tenía el brazo delgado, pero con unos músculos duros como piedras. La joven tenía cicatrices por todas partes; unas grandes, otras más pequeñas. No ofreció ninguna explicación para ellas, y a Yrene le dio la impresión de que llevaba sus cicatrices igual que algunas mujeres llevan sus joyas más elegantes.

La desconocida no podía tener más de diecisiete o dieciocho años, pero... pero Adarlan los había obligado a todos a crecer deprisa. Demasiado deprisa.

Yrene empezó a lavar la herida y la joven bufó entre dientes.

—Perdón —se apresuró a decir—. He puesto unas hierbas en el agua como antiséptico. Debería haberte prevenido. —Yrene llevaba siempre consigo una reserva de hierbas medicinales cuya utilidad le había enseñado su madre. Solo por si acaso. Ni siquiera ahora podía darle la espalda a un mendigo enfermo en la calle, y a menudo se encontraba caminando hacía el sonido de una tos.

—Créeme, he pasado por cosas peores.

—Lo hago —dijo Yrene—. Creerte, quiero decir. —Esas cicatrices y su cara magullada lo decían todo. Y explicaban lo de la capucha. Sin embargo, ¿era vanidad o instinto de supervivencia lo que la hacía llevarla puesta?—. ¿Cómo te llamas?

—No es asunto tuyo, y no importa.

Yrene se mordió la lengua. Por supuesto que no era asunto suyo. La chica tampoco le había dado un nombre a Nolan. O sea, que debía de estar en algún tipo de misión secreta.

—Yo me llamo Yrene —aportó ella—. Yrene Towers.

Un asentimiento distante. Por supuesto, a la chica tampoco le importaba lo más mínimo.

—¿Qué hace la hija de una curandera en esta basura de ciudad? —preguntó la desconocida.

No había ninguna amabilidad en su tono, ninguna compasión. Solo una curiosidad tibia, casi aburrida.

—Iba de camino a Antica para entrar en la academia de curanderos y me quedé sin dinero. —Sumergió el trapo en el agua y lo escurrió. Luego siguió limpiando la herida poco profunda—. Conseguí trabajo aquí para pagarme el pasaje al otro lado del océano y..., bueno, nunca me fui. Supongo que quedarme aquí se volvió... más fácil. Más simple.

Un resoplido desdeñoso.

—¿Este lugar de mala muerte? Simple es, desde luego, pero ¿fácil? Creo que preferiría morirme de hambre en las calles de Antica antes que vivir aquí.

Yrene se puso roja.

—Es... Yo... —No tenía excusa.

Los ojos de la joven volaron hacia los suyos. Tenían un halo dorado. Eran impactantes. Incluso con esos moratones, la chica era despampanante. Como un fuego incontrolado o una tormenta de verano procedente del golfo de Oro.

—Deja que te dé un consejo —dijo la joven con amargura—, de una chica trabajadora a otra: la vida no es fácil, da igual donde estés. Harás elecciones que creerás que son correctas y luego sufrirás por ellas. —Esos ojos extraordinarios centellearon—. Así que, si vas a ser desgraciada, bien puedes irte a Antica y ser desgraciada a la sombra de la Torre Cesme.

Culta, sí, y era probable que también hubiese viajado mucho, si conocía el nombre de la academia de curanderos, cuyo nombre había pronunciado a la perfección.

Yrene se encogió de hombros, sin atreverse a dar voz a las docenas de preguntas que ardían en la punta de su lengua.

—De todos modos, ahora mismo no tengo dinero para ir —dijo en cambio.

Sus palabras salieron más cortantes de lo que pretendía, más cortantes de lo que era prudente, dado lo letal que era la desconocida. Yrene no trató de adivinar qué tipo de chica trabajadora podía ser: mercenaria fue lo más oscuro que se atrevió a imaginar.

—Entonces roba el dinero y vete. Tu jefe se merece que alguien aligere su cartera.

Yrene se echó atrás, escandalizada.

—No soy ninguna ladrona.

Recibió una sonrisa pícara a cambio.

—Si quieres algo, ve y cógelo.

Aquella chica no era como un fuego incontrolado, era un fuego incontrolado. Letal e indomable. Y estaba un poco loca.

—Demasiada gente piensa eso estos días —se aventuró a decir Yrene. Como Adarlan. Como esos mercenarios—. No quiero ser como ellos.

A la desconocida se le borró la sonrisa.

—O sea, ¿que prefieres pudrirte aquí con la conciencia limpia?

Yrene no lenta respuesta a eso, así que no dijo nada. Dejó el trapo y el cuenco y sacó un pequeño bote de ungüento. Lo guardaba para sí misma, para los cortecitos y arañazos que se hacía al trabajar, pero ese corte era lo bastante pequeño como para poder usar un poco. Con la mayor suavidad que pudo, lo untó en la herida. Esta vez, la chica no hizo ninguna mueca.

Después de un momento, la joven volvió a hablar.

—¿Cuándo perdiste a tu madre? —preguntó.

—Hace más de ocho años. —Yrene siguió concentrada en la herida.

—Una época difícil para ser una curandera con magia en este continente, sobre todo en Fenharrow. El rey de Adarlan no dejó a mucha gente con vida allí; ni siquiera a la que pertenecía a la familia real.

Yrene levantó la vista. El fuego incontrolado en los ojos de la joven se había convertido en una llama azul y abrasadora. «Menuda rabia», pensó con un escalofrío. «Menuda rabia hirviente». ¿Por qué cosas habría tenido que pasar para tener ese aspecto?

Por supuesto, no se lo preguntó. Tampoco preguntó cómo sabía de dónde era. Supuso que su piel dorada y su pelo castaño eran suficientes para marcarla como oriunda de Fenharrow, si no la delataba su ligero acento.

—Si lograras ir a la Torre Cesme —continuó la chica, y su ira había desaparecido de pronto, como si la hubiese guardado bien hondo en su interior—, ¿qué harías después?

Yrene cogió una de las vendas limpias y empezó a envolverla alrededor del brazo de la chica. Había soñado con ello durante años, había contemplado un millar de futuros diferentes mientras fregaba jarras sucias y barría los suelos.

—Volvería. No aquí, quiero decir, sino al continente. Volvería a Fenharrow. Hay... mucha gente que necesita buenos curanderos en estos tiempos.

Dijo lo último con voz queda. Por lo que sabía, esa desconocida podía ser partidaria del rey de Adarlan. Podría denunciarla ante la guardia de la ciudad solo por hablar mal del rey. Yrene lo había visto demasiadas veces.

Pero la chica miró la puerta con el pestillo improvisado que había montado Yrene, el armario que ella llamaba su dormitorio, la capa raída que colgaba del respaldo de la silla medio podrida en la pared de enfrente. Luego volvió a mirarla a ella. Eso le dio a Yrene la oportunidad de estudiar su cara. Viendo la facilidad con la que había derrotado a esos mercenarios, quienquiera que le hubiese hecho daño debía de ser temible de verdad.

—¿De verdad volverías a este continente? ¿Al imperio?

Había tal sorpresa en su voz que Yrene la miró a los ojos.

—Es lo correcto —fue todo lo que se le ocurrió decir.

La chica no contestó, e Yrene siguió vendando su brazo. Cuando hubo terminado, la joven se puso la camisa y la túnica, movió el brazo un poco y se levantó. En la exigua habitación, Yrene se sentía mucho más pequeña que la extraña, aunque solo hubiese unos centímetros de diferencia entre ambas.

La desconocida cogió su capa, pero no se la puso; dio un paso hacia la puerta cerrada.

—Podría encontrar algo para tu cara —farfulló Yrene. La chica se paró con una mano sobre el pomo de la puerta y giró la cabeza hacia ella.

—Se supone que es un recordatorio.

—¿De qué? ¿O para quién? —No debería curiosear, ni siquiera debería haber preguntado.

La chica sonrió con amargura.

—Para mí.

Yrene pensó en las cicatrices que había visto por su cuerpo y se preguntó si todas ellas serían también recordatorios.

La joven se volvió otra vez hacia la puerta, pero se detuvo, de nuevo.

—Te quedes o te vayas a Antica y asistas o no a la Torre Cesme para luego volver a salvar el mundo —caviló—, creo que deberías aprender un par de cositas sobre cómo defenderte.

Yrene miró de reojo las dagas amarradas a la cintura de la chica, la espada que ni siquiera había tenido que desenvainar. Tenía joyas engarzadas en el mango, joyas de verdad, que centelleaban a la luz de la vela. Debía de ser increíblemente rica, más rica de lo que Yrene podía soñar con ser jamás.

—No puedo permitirme comprar armas.

La chica soltó una risa ronca.

—Si aprendes estas maniobras, no las necesitarás.

Celaena llevó a la camarera al callejón, aunque solo fuese porque no quería despertar a los demás huéspedes de la posada y enzarzarse en otra pelea. Ni siquiera sabía bien por qué se había ofrecido a enseñarle a defenderse. La última vez que había ayudado a alguien, las cosas se habían vuelto en su contra y se había llevado la paliza de su vida. Literalmente.

Pero esa camarera, Yrene, parecía tan sincera cuando hablaba de ayudar a la gente..., cuando hablaba de convertirse en curandera...

La Torre Cesme... Todo curandero que se preciara conocía la academia de Antica donde podían estudiar los mejores y más brillantes, sin importar su origen o posición social. Celaena había soñado una vez con vivir en las legendarias torres color crema de la Torre, con caminar por las estrechas calles en pendiente de Antica y ver maravillas traídas de tierras de las que ni siquiera había oído hablar. Pero eso había sido hacía una eternidad. Era una persona diferente entonces.

No la de ahora, desde luego. Y, si Yrene se quedaba en esa

ciudad abandonada por los dioses, lo más probable era que otras personas intentaran atacarla otra vez. Así que allí estaba Celaena, maldiciendo su propia conciencia por ser tan tonta mientras se situaban en posición en la neblinosa callejuela de detrás de la posada.

Los cuerpos de los tres mercenarios seguían allí fuera, y Celaena pilló a Yrene encogiéndose un poco al oír las patitas que correteaban y los suaves chillidos. Las ratas no habían perdido el tiempo.

Celaena agarró la muñeca de la chica y sujetó su mano en alto.

—La gente, los hombres, no suelen perseguir a las mujeres que tienen aspecto de poder defenderse. Te elegirán a ti porque pareces indefensa o vulnerable o capaz de mostrar compasión. Por lo general, intentarán llevarte a algún sitio donde no tengan que preocuparse por que los interrumpan.

Yrene tenía los ojos muy abiertos, y su rostro estaba pálido a la luz de la antorcha que Celaena había dejado justo al lado de la puerta de atrás. Impotente. ¿Cómo sería sentirse impotente a la hora de defenderse? Un escalofrío que no tenía nada que ver con las ratas que roían los cadáveres de los mercenarios la recorrió de arriba abajo.

—*Nunca* dejes que te lleven a otro sitio —continuó, recitando las lecciones que le había dado a ella Ben, el lugarteniente de Arobynn. Había aprendido autodefensa antes de aprender a atacar a nadie; también había aprendido primero a luchar sin armas—. Defiéndete lo suficiente como para convencerlos de que no merece la pena el esfuerzo. Y haz todo el ruido que puedas; aunque, en un agujero inmundo como este, apuesto a que nadie se molestará en venir en tu ayuda. En cualquier caso, deberías gritar a pleno pulmón para alertar de un incendio; no una violación, no un robo, no algo de lo que los cobardes preferirían esconderse. Y, si gritar no desanima a tus atacantes, entonces hay unos cuantos trucos para salir indemne.

»Algunos pueden hacerlos caer al suelo como piedras, otros pueden incapacitarlos por unos momentos, pero, en cuanto te suelten, tu prioridad es poner pies en polvorosa. ¿Lo entiendes? Te sueltan, tú *huyes*.

Yrene asintió, todavía ojiplática. Y así siguió cuando Celaena

cogió la mano que había levantado y le enseñó la «sacada de ojos». Le mostró cómo incrustar los pulgares en los lagrimales de una persona, luego doblarlos por detrás de los globos oculares y... Bueno, Celaena no podía terminar esa parte en serio, puesto que sus propios ojos le gustaban mucho. Tras unos cuantos intentos, Yrene le cogió el tranquillo, y lo hizo a la perfección después de que Celaena la obligara a practicar una y otra vez.

A continuación, le enseñó la «palmada de orejas», después a pellizcar la parte superior del muslo de un hombre tan fuerte como para hacerle gritar, dónde estampar el talón sobre la parte más delicada del pie de su rival, qué puntos blandos era mejor golpear con el codo (de hecho, Yrene la golpeó tan fuerte en el cuello que Celaena sufrió arcadas durante un minuto entero). Y luego le dijo que fuese a por la entrepierna, que siempre intentara golpear en la entrepierna.

Y, cuando la luna ya se estaba poniendo, cuando Celaena estuvo convencida de que Yrene quizás tuviese alguna oportunidad contra un atacante, por fin pararon. Yrene parecía mantenerse un poco más erguida, y tenía las mejillas arreboladas.

—Si van a por ti en busca de dinero —le indicó Celaena haciendo un gesto con la barbilla en dirección a donde los mercenarios yacían amontonados—, tira las monedas que lleves encima lo más lejos posible y corre en dirección contraria. Por lo general, estarán tan ocupados recogiendo tu dinero que tendrás bastantes opciones de escapar.

Yrene asintió.

—Debería... debería enseñarle todo esto a Jessa.

Celaena no sabía quién era Jessa, y tampoco le importaba, pero comentó:

—Si tienes la oportunidad, enséñaselo a cualquier mujer que esté dispuesta a escuchar.

Se hizo el silencio entre ambas. Había tantísimo más que aprender, tanto más que enseñar... Pero solo quedaban un par de horas para el amanecer, y Celaena supuso que debería volver a su habitación, aunque solo fuese para preparar sus cosas y marcharse. Marcharse no porque se lo hubiesen ordenado, ni porque encontrara aceptable su castigo, sino... porque necesitaba hacerlo. Necesitaba ir al Desierto Rojo.

Aunque solo fuese para saber a dónde planeaba conducirla el Wyrd. Quedarse, huir a otra tierra, evitar su destino...; no haría nada de eso. No podía ser como Yrene, un recordatorio vivo de pérdida y sueños relegados. No, continuaría hasta el Desierto Rojo y seguiría ese camino, fuese a donde fuese, por mucho que hiriese su orgullo.

Yrene se aclaró la garganta.

—¿Alguna... alguna vez has tenido que emplear esas maniobras? No pretendo husmear. Quiero decir, no tienes que contestar si no...

—Las he empleado, sí, pero no porque estuviese en ese tipo de situación. Yo... —Sabía que no debía decirlo, pero lo hizo de todos modos—. Yo suelo ser la perseguidora.

Yrene, para su sorpresa, se limitó a asentir, aunque con cierta tristeza. Era tan irónico, pensó, que estuvieran trabajando juntas... La asesina y la curandera. Las dos caras de la misma moneda.

Yrene se rodeó a sí misma con los brazos.

—¿Cómo podré pagarte alguna vez lo que has...?

Pero Celaena levantó una mano. La callejuela estaba desierta, pero pudo sentirlos, oyó el cambio en la neblina, en el corretear de las ratas. Burbujas de silencio.

Miró a Yrene a los ojos y desvió los suyos hacia la puerta trasera. Una indicación silenciosa. Yrene se había puesto blanca y rígida. Una cosa era entrenar, pero poner las lecciones en práctica, utilizarlas... Yrene era más una carga que otra cosa. Celaena señaló la puerta con la barbilla. Ahora era una orden.

Había al menos cinco hombres. Dos a cada lado de la callejuela, dirigiéndose hacia ellas, y uno más montando guardia en el extremo más concurrido de la calle.

Yrene desapareció por la puerta de servicio antes de que Celaena desenvainara su espada.

CAPÍTULO 5

Yrene se apoyó contra la puerta de atrás de la cocina, a oscuras, escuchando la refriega en el exterior con una mano sobre su corazón galopante. Antes, la desconocida tenía el elemento sorpresa de su lado, pero ¿cómo podía enfrentarse a ellos otra vez?

Le temblaban las manos al oír el estrépito metálico de las espadas y los gritos que se filtraban por la ranura de debajo de la puerta. Golpes, gruñidos, ruidos guturales. ¿Qué estaba pasando?

No podía soportarlo, no saber lo que le estaba sucediendo a la chica.

Iba en contra de todos sus instintos abrir la puerta y asomarse, pero lo hizo de todos modos.

Se le quedó el aire atascado en la garganta al ver la escena. El mercenario que había escapado antes había vuelto con más amigos, amigos más hábiles. Dos yacían bocabajo sobre los adoquines entre charcos de sangre. Pero los otros tres seguían enzarzados con la chica, que estaba... estaba...

Por todos los dioses, se movía como un viento negro, con una

asombrosa gracia letal y...

Una mano se cerró sobre la boca de Yrene al tiempo que alguien la agarraba por detrás y apretaba algo frío y afilado contra su cuello. Había otro hombre; había entrado por la posada.

—Camina —le murmuró al oído su voz ruda con acento extranjero. No podía verle, no podía deducir nada sobre él, excepto la dureza de su cuerpo, el hedor de su ropa, la aspereza de una espesa barba contra su mejilla. El hombre abrió la puerta de par en par y, todavía con la daga contra su cuello, salió a la callejuela.

La joven dejó de luchar al verlos. Había caído otro mercenario, pero los dos que quedaban delante de ella la apuntaron con sus espadas.

—Tira las armas —le ordenó el hombre. Yrene hubiese sacudido la cabeza, pero la daga estaba tan cerca que cualquier movimiento le habría cortado el cuello.

La joven miró a los hombres, luego al captor de Yrene, después a Yrene misma. Tranquila, con una calma y una frialdad pasmosas. Enseñó los dientes en una sonrisa salvaje.

—Ven a por ellas.

A Yrene se le cayó el alma a los pies. El hombre solo tenía que girar un poco la muñeca y le rajaría la garganta. No estaba lista para morir. Ahora no, en Innish no. Su captor se rio entre dientes.

—Palabras atrevidas y estúpidas, chica. —Empujó la hoja un poco más fuerte. Yrene hizo una mueca. Notó la humedad de su sangre antes de darse cuenta de que el hombre había cortado una fina línea por su cuello. Que Silba la salvara.

Sin embargo, los ojos de la desconocida estaban fijos en Yrene, y se entornaron ligeramente. Un desafío, una orden. «Defiéndete», parecían decir. «Lucha por tu miserable vida».

Los dos hombres de las espadas se acercaron, pero ella no bajó su hoja.

—Baja las armas antes de que le corte el cuello —gruñó el captor de Yrene—. Una vez que terminemos de hacerte pagar por nuestros camaradas, por todo el dinero que nos has costado con sus muertes, quizás a ella la dejemos vivir. Apretó a Yrene con más fuerza, pero la joven se limitó a observarle—. *Baja las armas* —masculló el mercenario de nuevo.

La chica no le hizo caso.

Por todos los dioses, iba a dejar que la matara, ¿verdad?

Yrene no podía morir así; allí no, no como una camarera anónima en aquel horrible lugar. No *pensaba* morir así. Su madre había caído peleando. Su madre había luchado por ella, había matado a ese soldado para que Yrene tuviese ocasión de huir, de hacer algo con su vida. De hacer algún bien por el mundo.

No pensaba morir así.

La invadió una ira tan abrumadora que Yrene apenas podía ver más allá de ella, apenas veía nada excepto un año en Innish, un futuro lejos de su alcance y una vida que no estaba dispuesta a abandonar todavía.

Sin previo aviso, pisó con todas sus fuerzas el empeine del hombre. El mercenario dio un respingo, aullando, pero Yrene levantó los brazos y apartó la daga de su cuello con una mano mientras le incrustaba el otro codo en el estómago. Golpeó con toda la rabia que bullía en su interior. El hombre hizo un ruido gutural y se dobló por la cintura. Yrene aprovechó para estrellar el codo contra su sien, justo como la desconocida le había enseñado a hacer.

Su atacante cayó de rodillas e Yrene se apartó a toda prisa. Para huir, para ayudar..., no lo tenía claro.

Pero la chica ya estaba delante de ella, con una gran sonrisa desplegada en la cara. A su espalda, los dos hombres yacían inertes. Y el hombre que estaba de rodillas...

Yrene se apartó a un lado cuando la joven agarró al tipo, que trataba de recuperar la respiración, y lo arrastró hacia la oscuridad de la niebla. Hubo un grito ahogado, seguido de un golpe sordo.

Y, a pesar de su sangre de curandera, a pesar de las tragaderas que había heredado, Yrene apenas logró dar dos pasos antes de vomitar.

Cuando terminó, encontró a la joven observándola otra vez con una leve sonrisa.

—Aprendes rápido —comentó. Su ropa elegante, incluso su centelleante broche de rubí, estaban cubiertos de sangre. No suya, según pudo constatar Yrene con cierto alivio—. ¿Estás segura de que quieres ser curandera?

Yrene se limpió la boca con una esquina del delantal. No quería saber cuál era la alternativa, la posible profesión de esa chica. No,

todo lo que quería era darle una bofetada. Bien fuerte.

—¡Podías haberlos despachado sin mí! Pero has dejado que ese hombre me pusiese un cuchillo contra el cuello... ¡Le has dejado! ¿Estás loca?

La chica sonrió de un modo que decía que sí, que no había duda de que estaba loca.

—Esos hombres eran un chiste. Quería que tuvieras una experiencia real en un entorno controlado.

—¿Llamas a eso *controlado*? —Yrene no pudo evitar alzar la voz. Se llevó una mano al corte ya coagulado de su cuello. Se curaría pronto, aunque quizás dejara cicatriz. Tendría que inspeccionarlo de inmediato.

—Míralo de este modo, Yrene Towers: ahora sabes que puedes hacerlo. Ese hombre pesaba el doble que tú y te sacaba casi palmo y medio de altura. Y le has derribado en cuestión de segundos.

—Has dicho que esos hombres eran un chiste.

—Para mí, sí —reconoció, con una sonrisa demoníaca.

A Yrene se le heló la sangre en las venas.

—Ya... ya he tenido bastante del día de hoy. Creo que necesito irme a la cama.

La chica hizo una reverencia.

—Y supongo que yo debería ponerme en marcha. Una ultima advertencia: lava la sangre de tu ropa y no le cuentes a nadie lo que has visto esta noche. Esos hombres podrían tener más amigos y, por lo que a mí respecta, fueron las desafortunadas víctimas de un horrible robo. —Sujetó en alto una bolsa de cuero repleta de monedas y pasó junto a Yrene para volver a entrar en la posada.

Yrene echó un último vistazo a los cuerpos, sintió que un gran peso se asentaba en su estómago, y siguió a la muchacha al interior. Seguía furiosa con ella, seguía temblando por el terror y la desesperación.

Así que no se molestó en despedirse de esa chica letal.

CAPÍTULO 6

Yrene hizo lo que la joven le había indicado y se cambió inmediatamente. Se puso otro vestido y otro delantal antes de ir a las cocinas a limpiar la sangre de su ropa. Le temblaban tanto las manos que tardó más de lo habitual en lavar todas las prendas y, para cuando terminó, la pálida luz del amanecer ya empezaba a filtrarse por la ventana de la cocina.

Tenía que levantarse dentro de... Bueno, ya. Con un quejido gutural, se arrastró de vuelta a su habitación para colgar la ropa mojada a secar. Si alguien veía esa colada, podría sospechar. Supuso que también tendría que fingir que encontraba los cuerpos. Por todos los dioses, vaya lío.

Hizo una mueca al pensar en el larguísimo día que le quedaba por delante mientras trataba de encontrarle sentido a la noche que acababa de pasar. Luego entró en su habitación y cerró la puerta con suavidad. Aunque se lo contara a alguien, lo más probable era que no la creyese.

Hasta que no terminó de colgar la ropa en los ganchos de la

pared, no se percató de la bolsa de cuero que había sobre la cama y la nota remetida debajo de ella.

Sabia lo que había dentro, podía adivinarlo con facilidad, vistos los bultos y los filos. Se le quedó el aire atascado en la garganta cuando sacó la nota.

Ah, con letra elegante y femenina, la chica había escrito:

Para dondequiera que desees ir... y más allá.
El mundo necesita más curanderas.

Sin nombre, sin fecha. Miró el papel pasmada. Casi podía imaginarse la sonrisa salvaje de la chica y el desafío en sus ojos. Esa nota, más que ninguna otra cosa, era un desafío. Un reto.

Con las manos temblorosas de nuevo, Yrene volcó el contenido de la bolsa.

Las monedas de oro centellearon e Yrene se tambaleó hacia atrás para chocar con la desvencijada silla de enfrente de la cama. Parpadeó una vez, luego otra.

No solo había oro, sino que también estaba el broche que solía llevar la chica, cuyo gigantesco rubí parecía una brasa al rojo vivo.

Con una mano plantada delante de la boca, Yrene miró la puerta, el techo, y luego otra vez la pequeña fortuna que descansaba sobre su cama. Miró y miró y miró.

Su madre había dicho una vez que los dioses habían desaparecido. Pero ¿de verdad era así? ¿Había sido algún dios el que la había visitado esa noche, vestido con la piel de una joven maltratada? ¿O solo habían sido sus susurros lejanos los que habían empujado a la desconocida a bajar andando por esa callejuela? Supuso que nunca lo sabría. Y quizás ese era el objetivo de todo ello.

Dondequiera que desees ir...

Ya fuesen los dioses, el destino o pura coincidencia y amabilidad, era un regalo. Aquello era un regalo. El mundo estaba abierto de par en par, abierto para ella, si se atrevía. Podía ir a Antica, asistir a la Torre Cesme, ir a donde quisiera.

Si se atrevía.

Sonrió.

Una hora más tarde, nadie detuvo a Yrene Towers cuando salió del Cerdo Blanco sin mirar atrás.

Lavada y vestida con una túnica nueva, Celaena embarcó una hora antes del amanecer. Era su maldita culpa que se sintiera hueca y mareada después de una noche entera sin descansar. Pero podría dormir ahora, dormir todo el viaje a través del golfo de Oro hasta la Tierra Desértica. Debería dormir, porque, una vez que desembarcara en Yurpa, le quedaba un largo trayecto por abrasadoras arenas letales; una semana, al menos, de travesía por el desierto antes de llegar hasta el Maestro Mudo y su fortaleza de Asesinos Silenciosos.

El capitán no hizo preguntas cuando le puso una moneda de plata en la palma de la mano y se metió bajo cubierta, siguiendo sus indicaciones hasta encontrar su camarote de lujo. Con la capucha y las armas, sabía que ninguno de los marineros la molestaría. Y, aunque ahora tenía que ser más cauta con el dinero que le quedaba, repartiría una o dos monedas de plata más antes de que el viaje terminara.

Con un suspiro, Celaena entró en su camarote. Pequeño pero limpio, con una ventanita que daba al gris amanecer de la bahía. Cerró la puerta con llave a su espalda y se dejó caer en el camastro. Ya había visto lo suficiente de Innish, así que no pensaba molestarse en contemplar la partida.

De camino a la puerta de la posada, pasó por delante de ese horripilante armario que Yrene llamaba cuarto. Mientras la camarera le curaba el brazo, Celaena se había quedado alucinada por sus penosas condiciones de vida, el exiguo espacio, los muebles destartalados, las mantas demasiado finas. Había planeado dejarle a Yrene unas cuantas monedas de todos modos, aunque solo fuese porque estaba segura de que el posadero la haría pagar por las vendas.

Pero Celaena se quedó de pie delante de esa puerta de madera mientras escuchaba a Yrene lavar su ropa en la cocina cercana. Se encontró incapaz de dar media vuelta, incapaz de no pensar en la aspirante a curandera con el pelo de un castaño dorado y los ojos color caramelo, incapaz de no pensar en lo que había perdido y en

lo impotente que se había vuelto. Había tantos como ella ahora...; los niños que lo habían perdido todo bajo el yugo de Adarlan. Niños que habían crecido para convertirse en asesinos o camareras, sin un sitio al que llamar hogar, cuyos reinos natales habían quedado reducidos a cenizas.

La magia había desaparecido durante todos esos años. Y los dioses estaban muertos, o simplemente ya no les importaba nada. Aun así, allí, en lo más profundo de sus entrañas, notó un tirón pequeño pero insistente. Un tirón de una hebra de una red invisible. Así que Celaena decidió tirar en dirección contraria, solo para ver cuán lejos se extenderían las reverberaciones.

Fue cuestión de un momento escribir la nota y luego meter la mayor parte de sus monedas de oro en la bolsa. Unos instantes después, la había dejado sobre el desvencijado catre de Yrene.

Había añadido el broche de rubí de Arobynn en el último momento. Se preguntó si a una chica de la arrasada Fenharrow le importaría tener un broche con los colores reales de Adarlan. En cualquier caso, Celaena se alegraba de librarse de él, y rezó por que Yrene pudiese empeñar la alhaja por la pequeña fortuna que valía. Todo ello con la esperanza de que la joya de una asesina pagase por la educación de una curandera.

Quizás sí había sido obra de los dioses. Quizás había sido alguna fuerza más allá de ellos, más allá de la comprensión de los mortales. O quizás había sido solo por lo que Celaena no sería jamás.

Yrene todavía estaba lavando su ropa ensangrentada en la cocina cuando Celaena salió con sigilo de su habitación, bajó por el pasillo y dejó atrás el Cerdo Blanco.

Mientras caminaba por las calles brumosas hacia los destartalados muelles, rezó por que Yrene Towers no fuese tan tonta como para decirle a nadie, en especial al posadero, lo del dinero. Rezó por que Yrene Towers asiera su vida con ambas manos y partiera hacia la ciudad de pálida piedra de Antica. Rezó por que, de alguna manera, dentro de unos cuantos años, Yrene Towers volviera a ese continente y quizás, solo quizás, curara un poquitín su mundo destrozado.

Celaena sonrió para sus adentros en los confines de su camarote, se acomodó en la cama, se caló bien la capucha por encima de los ojos y cruzó los tobillos. Cuando el barco zarpó del golfo verde jade,

la asesina ya se había sumido en un sueño profundo.

LA ASESINA Y EL DESIERTO

CAPÍTULO 1

No quedaba nada en el mundo más que arena y viento.

Al menos eso era lo que le parecía a Celaena Sardothien mientras, de pie sobre la duna carmesí, miraba hacia el desierto. Incluso con el viento, el calor era aplastante, y el sudor hacía que sus muchas capas de ropa se le pegaran al cuerpo. Pero su guía nómada le había dicho que sudar era bueno; que cuando no sudabas el Desierto Rojo se volvía letal. El sudor te recordaba que debías beber. Cuando el calor evaporaba tu sudor antes de que pudieras darte cuenta de que estabas sudando, era entonces cuando podías deshidratarte sin darte cuenta.

Oh, ese maldito calor. Invadía cada poro de su piel, hacía que le palpitara la cabeza y le dolieran todos los huesos. El calor húmedo de la bahía de la Calavera no había sido nada comparado con aquello. ¡¿Qué no daría por la más breve de las brisas frescas?!

A su lado, el guía nómada señaló con un dedo enguantado hacia el sudoeste.

—Los *sessiz suikast* están allí —*Sessiz suikast*. Los Asesinos Silenciosos, la orden legendaria con la que debía entrenar.

«Para aprender obediencia y disciplina», había dicho Arobynn Hamel. «En lo más profundo del verano, en el Desierto Rojo» había olvidado añadir. Era un castigo. Dos meses antes, cuando Arobynn había enviado a Celaena junto con Sam Cortland a la bahía de la Calavera con una misión incierta, habían descubierto que en realidad los había mandado a traficar con esclavos. Huelga decir que eso no les había sentado bien, ni a Celaena ni a Sam, a pesar de su profesión. Así que habían liberado a los esclavos, tras decidir que apechugarían con las consecuencias. Pero ahora... En lo que a castigos se refería, era probable que aquel fuese el peor. Y, dado que los moratones y los cortes de su cara todavía se estaban curando un mes después de que Arobynn se los infligiera, eso era mucho decir.

Celaena frunció el ceño. Se subió un poco más el pañuelo por encima de la boca y la nariz mientras daba el primer paso para bajar la duna. Sus piernas aullaban contra la resbaladiza arena, pero era una libertad bienvenida después del espantoso trayecto por las Arenas Cantarinas, donde cada grano había murmurado y gemido y sollozado. Habían pasado un día entero controlando sus pasos, con cuidado de mantener la arena de debajo resonando en armonía. Si no, le había dicho el nómada, podía disolverse y convertirse en arenas movedizas.

Celaena descendió la duna, pero se detuvo cuando no oyó los pasos de su guía.

—¿No vienes?

El hombre permaneció en la cima de la duna y señaló otra vez hacia el horizonte.

—Tres kilómetros hacia allí. —Su uso de la lengua común era un poco torpe, pero ella le entendía bastante bien.

Celaena se bajó el pañuelo de la boca y guiñó los ojos cuando una ráfaga de viento arenoso azotó su rostro sudoroso.

—Te pagué para que me llevaras hasta allí.

—Tres Kilómetros —repitió él, al tiempo que se ajustaba la gran mochila que llevaba a la espalda. El pañuelo que se había enrollado alrededor de la cabeza oscurecía sus facciones morenas, pero aun así Celaena pudo ver el miedo en sus ojos.

Sí, los *sessiz suikast* eran temidos y respetados en el desierto. Había sido un milagro que hubiera encontrado a un guía dispuesto a llevarla tan cerca de la fortaleza. Claro que ofrecer oro había ayudado. Sin embargo, los nómadas consideraban a los *sessiz suikast* poco menos que sombras de la muerte y, al parecer, su guía no iría más lejos.

Celaena estudió el horizonte. No veía nada aparte de arena y dunas que ondulaban como la superficie de un mar azotado por el viento.

—Tres kilómetros —insistió el nómada a su espalda—. Ellos te encontrarán.

Celaena se giró para hacerle otra pregunta, pero el hombre ya había desaparecido por el otro lado de la duna. Celaena le dedicó una maldición e intentó tragar saliva, pero no pudo. Tenía la boca demasiado seca. Debía ponerse en marcha o le tocaría montar su tienda de campaña para refugiarse del implacable calor del mediodía y de la tarde.

Tres kilómetros. ¿Cuánto podía tardar en recorrerlos?

Bebió un sorbito de su odre inquietantemente liviano, volvió a subirse el pañuelo por encima de la boca y la nariz y echó a andar.

El único sonido era el del viento silbando entre la arena.

Unas horas más tarde, Celaena se descubrió recurriendo a todo su autocontrol para evitar saltar dentro de los estanques del patio o arrodillarse a beber en uno de los riachuelos que discurrían por el suelo. Nadie le había ofrecido agua al llegar, y no le daba la impresión de que su actual acompañante se sintiera demasiado inclinado a hacerlo mientras la conducía por los serpenteantes pasillos de la fortaleza de arenisca roja.

Los tres kilómetros le habían parecido más bien treinta. Estaba a punto de pararse y montar su tienda de campaña cuando, tras coronar una duna, vio los exuberantes árboles verdes y la fortaleza de adobe oculta en un oasis enclavado entre dos monstruosas dunas de arena.

Después de todo eso, estaba sedienta, pero era Celaena Sardothien. Tenía una reputación que preservar.

Mantuvo todos sus sentidos alerta a medida que se adentraban en la fortaleza. Memorizó las salidas y las ventanas, tomó nota de

dónde había centinelas apostados. Pasaron por una fila de recintos de entrenamiento al aire libre, donde vio a gente de todos los reinos y todas las edades luchando o entrenando o tan solo allí sentada, absorta en la meditación. Ascendieron por unas estrechas escaleras que subían hacia un gran edificio. La sombra del hueco de esas escaleras estaba sumida en un frescor maravilloso. Pero luego entraron en un largo pasillo cerrado y el calor la envolvió como una manta.

Para ser una fortaleza de asesinos supuestamente silenciosos, había bastante ruido en aquel lugar: el entrechocar de las armas en las salas de entrenamiento, el zumbido de los insectos en los numerosos árboles y arbustos, el piar de los pájaros, el borboteo del agua cristalina que discurría por cada sala y cada corredor.

Se acercaron a unas puertas abiertas al final del pasillo. Su acompañante, un hombre de mediana edad salpicado de cicatrices que resaltaban como la tiza contra su piel morena, no le dijo nada. Al otro lado del umbral, el interior era una mezcla de luz y sombra. Entraron en una gigantesca sala flanqueada por columnas de madera pintadas de azul que soportaban una galería a cada lado. Un rápido vistazo a la oscuridad de esos balcones le indicó que había figuras allí acechando. Observaban, esperaban. Había más entre las sombras de las columnas. Quienquiera que creyeran que era ella, estaba claro que no la subestimaban. Bien.

Un estrecho mosaico de baldosas de cristal verde y azul serpenteaba por el suelo hacia el estrado; una imitación de los riachuelos del piso de abajo. Y sobre el estrado, sentado entre cojines y macetas de palmeras, había un hombre vestido de blanco.

El Maestro Mudo. Celaena esperaba que fuese un anciano, pero aparentaba unos cincuenta años. En cualquier caso, ella mantuvo la barbilla alta mientras se acercaban a él por el camino de baldosas dibujado en el suelo. Celaena se preguntó si la piel del Maestro siempre habría sido tan morena o si su bronceado se debía al sol. El hombre esbozó una leve sonrisa; era probable que hubiese sido guapo en su juventud, El sudor rodaba por la columna de Celaena, y, aunque el Maestro no llevaba armas a la vista, los dos sirvientes que le abanicaban con hojas de palma iban armados hasta los dientes. Su acompañante se detuvo a una distancia prudencial e hizo una reverencia.

Celaena lo imitó y, cuando se enderezó, retiró la capucha de su pelo. Estaba segura de que estaba hecho un desastre y asquerosamente grasiento después de dos semanas en el desierto sin agua con la que lavarse, pero no estaba allí para impresionarle con su belleza.

El Maestro Mudo la miró de arriba abajo y luego asintió. Su acompañante le dio un empujoncito con el codo y Celaena se aclaró la garganta mientras avanzaba.

Sabía que el Maestro Mudo no iba a decir nada; su silencio autoimpuesto era bien conocido. Presentarse le correspondía a ella, Arobynn le había indicado exactamente qué decir. Se lo había ordenado, más bien. No habría disfraces, ni máscaras, ni nombres falsos. Como ella había mostrado semejante desconsideración por los intereses de su mentor, él ya no se sentía inclinado a velar por los de ella. Celaena había dedicado semanas a intentar encontrar una manera de proteger su identidad, de evitar que aquellos desconocidos supieran quién era, pero las órdenes de Arobynn habían sido claras: tenía un mes para ganarse el respeto del Maestro Mudo. Y, si no volvía a casa con su carta de aprobación, una carta referida a *Celaena Sardothien*, más le valía buscarse una ciudad nueva en la que vivir. Posiblemente un continente nuevo.

—Gracias por concederme una audiencia, Maestro de los Asesinos Silenciosos —empezó Celaena mientras maldecía para sus adentros la rigidez de sus palabras. Se llevó una mano al corazón y se dejó caer de rodillas—. Soy Celaena Sardothien, protegida de Arobynn Hamel, el rey de los asesinos del norte.

Añadir «del norte» parecía lo adecuado; Celaena no creía que al Maestro Mudo le agradara demasiado saber que Arobynn se llamaba a sí mismo rey de todos los asesinos. Sin embargo, si eso le sorprendió, su rostro no dio ninguna muestra de ello, aunque Celaena sí sintió que algunas de las personas ocultas entre las sombras se removían nerviosas.

—Mi maestro me ha enviado aquí para suplicarle que tenga a bien entrenarme —continuó, irritada por sus propias palabras. ¡Entrenarla a ella! Agachó la cabeza para que el Maestro no viera la ira en su rostro—. Estoy a su disposición. —Giro las palmas de las manos hacia arriba en un gesto de súplica.

Nada.

Un calor peor que el del desierto abrasó sus mejillas. Mantuvo la cabeza gacha y los brazos en alto. Oyó el roce de una tela, luego unos pasos amortiguados recorrieron la sala. Al final, dos pies marrones y descalzos se detuvieron delante de ella.

Un dedo seco le levantó la barbilla, y Celaena se encontró de bruces con los ojos verde mar del Maestro. No se atrevió a moverse. Con un solo movimiento, el Maestro podía romperle el cuello. Aquello era una prueba, una prueba de confianza, pensó.

Se obligó a mantenerse inmóvil, concentrada en los detalles del rostro de aquel hombre para evitar pensar en lo vulnerable que era en ese momento. Había gotas de sudor perladas a lo largo del nacimiento de su pelo oscuro, que llevaba muy corto. Era imposible saber de qué reino provenía. Su piel avellana hacia pensar en Eyllwe, pero sus elegantes ojos almendrados sugerían uno de los países del lejano continente sur. Fuera como fuese, ¿cómo había acabado allí?

Se puso tensa cuando los largos dedos del Maestro retiraron los mechones sueltos de su pelo trenzado para revelar los moratones amarillentos que todavía perduraban alrededor de sus ojos y en sus mejillas, y la estrecha costra arqueada que le recorría el pómulo. ¿Le habría informado Arobynn de su visita con antelación? ¿Le habría contado las circunstancias en las que la había enviado? El Maestro no parecía sorprendido en absoluto por su llegada.

Pero los ojos del hombre se entornaron, y sus labios formaron una línea tensa mientras observaba los moratones difuminados del otro lado de su cara. Celaena tenía suerte de que Arobynn fuese lo bastante hábil como para que sus golpes no la hubiesen desfigurado para siempre. Sintió una punzada de culpabilidad mientras se preguntaba si Sam también se habría curado. En los tres días que siguieron a la paliza, Celaena no le había visto por la Fortaleza: Había perdido el conocimiento antes de que Arobynn pudiese encargarse de su compañero. Y, desde esa noche, incluso durante su viaje hasta allí, todo había sido una neblina de ira, pena y un cansancio profundísimo, como si estuviera soñando despierta.

Apaciguó su acelerado corazón justo cuando el Maestro le soltó la cara y dio un paso atrás. Le hizo un gesto con la mano para que se levantara, cosa que ella hizo, para alivio de sus rodillas doloridas.

El Maestro le dedicó una sonrisa ladeada. Celaena le hubiese devuelto la expresión..., pero, un instante después, él chasqueó los dedos y cuatro hombres se abalanzaran sobre ella.

CAPÍTULO 2

No llevaban armas, pero su intención era muy clara. El primer hombre, vestido con varias capas de ropa holgada, igual que todos los demás en ese lugar, llegó ta ella. Celaena esquivó el golpe con el que apuntó a su cara. El brazo del hombre pasó volando por su lado, y ella lo agarró por la muñeca y el bíceps, bloqueándolo y retorciéndoselo hasta que gruñó de dolor. Celaena le hizo girar en redondo y le estampó contra el segundo atacante con la fuerza suficiente como para que los dos hombres cayeran rodando al suelo.

Después dio un salto hacia atrás y aterrizó donde su acompañante había estado hacía solo unos segundos, con cuidado de no chocar contra el Maestro. Aquello era otra prueba; una prueba para ver en qué nivel podía comenzar su entrenamiento. Y para cerciorarse de que era digna de su atención.

Por supuesto que era digna. Era Celaena Sardothien, malditos fuesen los dioses.

El tercer hombre sacó dos dagas con forma de media luna de entre los pliegues de su túnica beige e intentó rajarla de arriba

abajo. Las numerosas capas de ropa eran demasiado engorrosas para permitirle a Celaena alejarse del hombre a la velocidad suficiente, así que, cuando él trató de cortarle la cara, ella se inclinó hacia atrás, su columna aulló por el esfuerzo, pero las dos dagas pasaron por encima de su cabeza y solo cortaron un mechón de pelo despistado. Celaena se tiró al suelo y lanzó una patada giratoria que levantó los pies del hombre, haciéndole caer.

El cuarto atacante, por su parte, emergió detrás de ella, y una espada curva centelleó en su mano cuando trató de clavársela en la cabeza. Celaena rodó y la hoja impactó contra la piedra provocando una lluvia de chispas.

Cuando se puso en pie, el hombre ya había levantado la espada otra vez. Celaena vio su finta hacía la izquierda antes de que la atacara por la derecha, así que le esquivó con agilidad. El hombre seguía blandiendo la espada cuando Celaena le golpeó en la nariz con la base de la mano, al tiempo que le incrustaba el otro puño en el estómago. El asaltante cayó al suelo; un río de sangre corría por su rostro. Celaena jadeaba, y el aire entraba de forma entrecortada en su ya ardiente garganta. De verdad necesitaba agua cuanto antes.

Ninguno de los cuatro hombres del suelo se movió. El Maestro empezó a sonreír, y fue entonces cuando los discípulos que estaban desperdigados por la sala se acercaron a la luz. Había hombres y mujeres, todos ellos bronceados, aunque su pelo mostraba el amplio abanico de los diversos reinos del continente. Celaena inclinó la cabeza. Ninguno le devolvió el saludo. Ella mantuvo un ojo puesto en los cuatro hombres que tenía delante mientras se ponían en pie, envainaban sus armas y volvían a ocultarse entre las sombras. Con un poco de suerte, no se lo tomarían como algo personal.

Escudriñó las sombras de nuevo, preparada para recibir más ataques. Cerca de ella, una chica joven la observaba, y le lanzó una sonrisa cómplice. Celaena intentó no parecer demasiado interesada, aunque la chica era una de las personas más asombrosas que había visto en su vida. No fue solo su pelo color vino ni el tono de sus ojos, de un marrón rojizo que Celaena no había visto jamás. No, fue su armadura lo que captó su interés al principio: elaborada hasta el punto de que seguramente fuese inútil, pero aun así una obra de arte.

El hombro derecho representaba la cabeza de un lobo gruñendo,

y el yelmo, sujeto ahora en el pliegue de su brazo, mostraba un lobo encogido sobre el protector nasal. El pomo de su sable consistía en otra cabeza de lobo. En cualquier otra persona, esa armadura tal vez hubiese resultado ostentosa y ridícula, pero en esa chica... Había una especie de despreocupación extraña e infantil en ella.

Aun así, Celaena se preguntó cómo era posible no asarse de calor dentro de tanto metal.

El Maestro le dio a Celaena una palmada en el hombro y le hizo una seña a la muchacha para que se acercara. No para atacar, sino de un modo amistoso. La armadura de la joven tintineaba cuando ella se movía, pero sus botas eran casi completamente silenciosas.

El Maestro realizó una serie de movimientos con las manos. La chica hizo una profunda reverencia y luego esbozó esa sonrisa picara otra vez.

—Soy Ansel —se presentó. Su voz era alegre, divertida, Había un deje apenas perceptible en su acento que Celaena no logró ubicar—. Parece que vamos a compartir habitación mientras estés aquí. —El Maestro gesticuló de nuevo. Sus dedos callosos y llenos de cicatrices dibujaron signos rudimentarios que Ansel, de algún modo, logró descifrar—. Por cierto, ¿cuánto tiempo va a ser eso?

Celaena trató de no fruncir el ceño.

—Un mes. —Inclinó la cabeza en dirección al Maestro—. Si me permite quedarme tanto tiempo.

Con el mes que había tardado en llegar hasta allí y el mes que tardaría en volver a casa, estaría ausente de Rifthold durante tres meses,

El Maestro se limitó a asentir y volvió a los cojines sobre el estrado.

—Eso significa que puedes quedarte —susurró Ansel, y luego tocó el hombro de Celaena con una mano enfundada en metal. Al parecer, no todos los asesinos habían hecho un voto de silencio, ni respetaban el espacio personal—. Empezarás a entrenar mañana —continuó Ansel—. Al amanecer.

El Maestro se arrellanó otra vez entre los cojines y Celaena casi suspiró de alivio. Arobynn le había hecho creer que convencer al Maestro de que la entrenara sería casi imposible. Idiota. Enviarla al desierto a sufrir, ¡qué típico de él!

—Gracias —le dijo Celaena al Maestro, muy consciente de todos

los ojos que la observaban mientras hacía otra reverencia. Él le hizo un gesto con la mano para que se retirara.

—Vamos —le dijo Ansel, y su pelo centelleó en un rayo de sol—. Supongo que querrás darte un baño antes que cualquier otra cosa. Desde luego, es lo que querría yo en tu lugar. —Ansel le dedicó una sonrisa que estiró la constelación de pecas que sal- picaban sus mejillas y el puente de su nariz.

Celaena miró de reojo a la chica y su elaborada armadura y la siguió fuera de la sala.

—Eso es lo mejor que he oído en las últimas semanas —declaró.

Mientras caminaba con Ansel por los pasillos, Celaena lamentó la ausencia de las dagas largas que solía llevar envainadas en su cinturón. Le habían quitado ambas armas en la puerta, junto con su espada y su bolsa de viaje. Dejó las manos colgando a los costados, lista para reaccionar al más leve movimiento de su guía, pero Ansel no dio muestras de fijarse en lo preparada que estaba Celaena para la pelea. La chica columpiaba los brazos de un modo despreocupado, y su armadura traqueteaba con cada movimiento.

Su compañera de habitación. Esa era una sorpresa desafortunada. Compartir cuarto con Sam durante unas cuantas noches era una cosa, pero ¿un mes con una completa desconocida? Celaena estudió a Ansel por el rabillo del ojo. Era un poco más alta que ella, pero no podía ver mucho más por culpa de la armadura. Nunca había pasado demasiado tiempo con otras chicas, excepto con las cortesanas a las que Arobynn invitaba a las fiestas de la Fortaleza o llevaba al teatro, y la mayoría de ellas no eran el tipo de persona que Celaena tenía interés en conocer. No había más asesinas en el gremio de Arobynn. Pero allí..., aparte de Ansel, allí vivían más o menos el mismo número de mujeres que de hombres. En la Fortaleza, no tenía forma de pasar desapercibida. Allí, no era más que otra cara entre la multitud.

Por lo que sabía, Ansel podía ser mejor que ella. La idea no le sentó muy bien.

—Bueno —dijo Ansel con las cejas arqueadas—, Celaena Sardothien.

—¿Sí?

Ansel se encogió de hombros; o al menos se encogió de hombros

lo mejor que pudo, dada la armadura.

—Creí que serías... más dramática.

—Siento desilusionarte —se disculpó Celaena, sin sonar arrepentida en lo más mínimo. Ansel giró para subir por una breve escalera, y luego siguió por un largo pasillo flanqueado por habitaciones de las que entraban y salían niños con cubos, escobas y fregonas en las manos. El más joven parecía tener unos ocho años; el mayor, unos doce.

—Acólitos —explicó Ansel en respuesta a la pregunta tácita de Celaena—. Limpiar las habitaciones de los asesinos mayores es parte de su entrenamiento. Les enseña responsabilidad y humildad. O algo así. — Ansel le guiñó el ojo a un niño que la miró boquiabierto al verla pasar. De hecho, varios de los niños miraron a Ansel, con los ojos como platos por el asombro y el respeto; Ansel debía de estar bien considerada, pues. Ninguno de ellos se molestó en mirar a Celaena, que levantó la barbilla.

—¿Cuántos años tenías cuando viniste aquí? —Cuanto más supiera, mejor.

—Acababa de cumplir los trece —contestó Ansel—. Así que me libré por los pelos de tener que hacer el trabajo sucio.

—¿Y cuántos años tienes ahora?

—¿Intentas averiguar de qué pie cojeo o qué? —Celaena mantuvo una cara inexpresiva—. Acabo de cumplir dieciocho. Tú tienes pinta de tener más o menos mi edad.

Celaena asintió. No pretendía revelar información sobre sí misma. Que Arobynn le hubiese ordenado que no ocultara su identidad no significaba que tuviera que dar detalles. Al menos ella había empezado a entrenar a los ocho años; le sacaba varios años de ventaja a Ansel. Eso tenía que valer para algo.

—¿Ha sido eficaz entrenar con el Maestro?

Ansel le lanzó una mirada triste.

—Ni idea. Llevo cinco años aquí y todavía se niega a entrenarme en persona. Tampoco es que me importe. Diría que soy bastante buena con o sin su ayuda.

Vaya, *eso* sí que era raro. ¿Cómo había pasado tanto tiempo allí sin entrenar con el Maestro? Claro que muchos de los asesinos de Arobynn tampoco recibían clases particulares jamás.

—¿De dónde eres? —preguntó Celaena.

—De las Tierras Llanas. —Las Tierras Llanas... ¿Dónde demonios estaba eso? Ansel contestó por ella—. En la costa del Páramo Occidental, antes conocido como el Reino de las Brujas.

El Páramo sí que le sonaba, pero jamás había oído hablar de las Tierras Llanas.

—Mi padre —continuó Ansel— es el señor de Briarcliff. Me envió aquí a entrenar, para que aprendiera a «ser útil». Aunque no creo que quinientos años fuesen suficientes para conseguir eso.

A su pesar, Celaena se rio. Volvió a mirar de reojo la armadura de Ansel.

—¿No te asas de calor con eso?

—Por supuesto que sí —dijo Ansel, y sacudió la melena, que le llegaba hasta los hombros—. Pero tienes que admitir que es bastante impactante. Y muy adecuada para pavonearse por una fortaleza llena de asesinos. ¿Cómo si no voy a distinguirme de los demás?

—¿De dónde la has sacado? —No lo decía porque quisiera una igual; a ella no le serviría de nada una armadura así.

—Oh, encargué que me la hicieran. —O sea, que Ansel tenía dinero. Mucho dinero, dado que podía malgastarlo en una armadura—. La espada, sin embargo —Ansel dio unas palmaditas en la empuñadura con forma de lobo—, pertenece a mi padre. Fue el regalo que me hizo cuando me fui. Así que pensé que estaría bien tener una armadura a juego; los lobos son un símbolo familiar.

Salieron a una pasarela descubierta y el calor de media tarde las golpeó con toda su fuerza. Aun así, el rostro de Ansel siguió igual de jovial; si la armadura de verdad la incomodaba, la chica no lo demostró. Ansel miró a Celaena de arriba abajo.

—¿A cuánta gente has matado?

Celaena casi se atragantó con su propia respiración, pero mantuvo la barbilla alta.

—No veo por qué podría ser eso asunto tuyo.

Ansel se rio entre dientes.

—Supongo que no sería difícil de averiguar; debes de dejar algún tipo de firma, si eres tan famosa. —De hecho, era Arobynn el que solía encargarse de que esa información se filtrara a través de los canales apropiados. Ella dejaba muy pocas pistas una vez que su trabajo terminaba. Dejar una firma le parecía algo... chabacano—.

Yo querría que *todo el mundo* lo supiera si fuese la autora —añadió Ansel.

Bueno, Celaena sí que quería que todo el mundo supiera que era la mejor, pero, por la forma en que lo dijo, Ansel parecía referirse a otra cosa.

—Bueno, ¿quién de vosotros tiene peor pinta? —preguntó Ansel de pronto—. ¿Tú o la persona que te hizo eso? —Celaena sabía que se refería a los moratones desvaídos y a los cortes de su cara.

Se le hizo un nudo en el estómago. Empezaba a ser una sensación familiar.

—Yo —dijo con voz queda.

No sabía por qué lo admitía. La bravuconería quizás hubiese sido mejor opción, pero estaba cansada, y de repente ese recuerdo le pesaba mucho.

—¿Te lo hizo tu maestro? —preguntó Ansel. Esta vez, Celaena guardó silencio y Ansel no insistió.

Al final de la pasarela, bajaron por unas escaleras de caracol hasta un patio desierto, con bancos y mesitas a la sombra de unas enormes palmeras datileras. Alguien había dejado un libro abierto sobre una de las mesas de madera y, al pasar, Celaena echó un vistazo a la tapa. El título estaba escrito en un idioma extraño y enrevesado que no reconoció.

Si hubiese estado sola, tal vez se hubiera parado a hojearla, solo para ver palabras impresas en un idioma tan diferente de cualquier cosa que conociera, pero Ansel continuó andando hacia un par de puertas de madera tallada.

—Los baños. Es uno de los sitios de la fortaleza donde el silencio es obligatorio de verdad, así que procura estar callada. Tampoco salpiques demasiado. Algunos de los asesinos más viejas se ponen de mal humor incluso con eso. —Ansel empujó las puertas para abrirlas—. Tómate tu tiempo. Me encargaré de que lleven tus cosas a nuestra habitación. Cuando termines, pídele a un acólito que te acompañe hasta allí. La cena es dentro de unas horas; pasaré por la habitación entonces.

Celaena la miró ceñuda. La idea de que Ansel, o cualquier otro, toqueteara las armas y el resto de las cosas que había dejado en la puerta no la atraía lo más mínimo. No era que tuviese nada que ocultar..., aunque sí que le dio un poco de repelús pensar en los

guardias hurgando entre su ropa interior mientras registraban su bolsa. Su gusto por la lencería muy cara y muy delicada no haría mucho por su reputación.

Pero estaba a su merced, y su carta de aprobación dependía de su buen comportamiento. Y de su buena actitud. Así que asintió.

—Gracias —se limitó a decir, antes de pasar por delante de Ansel y sumirse en el aire con aroma a hierbas del otro lado de las puertas.

Aunque la fortaleza tenía baños comunales, por suerte estaban diseñados para separar a hombres y mujeres y, a esa hora del día, los de mujeres estaban vacíos.

Ocultos por inmensas palmeras y datileras con las ramas combadas por el peso de los frutos, los baños estaban hechos con las mismas baldosas cobalto y verde mar que habían formado el mosaico de la sala del Maestro, y se mantenían frescos por los toldos blancos instalados en las paredes del edificio. Había múltiples piscinas grandes (algunas con vapor, algunas con burbujas, algunas con vapor y burbujas), pero Celaena se metió en una totalmente en calma, clara y fría.

Reprimió un gemido cuando se hundió en el agua y se quedó debajo hasta que le dolieron los pulmones. Aunque el pudor era una cosa de la que había aprendido a prescindir, permaneció bastante tiempo sumergida. Por supuesto, no tenía nada que ver con el hecho de que sus costillas y sus brazos estuviesen salpicados de moratones descoloridos, ni con que se pusiera enferma solo con verlos. A veces enferma de ira; otras, de pena. A menudo, de ambas cosas. Quería volver a Rifthold, ver lo que le había pasado a Sam, retomar la vida que se había hecho añicos en unos pocos minutos agónicos. Pero también lo temía.

Al menos allí, en el confín del mundo, lo sucedido aquella noche, Rifthold y la gente que contenía parecían muy lejanos.

Se quedó en el agua hasta que las manos se le arrugaron como pasas.

Cuando Celaena llegó, Ansel no estaba en la pequeña habitación rectangular que compartirían, aunque alguien había desempaquetado sus pertenencias. Aparte de sus espadas y sus

dagas, unas cuantas prendas de ropa interior y algunas túnicas, no había llevado gran cosa consigo. No se había molestado en incluir su ropa más elegante, cosa por la que ahora se sentía agradecida, visto lo deprisa que la arena había desgastado las prendas bastas que el nómada la había obligado a usar.

Había dos camas estrechas, y Celaena tardó un momento en averiguar cuál era la de Ansel. La pared de piedra roja detrás de ella estaba desnuda. De no haber sido por la pequeña figurita de hierro de un lobo que descansaba sobre la mesilla y un maniquí de tamaño humano que Ansel debía de usar para dejar su extraordinaria armadura, Celaena no se habría imaginado que comparta la habitación con alguien.

Husmear en la cajonera de Ansel fue igual de fútil. Túnicas color borgoña y pantalones negros, todo ello bien doblado. Las únicas cosas que rompían la monotonía eran varias túnicas blancas, iguales que las que llevaban muchos de los hombres y mujeres que había visto. Incluso la ropa interior era anodina. Y estaba bien doblada. ¿Quién doblaba la ropa interior? Celaena pensó en el enorme armario que tenía ella en casa, rebosante de color y distintas telas y dibujos, todo apelotonado y revuelto. Su ropa interior, aunque cara, solía acabar amontonada en su cajón.

Probablemente Sam doblara su ropa interior. Aunque, en función de cuánta parte de él hubiese dejado Arobynn intacta, quizás ni siquiera fuese capaz de hacerlo ahora mismo. Arobynn jamás la lisiaría a ella de manera permanente, pero Sam podía haber salido peor parado. Sam siempre había sido el prescindible.

Apartó ese pensamiento y se acomodó mejor en la cama. A través de la pequeña ventana, el silencio de la fortaleza la arrulló hasta que se quedó dormida.

Jamás había visto a Arobynn tan enfadado, y le estaba dando un miedo de muerte. El rey de los asesinos no gritó, no maldijo..., solo se quedó muy quieto y muy callado. La única señal de su enfado eran sus ojos color plata, que centelleaban con una calma letal.

Celaena intentó no encogerse en su silla cuando Arobynn se apartó del gigantesco escritorio de madera. Sam, que estaba

sentado a su lado, contuvo la respiración. Celaena no podía hablar; si empezaba a hacerlo, su voz temblorosa la delataría. No podía soportar ese tipo de humillación.

—¿Sabes cuánto dinero me has costado? —le preguntó Arobynn con voz demasiado suave.

A Celaena le empezaron a sudar las palmas de las manos. «Mereció la pena», se dijo. Liberar a esos doscientos esclavos había merecido la pena. Sin importar lo que estuviera a punto de suceder, jamás se arrepentiría de haberlo hecho.

—No es culpa suya —intervino Sam, y ella le lanzó una mirada de advertencia—. Los dos pensamos que era...

—No me mientas, Sam Cortland —gruñó Arobynn—. Si tú te implicaste en eso fue solo porque ella decidió hacerlo. Y era ayudarla o dejarla morir en el intento.

Sam abrió la boca para objetar algo, pero Arobynn le silenció soltando un agudo silbido entre los dientes. Las puertas de su despacho se abrieron. Wesley, su guardaespaldas, se asomó al interior. Arobynn mantuvo los ojos clavados en Celaena al dirigirse a él.

—Trae a Tern, Mullin y Harding.

Aquello no era buena señal. Celaena mantuvo una expresión neutra mientras Arobynn continuaba observándola. Ni ella ni Sam se atrevieron a hablar durante los largos minutos que pasaron. Celaena intentó no temblar.

Al cabo de un rato, llegaron los tres asesinos, todos hombres, todos esculpidos en puro músculo y armados hasta los dientes.

—Cierra la puerta —le dijo Arobynn a Harding, el último en entrar—. Sujetadle —les dijo a los otros.

Al instante, Tern y Mullin arrancaron a Sam de su silla e inmovilizaron sus brazos hacia atrás. Harding dio un paso para ponerse delante de Sam, abriendo y cerrando el puño.

—No —murmuró Celaena mientras su mirada se cruzaba con los ojos muy abiertos de Sam. Arobynn no sería tan cruel, no la obligaría a mirar mientras le hacía daño a Sam. Algo tenso y doloroso se acumuló en su garganta. Pero Celaena mantuvo la

cabeza alta, incluso cuando Arobynn le habló con voz queda.

—Esto no te va a gustar. No lo vas a olvidar. Y no quiero que lo hagas.

Celaena giró la cabeza hacia Sam a toda velocidad, con una súplica en los labios para que Harding no le hiciera daño.

Intuyó el golpe solo un instante antes de que Arobynn le pegara. Se cayó de la silla, y no tuvo tiempo de levantarse del todo antes de que su mentor la cogiera del cuello de la túnica y la golpeara de nuevo. El puño del hombre impactó contra su mejilla. Luz y oscuridad se mezclaron ante sus ojos. Otro golpe, lo bastante fuerte como para notar el calor de su sangre en la cara antes de sentir el dolor.

Sam empezó a gritar algo, pero Arobynn la golpeó de nuevo. Noto sabor a sangre en la boca, pero aun así no se defendió. No se atrevía a hacerlo. Sam forcejeaba contra Tern y Mullin, pero ellos le sujetaban con fuerza. A modo de advertencia, Harding plantó un brazo delante de Sam para bloquearle el paso.

Arobynn la siguió golpeando: en las costillas, la mandíbula, el estómago. Y en la cara. Una y otra y otra vez. Golpes cuidadosos. Golpes destinados a infligir el mayor dolor posible sin dejar daños permanentes. Y Sam bramaba sin parar, gritaba palabras que Celaena no oía del todo por encima de la agonía.

Lo último que recordaba era una punzada de culpabilidad al ver su sangre manchando la exquisita alfombra roja de Arobynn. Y luego oscuridad, una maravillosa oscuridad, llena de alivio por no haber visto a Arobynn hacerle daño a Sam.

CAPÍTULO 3

Celaena se puso la mejor túnica que había llevado consigo, que en realidad no era gran cosa, aunque el azul medianoche y el oro resaltaban los tonos turquesas de sus ojos. Llegó incluso a maquillarse un poco los párpados, pero evitó ponerse nada más en el resto de la cara. Aunque el sol ya se había puesto, el calor aún perduraba. Cualquier cosa que se echara en la piel tenía muchas probabilidades de resbalar de ella a las primeras de cambio.

Ansel cumplió su promesa de ir a buscarla antes de la cena y atosigó a Celaena con preguntas sobre su viaje durante todo el trayecto hasta el comedor. Mientras andaban, pasaban por zonas en las que Ansel hablaba en un tono normal, por zonas en las que solo susurraba y por zonas en las que le hacia señas para que no dijera nada. Celaena no entendía por qué algunas salas exigían un silencio absoluto y otras no. Todas parecían iguales. Aun así, exhausta a pesar de su siesta e insegura sobre dónde podía hablar y dónde no, se limitó a dar respuestas breves. No le hubiese importado saltarse la cena y dormir la noche entera.

Permanecer alerta cuando entraron en el comedor le costó un esfuerzo enorme. Aun así, incluso en su estado de agotamiento, estudió la habitación por instinto. Había tres salidas: las gigantescas puertas por las que habían entrado y dos puertas para los sirvientes en el otro extremo. La sala estaba ocupada de pared a pared por largas mesas de madera y bancos atestados de gente. Había al menos setenta personas. Ninguna de ellas miró a Celaena mientras Ansel caminaba con calma hacia una mesa cerca de la entrada. Si sabían quién era, ciertamente no les importaba. Celaena procuró no fruncir el ceño.

Ansel se sentó a la mesa y dio unas palmaditas en el banco, a su lado. Los asesinos más cercanos levantaron la vista de su comida al verlas llegar; algunos habían estado hablando en voz baja y otros permanecían en silencio.

Ansel agitó una mano en dirección a Celaena.

—Celaena, estos son todos. Todos, esta es Celaena. Aunque estoy segura de que, con lo cotillas que sois, ya lo sabéis todo sobre ella. —Habló bajo y, aunque algunos de los asesinos de la sala estaban charlando, dio la impresión de que la habían oído perfectamente. Incluso el tintineo de sus cubiertos parecía amortiguado.

Celaena estudió los rostros de los que estaban a su alrededor; todos parecían observarla con una curiosidad benigna, si no divertida. Con cuidado, demasiado consciente de sus movimientos, Celaena se sentó en el banco y estudió la mesa. Bandejas de carnes aromáticas a la brasa; cuencos de cereales especiados; frutas y dátiles; y jarra tras jarra de agua.

Ansel se sirvió, y su armadura centelleó a la luz de los elaborados faroles de cristal que colgaban del techo; luego apiló la misma comida en el plato de Celaena.

—Empieza a comer —susurró—. Todo está bueno y nada está envenenado. —Para hacer hincapié en lo que había dicho, Ansel se metió un dado de cordero churruscado en la boca y masticó—. ¿Ves? —dijo entre bocados—. Puede que lord Berick quiera matarnos, pero sabe bien que deshacerse de nosotros con venenos no funcionará. Somos demasiado astutos como para caer en ese tipo de trampas. ¿Verdad? —Los asesinos de su alrededor sonrieron.

—¿Lord Berick? —preguntó Celaena, que ahora miraba pasmada su plato y toda la comida que había en él.

Ansel hizo una mueca mientras engullía unos cereales color azafrán.

—Nuestro villano local. O supongo que nosotros somos sus villanos locales. Depende de quién cuente la historia.

—El villano es él —dijo un hombre de pelo rizado y ojos oscuros que estaba sentado enfrente de Ansel. Era guapo en cierto modo, pero tenía una sonrisa demasiado parecida a la del capitán Rolfe para el gusto de Celaena. No podía tener más de veinticinco años—. Da igual quién cuente la historia.

—Bueno, pues *tú* estás arruinando mi historia, Mikhail —le regañó Ansel, pero le sonrió de todos modos. El chico le tiró una uva y ella la atrapó con la boca con suma facilidad. Celaena seguía sin tocar su cena—. En cualquier caso —continuó Ansel, al tiempo que servía aún más comida en el plato de Celaena—, lord Berick gobierna la ciudad de Xandria, y afirma que gobierna también esta parte del desierto. Por supuesto, nosotros no estamos demasiado de acuerdo con eso, pero... Para resumirte un relato por lo demás muy largo y muy aburrido, lord Berick hace años que nos quiere ver muertos. El rey de Adarlan impuso un bloqueo sobre el Desierto Rojo después de que lord Berick no mandara tropas a Eyllwe para aplastar no sé qué rebelión y, desde entonces, Berick se muere por recuperar el favor del rey. Y, por alguna razón, se le ha metido en su espesa mollera que matarnos a todos y enviar la cabeza del Maestro Mudo a Adarlan sobre una bandeja de plata haría el apaño. —Ansel comió otro bocado de carne antes de continuar—. Así que, de vez en cuando, intenta alguna táctica: envía áspides en cestas, envía soldados disfrazados de nuestros amados dignatarios extranjeros —señaló hacia una mesa al fondo de la sala, donde había gente vestida con ropa exótica—, envía tropas en medio de la noche para dispararnos flechas en llamas... Mira, hace un par de días, pillamos a algunos de sus soldados intentando cavar un túnel por debajo de nuestras murallas. Un plan mal ideado desde el principio.

Al otro lado de la mesa, Mikhail se rio.

—No le ha funcionado nada todavía —dijo.

Al oír el ruido de su conversación, una asesina de una mesa cercana se giró para llevarse un dedo a los labios y mandarlos callar. Mikhail se encogió de hombros a modo de disculpa. El

comedor, dedujo Celaena, debía de ser un sitio del tipo «se pide silencio, pero no es obligatorio».

Ansel le sirvió un vaso de agua a Celaena; luego se sirvió otro a sí misma y habló un poco más bajo.

—Supongo que ese es el problema de atacar una fortaleza inexpugnable llena de guerreros consumados: tienes que ser más listo que nosotros. Aunque... Berick es casi lo bastante brutal como para compensarlo. Los asesinos que han caído en sus manos han vuelto cortados en pedazos. —Ansel sacudió la cabeza—. Le gusta ser cruel.

—Y Ansel lo sabe de primera mano —apuntó Mikhail, aunque su voz fue poco más que un murmullo—. Ha tenido el placer de conocerle.

Celaena arqueó una ceja y Ansel hizo una mueca.

—Solo porque soy la más encantadora de todos. El Maestro a veces me envía a Xandria a entrevistarme con lord Berick para intentar llegar a algún tipo de acuerdo entre nosotros. Por suerte, no se atreve a violar las treguas para parlamentar, pero..., uno de estos días, voy a pagar por mis deberes como correo con mi pellejo.

—Le gusta ser dramática —sentenció Mikhail, mirando a Celaena y poniendo los ojos en blanco.

—Cierto, me encanta.

Celaena les dedicó a los dos una leve sonrisa. Habían pasado unos cuantos minutos y, desde luego, Ansel no estaba muerta. Mordió un trozo de carne y casi gimió de placer ante el despliegue de especias fuertes y ahumadas, así que empezó a comer. Ansel y Mikhail se dedicaron a charlar entre sí y Celaena aprovechó la oportunidad para echar un vistazo por la sala.

Aparte de en los mercados de Rifthold y los barcos de esclavos de Bahía de la Calavera, jamás había visto semejante mezcla de diferentes reinos y continentes. Y, aunque la mayoría de los presentes eran asesinos entrenados, había un aire de paz y tranquilidad; de alegría, incluso. Deslizó los ojos hacia la mesa de los dignatarios extranjeros que había destacado Ansel. Hombres y mujeres encorvados sobre su comida, que susurraban entre sí y de cuando en cuando observaban a los asesinos en la sala.

—Ah —dijo Ansel en voz baja—. Están discutiendo por cuál de nosotros pujar.

—¿Pujar?

Mikhail se inclinó hacia delante para ver a los embajadores entre la multitud.

—Vienen aquí desde cortes extranjeras para ofrecernos puestos. Pujan por los asesinos que más los impresionan. A veces los quieren para una misión, otras veces les ofrecen un contrato de por vida. Cualquiera de nosotros es libre de marcharse si quiere. Pero no todos quieren irse.

—¿Y vosotros dos...?

—Uf, no —respondió Ansel—. Mi padre me daría de tortas de aquí al fin del mundo sí me atara a una corte extranjera. Diría que es una forma de prostitución.

Mikhail se rio en voz baja.

—A mí la verdad es que me gusta estar aquí. Cuando quiera irme, informaré al Maestro de que estoy disponible, pero hasta entonces... —Miró a Ansel, y Celaena hubiera jurado que la chica se ruborizaba un poco—. Hasta entonces, tengo mis razones para quedarme.

—¿De qué cortes proceden los dignatarios? —preguntó Celaena.

—De ninguna que esté en poder de Adarlan, si eso es lo que quieres saber. —Mikhail se rascó la pelusilla que cubría su rostro—. Nuestro Maestro sabe muy bien que todo lo que hay entre Eyllwe y Terrasen es territorio de tu jefe.

—Desde luego —dijo Celaena sin saber por qué. Dado lo que le había hecho Arobynn, apenas tenía ganas de defender a los asesinos del imperio de Adarlan, pero... ver a todos esos asesinos allí congregados, con tanto conocimiento y poder colectivos, y saber que no se atreverían a entrometerse en el territorio de Arobynn, en el *suyo*...

Celaena continuó comiendo en silencio mientras Ansel, Mikhail y unos cuantos más hablaban en voz baja. Los votos de silencio, según le había explicado Ansel, se hacían por el tiempo que cada persona consideraba oportuno. Algunos pasaban semanas en silencio; otros, años. Ansel le contó que una vez había jurado guardar silencio durante un mes, pero solo había aguantado dos días antes de darse por vencida. Hablar le gustaba demasiado. A Celaena no le costaba lo más mínimo creérselo.

Unas cuantas personas se comunicaban por signos y, aunque a

menudo los gestos eran imprecisos y les costaba varios intentos discernirlos, parecía como si Ansel y Mikhail pudiesen interpretar a la perfección los movimientos de sus manos.

Celaena notó que un apuesto joven de pelo oscuro la observaba desde varios asientos más allá. Más bien le lanzaba miradas furtivas, pues sus ojos verde mar no hacían más que saltar hacia su rostro para luego volver a sus compañeros. No abrió la boca ni una sola vez, pero hablaba por gestos con sus amigos. Otro tipo silencioso.

Sus ojos se cruzaron y el rostro moreno del joven se iluminó con una sonrisa que reveló unos dientes de un blanco cegador. Bueno, desde luego era un chico atractivo. Tan atractivo como Sam, quizás.

Sam... ¿Desde cuándo pensaba en él como alguien *atractivo*? Se carcajearía hasta la muerte si alguna vez averiguaba que lo veía de ese modo.

El joven inclinó la cabeza un poco a modo de saludo, luego se giró otra vez hacia sus amigos.

—Ese es Ilias —susurró Ansel, acercándose más de lo que Celaena hubiese deseado. ¿Acaso no sabía lo que era el espacio personal?—. Es el hijo del Maestro.

Eso explicaba los ojos verde mar. Aunque el Maestro tenía un aire de santidad, no debía de ser célibe.

—Me sorprende que hayas llamado la atención de Ilias —se burló Ansel, aunque mantuvo la voz lo bastante baja como para que solo Celaena y Mikhail la oyeran—. Por lo general está demasiado centrado en su entrenamiento y su meditación para fijarse en nadie. Ni siquiera en las chicas bonitas.

Celaena arqueó las cejas y reprimió sus ganas de decirle que no quería saber nada de eso.

—Hace años que le conozco, y siempre se ha mostrado distante conmigo —continuó Ansel—. A lo mejor le gustan las rubias. —Mikhail soltó una carcajada.

—No estoy aquí para nada de eso —dijo Celaena.

—Y apuesto a que tienes un montón de pretendientes en casa, de todos modos.

—Por supuesto que no.

Ansel se quedó boquiabierta.

—Estas mintiendo.

Celaena bebió un trago de agua muy muy largo. Unas rodajas de limón le daban sabor, y estaba deliciosa.

—No, no miento.

Ansel le lanzó una mirada inquisitiva, luego volvió a su conversación con Mikhail. Celaena jugueteó con la comida de su plato. No era que no fuese romántica. Había estado encaprichada de algún que otro hombre antes...; desde Archer, el chico de compañía que había entrenado con ellos durante unos meses cuando ella tenía trece años, hasta Ben, el ahora fallecido lugarteniente de Arobynn, cuando Celaena era demasiado joven para entender la imposibilidad de semejante relación.

Se arriesgó a mirar de nuevo a Ilias, que se reía en silencio de algo que había dicho uno de sus compañeros. Era halagador que la considerara merecedora de atención; Celaena había evitado mirarse al espejo en el mes transcurrido desde aquella noche con Arobynn, salvo para comprobar que no había nada roto ni deformado.

—Entonces... —dijo Mikhail de pronto, sacándola de su ensimismamiento. La señaló con un tenedor—. Cuando tu maestro te molió a palos, ¿de verdad te lo merecías?

Ansel le fulminó con la mirada y Celaena se enderezó. Incluso Ilias escuchaba ahora, sus preciosos ojos fijos en la cara de ella. Pero Celaena miró directamente a Mikhail.

—Supongo que depende de quién cuente la historia. —Ansel se rio—. Si la historia la cuenta Arobynn Hamel, entonces sí, supongo que me lo merecía. Le costé un montón de dinero. Las riquezas de un reino entero, probablemente. Fui desobediente e irrespetuosa y no me arrepentí en absoluto de lo que hice. —No apartó la mirada, y la sonrisa de Mikhail vaciló—. Pero, si la historia la contasen los doscientos esclavos que liberé, entonces no, supongo que no me lo merecía.

Ya no sonreía nadie.

—Por todos los dioses —murmuró Ansel. Durante unos instantes, la mesa se sumió en un verdadero silencio.

Celaena empezó a comer otra vez. Después de eso, ya no tuvo ganas de hablar con ellos.

Bajo la sombra de las palmeras que separaban el oasis de la arena, Celaena miraba la inmensidad del desierto que se extendía ante

ellas.

—Repite eso —le dijo a Ansel con voz plana. Después de la cena susurrante de la noche anterior y el completo silencio de las pasarelas y los caminos de la fortaleza que las habían llevado hasta allí, hablar en tono normal casi le hizo daño a los oídos.

Pero Ansel, que llevaba túnica y pantalones blancos y botas envueltas en pieles de camello, se limitó a sonreír y se ajustó el pañuelo blanco alrededor del pelo rojo.

—Hay que recorrer cinco kilómetros hasta el siguiente oasis. —Ansel le entregó a Celaena dos cubos de madera que había llevado consigo—. Estos son para ti.

—Creí que iba a entrenar con el Maestro —protestó Celaena, arqueando las cejas.

—Oh, no. Hoy no —repuso Ansel, al tiempo que cogía otros dos cubos—. Cuando dijo «entrenar», se refería a esto. Tal vez seas capaz de patearles el culo a cuatro de nuestros hombres, pero sigues oliendo a viento del norte. Cuando empieces a apestar al Desierto Rojo, entonces se molestará en entrenarte.

—Eso es ridículo. ¿Dónde está? —Miró hacia la fortaleza que se alzaba imponente detrás de ellas.

—Oh, no le vas a encontrar. No hasta que hayas demostrado que eres digna. Prueba que estás dispuesta a dejar atrás todo lo que conoces y todo lo que fuiste. Convéncele de que merece la pena que te dedique su tiempo. Entonces te entrenará. Al menos, eso es lo que me han dicho. —Los ojos color caoba de Ansel centellearon divertidos—. ¿Sabes cuántos de nosotros hemos suplicado y nos hemos arrastrado para tener una sola lección con él? El Maestro escoge según lo ve apropiado. Una mañana, puede que aborde a un acólito. A la siguiente, puede que sea alguien como Mikhail. Yo todavía estoy esperando mi turno. Creo que ni siquiera Ilias conoce el método en el que se basan las decisiones de su padre.

Eso no era en absoluto lo que Celaena había planeado.

—Pero yo necesito que me escriba una carta de aprobación. Necesito que me entrene. Estoy aquí para que lo haga...

Ansel se encogió de hombros.

—Igual que el resto de nosotros. Aunque yo te sugeriría que entrenaras conmigo hasta que decida que mereces su atención. Como mínimo, asimilarás el ritmo al que se hacen las cosas. Así

parecerá que te importamos, y no que estás aquí solo por esa carta de aprobación. No creas, todos tenemos nuestros propios intereses secretos. —Ansel le guiñó un ojo y Celaena frunció el ceño. Agobiarse ahora no le serviría de nada. Necesitaba tiempo para trazar un plan de acción lógico. Trataría de hablar con el Maestro más tarde. Quizás no la había entendido. Mientras tanto... se quedaría con Ansel el resto del día. El Maestro había estado en la cena la víspera; si fuese necesario, podía arrinconarle en el comedor aquella noche.

Cuando Celaena no puso más objeciones, Ansel sujetó un cubo en alto.

—Este cubo es para el camino de vuelta desde el oasis. Lo necesitarás. Y este —levantó el otro— es solo para que el trayecto sea un infierno.

¿Por qué?

Ansel enganchó los cubos al yugo que llevaba cruzado sobre los hombros.

—Porque si puedes correr cinco kilómetros por las dunas del Desierto Rojo y luego otros cinco de vuelta, puedes hacer casi cualquier cosa.

—¿Correr? —A Celaena se le secó la garganta solo de pensarlo. A su alrededor, multitud de asesinos (niños en su mayor parte, pero también algunos mayores que ella) echaron a correr hacia las dunas con un cubo traqueteando a cada lado.

—¡No me digas que la famosa Celaena Sardothien no puede correr cinco kilómetros!

—Si llevas aquí tantos años, ¿esos cinco kilómetros no te parecen ya una ridiculez?

Ansel hizo girar el cuello como un gato que se estira al sol.

—Por supuesto que sí, pero correr me mantiene en forma. ¿Crees que nací con estas piernas? —Celaena rechinó los dientes mientras Ansel le dedicaba una sonrisa malévola. Jamás había conocido a nadie que sonriera y guiñara el ojo tanto.

Ansel empezó a correr a un ritmo lento, abandonando la sombra de las palmeras en lo alto y levantando una ola de arena roja a su paso. Giró la cabeza hacia Celaena.

—¡Si vas andando, tardarás todo el día! ¡Y así seguro que no impresionas a nadie! —Se subió el pañuelo para taparse la nariz y la

boca y partió al galope.

Celaena respiró hondo, maldijo a Arobynn en voz baja, enganchó los cubos a su propio yugo y echó a correr.

Si hubiesen sido cinco kilómetros de terreno llano, incluso cinco kilómetros por colinas herbosas, quizás lo habría logrado. Pero las dunas eran enormes e implacables, y Celaena consiguió recorrer apenas un par de kilómetros antes de tener que ralentizar el paso y caminar, con los pulmones a punto de estallar. Encontrar el camino era fácil: la miriada de huellas de las personas que iban par delante le mostraban hacia dónde tenía que ir.

Siguió adelante, corriendo cuando podía y caminando cuando no, pero el sol subía más y más hacia el peligroso cénit de mediodía. Duna arriba, duna abajo. Un pie delante del otro. Destellos brillantes bailaban frente a sus ojos y la cabeza le palpitaba con fuerza.

La arena roja centelleaba, y Celaena pasó los brazos por encima del yugo. Se le secaron los labios, que empezaron a agrietarse por algunas zonas. La lengua le pesaba más y más.

A cada paso, sentía un latigazo en la cabeza, y el sol continuaba subiendo...

«Una duna más. Solo una duna más». Pero, muchas dunas después, todavía estaba arrastrándose por la arena, siguiendo el camino de huellas diseminadas. ¿Habría elegido sin darse cuenta al grupo equivocado?

Justo cuando lo pensaba, unos asesinos surgieron desde el otro lado de la duna que tenía delante. Corrían ya de vuelta a la fortaleza, con los cubos cargados de agua.

Mantuvo la cabeza alta al cruzarse con ellos y no miró a ninguno a la cara. La mayoría ni siquiera se molestó en levantar los ojos, aunque unos pocos le lanzaron una humillante mirada compasiva. Tenían la ropa empapada.

Coronó una duna tan empinada que tuvo que usar una mano para sostenerse y, cuando estaba a punto de dejarse caer de rodillas sobre ella, oyó un chapoteo.

A apenas doscientos metros, había un pequeño oasis, poco más que un anillo de árboles y un gigantesco estanque alimentado por un centelleante riachuelo.

Era la asesina de Adarlan. Al menos había conseguido llegar

hasta allí.

En las aguas poco profundas del estanque, muchos discípulos chapoteaban, se bañaban o simplemente estaban sentados, refrescándose. Nadie hablaba y casi nadie gesticulaba. Otro de los lugares de silencio absoluto, pues. Celaena vio a Ansel con los pies metidos en el agua, engullendo un dátil tras otro. Ninguno de los demás le prestó atención alguna a Celaena que, por una vez, se alegró de ello. Tal vez debería haber encontrado una manera de desafiar la orden de Arobynn y haberse presentado bajo un alias.

Ansel le hizo gestos con la mano para que se acercara. Si le lanzaba una sola mirada que insinuara que había sido muy lenta...

Pero Ansel se limitó a ofrecerle un dátil.

Celaena, tratando de controlar sus jadeos, no se molestó en coger el dátil mientras se metía en el estanque hasta sumergirse por completo.

Celaena se bebió un cubo entero antes de recorrer siquiera la mitad camino de vuelta a la fortaleza y, para cuando llego al complejo de arenisca y su gloriosa sombra, había consumido también el segundo.

Durante la cena, Ansel no mencionó que Celaena había tardado muchísimo tiempo en regresar. Se había visto obligada a esperar a la sombra de las palmeras hasta última hora de la tarde para emprender el regreso..., y además había acabado recorriendo todo el camino de vuelta a paso cansado. Al final, había llegado a la fortaleza justo antes de que anocheciera. Un día entero «corriendo».

—No estés tan abatida —le susurró Ansel mientras se metía en la boca una cucharada de esos cereales especiados tan deliciosos. Llevaba su armadura otra vez—. ¿Sabes lo que me pasó a mí el primer día que salí ahí fuera?

Algunos de los asesinos sentados a la larga mesa sonrieron con conocimiento de causa.

Ansel tragó y apoyó los brazos en la mesa. Incluso los guanteletes de su armadura llevaban un complejo grabado que representaba a un lobo.

—La primera vez que corrí, me caí redonda. Kilómetro tres. Inconsciente. Ilias me encontró en su camino de vuelta y me trajo hasta aquí. En brazos y eso. —Los ojos de Ilias se cruzaron con los

de Celaena y el chico le sonrió—. Si no hubiese estado a punto de morir, me habría desmayado de la emoción —terminó Ansel, y los otros sonrieron de oreja a oreja; algunos reían en silencio.

Celaena se puso roja, muy consciente de repente de la atención de Ilias. Bebió un sorbo de su agua de limón. Y, durante toda la cena, siguió ruborizándose con las miradas furtivas de Ilias.

Celaena intentó no mostrarse demasiado vanidosa. Luego recordó su triste actuación de aquel día, cómo ni siquiera había tenido la oportunidad de entrenar, y se le bajaron un poco los humos.

Mantuvo un ojo pendiente del Maestro, que cenaba en el centro de la sala, cómodamente arropado por varias filas de sus letales asesinos. Estaba sentado en una mesa de acólitos, cuyos ojos abiertos de par en par hicieron a Celaena suponer que su presencia allí era una sorpresa inesperada.

Esperó y esperó a que el hombre se levantara y, cuando lo hizo, Celaena trató de aparentar normalidad mientras ella también se levantaba y le deseaba a todo el mundo buenas noches. Al darse la vuelta, se dio cuenta de que Mikhail le cogía la mano a Ansel y la sujetaba con disimulo por debajo de la mesa.

El Maestro estaba saliendo de la sala cuando Celaena llegó hasta él. Como todo el mundo seguía cenando, los pasillos iluminados por antorchas se encontraban desiertos. Celaena hizo ruido al andar, sin tener muy claro si el Maestro valoraría que intentara permanecer muda ni cómo, exactamente, dirigirse a él.

El hombre se detuvo, y sus vestiduras blancas se arremolinaron en torno a sus pies. Le ofreció una pequeña sonrisa. De cerca, Celaena pudo constatar el parecido con su hijo. También vio una linea pálida en uno de sus dedos; quizás donde había habido una alianza... ¿Quién sería la madre de Ilias?

Claro que aquel no era para nada el momento de hacer preguntas como esa. Ansel le había dicho que tratara de impresionar al Maestro, de hacerle creer que quería estar allí. Tal vez el silencio funcionara. Pero, entonces, ¿cómo comunicar lo que necesitaba decir? Aunque tenía el corazón desbocado, esbozó la mejor de sus sonrisas y empezó a hacer una serie de movimientos que pretendían ser su una representación de ella corriendo con el yugo, y luego negó mucho con la cabeza y frunció el ceño, con la

esperanza de transmitir algo así como «vine aquí a entrenar con usted, no con los otros».

El Maestro asintió, como si ya lo supiera. Celaena tragó saliva; la boca aún le sabía a esas especias que utilizaban para sazonar la carne. Gesticuló varias veces y dio un paso hacia el hombre para indicarle que quería trabajar solo con él. Podría haber sido más agresiva con sus movimientos, podría haber dejado que su temperamento y su cansancio terminasen de apoderarse de ella, pero... ¡esa condenada carta!

El Maestro negó con la cabeza.

Celaena rechinó los dientes y trató de insistir por señas.

El hombre volvió a negar con la cabeza e hizo un gesto apaciguador levantando las manos, como si le dijera que frenara un poco, que esperara. Que esperara a que él estuviera dispuesto a entrenarla.

Celaena imitó el gesto con una ceja arqueada: «¿Que le espere?».El Maestro asintió. ¿Cómo narices podía preguntarle hasta cuando? Le enseñó las palmas de las manos en una súplica silenciosa, haciendo todo lo posible por parecer confusa. Aun así, no pudo evitar que se notara la irritación en su rostro. Solo iba a estar un mes allí. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar?

El Maestro la comprendió sin problema. Se encogió de hombros en un gesto de irritante indiferencia. Celaena apretó la mandíbula. Así que Ansel tenía razón: debía esperar a que él la hiciera llamar. El Maestro le dedicó aquella amable sonrisa suya y giró sobre los talones para retomar su camino. Celaena dio un paso hacia él para suplicar, para gritar, para hacer lo que quisiera hacer su cuerpo, pero alguien la agarró del brazo.

Dio media vuelta, llevando las manos a sus dagas, pero se encontró con los ojos verde mar de Ilias.

El joven negó con la cabeza y sus ojos saltaron del Maestro a ella y viceversa. Celaena no debía seguirle.

O sea que quizás Ilias no le había prestado atención por admiración, sino porque no confiaba en ella. ¿Y por qué habría de hacerlo? Su reputación no daba pie a la confianza, precisamente. Debía de haberla seguido fuera del comedor en el mismo momento en que la había visto ir tras los pasos de su padre. Si la situación hubiese sido al revés, si él hubiera estado de visita en Rifthold, ella

tampoco se habría atrevido a dejarle solo con Arobynn.

—No planeo hacerle daño —dijo en voz baja, pero Ilias le dedicó una media sonrisa y arqueó las cejas, como para preguntar si podía culparle por mostrarse protector con su padre.

Le soltó el brazo despacio. No llevaba armas, pero Celaena tenía la sensación de que no las necesitaba. Era alto, más alto que Sam, incluso, y ancho de hombros. Con una constitución fuerte, pero no voluminosa. Su sonrisa se ensanchó un poco cuando le tendió la mano. Se estaba presentando.

—Sí —dijo Celaena, e hizo un esfuerzo por reprimir su propia sonrisa—, creo que no nos han presentado de manera formal.

El joven asintió y se llevó la otra mano al corazón. Multitud de cicatrices salpicaban su piel; cicatrices pequeñas y finas que sugerían años de entrenamiento con espadas y cuchillos.

—Tú eres Ilias y yo soy Celaena. —Se llevó una mano a su propio pecho. Luego estrechó la que él le ofrecía—. Es un placer conocerte.

Los ojos del joven centelleaban a la luz de las antorchas, y su mano era firme y cálida en torno a la de ella. Celaena soltó sus dedos. El hijo del Maestro Mudo y la protegida del rey de los asesinos. Celaena se dio cuenta de que, si había alguien allí que se parecía en algo a ella, era Ilias. Puede que Rifthold fuese su reino, pero ese era el de él. Y, por la naturalidad de sus movimientos, por la admiración y el respeto con los que Celaena había visto que le miraban sus compañeros, notó que se sentía en casa. Como si ese lugar lo hubiesen hecho a su medida y jamás tuviese que cuestionarse su pertenencia a él. Una extraña envidia se abrió paso en su corazón.

De repente, Ilias empezó a hacer una serie de gestos con sus largos dedos morenos, pero Celaena se rio con suavidad.

—No tengo ni idea de lo que intentas decir.

Ilias miró al cielo y soltó el aire por la nariz. Levantó las manos en señal de fingida derrota y se limitó a darle unas palmaditas en el hombro antes de pasar de largo para ir en pos de su padre, que había desaparecido pasillo abajo.

Aunque Celaena se dirigió a su habitación (en dirección contraria), no dudó ni por un instante de que el hijo del Maestro Mudo continuaba observándola para asegurarse de que no iba a

seguir a su padre.

«Tampoco es que tengas nada de lo que preocuparte», quería gritarle por encima del hombro. No podía correr diez míseros kilómetros en el desierto.

Mientras iba hacia su habitación, Celaena tuvo la horrible sensación de que, en ese lugar, ser la asesina de Adarlan no significaba gran cosa.

Más tarde, cuando tanto ella como Ansel estaban en la cama, Ansel le susurró unas palabras de consuelo.

—Mañana será mejor. Puede que solo sea medio metro mas que hoy, pero será medio metro más que habrás corrido.

Para Ansel era muy fácil decirlo. Ella no tenía una reputación que mantener, una reputación que quizás se estuviera desmoronando. Celaena contempló el techo. De repente, echaba de menos su casa, y sintió el extraño deseo de que Sam estuviera con ella. Al menos, si tenía que caer, caería con él.

—Entonces —dijo Celaena de pronto, pues necesitaba desviar sus pensamientos de todo aquello, especialmente de Sam—, Mikhail y tú...

Ansel soltó un gemido gutural.

—¿Tan obvio es? Aunque supongo que no nos esforzamos demasiado en disimularlo. Bueno, yo sí lo intento, pero él no. Se cabreó bastante cuando se enteró de que iba a tener una compañera de habitación.

—¿Hace cuánto tiempo que sales con él?

Ansel se quedó callada durante un rato antes de contestar.

—Desde los quince años.

¡Quince! Mikhail debía de tener unos veinticinco años, lo que significaba que, aunque hubiesen empezado hacía tres años, él seguía siendo mucho mayor que Ansel. Celaena se sintió un poco incómoda.

—Las chicas de las Tierras Llanas se casan a partir de los catorce años —explicó Ansel. Celaena se atragantó. La idea de ser la *mujer* de alguien a los catorce, no digamos ya de ser madre poco después...

—Oh —fue todo lo que consiguió decir.

Cuando Celaena no añadió nada más, Ansel se quedó dormida. Sin otra cosa para distraerla, los pensamientos de Celaena

terminaron por volver a Sam. Después de varias semanas, seguía sin saber cómo había acabado por cogerle tanto afecto, qué había gritado Sam mientras Arobynn la golpeaba ni por qué Arobynn había pensado que necesitaría a tres asesinos curtidos para contenerle aquel día.

CAPÍTULO 4

Aunque Celaena no quería reconocerlo, Ansel tenía razón. Sí que corrió un poco más al día siguiente. Y el día después de ese, y al otro. Pero, aun así, todavía tardaba tanto en volver que no tenía tiempo de ir a buscar al Maestro. Tampoco era que pudiese hacerlo. Sería él quien la mandara llamar a ella. Como a un lacayo.

En cualquier caso, sí logró encontrar algo de tiempo a última hora de la tarde para asistir a sesiones de entrenamiento con Ansel. Los únicos consejos que recibió allí fueron de unos cuantos asesinos mayores que corrigieron sus manos y pies, le dieron unos golpecitos en el abdomen y colocaron su columna en la postura correcta de una palmada. De vez en cuando, Ilias entrenaba con ella; nunca *demasiado* cerca, pero si lo bastante para que Celaena supiera que no estaba allí por pura coincidencia.

Igual que los asesinos de Adarlan, los Asesinos Silenciosos no eran conocidos por ninguna destreza en particular, excepto el extraordinario sigilo con el que se movían. Sus armas eran más o

menos las mismas, aunque los arcos y las espadas eran un poco distintos en forma y longitud. Sin embargo, al observarlos, parecía que allí había mucha menos... crueldad.

Arobynn fomentaba un comportamiento violento, incluso cuando eran niños, hacía que Sam y ella se enfrentaran y luego utilizaba sus victorias y fracasos contra ellos. Había conseguido que Celaena considerara a todo el mundo, excepto a Arobynn y Ben, como enemigos potenciales. Aliados, sí, pero también rivales a los que vigilar de cerca. No debía mostrar debilidad nunca, bajo ningún concepto. La brutalidad se recompensaba. Y la educación y la cultura eran igual de importantes. Las palabras podían ser tan letales como el acero.

Pero los Asesinos Silenciosos... Aunque ellos también eran letales e implacables, se apoyaban los unos en los otros para aprender. Apreciaban la sabiduría colectiva. Los guerreros mayores sonreían cuando enseñaban a los acólitos; los asesinos veteranos intercambiaban técnicas. Y, aunque eran todos rivales, parecía que un vínculo invisible los unía. Algo los había llevado hasta ese lugar en los confines de la tierra. Unos cuantos, según descubrió, eran mudos de nacimiento, pero todos ellos parecían llenos de secretos. Como si la fortaleza y lo que ofrecía tuvieran, de algún modo, las respuestas que buscaban. Como si en el silencio pudieran encontrar lo que fuese que ansiaban hallar.

Aun así, mientras corregían su postura y le mostraban maneras nuevas de controlar su respiración, tuvo que hacer un esfuerzo por no mirarlos con cara de pocos amigos. Ella sabía mucho; por algo era la asesina de Adarlan. Pero necesitaba esa carta de buen comportamiento como prueba de su entrenamiento, y el Maestro Mudo podía llamar a toda esa gente para pedirle su opinión sobre ella. Quizás si demostraba que era lo bastante diestra en esas prácticas, el Maestro se fijara en ella.

Conseguiría la carta, aunque tuviera que ponerle una daga al cuello para que la escribiera.

El ataque de lord Berick tuvo lugar en su quinta noche. No había luna y Celaena no tenía ni idea de cómo los Asesinos Silenciosos habían detectado a la treintena de soldados que reptaban por las oscuras dunas. Mikhail había irrumpido en su habitación y les había

susurrado que acudiesen a las murallas de la fortaleza. Con suerte, eso supondría otra oportunidad para demostrar su valía; con tres semanas y media por delante, se estaba quedando sin opciones. Sin embargo, el Maestro no estaba en la muralla, ni tampoco muchos de los asesinos. Al poco de llegar, Celaena oyó a una mujer preguntarle a otra cómo sabían los hombres de Berick que un buen número de los asesinos estarían ausentes esa noche, escoltando a unos dignatarios extranjeros hasta el puerto más cercano. Era demasiado oportuno como para ser casualidad.

Agachada tras el parapeto, con una flecha cargada en el arco, Celaena se asomó por una de las aspilleras del muro. Ansel, acuclillada junto a ella, también se giró para mirar. A ambos lados del muro, había asesinos ocultos en las sombras, vestidos de negro y con arcos en las manos. Vio a Ilias arrodillado en el centro de la muralla, moviendo las manos a toda velocidad para transmitir órdenes a un lado y otro. Se parecía más al lenguaje silencioso de los soldados que a los gestos básicos para representar la lengua común.

—Prepara tu flecha —murmuró Ansel, al tiempo que sumergía la punta envuelta en tela de su flecha en un cuenco de liquido que había entre ellas—. Cuando Ilias dé la señal, préndela en la antorcha tan deprisa como puedas y dispara. Apunta a la cresta de arena que hay justo debajo de los soldados.

Celaena miró hacia la oscuridad más allá de la pared. En lugar de delatarse apagando las luces de la fortaleza, los Asesinos Silenciosos las habían mantenido encendidas, lo cual hacía casi imposible ver algo en la oscuridad. Aun así, podía distinguir, contra el cielo estrellado, las siluetas de treinta hombres tumbados bocabajo, listos para hacer lo que fuese que tuvieran planeado: un ataque abierto contra los asesinos, matarlos mientras dormían, reducir el lugar a cenizas...

—¿No los vamos a matar? —preguntó. Sopesó el arma que tenía en las manos. El arco de los Asesinos Silenciosos era diferente del que usaban en Adarlan: más corto, más grueso, más duro de doblar.

Ansel sacudió la cabeza y observó a Ilias.

—No, aunque desearía poder hacerlo. —A Celaena no le agradó especialmente el tono desenfadado que empleó para decirlo, pero Ansel continuó—. No queremos provocar una guerra abierta con

lord Berick. Solo tenemos que ahuyentarlos. Mikhail e Ilias pertrecharon esa cresta la semana pasada. La línea que se ve en la arena es una cuerda empapada en un barril de aceite.

Celaena empezaba a entender qué era lo que pretendían. Sumergió su flecha en el cuenco e impregnó bien la tela por todos lados.

—Va a ser una pared de fuego bien larga —comentó mientras seguía con la vista el curso de la cresta.

—No te puedes hacer una idea. Se extiende alrededor de la fortaleza entera. —Ansel se enderezó y Celaena miró por encima de su hombro para ver el brazo de Ilias hacer un movimiento cortante y claro.

Al instante, estaban todos en pie. Ansel llegó hasta la antorcha más cercana antes que Celaena, y volvió a las almenas un segundo después. Rápida como el rayo.

Celaena casi dejó caer su arco cuando pasó la flecha por la llama y el calor chamuscó sus dedos, Los hombres de lord Berick empezaron a gritar y, por encima del crepitar de las flechas encendidas. Celaena oyó tañidos de cuerdas cuando los soldados dispararon su propia munición.

Pero ella ya había legado al parapeto. Hizo una mueca cuando tiro hacia atrás de la flecha en llamas y esta le quemó los dedos. Y disparó.

Como una oleada de estrellas fugaces, sus flechas ardientes subieron, subieron, subieron... y luego cayeron. Pero Celaena no tuvo tiempo de ver el anillo de fuego brotar entre los soldados y la fortaleza. Se acuclilló pegada a la pared, con las manos sobre la cabeza. A su lado, Ansel hizo lo mismo.

La noche se iluminó, y el rugido de la pared de llamas ahogo los aullidos de los hombres de lord Berick. Una lluvia de flechas negras cayó del cielo para rebotar contra las piedras del muro. Dos o tres de los asesinos hicieron ruidos guturales, pero se tragaron sus gritos. Celaena mantuvo la cabeza baja y contuvo la respiración hasta que la última de las flechas enemigas había caído al suelo.

Cuando no quedó nada más que los gemidos amortiguados de los asesinos heridos y el crepitar de la pared de fuego, Celaena se arriesgó a mirar a Ansel. La chica tenía los ojos brillantes.

—Bueno —murmuró Ansel—, eso sí que ha sido divertido, ¿no?

Celaena sonrió de oreja a oreja con el corazón acelerado.

—Sí. —Se giró para ver a los hombres de lord Berick, que huían por las dunas—. Sí que lo ha sido.

Cerca del amanecer, cuando Celaena y Ansel estaban de vuelta en su habitación, llamaron a la puerta con suavidad. Ansel se levantó al instante y abrió lo justo para que Celaena viera a Mikhail al otro lado. Le entregó a Ansel un pergamino.

—Tienes que ir hoy a Xandria y entregarle esto. —Celaena vio que los hombros de Ansel se tensaban—. Órdenes del Maestro —añadió el joven.

No pudo ver la cara de Ansel al asentir, pero hubiese jurado que Mikhail le rozaba la mejilla antes de dar media vuelta para marcharse. Ansel soltó el aire despacio y cerró la puerta. En la creciente luz previa al amanecer, Celaena vio cómo se frotaba el sueño de los ojos.

—¿Quieres venir conmigo?

Celaena se apoyó sobre los codos.

—¿Xandria no está a dos días de aquí?

—Exacto. Dos días por el desierto con esta humilde servidora como única compañía. A menos que prefieras quedarte aquí y correr todos los días mientras esperas como un perrito fiel a que el Maestro se fije en ti. De hecho, venir conmigo podría ayudar a convencerle de que se plantee entrenarte. Sin duda vería que estás decidida a mantenernos a salvo.

Ansel arqueó una ceja y Celaena puso los ojos en blanco. En realidad, no estaba mal pensado. ¿Qué mejor manera de demostrar su dedicación que sacrificar cuatro días de su preciado tiempo para ayudar a los Asesinos Silenciosos? Era arriesgado, sí, pero... tal vez fuese lo bastante atrevido como para llamar su atención.

—¿Y qué vamos a hacer en Xandria?

—Ya lo averiguarás.

Por la picardía que centelleaba en los ojos rojizos de Ansel, Celaena solo pudo preguntarse qué les aguardaba.

CAPÍTULO 5

Celaena estaba tumbada sobre su capa e intentaba imaginar que la arena era su colchón de plumas en Rifthold, y que no estaba en mitad del desierto, totalmente expuesta a los elementos. Lo último que necesitaba era despertarse con un escorpión en el pelo. O algo peor.

Rodó sobre un costado y apoyó la cabeza en el hueco de su brazo.

—¿No puedes dormir? —preguntó Ansel desde allí cerca. Celaena intentó no gruñir. Habían pasado un día entero de ardua marcha por la arena, parando solo en las horas centrales del día para dormir bajo sus capas y evitar el aplastante calor del sol.

Y la cena de dátiles y pan tampoco había sido muy contundente, pero Ansel quería viajar ligera, y había dicho que podrían encontrar más comida cuando llegaran a Xandria a la tarde siguiente. Cuando Celaena se quejó sobre eso, Ansel se limitó a decirle que debería estar agradecida de que no fuese temporada de tormentas de arena.

—Tengo arena en todos los rincones del cuerpo —musitó

Celaena, y se retorció cuando la notó rozar contra su piel. ¿Cómo demonios se le había metido arena dentro de la ropa? Su túnica y sus pantalones blancos tenían tal capa que ni siquiera era capaz de encontrar su piel.

—¿Estás segura de que eres Celaena Sardothien? Porque no creo que ella sea tan quejica. Apuesto a que está acostumbrada a la vida a la intemperie.

—Estoy muy acostumbrada a la vida a la intemperie —se defendió Celaena, sus palabras ahogadas entre las dunas que se alzaban a su alrededor—. Eso no significa que tenga que gustarme. Supongo que alguien del Páramo Occidental encontrará esto lujoso.

—No te haces una idea. —Ansel se rio.

Celaena dejó las bromas a un lado cuando la curiosidad se apoderó de ella.

—¿Vuestras tierras están tan malditas como se dice?

—Bueno, las Tierras Llanas solían ser parte del Reino de las Brujas. Así que sí, supongo que podría decirse que están algo malditas. —Ansel soltó un sonoro suspiro—. Cuando las reinas Crochan gobernaban, hace quinientos años, era un lugar precioso. Por lo menos las ruinas que hay por todas partes dan la impresión de que debía de ser precioso. Pero entonces los clanes Dientes de Hierro derrocaron a la dinastía Crochan y lo destruyeron todo.

—¿Dientes de Hierro?

Ansel soltó un silbido grave.

—Algunas brujas, como las Crochan, estaban bendecidas con una belleza etérea, pero los clanes Dientes de Hierro tenían justo eso: dientes de hierro afilados como los de un pez. Aunque, en realidad, sus uñas de hierro son más peligrosas, porque pueden sacarte las tripas de una sola pasada.

Un escalofrío se deslizó por la columna de Celaena.

—Así que cuando los clanes Dientes de Hierro destruyeron el reino —continuó Ansel—, dicen que la última reina Crochan echo una maldición que volvía la tierra en contra de cualquiera que volara bajo el estandarte de las Dientes de Hierro, de modo que no crecieran los cultivos, los animales enfermaran y murieran, y las aguas se volvieran barrosas. Ahora, sin embargo, ya no es así. La tierra ha sido fértil desde que los clanes Dientes de Hierro emigraron al este..., hacia vuestras tierras.

—¿Y tú... has llegado a ver a alguna de las brujas?

Ansel se quedó callada un momento antes de responder.

—Sí. —Celaena se giró hacia ella y apoyó la cabeza en una mano. Ansel mantuvo la mirada fija en el cielo—. Cuando tema ocho años y mi hermana once, ella y yo, junto con Maddy, una de sus amigas, salimos a escondidas de nuestra mansión de Bnarclift Hall. A unos pocos kilómetros había un risco enorme con una solitaria torre de vigilancia en la cima. La parte superior estaba medio derruida debido a las guerras entre las brujas, pero el resto seguía intacto. Verás, había una arcada que atravesaba la parte inferior de la torre y permitía ver hasta el otro lado de la colina. Uno de los mozos de cuadra le había dicho a mi hermana que si mirabas a través de la arcada en la noche del solsticio de verano, tal vez pudieras ver otro mundo.

A Celaena se le pusieron de punta los pelos de la nuca.

—¿Y entrasteis?

—No —repuso Ansel—. Yo llegué cerca de la cima del risco, y estaba tan aterrada que me negué a entrar. Me escondí detrás de una roca, y mi hermana y Maddy me dejaron allí mientras recorrían el resto del camino. No recuerdo cuánto tiempo esperé, pero de pronto oí unos gritos.

»Mi hermana llegó a la carrera, me agarró de la mano y echamos a correr. Al principio no dijo nada, pero, cuando llegamos a la sala de audiencias de mi padre, contó lo que había sucedido. Habían pasado por debajo de la arcada de la torre y habían visto una puerta abierta que conducía al interior. Sin embargo, una anciana con dientes de hierro estaba oculta entre las sombras y agarró a Maddy y la arrastró hacia el hueco de las escaleras.

Celaena contuvo la respiración.

—Maddy empezó a gritar y mi hermana huyó. Cuando se lo contó a mi padre y sus hombres, fueron corriendo a la torre. Llegaron al amanecer, pero no había rastro de Maddy ni de la anciana.

—¿Desaparecidas? —susurró Celaena.

—Encontraron una cosa —prosiguió Ansel con voz queda—. Subieron a la torre y, en uno de los pisos, hallaron los huesos de un niño. Blancos como el marfil y limpios de todo resto.

—Por todos los dioses —dijo Celaena.

—Después de eso, mi padre casi nos mató de una paliza y tuvimos que cocinar durante seis meses, pero él sabía que los remordimientos de mi hermana serían castigo suficiente. Jamás perdió del todo ese brillo atormentado en los ojos.

—Bueno —Celaena se estremeció—, ahora sí que no voy a poder dormir.

Ansel se echó a reír.

—No te preocupes —dijo, acurrucándose en su capa—. Te voy a decir un secreto útil: la única manera de matar a una bruja es cortarle la cabeza. Además, no creo que una bruja Dientes de Hierro tenga demasiadas posibilidades contra nosotras.

—Espero que tengas razón —musitó Celaena.

—Tengo razón —confirmó Ansel—. Puede que sean brutales, pero no son invencibles. Si yo tuviera un ejército propio..., si tuviese siquiera veinte de los Asesinos Silenciosos a mis órdenes, daría caza a todas las brujas. No tendrían ni una oportunidad. —Sonó un golpe sobre la arena; debía de haber dado un manotazo al suelo—. ¿Sabes?, estos asesinos llevan una eternidad aquí, pero ¿qué hacen? Las Tierras Llanas prosperarían si tuvieran un ejército de asesinos para defenderlas. Pero se limitan a quedarse ahí sentados en su oasis, silenciosos y pensativos, y se prostituyen para cortes extranjeras. Si yo fuese el Maestro, utilizaría nuestros efectivos para hacer cosas grandiosas. Para la gloria. Defenderíamos todos los reinos desprotegidos que hay ahí afuera.

—Que noble por tu parte —comentó Celaena—. Ansel de Briarcliff, defensora del reino.

Ansel se limitó a reírse y enseguida se quedó dormida.

Celaena, sin embargo, permaneció despierta un rato más, incapaz de dejar de imaginar lo que habría hecho esa bruja cuando había arrastrado a Maddy a las sombras de la torre.

Era día de mercado en Xandria y, aunque la ciudad llevaba mucho tiempo sufriendo el bloqueo de Adarlan, daba la impresión de que había vendedores de todos los reinos del continente; y mas allá. Estaban metidos a presión en cualquier espacio posible de la pequeña y amurallada ciudad portuaria. Celaena veía especias y joyas y ropa por todas partes, algunas vendidas en carretas de vivos colores, otras desplegadas sobre mantas en recovecos a la sombra.

No había ningún indicio de que alguien estuviera al corriente del malhadado ataque a los Asesinos Silenciosos hacía un par de noches.

Celaena se mantuvo cerca de Ansel mientras avanzaban por las calles. La chica se deslizaba entre la multitud con una especie de gracia informal que Celaena no pudo evitar envidiarle. Daba igual cuánta gente empujaba a Ansel, o se cruzaba en su camino, o la maldecía por cruzarse en el suyo, ella no vaciló ni un instante, y su sonrisa juvenil no hacía más que ensancharse. Mucha gente se paraba a mirar su pelo rojo y sus ojos a juego, pero Ansel lo aceptaba como algo normal. Incluso sin su armadura, era despampanante. Celaena intentó no pensar en cuán poca gente se molestaba en mirarla a *ella*.

Con el calor y la marea de gente, Celaena rezumaba sudor cuando Ansel se detuvo cerca del límite del zoco.

—Tardaré un par de horas —dijo Ansel agitando una larga mano elegante en dirección al palacio de arenisca que se alzaba por encima de la pequeña ciudad—. A la vieja bestia le gusta hablar y hablar y hablar. ¿Por qué no haces unas compras?

Celaena se puso rígida de pronto.

—¿No voy contigo?

—¿Al palacio de Berick? Por supuesto que no. Son asuntos del Maestro. —Celaena sintió cómo se abrían las aletas de su nariz. Ansel le dio una palmada en el hombro—. Créeme, lo pasarás mucho mejor paseando por el zoco que esperando en las cuadras con los hombres de Berick mirándote con ojos lascivos. A diferencia de nosotros —Ansel esbozó aquella sonrisa suya—, ellos no tienen acceso a los baños siempre que quieren.

Ansel no hacía más que mirar hacia el palacio, aún a varias manzanas de distancia. ¿Nerviosa por si llegaba tarde? ¿O nerviosa porque se iba a encontrar con Berick en nombre del Maestro? Ansel se quitó los restos de arena roja de las capas de ropa blanca.

—Te veré en la fuente a las tres. Intenta no meterte en demasiados líos.

Y, con eso, desapareció entre la masa de cuerpos, con su pelo rojo refulgiendo como un hierro al rojo vivo. Celaena se planteó seguirla. Aunque fuese una forastera, ¿por qué la había dejado acompañarla en el viaje si solo iba a esperarla fuera mano sobre

mano? ¿Qué podía ser tan importante y secreto para que Ansel no le permitiera participar en la reunión? Celaena dio un paso hacia el palacio, pero la gente que pasaba la zarandeaba de acá para allá, y entonces un vendedor empezó a cocinar algo que olía divinamente, y Celaena se encontró siguiendo las indicaciones de su nariz.

Pasó las dos horas siguientes deambulando de vendedor en vendedor, y se maldijo por no haber llevado más dinero consigo. En Rifthold contaba con una línea de crédito en todas sus tiendas favoritas y nunca tenía que molestarse en llevar dinero encima, aparte de algunas monedas de cobre pequeñas y la ocasional moneda de plata para propinas y sobornos. Pero allí... Bueno, la bolsa de plata que había llevado le parecía bastante ligera.

El zoco serpenteaba por todas las calles, grandes y pequeñas bajando por estrechas escaleras y pasando por callejuelas semienterradas que tenían que llevar allí miles de años. Puertas antiquísimas daban paso a patios atestados de vendedores de especias o a un centenar de farolillos que centelleaban como estrellas en el anterior en sombra. Para ser una ciudad tan remota, Xandria rebosaba vida.

Celaena estaba de pie bajo el toldo a rayas de un vendedor del continente sur, sopesando si contaba con el dinero suficiente para comprar el par de zapatos de punta curva que tenía delante y el perfume de lilas que había olido en el puestecillo de unas solteronas de pelo blanco. Las mujeres decían ser sacerdotisas de Lani, la diosa de los sueños... y del perfume, al parecer.

Deslizó un dedo por el hilo de seda esmeralda bordado en los delicados zapatos, recorriendo la curva de la punta, que subía hacia arriba y se enroscaba por encima del propio zapato. Ciertamente, llamarían la atención en Rifthold, y nadie más los tendría en toda la capital. Aunque, en las mugrientas calles de la ciudad, se estropearían con facilidad.

Dejó los zapatos a regañadientes y el vendedor arqueó las cejas. Celaena negó con la cabeza, con una sonrisa arrepentida en la cara. El hombre desplegó siete dedos, con uno menos que el precio original. Celaena se mordisqueó el labio mientras retrocedía.

—¿Seis cobres?

El hombre escupió en el suelo. Siete cobres. Siete cobres era un precio irrisorio. Celaena miró a su alrededor por el zoco, luego otra

vez los preciosos zapatos.

—Volveré luego —mintió y, con una última mirada pesarosa, continuó su camino. El hombre empezó a gritar a su espalda en un idioma que no había oído nunca. Sin duda le ofrecía los zapatos por seis cobres, pero se obligó a seguir andando. Además, su bolsa ya pesaba bastante; cargar también con los zapatos sería un engorro adicional. Aunque eran preciosos, y no tan pesados. Y los detalles bordados en el lateral eran tan precisos y hermosos como la caligrafía. Y, en realidad, podía ponérselos solo en interiores, y entonces...

Estaba a punto de dar media vuelta y regresar con el vendedor cuando algo que centelleaba en la sombra, debajo de una arcada entre dos edificios, llamó su atención. Había unos cuantos guardias a sueldo alrededor del carro cubierto, y un hombre alto y fibroso esperaba de pie detrás de la mesa desplegada delante de él. Pero no fueron los guardias ni el hombre ni su carro los que llamaron su atención.

No, lo que la dejó sin respiración y le hizo maldecir una vez más su monedero demasiado vacío fue lo que había sobre la mesa.

Seda de araña.

Había varias leyendas sobre las arañas stygian, del tamaño de caballos, que acechaban en los bosques de las montañas Ruhnn, al norte, y tejían sus telas por unos precios desorbitados. Había quien decía que las ofrecían a cambio de piel humana; otros afirmaban que las arañas trataban con años y sueños, y que aceptaban lo uno o lo otro como pago. Fuera como fuese, sus telas eran tan delicadas como la gasa, más bonitas que la seda y más fuertes que el acero. Y Celaena jamás había visto semejante cantidad junta.

Era un producto tan excepcional que, si querías un poco, lo mas probable era que tuvieras que ir a buscarlo tú mismo. Y sin embargo allí estaba, metros y metros de material crudo a la espera de que le dieran forma. Valía una fortuna.

—¿Sabes? —dijo el comerciante en la lengua común al ver los dos como platos de Celaena—, eres la primera persona en todo el día que reconoce lo que es.

—Sabría lo que es aunque estuviera ciega. —Se acercó a La mesa, pero no se atrevió a tocar las láminas de tela iridiscente—. Pero ¿qué hace aquí? Seguro que en Xandria no conseguirá muchos

compradores.

El hombre se rio. Era de mediana edad, con el pelo castaño muy corto y unos ojos azul medianoche que parecían atormentados, aunque ahora centelleaban de diversión.

—Yo también podría preguntar qué hace en Xandria una chica del norte. —Sus ojos volaron hacia las dagas que Celaena llevaba en el cinturón marrón ceñido sobre su túnica blanca—. Y con unas armas tan extraordinarias.

Celaena esbozó una media sonrisa.

—Al menos su ojo está a la altura de su mercancía.

—Eso intento. —Hizo una leve reverencia y luego un gesto para que se acercara más—. Dime, pues, chica del norte, ¿cuándo has visto seda de araña?

Celaena apretó los puños para reprimir el impulso de tocar el material de precio incalculable.

—Conozco a una cortesana en Rifthold cuya madame tenía un pañuelo fabricado con seda de araña. Se lo había regalado un cliente de una riqueza sin igual.

Y era probable que ese pañuelo hubiese costado más de lo que ganaban la mayoría de los campesinos en toda su vida.

—Ese fue un regalo digno de un rey. Debía de ser una mujer muy habilidosa.

—Por algo se convirtió en la madame de las mejores cortesanas de Rifthold.

El comerciante soltó una risa grave.

—Bueno, y si tienes relación con las mejores cortesanas de Rifthold, ¿qué te trae a este agujero inmundo en el desierto?

—Unas cosas y otras —respondió ella, encogiéndose de hombros. A la tenue luz de debajo del toldo, la seda de araña seguía centelleando como la superficie del mar—. Pero me encantaría saber cómo ha conseguido usted tanta seda de araña. ¿La compró o fue en busca de las arañas stygian por su cuenta?

El hombre deslizó un dedo por el rollo de tela.

—Fui allí en persona. ¿Y quieres saber más? —Sus ojos medianoche se oscurecieron—. En las profundidades de las montañas Ruhnn, todo es un laberinto de neblina, árboles y sombras. Así que no eres tú el que encuentra a las arañas stygian; ellas te encuentran a ti.

Celaena se metió las manos en los bolsillos para evitar tocar la seda de araña. Aunque tenía los dedos limpios, todavía le quedaban granos de arena roja debajo de las uñas.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Mi barco no zarpa hacia el continente sur hasta dentro de dos días, ¿por qué no ofrecer mi mercancía? Puede que Xandria no sea Rifthold, pero nunca se sabe quién podría acercarse a tu puesto. —Le guiñó un ojo—. Pero ¿qué edad tienes?

Celaena levantó la barbilla.

—Cumplí diecisiete años hace un par de semanas. — Y qué día más patético había pasado. Caminando penosamente por el desierto sin nadie con quien celebrarlo excepto su recalcitrante guía, que se limitó a darle un par de palmaditas en el hombro cuando anunció que era su cumpleaños. Horrible.

—No mucho más joven que yo —comentó él. Celaena se rio, pero se interrumpió cuando no le vio sonreír.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó. No había lugar a dudas, debía de tener al menos cuarenta. Aunque su pelo no estuviese veteado de gris, tenía la piel curtida.

—Veinticinco —respondió el vendedor. Celaena se sobresaltó—. Lo sé. Sorprendente. —Los metros de seda de araña se levantaron con la brisa del mar cercano—. Todo tiene un precio —explicó—. Veinte años a cambio de cien metros de esta seda. Pensé que tenían intención de quitármelos del final de mi vida... En cualquier caso, aunque me hubiesen advertido, habría dicho que sí. —Celaena echó un vistazo a la caravana detrás de él. Esa cantidad de seda de araña le permitiría vivir como un hombre muy muy rico lo que le quedaba de vida.

—¿Por qué no llevarla a Rifthold?

—Porque ya he visto Rifthold y Orynth y Banjali. Me gustaría ver lo que logro sacar de cien metros de seda de araña fuera del imperio de Adarlan.

—¿Hay algo que puedas hacer acerca de los años que has perdido? —preguntó Celaena, tuteándole, vista su edad real. El vendedor agitó una mano.

—Seguí la ladera occidental de las montañas de camino hasta aquí y me encontré con una vieja bruja. Le pregunté si podía ayudarme, pero dijo que lo perdido perdido estaba, y que solo la

muerte de la araña que había consumido mis veinte años podría devolvérmelos. —Se examinó las manos, ya arrugadas por la edad —. Por un cobre más, me reveló que solo un gran guerrero podía matar a una araña stygian. El mayor guerrero de la tierra... Aunque quizás una asesina del norte pudiera hacerlo.

—¿Cómo has...?

—No creerás en serio que nadie sabe nada sobre los *sessiz suikast*. ¿Por qué si no estaría aquí sola una chica de diecisiete años con unas dagas exquisitas? Y una que tiene compañías tan elegantes en Rifthold, nada menos. ¿Has venido a espiar para lord Berick?

Celaena hizo todo lo posible por reprimir su sorpresa.

—¿Perdona?

El comerciante se encogió de hombros mientras echaba un vistazo al enorme palacio.

—Un guardia de la ciudad me comentó que hay tratos sospechosos entre Berick y algunos de los Asesinos Silenciosos.

—Quizás —fue todo lo que dijo Celaena. El comerciante asintió, ya sin tanto interés, pero Celaena se guardó la información para más tarde. ¿De verdad estarían trabajando para lord Berick algunos de los Asesinos Silenciosos? A lo mejor era por eso por lo que Ansel había insistido en mantener la reunión tan en secreto, a lo mejor el Maestro no quería que se supieran los nombres de las personas sospechosas de traición.

—¿Entonces? —preguntó el comerciante—. ¿Recuperarás para mí los años que he perdido?

Celaena se mordió el labio, y todo pensamiento sobre espías se esfumó al instante. Viajar a las profundidades de las montañas Ruhnn, matar a una araña stygian. Por supuesto que podía imaginarse luchando con esas monstruosidades de ocho patas. Y con brujas. Aunque, después de la historia de Ansel, lo de encontrarse con una bruja, sobre todo una del clan Dientes de Hierro, era lo último que quería hacer. Por un momento, deseó que Sam estuviera con ella. Aunque le contara aquel encuentro, jamás la creería. ¿La creería *alguien*?

—Podría hacerte más rica de lo que hayas imaginado jamás —le dijo el hombre, como si pudiera leerle el pensamiento.

—Ya soy rica. Y no estoy disponible hasta el final del verano.

—En cualquier caso, yo no regresaré al continente sur hasta

dentro de al menos un año —repuso él.

Celaena examinó su cara, el brillo de sus ojos. Aventura y gloria aparte, alguien dispuesto a vender veinte años de su vida a cambio de una fortuna no era de fiar. Pero...

—La próxima vez que pases por Rifthold —dijo despacio—, busca a Arobynn Hamel. —El hombre abrió más los ojos. Celaena se preguntó cómo reaccionaría si supiera quién era ella—. El sabrá dónde encontrarme. —Dio media vuelta.

—Pero ¿cómo te llamas?

Celaena lo miró sin volverse del todo.

—Él sabrá dónde encontrarme —repitió, y empezó a caminar de vuelta hacia el puesto de los zapatos de punta curva.

—¡Espera! —Celaena se paró a tiempo de ver al hombre hurgar entre los pliegues de su túnica—. Toma. —Dejó una caja de madera anodina sobre la mesa—. Un recordatorio.

Celaena abrió la tapa y se quedó sin aliento. Dentro encontró un pedazo de seda de araña del tamaño de una servilleta pequeña. Podía comprar diez caballos con ella. Aunque no se le ocurriría venderla jamás. No, aquello era una reliquia digna de ser transmitida de generación en generación. Si es que tenía hijos en algún momento. Cosa que parecía muy poco probable.

—¿Un recordatorio de qué? —Cerró la tapa y guardó la cajita en el bolsillo interior de su túnica blanca.

—De que todo tiene un precio —contestó el comerciante con una sonrisa triste.

Un dolor fantasma centelleó por la cara de Celaena.

—Lo sé —dijo, antes de marcharse.

Acabó comprando los zapatos, aunque luego le resultó casi imposible ignorar el perfume de lilas, que olía aún mejor la segunda vez que se acercó al puesto de las sacerdotisas. Cuando las campanas de la ciudad dieron las tres, estaba sentada en el borde de la fuente, comiendo lo que esperaba que fuese puré de alubias dentro de un panecillo caliente.

Ansel llegó quince minutos tarde y no se disculpó. Se limitó a agarrar el brazo de Celaena para conducirla por las calles todavía atestadas de gente, con la cara pecosa brillante de sudor.

—¿Qué pasa? —preguntó Celaena—. ¿Qué ha sucedido en la

reunión?

—No es asunto tuyo —espetó Ansel en un tono un poco cortante. Solo sígueme —añadió.

Acabaron colándose dentro de las murallas del palacio del lord de Xandria, y Celaena supo que era mejor no hacer preguntas mientras recorrían a hurtadillas los terrenos. Sin embargo, no se dirigieron al enorme edificio central. No, fueron hacia los establos, donde esquivaron con sigilo a los guardias y se adentraron en las sombras de olor penetrante.

—Más vale que haya una buena razón para esto —le advirtió a Ansel mientras esta se acercaba a una de las cuadras.

—Oh, sí que la hay —susurró Ansel de vuelta. Se detuvo ante una puerta y le hizo señas para que se acercara. Celaena frunció el ceño.

—Es un caballo. —Pero, cuando las palabras salían por su boca, comprendió que no lo era.

—Es un caballo asterión —murmuró Ansel, y sus ojos marrón rojizo se abrieron como platos.

El animal era negro como el carbón, con unos ojos oscuros que se clavaron en los de Celaena. Había oído hablar de los caballos asterión, por supuesto, la raza de caballos más antigua de Erilea. Las leyendas decían que los feéricos los habían creado a partir de los cuatro vientos: espíritu del norte, fuerza del sur, velocidad del este y sabiduría del oeste. Todo ello embutido en la preciosa criatura de nariz fina y cola alta que se alzaba delante de ella.

—¿Alguna vez habías visto algo tan bonito? —susurró Ansel—. Es hembra y se llama Hisli. —Las yeguas, según recordaba Celaena, eran aún más valiosas, pues la línea materna era la que regía los pedigrís asterión—. Y esa —dijo Ansel, señalando a la siguiente cuadra— se llama Kasida. Significa «Bebedora del Viento» en el dialecto del desierto.

El nombre de Kasida era muy apropiado. La fibrosa yegua era de un gris moteado, con una crin blanca como la espuma del mar y una capa del color de las nubes de tormenta. Bufó y manoteó, mirando a Celaena con unos ojos que parecían más ancianos que la tierra misma. Celaena comprendió de pronto por qué los caballos asterión valían su peso en oro.

—Lord Berick las ha conseguido hoy. Se las ha comprado a un

comerciante que iba de camino a Banjali. —Ansel se coló en la cuadra de Hisli. Murmuró palabras dulces mientras acariciaba el hocico de la yegua—. Planea probarlas dentro de media hora. —Eso explicaba por qué estaban ensilladas ya.

—¿Y? —susurró Celaena alargando una mano para que Kasida la oliera. La yegua abrió mucho los ollares, y su nariz aterciopelada le hizo cosquillas en las puntas de los dedos.

—Y entonces, o bien las empleará como soborno, o perderá interés en ellas y las dejará languidecer aquí encerradas el resto de sus vidas. Lord Berick tiende a cansarse de sus juguetes bastante deprisa.

—Menudo desperdicio.

—Así es —musitó Ansel desde el interior de la cuadra. Celaena apartó los dedos del hocico de Kasida y se asomó. Ansel deslizaba una mano por el flanco de la yegua, con la expresión todavía llena de asombro. Después se dio la vuelta—. ¿Montas bien a caballo?

—Claro —dijo Celaena despacio.

—Bien. —Celaena se tragó su grito de alarma cuando Ansel abrió la puerta y guió a Hisli fuera de su cuadra. De un solo movimiento fluido, la chica se había encaramado a la yegua. Agarró las riendas con una mano—. Porque vas a tener que cabalgar como alma que lleva el diablo.

Y, con eso, Ansel partió al galope con Hisli, directa hacía las puertas del establo.

Celaena no tuvo tiempo de mirarla boquiabierta ni de procesar siquiera lo que estaba a punto de hacer antes de abrir la puerta de la cuadra de Kasida, la sacaba a toda prisa y se montaba en ella. Maldiciendo entre dientes, clavó sus talones en los costados de la yegua y partió en pos de su compañera.

CAPÍTULO 6

Los guardias no supieron lo que estaba sucediendo hasta que las yeguas ya habían pasado como una exhalación por su lado en un remolino negro y gris. Salieron por la puerta principal del palacio antes de que los gritos de los guardias terminaran de resonar. El pelo rojo de Ansel brillaba como un faro mientras viraba hacia la salida lateral de la ciudad, abriéndose camino entre la gente, que tenía que hacerse a un lado a toda prisa para dejarlas pasar.

Celaena miró atrás por las bulliciosas calles una sola vez, y eso fue suficiente para ver a los tres guardias montados que cargaban tras ellas sin parar de gritar.

Pero las chicas ya cruzaban la puerta de la ciudad y salían al mar de dunas rojas que se extendía al otro lado. Ansel cabalgaba como si todos los moradores del infierno fuesen tras ella, y Celaena solo podía seguirla a todo galope, haciendo lo imposible por mantenerse en la montura.

Kasida se movía como un trueno y giraba a la velocidad del rayo. Era tan rápida que los ojos de Celaena se aguaron con el

viento. Los tres guardias, montados en caballos ordinarios, aún estaban lejos, pero no lo suficiente como para que ellas pudieran relajarse. En la inmensidad del Desierto Rojo, Celaena no tenía más remedio que seguir a Ansel.

Iba aferrada a la crin de Kasida mientras superaban duna tras duna, arriba y abajo, abajo y arriba, hasta que solo hubo arena roja y el cielo despejado y el retumbar de cascos, cascos, cascos resonando a su alrededor.

Ansel ralentizó el paso lo suficiente para que Celaena pudiese alcanzarla, y continuaron al galope por la ancha y plana cima de una duna.

—¡Maldita sea, ¿estás loca de remate?! —gritó Celaena.

—¡No quiero volver a casa andando! ¡Vamos a tomar un atajo! —le gritó Ansel de vuelta. Detrás de ellas, los tres guardias aún las perseguían.

Celaena se planteó estrellar a Kasida contra la grupa de la otra yegua para hacer rodar a Ansel por las dunas y dejarla allí tirada para que se ocuparan de ella los guardias, pero la chica señaló por encima de la oscura cabeza de Hisli.

—¡Vive un poco, Sardothien!

Y, así sin más, las dunas se abrieron para dar paso a la inmensa extensión turquesa del golfo de Oro. La fría brisa marina besó su cara y Celaena se rindió a ella, casi gimiendo de placer.

Ansel soltó un grito de alegría y bajó a toda velocidad la última duna, directa hacia la playa y las olas rompientes. A pesar de todo, Celaena sonrió también y se agarró más fuerte.

Kasida llegó a la arena roja compacta y ganó velocidad, galopando más y más deprisa.

Celaena tuvo entonces un repentino momento de revelación, cuando su pelo se soltó de la trenza y el viento azotó su ropa. De todas las chicas del mundo, allí estaba ella, en una estrecha playa del Desierto Rojo, montada en una yegua asterión, cabalgando más rápido que el viento. La mayoría de las personas no experimentarían algo así jamás; ella misma no volvería a experimentar algo así. Y, durante unos instantes, cuando no hubo nada más que eso, sintió una felicidad tan completa que echo la cabeza hacia atrás, miró al cielo y se rio.

Los guardias llegaron a la playa, donde sus feroces gritos vas

eran engullidos por el rugir de las olas.

Ansel guió en dirección a las dunas y la gigantesca pared de roca que se alzaba allí cerca. El Surco del Desierto, que Celaena recordaba bien de sus libros de geografía, puesto que llevaba semanas estudiando los mapas de la Tierra Desértica. Una pared gigantesca que surgía de la tierra y se extendía desde la costa este hasta las dunas negras del sur, y cuyo centro estaba abierto en canal por una enorme fisura. Lo habían tenido que rodear en el trayecto de ida desde la fortaleza, que estaba al otro lado, y eso era lo que había hecho que su viaje fuese tan insufriblemente largo. Pero hoy...

—Mas deprisa, Kasida —le susurró a la yegua al oído. Como si la hubiese entendido, el animal aceleró, y pronto Celaena estuvo al lado de Ansel otra vez. Fueron dejando atrás una duna tras otra, directas hacia la pared de roca roja—. ¿Qué estas haciendo? —le gritó a Ansel.

La chica le lanzó una sonrisa malévola.

—Lo vamos a cruzar, ¿De qué vale un caballo asterión si no es capaz de saltar?

A Celaena se le hizo un nudo en el estómago.

—No puedes decirlo en serio.

Ansel miró hacia atrás; su cabello rojo volaba en torno a su rostro.

—¡Nos perseguirán hasta las puertas de la fortaleza si vamos por el camino largo! —Pero los guardias no podrían dar ese salto, no con caballos normales.

En la pared de roca roja apareció una estrecha abertura que se alejaba serpenteando hasta perderse de vista. Ansel fue directa hacia ella. ¿Cómo se *atrevía* a tomar una decisión tan estúpida e imprudente sin consultarlo antes con Celaena?

—Planeabas esto desde el principio —la acusó indignada. Aunque los guardias seguían a cierta distancia, estaban lo bastante cerca como para que Celaena pudiera ver las armas que llevaban, incluidos sus largos arcos.

Ansel no contestó. Se limitó a empujar a Hisli hacia delante.

Celaena tenía que elegir entre las implacables paredes del Surco y los tres guardias detrás de ellas. Podía derribarlos en cuestión de segundos si frenaba el tiempo necesario para sacar sus dagas, pero

los hombres iban a caballo, y apuntar con precisión podía ser difícil. Lo cual significaba que tendría que acercarse lo suficiente para matarlos, siempre y cuando ellos no empezaran a dispararle antes. Lo más probable era que no apuntaran a Kasida, no cuando valía más que todas sus vidas juntas, pero Celaena no se atrevía a poner en peligro a un animal tan magnífico. Y, si mataba a los guardias, eso todavía la dejaba sola en el desierto, puesto que Ansel no se detendría hasta estar al otro lado del Surco. Y ya que no tenía ningunas ganas de morir de sed...

Celaena soltó una ristra de palabrotas coloridas y se adentró en el pasadizo del cañón detrás de Ansel.

El pasillo era tan estrecho que las piernas de Celaena casi rozaban contra las paredes naranjas suavizadas por la lluvia. Los cascos retumbaban como fuegos artificiales, y el sonido empeoró cuando los tres guardias entraron también en el cañón. Celaena pensó, de repente, que hubiese sido agradable tener a Sam con ella. Puede que fuese un incordio, pero había demostrado ser más que útil en una pelea. Tenía una destreza extraordinaria, aunque a ella le molestara reconocerlo.

Ansel zigzagueaba y giraba por el cañón, más rápida que un arroyo por la ladera de una montaña. Celaena tuvo que hacer un esfuerzo supremo para mantenerse sobre Kasida mientras la seguía.

Sonó el tañido de la cuerda de un arco y Celaena se agachó, bien pegada a la cabeza de Kasida, justo cuando una flecha rebotaba contra la roca a escasos metros de distancia. Al parecer, no les importaba disparar a las yeguas. Otro giro brusco a la izquierda la puso a salvo, pero el alivio fue breve cuando vio el largo y estrecho pasadizo... y la quebrada más allá.

Se le subió el corazón a la garganta. La grieta debía de medir al menos nueve metros de ancho, y no quería ni imaginar lo larga que sería la caída si no lo lograban.

Ansel siguió adelante sin vacilar y tensó el cuerpo. Hisli salto del borde del acantilado.

El sol iluminó su pelo mientras volaban por encima de la quebrada. La chica soltó un alarido de alegría que resonó por todo el cañón. Un momento después, aterrizó al otro lado, a apenas unos centímetros del borde.

No había espacio suficiente para que Celaena se detuviera;

aunque lo hubiese intentado, no habría tenido sitio para frenar, y habría caído por el precipicio sin remedio. Así que empezó a rezarle a quien fuera, a lo que fuera. Kasida dio un acelerón repentino, como si ella también hubiese comprendido que solo los dioses las ayudarían a salvar aquella grieta.

Y entonces estaban al borde del acantilado, que bajaba y bajaba y bajaba, hasta un río de jade que estaba por lo menos cien metros más abajo. Y Kasida echó a volar, y ya solo había aire por debajo de ellas; nada para evitar la muerte que ahora las envolvía por completo.

Celaena solo pudo agarrarse y esperar a caer, a morir, a gritar mientras encontraba su horrible final...

Pero entonces había roca debajo de ellas, roca maciza. Se agarró a Kasida con más fuerza al aterrizar en el estrecho desfiladero del otro lado, mientras el impacto reverberaba como una explosión por sus huesos. Y siguieron galopando.

En el lado opuesto del barranco, los guardias habían frenado a sus caballos y las maldecían en un idioma que Celaena se alegró de no entender.

Ansel volvió a gritar de alegría cuando salieron por el otro extremo del Surco y se giró para encontrar a Celaena todavía a caballo cerca de ella. Cabalgaron por las dunas, directas hacia el oeste. El sol poniente prendió el mundo entero de rojo sangre.

Cuando las yeguas estaban ya demasiado cansadas para seguir galopando, Ansel por fin paró en la cima de una duna. Celaena se detuvo a su lado y Ansel la miró, todavía con un salvajismo desenfrenado en los ojos.

—¿No ha sido maravilloso?

Resollando y sin decir palabra, Celaena le dio tal puñetazo en la cara que la chica salió volando de su caballo y cayó rodando sobre la arena.

Ansel se agarró la cara y empezó a reír como una loca.

Aunque podrían haber llegado a la fortaleza antes de medianoche, y aunque Celaena insistió en que continuaran avanzando, Ansel se empeñó en parar a dormir. Así que, cuando la fogata ya no era más que brasas y las yeguas dormitaban detrás de ellas, Ansel y Celaena se tumbaron de espaldas sobre la ladera de una duna y

contemplaron las estrellas.

Con las manos cruzadas detrás de la cabeza, Celaena aspiró una bocanada de aire larga y profunda mientras disfrutaba de la agradable brisa nocturna y dejaba que el agotamiento se fuese evaporando de sus piernas. Rara vez tenía la oportunidad de ver estrellas tan brillantes; no con todas las luces de Rifthold. El viento se mecía entre las dunas y la arena suspiraba.

—¿Sabes? —dijo Ansel con voz queda—, jamás aprendí a reconocer las constelaciones. Aunque creo que las nuestras son distintas de las vuestras. Los nombres, quiero decir.

Celaena tardó un momento en darse cuenta de que por «nuestras» no se refería a los Asesinos Silenciosos, sino a la gente del Páramo Occidental. Señaló hacia un grupo de estrellas a su izquierda.

—Ese es el Dragón. —Trazó la forma con el dedo—. ¿Ves la cabeza, las patas y la cola?

—No. —Ansel se rio bajito.

Celaena le dio un codazo amistoso y señaló hacia otro grupo de estrellas.

—Ese es el Cisne. Las líneas que tiene a ambos lados son las alas, y el arco es el cuello.

—¿Y esas de ahí? —preguntó Ansel.

—Ese es el Ciervo —dijo Celaena—. El Señor del Norte.

—¿Por qué tiene él un título tan elegante? ¿Qué pasa con el Cisne y el Dragón?

Celaena soltó una carcajada, pero la sonrisa se diluyó cuando miró la constelación que tan familiar le resultaba.

—Porque el Ciervo permanece constante. Da igual la estación, él siempre está ahí.

—¿Por qué?

Celaena respiró hondo.

—Para que la gente de Terrasen siempre sepa cómo encontrar el camino a casa. Para que puedan mirar al cielo y, estén donde estén, sepan que Terrasen siempre está con ellos.

—¿Quieres regresar a Terrasen alguna vez?

Celaena se giró para mirar a Ansel. Nunca le había dicho que era de Terrasen.

—Hablas de Terrasen del mismo modo en que mi padre solía

hablar de nuestra tierra —aclaró Ansel.

Celaena estaba a punto de contestar cuando reparó en la palabra. «Solía». Ansel mantuvo la vista perdida en las estrellas.

—Le mentí al Maestro cuando vine aquí —susurró, como temerosa de que alguien la oyera en la enorme vaciedad del desierto. Celaena devolvió la vista al cielo—. Mi padre nunca me envió a entrenar. Y no hay ningún Briarcliff, ni Briarcliff Hall. No lo hay desde hace cinco años.

A Celaena se le ocurrieron una docena de preguntas, pero mantuvo la boca cerrada y dejó que Ansel siguiera hablando.

—Tenía doce años —continuó— cuando lord Loch se apropió de varios territorios alrededor de Briarcliff y luego exigió que nosotros nos rindiésemos también, que nos inclináramos ante él como rey supremo del Páramo. Mi padre se negó. Dijo que ya había un tirano conquistándolo todo al este de las montañas y que no quería otro para el oeste. —A Celaena se le heló la sangre mientras se preparaba para lo que sabía que venía después—. Dos semanas más tarde, lord Loch invadió nuestras tierras con sus hombres, se apoderó de nuestros pueblos, de nuestro medio de vida, de nuestras gentes. Y cuando llegó a Briarcliff Hall...

Ansel aspiró una temblorosa bocanada de aire.

—Cuando llegó a Briarcliff Hall, yo estaba en la cocina. Los vi desde la ventana y me escondí en un armario mientras Loch entraba en la casa. Mi hermana y mi padre estaban en el piso de arriba y Loch se quedó en la cocina mientras sus hombres iban a buscarlos y... No hice ni un ruido cuando lord Loch obligó a mi padre a mirar mientras... —Se trabó, pero forzó las palabras a salir por su boca, escupiéndolas como si fuesen veneno—. Mi padre suplicó, arrodillado en el suelo, pero Loch no cedió y le obligó a ver cómo degollaba a mi hermana. Luego le degolló también a él. Y yo me quedé allí escondida, incluso mientras mataban también a nuestros sirvientes. Me quedé allí escondida y no hice nada.

«Y, cuando se marcharon, cogí la espada de mi padre y eche a correr. Corrí hasta que ya no pude más, hasta el pie de las montañas Colmillo Blanco. Y entonces me derrumbé en el campamento de una bruja, una del clan Dientes de Hierro. No me importaba si me mataba. Pero me dijo que no era mi destino morir ahí. Que debía viajar al sur, con los Asesinos Silenciosos del Desierto Rojo, y que

allí... encontraría mi destino. Me dio de comer, vendó mis pies ensangrentados y me dio oro, que juego utilicé para encargar mi armadura. Y me puso en camino.

Ansel se secó los ojos.

—Y aquí estoy desde entonces, entrenando para el día en que sea lo bastante fuerte y rápida para volver a Briarcliff y recuperar lo que es mio. Algún día, entraré en la mansión del rey supremo Loch y le haré pagar por lo que le hizo a mi familia. Con la espada de mi padre. —Su mano acarició la cabeza de lodo de la empuñadura—. Esta espada terminará con su vida, porque esta espada es todo lo que me queda de ellos.

Celaena no se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que intentó respirar hondo. Decir que lo sentía no parecía adecuado. Sabia bien lo que era ese tipo de pérdida; las palabras no servían para absolutamente nada.

Ansel se giró despacio para mirarla, los ojos ribeteados de plata. Deslizó un dedo por el pómulo de Celaena, donde habían estado los moratones.

—¿Dónde encuentran los hombres el derecho a hacer cosas tan monstruosas? ¿Cómo pueden considerarlo aceptable?

—Al final, les haremos pagar por ello. —Celaena agarró la mano de Ansel. La chica se la apretó de vuelta, fuerte—. Nos aseguraremos de que paguen.

—Sí. —Ansel volvió a mirar a las estrellas—. Lo haremos.

CAPÍTULO 7

Celaena y Ansel sabían que su pequeña escapada con las yeguas asterión tendría consecuencias. Celaena esperaba haber tenido tiempo al menos de inventar una mentira decente acerca de cómo habían adquirido los animales, pero, cuando volvieron a la fortaleza y encontraron a Mikhail y a otros tres asesinos esperándolas, supo que la noticia de su numerito ya había llegado de algún modo a oídos del Maestro.

Mantuvo la boca cerrada mientras Ansel y ella esperaban arrodilladas al pie del estrado del Maestro, con la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo. Estaba claro que ahora ya no iba a poder convencerle de que la entrenara.

La sala de audiencias estaba vacía, y los pasos del Maestro rozaban con suavidad contra el suelo. Celaena sabía que, si quisiera, podría no hacer ruido en absoluto. Pero quería que sintieran miedo al oírle acercarse.

Y así era; Celaena lo sentía. Percibió cada paso, y el fantasma de los moratones de su rostro palpitó al recordar los puños de

Arobynn. Y, de repente, cuando el recuerdo de aquel día se avivó en su interior, volvió a oír las palabras que Sam no hacía mas que gritarle a Arobynn mientras el rey de los asesinos la golpeaba, las palabras que de algún modo había sepultado en la bruma del dolor: «¡Te mataré!».

Sam parecía haberlo dicho muy en serio. Lo había bramado a pleno pulmón. Una y otra y otra vez.

Ese recuerdo tan claro e inesperado fue lo bastante impactante como para casi hacerle olvidar dónde estaba..., pero entonces vio las vestiduras del Maestro, blancas como la nieve, y se le secó la boca.

—Solo queríamos divertimos un poco —dijo Ansel en voz baja —. Podemos devolver los caballos.

Celaena la miró de reojo sin mover la cabeza. Tenía la cara levantada hacia el Maestro, que se alzaba imponente por encima de ellas.

—Lo siento —murmuró Celaena, y deseó poder transmitirlo también con las manos. Aunque el silencio tal vez hubiese sido preferible, necesitaba que oyera su disculpa.

El Maestro se limitó a quedarse allí plantado. Ansel fue la primera en derrumbarse bajo la intensidad de su mirada. Soltó un gran suspiro antes de hablar.

—Sé que fue una tontería, pero no hay nada de lo que preocuparse. Puedo manejar a lord Berick; llevo una eternidad haciéndolo.

Había la suficiente amargura en sus palabras como para que Celaena arqueara un poco las cejas. Quizás la negativa del Maestro a entrenarla no fuese fácil de soportar para Ansel. Nunca se mostraba abiertamente competitiva a la hora de captar la atención del Maestro, pero... Después de todos los años que llevaba allí, ser solo la mediadora entre el Maestro y Berick no parecía precisamente el tipo de gloria que le interesaba a la chica. En su lugar, Celaena no habría disfrutado de la situación en absoluto.

Las ropas del Maestro susurraron cuando se movió, y Celaena dio un respingo al sentir sus dedos callosos debajo de la barbilla. El Maestro le levantó la cabeza de modo que se viera forzada a mirar su rostro cargado de desaprobación. Celaena permaneció totalmente quieta, preparada para el golpe, rezando ya por que no la

desfigurara demasiado. Sin embargo, el Maestro entornó un poco sus ojos verde mar y esbozó una sonrisa triste mientras las soltaba.

A Celaena le ardía la cara. No había estado a punto de pegarle. Había querido que le mirara, que le contara su versión de la historia. Pero, aunque no fuera a golpearla, aún podía castigarlas. Y si echaba a Ansel por lo que habían hecho... Ansel necesitaba estar allí, aprender todo lo que esos asesinos pudiesen enseñarle, porque Ansel quería hacer algo con su vida. Ansel tenía un propósito. Y Celaena...

—Fue idea mía —soltó de pronto, sus palabras demasiado sonoras en la sala desierta—. No tenía ganas de volver a pie y pensé que podía ser útil tener caballos. Y, cuando vi a las yeguas asterión..., pensé que podíamos viajar con estilo. —Le dedicó al Maestro una media sonrisa temblorosa y el hombre elevó las cejas mientras las miraba a una y a otra. Durante un largo momento, se limitó a observarlas.

Lo que fuese que viera en el rostro de Ansel le hizo asentir de pronto. Ansel se apresuró a agachar la cabeza.

—Antes de que decida nuestro castigo... —Se volvió hacia Celaena, luego miró al Maestro de nuevo—. Puesto que nos gustan tanto los caballos, quizás podríamos... ¿trabajar en las cuadras? Hacer el turno de mañana. Hasta que Celaena se marche.

Celaena casi se atragantó, pero consiguió mantener una expresión neutra.

Un tenue destello de diversión centelleó fugazmente en los ojos del Maestro, que sopesó las palabras de Ansel durante momentos. Después asintió de nuevo y Ansel soltó una exhalación.

—Gracias por su benevolencia —dijo. El Maestro lanzó una mirada hacia las puertas detrás de ellas. Podían retirarse.

Ansel se puso en pie y Celaena la imitó. Pero, justo cuando se daba la vuelta, el Maestro la agarró del brazo. Ansel se detuvo para observar mientras hacía unos movimientos con las manos. Cuando terminó, Ansel arqueó las cejas. El hombre repitió los movimientos otra vez, más despacio, y señaló a Celaena repetidas veces. Cuando creyó que estaba segura de haberle entendido, la chica se giró hacia Celaena.

—Has de presentarte ante él mañana al anochecer. Para tu primera lección.

Celaena reprimió un suspiro de alivio y le regaló al Maestro una sonrisa genuina. Él le devolvió un mero asomo de sonrisa. Celaena hizo una profunda reverencia, y no pudo dejar de sonreír mientras Ansel y ella salían de la sala y se dirigían hacia los establos. Le quedaban tres semanas allí; sería tiempo más que suficiente para conseguir esa carta.

Lo que fuese que había visto el Maestro en su cara, lo que fuese que había oído en su voz...; de algún modo, había demostrado por fin ser digna de su atención.

Resultó que no solo eran responsables de limpiar las cuadras de los caballos. Oh, no. Eran responsables de limpiar los recintos de *todos* los animales de cuatro patas que vivían en la fortaleza, una tarea que les llevaba desde el desayuno hasta mediodía. Al menos lo hacían por la mañana, antes de que el calor de la tarde hiciese que el olor fuese atroz de verdad.

Otra ventaja era que no tenían que ir a correr. Aunque después de cuatro horas de recoger excrementos animales a paladas, Celaena hubiese suplicado volver a esa carrera de diez kilómetros.

A pesar de lo ansiosa que estaba por salir de una vez de los establos, no podía contener su creciente nerviosismo a medida que el sol cruzaba el cielo y se dirigía hacia el horizonte. No sabía qué esperar. Ni siquiera Ansel sabía qué podía tener en mente el Maestro. Pasaron la tarde entrenando el combate, como de costumbre; entre ellas y con todo asesino que llegara al sombreado patio de entrenamiento al aire libre. Y, cuando el sol por fin lamió el horizonte, Ansel le dio a Celaena un apretoncito en el hombro y la envió en busca del Maestro.

Sin embargo, él no estaba en su sala de audiencias, y, cuando Celaena se topó con Ilias, este se limitó a regalarle su habitual sonrisa y señaló hacia el tejado. Después de recorrer varios tramos de escaleras, trepar por unos peldaños de madera y colarse por una trampilla del techo, se encontró al aire libre en lo alto de la fortaleza.

El Maestro estaba de pie detrás del parapeto, contemplando el desierto. Celaena se aclaró la garganta, pero él permaneció de espaldas a ella.

El tejado no podía medir más de dos metros cuadrados, y lo

único que había sobre él, en pleno centro, era una cesta de mimbre cerrada. Varias antorchas iluminaban el espacio.

Celaena se aclaró la garganta otra vez y el Maestro por fin se dio la vuelta. Ella hizo una reverencia, cosa que, curiosamente, era algo que sentía que el hombre se merecía de verdad, y no algo que debiese hacer por convención. El Maestro hizo un gesto afirmativo con la cabeza, señaló hacia la cesta de mimbre y la animó por gestos a levantar la tapa. Celaena hizo todo lo posible por no parecer escéptica, deseando que hubiera unas preciosas armas nuevas en el interior. Se acercó a la cesta, pero se detuvo cuando oyó un sonido sibilante.

Un desagradable siseo de «no te acerques más». Desde el interior de la cesta.

Se volvió hacia el Maestro, que saltó para sentarse sobre uno de los merlones, con los pies desnudos colgando en el hueco entre un bloque de piedra y el siguiente. Volvió a animarla a abrir la costa. Con las palmas de las manos sudorosas, Celaena respiró hondo y retiró la tapa.

Un áspid negro se enroscó sobre sí mismo, manteniendo la cabeza bien agachada mientras siseaba.

Celaena dio un salto enorme hacia atrás e hizo ademán de trepar al murete del parapeto, pero el Maestro chasqueó la lengua con suavidad.

Movio las manos; fluían y ondulaban por el aire como un no..., como una serpiente. «Obsérvala», parecía decirle. «Muévete con ella».

Celaena miró otra vez a la cesta a tiempo de ver la delgada cabeza negra del áspid deslizarse sobre el borde y luego reptar hacia el tejado de azulejos.

El corazón tronaba en su pecho. Esa serpiente era venenosa, ¿verdad? Tenía que serlo. Parecía venenosa.

La serpiente se deslizó sobre el tejado y Celaena retrocedió, sin atreverse a apartar los ojos de ella ni por un instante. Alargó la mano hacia una de sus dagas, pero el Maestro Mudo volvió a chasquear la lengua. Un vistazo en su dirección fue suficiente para que Celaena comprendiera lo que significaba aquel sonido.

«No la mates. Absorbe».

La serpiente se movía sin esfuerzo, con pereza, y saboreaba el

aire nocturno con su lengua negra. Celaena respiró hondo para tranquilizarse y observó.

Pasó todas las noches de esa semana sobre el tejado, con el áspid. Lo observaba, copiaba sus movimientos, interiorizaba su ritmo y sus sonidos; así hasta que aprendió a moverse como él, hasta que podían enfrentarse y Celaena era capaz de anticipar cómo atacaría, hasta que ella misma fue capaz de atacar como un áspid, con movimientos veloces y fluidos.

Después de eso, pasó tres días colgada de las vigas de las cuadras de la fortaleza con los murciélagos. Tardó un poco más en averiguar sus puntos fuertes: cómo se volvían tan silenciosos que nadie se daba cuenta de que estaban allí, cómo podían ahogar el ruido externo y centrarse solo en el sonido de sus presas. Y, después de eso, pasó dos noches con las liebres en las dunas. Aprendió su quietud, absorbió cómo aprovechaban su velocidad y su destreza para evadirse de garras y espolones, cómo dormían al aire libre para oír mejor a los enemigos que se acercaban. Noche tras noche, el Maestro la observaba desde allí cerca; nunca decía nada, nunca hacía nada excepto señalar de vez en cuando cómo se movía un animal.

En los días siguientes, Celaena solo vio a Ansel en las comidas y mientras limpiaban el estiércol. Y, después de una larga noche corriendo, colgada cabeza abajo o caminando de lado para entender por qué los cangrejos se molestaban en andar así, Celaena no solía estar de humor para hablar. Sin embargo, Ansel siempre estaba contenta, casi jubilosa, más y más con cada día que pasaba. Nunca decía exactamente por qué, pero Celaena lo encontraba bastante contagioso.

Y, día tras día, Celaena se quedaba dormida después de comer y no se despertaba hasta que se ponía el sol; sus sueños estaban llenos de serpientes y conejos y escarabajos cantarines. A veces veía a Mikhail entrenando a los acólitos, o encontraba a Ilias meditando en alguna sala de entrenamiento vacía, pero rara vez tenía la oportunidad de pasar tiempo con ellos.

Tampoco hubo más ataques de lord Berick. Fuera lo que fuera lo que le había dicho Ansel durante aquella reunión con el en Xandria, fuera lo que fuera lo que contenía la carta del Maestro, parecía

haber funcionado, incluso después del robo de sus caballos.

También había momentos de calma, cuando no estaba entrenando o trabajando con Ansel. Momentos en los que sus pensamientos divagaban y volvían a Sam, a lo que había dicho. Había amenazado con *matar* a Arobynn. Por hacerle daño a ella. Intentó encontrarle un sentido, intentó averiguar qué había cambiado en Bahía de la Calavera para hacer que Sam osara decirle semejante cosa al rey de los asesinos. Pero, siempre que se descubría reflexionando demasiado sobre ello, empujaba esos pensamientos al rincón más profundo de su mente.

CAPÍTULO 8

—¿Me estás diciendo en serio que haces esto *todos los días*? —preguntó Ansel, alzando mucho las cejas mientras Celaena le ponía colorete en las mejillas.

—En ocasiones, dos veces al día —confirmó ella. Ansel abrió un ojo. Estaban sentadas en la cama de Celaena, con un puñado de cosméticos desperdigados entre ellas; eran solo una pequeña muestra de la enorme colección que tenía Celaena en Rifthold—. Además de ser útil para mi trabajo, es divertido.

—¿Divertido? —Ansel abrió el otro ojo—. ¿Embadurnarte la cara con toda esta porquería es divertido?

Celaena dejó el bote de colorete en la cama.

—Como no te calles te voy a pintar un bigote.

Los labios de Ansel se fruncieron, pero cerró los ojos de nuevo mientras Celaena cogía el frasco de polvo bronceador y untaba un poco en los párpados de la chica.

—Bueno, es verdad que es mi cumpleaños. Y el Festival del

Solsticio de Verano —comentó Ansel mientras sus párpados aleteaban bajo el cosquilleo del delicado cepillo de Celaena— Muy rara vez tenemos la ocasión de divertimos. Supongo que debería ponerme guapa.

Ansel siempre estaba guapa. Más que guapa, en realidad, pero Celaena no iba a decírselo.

—Como mínimo, no hueles a estiércol de caballo.

Ansel se rio bajito, expulsando aire caliente sobre las manos de Celaena, que todavía se movían cerca de su cara. La chica consiguió permanecer callada mientras Celaena terminaba con las polvos, y luego estarse quieta mientras le perfilaba los ojos con kohl y oscurecía sus pestañas.

—Muy bien —dijo Celaena al fin. Se echó atrás para ver bien la cara de Ansel—. Abre.

Ansel abrió los ojos y Celaena frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó la joven. Celaena sacudió la cabeza.

—Te lo vas a tener que quitar todo.

—¿Por qué?

—Porque estás mejor que yo.

Ansel le dio un pellizco en el brazo y ella se lo devolvió con una carcajada. Pero entonces la única semana que le quedaba a Celaena se cernió sobre ella, breve e implacable, y se le comprimió el pecho al pensar en marcharse. Ni siquiera le había pedido al Maestro su carta todavía, pero sobre todo... Bueno, nunca había tenido una amiga chica. En realidad, nunca había tenido *ningún* amigo y, de algún modo, la idea de volver a Rifthold sin Ansel se le hacía un poco insoportable.

El Festival del Solsticio de Verano era distinto a cualquier cosa que Celaena hubiese vivido hasta entonces. Esperaba música y bebida y risas, pero, en lugar de eso, los asesinos se reunieron en el patio más grande de la fortaleza y todos ellos, incluida Ansel, guardaron completo silencio. La luna proporcionaba la única luz que iluminaba el patio, dibujando en sus paredes la silueta de las palmeras datileras que oscilaban bajo la brisa.

Aunque lo más raro eran los bailes. No había música, pero, aun así, la mayoría de la gente bailaba; algunos de los bailes, eran extraños y desconocidos; otros, familiares. Todo el mundo sonreía,

pero, aparte del crujido de la ropa y el roce de los pies alegres sobre las piedras del suelo, no se oía sonido alguno.

Eso sí, había vino, así que Ansel y Celaena encontraron una mesa en una esquina y se entregaron a él con fruición.

Aunque Celaena adoraba las fiestas, hubiese preferido pasar la noche entrenando con el Maestro. Con solo una semana por delante, quería pasar cada momento que estaba despierta trabajando con él. Pero el hombre había insistido en que asistiera a la fiesta, aunque solo fuese porque él mismo quería ir. El Maestro bailaba a un ritmo que Celaena ni podía oír ni podía entender, y parecía más bien el benevolente abuelo torpe de alguien que el jefe de algunos de los más consumados asesinos del mundo.

Celaena no pudo evitar pensar en Arobynn, que era todo elegancia calculada y agresividad contenida. Arobynn, que bailaba con unos pocos elegidos, y cuya sonrisa era afilada como una cuchilla.

Mikhail había arrastrado a Ansel al baile, y la chica sonreía de oreja a oreja mientras giraba y se contoneaba y pasaba de pareja en pareja, pues todos los asesinos se movían ahora al mismo ritmo silencioso. A pesar de los horrores que había experimentado, Ansel seguía siendo tan alegre, tan despreocupada, tan viva... Mikhail la atrapó en sus brazos y la inclinó hacia atrás, hasta tan abajo que Ansel abrió mucho los ojos.

A Mikhail le gustaba Ansel de verdad, eso era obvio. Siempre encontraba una excusa para tocarla, siempre le sonreía, siempre la miraba como si fuese la única persona en la sala.

Celaena hizo girar el vino en su copa. Si era sincera consigo misma, a veces creía que Sam la miraba a ella de ese modo. Pero entonces iba y decía algo absurdo, o intentaba dejarla en mal lugar, y ella se regañaba por haber pensado eso de él.

Se le hizo un nudo en el estómago. ¿Qué le habría hecho Arobynn aquella noche? Celaena debería haber preguntado por el. Pero en los días posteriores había estado muy ocupada, absorta en su ira y su rabia... En realidad, no se había atrevido a buscarle. Porque, si Arobynn le había hecho daño a Sam del mismo modo que a ella, si le había hecho algo peor...

Celaena apuró el resto de su vino. Después de despertar de su paliza, había empleado dos días y gran parte de sus ahorros en

comprarse su propio apartamento, escondido y bien lejos de la Fortaleza de los Asesinos. No se lo había contado a nadie, en parte porque le preocupaba cambiar de opinión durante el viaje. Pero, con cada día que pasaba allí, con cada lección que recibía del Maestro, estaba más y más decidida a decirle a Arobynn que se mudaba. De hecho, estaba impaciente por ver la cara que ponía. Todavía le debía dinero, por supuesto (Arobynn se había ocupado de que sus deudas la mantuvieran atada a él durante mucho tiempo), pero no había ninguna regla que dijera que tenía que vivir con él. Y si volvía a ponerle un solo dedo encima...

Si Arobynn volvía a ponerles una mano encima a ella o a Sam otra vez, ella misma se ocuparía de que perdiera esa mano. De hecho, se encargaría de que perdiera el brazo hasta el codo.

Alguien le tocó el hombro, y Celaena levantó la vista de su copa de vino vacía para encontrar a Ilias de pie detrás de ella. No le había visto demasiado en los últimos días, aparte de durante la cena, momento en el cual seguía lanzándole miradas furtivas y regalándole esas sonrisas preciosas suyas. El chico le ofreció la mano.

Celaena se sonrojó al instante y negó con la cabeza mientras intentaba transmitirle la idea de que ella no conocía esos bailes.

Ilias se encogió de hombros, con los ojos brillantes. No retiró la mano.

Ella se mordió el labio y le miró los pies con expresión significativa. Ilias se volvió a encoger de hombros, esta vez como para sugerir que los dedos de sus pies no eran tan valiosos de todos modos.

Celaena echó un vistazo a Mikhail y Ansel, que giraban como locos a un son que solo ellos dos podían oír. Ilias arqueó las cejas. «¡Vive un poco, Sardothien!», le había dicho Ansel el día que robaron los caballos. ¿Por qué no vivir un poco también esa noche?

Celaena encogió los hombros de manera exagerada y tomó la mano de Ilias con una sonrisa irónica. «Supongo que puedo permitirme dedicarte un baile o dos», quería decir.

Aunque no había música, Ilias la guio por los bailes con facilidad; sus movimientos eran seguros y serenos. Era difícil apartar la vista no solo de su cara, sino de la alegría que irradiaba. Y él la miraba

con tal intensidad que Celaena tuvo que preguntarse si durante esas semanas solo la había estado observando para proteger a su padre.

Bailaron hasta bien pasada la medianoche; bailes salvajes que no eran para nada como los valses que había aprendido en Rifthold. Incluso cuando cambiaban de pareja, Ilias estaba siempre allí, esperando para el siguiente baile. Era casi tan embriagador como la rareza de bailar al son de una música inexistente, de oír un ritmo silencioso y colectivo..., de dejar que el viento y el suspiro de la arena en el exterior de la fortaleza proporcionaran el ritmo y la melodía. Era precioso y extraño y, a medida que pasaban las horas, a menudo se preguntó si se había perdido en algún sueño.

Cuando la luna se estaba poniendo, Celaena decidió salir de la pista de baile, al tiempo que hacía todo lo posible por demostrar lo cansada que estaba. No era mentira. Le dolían los pies, y no había dormido una noche entera desde hacía semanas. Ilias trató de llevarla de vuelta a la pista para un último baile, pero ella se zafó de él con agilidad y le sonrió mientras negaba con la cabeza. Ansel y Mikhail seguían bailando, más abrazados que cualquier otra pareja de la pista. Como no quería interrumpir a su amiga, Celaena se marchó sin decirle nada; Ilias fue con ella.

Mientras caminaban por los pasillos vacíos, Celaena no podía negar que su corazón desbocado no se debía solo al baile. Ilias caminaba a su lado, tan silencioso como siempre, y ella tragó saliva con esfuerzo.

¿Qué diría Ilias (es decir, si pudiera hablar) si supiera que a la asesina de Adarlan jamás la habían besado? Había matado a hombres, liberado a esclavos, robado caballos, pero jamás había besado a nadie. En cierto modo, era ridículo. Algo que debería haberse quitado de encima en algún momento, pero para lo que nunca había encontrado a la persona adecuada.

Tardaron demasiado poco en llegar a la puerta de su habitación. Celaena no tocó el picaporte e intentó calmar su respiración mientras se daba la vuelta para mirar a Ilias.

El joven sonreía. A lo mejor no tenía intención de besarla. Después de todo, su habitación estaba tan solo unas puertas más allá.

—Bueno —dijo Celaena. Después de tantas horas de silencio, la palabra sonó estridente. Estaba roja como un tomate. Ilias dio un

paso adelante y Celaena intentó no encogerse cuando deslizó una mano en torno a su cintura. «Sería tan fácil besarlo», pensó.

La otra mano de Ilias trepó por su cuello, y su pulgar acarició su mandíbula mientras le inclinaba la cabeza hacia atrás con suavidad. La sangre palpitaba con fuerza por cada centímetro de su cuerpo. Entreabrió los labios..., pero, cuando Ilias acercó su rostro, se puso rígida y dio un paso atrás.

Ilias se apartó de inmediato, con las cejas fruncidas en ademán perplejo. Celaena quería fundirse con las piedras y desaparecer.

—Lo siento —dijo con voz pastosa, tratando de no parecer demasiado avergonzada—. No... no puedo. Quiero decir, me voy dentro de una semana. Y... y tú vives aquí. Y yo estaré en Rifthold, así que... —Estaba desvariando. Debería parar. De hecho, debería dejar de hablar para siempre.

Si Ilias percibió su bochorno, no lo demostró. En lugar de eso, agachó la cabeza y le dio un apretoncito en el hombro. Luego encogió un poco los suyos como solo él sabía hacerlo. Celaena lo interpretó como: «Ojalá no viviéramos a miles de kilómetros de distancia. Pero ¿puedes culparme por intentarlo?».

Con eso, Ilias recorrió los pocos metros que le separaban de su habitación y se despidió con un gesto amistoso de la mano antes de desaparecer dentro.

Sola en el pasillo, Celaena observó las sombras proyectadas por las antorchas. No había sido solo la imposibilidad de una relación con Ilias lo que la había empujado a apartarse.

No, había sido el recuerdo de la cara de Sam lo que le había impedido besarle.

Ansel no volvió a la habitación esa noche. Y, cuando entró a trompicones en los establos a la mañana siguiente, aún vestida con la ropa de la fiesta, Celaena dio por sentado que, o bien había pasado la noche entera bailando, o bien había estado con Mikhail. Por el rubor de las mejillas pecosas de Ansel, Celaena pensó que debían de ser ambas cosas.

Ansel se fijó en la sonrisa desplegada en el rostro de Celaena y la fulminó con la mirada.

—No se te ocurra ni empezar.

Celaena echó una palada de estiércol en un carro cercano. Más

tarde, lo llevaría a los jardines, donde lo utilizarían como fertilizante.

—¿Qué? —se defendió, con una sonrisa aún más amplia—. No iba a decir nada.

Ansel agarró su pala, que estaba apoyada contra la pared de madera varias cuadras más allá de donde Kasida y Hisli tenían ahora su nuevo hogar.

—Bien. Ya he recibido suficientes comentarios de los otros al venir hasta aquí.

Celaena se apoyó contra su pala delante de la puerta abierta.

—Estoy segura de que Mikhail también recibirá su dosis de pullas y bromas.

Ansel se enderezó, con los ojos sombríos de repente.

—No, eso no es verdad. A él le darán la enhorabuena, como hacen siempre, por una conquista bien culminada. —Soltó un largo suspiro—. Pero ¿a mí? Se burlarán hasta que me cabree y me revuelva. Siempre es lo mismo.

Continuaron trabajando en silencio.

—Aunque se burlen de ti, ¿sigues queriendo estar con Mikhail? —preguntó Celaena después de unos minutos. Ansel se encogió de hombros mientras echaba una palada de estiércol en el carro.

—Es un guerrero asombroso; me ha enseñado mucho más de lo que habría aprendido sin él. Así que pueden burlarse todo lo que quieran, pero, al final del día, él sigue siendo el que me presta atención extra cuando entrenamos. —A Celaena no le sentó demasiado bien ese comentario, pero optó por mantener la boca cerrada—. Además —dijo Ansel mirándola de soslayo—, no todos podemos convencer al Maestro con tanta facilidad para que nos entrene.

A Celaena se le hizo un pequeño nudo en el estómago. ¿Acaso estaba celosa?

—No estoy del todo segura de por qué cambió de opinión.

—¿Ah, no? —preguntó Ansel, en un tono más cortante del que ella le había oído jamás. Para su sorpresa, le dio miedo—. ¿La noble, inteligente y preciosa asesina del norte, la *gran* Celaena Sardothien, no sabe por qué el Maestro querría entrenarla? ¿No sabías que él también querría dejar su marca en ti? ¿Tener algo de influencia en tu glorioso destino?

A Celaena se le comprimió la garganta, y se maldijo por sentirse tan herida por esas palabras. No creía que el Maestro pensara eso para nada, pero aun así se puso furiosa.

—Sí, mi glorioso destino. Sacar estiércol de una cuadra. Una tarea muy digna para mí.

—Pero ¿sí para una chica de las Tierras Llanas?

—Yo no he dicho eso —masculló Celaena con los dientes apretados—. No pongas palabras en mi boca.

—¿Por qué no? Sé que lo piensas, y sabes que estoy diciendo la verdad. No soy lo bastante buena para que el Maestro me entrene. Empecé a verme con Mikhail para conseguir más atención durante las lecciones y no dispongo de un nombre famoso del que presumir.

—Vale, perfecto —dijo Celaena—. Sí, la mayoría de la gente del reino conoce mi nombre y sabe que debe temerme. —Su enfado aumentó a la velocidad del rayo—. Pero tú... ¿Quieres saber la verdad sobre ti, Ansel? La verdad es que, aunque vuelvas a casa y consigas lo que quieres, a nadie le importará una mierda si recuperas tu ínfimo territorio. No se enterará nadie, siquiera. Porque a nadie le importará jamás excepto a ti.

Se arrepintió de sus palabras en el mismo instante en que salían por su boca, Ansel se puso blanca de ira y le temblaron los labios cuando los apretó con fuerza. Tiró su pala al suelo. Por un momento, Celaena pensó que la iba a atacar, e incluso flexionó un poco las rodillas, preparándose para la pelea. Pero Ansel pasó por su lado, furiosa.

—No eres más que una zorra egoísta y mimada —escupió. Y, con eso, dejó que Celaena terminara sola las tareas de la mañana.

CAPÍTULO 9

Celaena no lograba concentrarse en su lección con el Maestro esa noche. Las palabras de Ansel habían resonado en sus oídos durante todo el día. No había visto a su amiga desde hacía horas, y temía el momento en que tuviera que volver a su habitación y encontrarse con ella. Aunque odiaba admitirlo, lo que había dicho Ansel al marcharse era verdad. Sí era una mimada. Y egoísta.

El Maestro chasqueó los dedos y Celaena, que estaba otra vez pendiente de un áspid, levantó la cabeza. Aunque había estado imitando los movimientos de la serpiente, no se había dado cuenta de que se había ido acercando a ella.

Dio un salto atrás y se agachó, pero se detuvo cuando sintió la mano del Maestro sobre su hombro. El hombre le hizo un gesto para que olvidara a la serpiente y se sentara a su lado en los merlones que daban la vuelta a todo el tejado. Agradecida por el descanso, ella se subió de un salto. Intentó no mirar hacia el suelo, muchísimo más abajo. Aunque estaba familiarizada con las alturas y no tenía problemas de equilibrio, sentarse en una cornisa nunca le resultaba

del todo natural.

El Maestro arqueó las cejas. «Habla», parecía decir.

Celaena metió el pie izquierdo debajo del muslo derecho, sin quitarle el ojo de encima al áspid, que se deslizó hacia las sombras del tejado.

Contarle su pelea con Ansel parecía tan... infantil. Como si al Maestro de los Asesinos Silenciosos fuese a importarle su insignificante riña.

Las cigarras zumbaban entre los árboles de la fortaleza y, en alguna parte de los jardines, un ruiseñor cantaba su lamento. «Habla». ¿Hablar de qué?

No tenía nada que decir, así que se quedaron sentados sobre el parapeto en silencio durante un rato..., hasta que incluso las cigarras se fueron a dormir y la luna desapareció por detrás de ellos y el cielo empezó a clarear. «Habla». Hablar de lo que la había estado reconcomiendo durante aquellos meses. De lo que había estado atormentando cada pensamiento, cada sueño,cada respiración. «Habla».

—Me da miedo volver a casa —dijo al fin, con la mirada perdida en las dunas más allá de las murallas.

La luz previa al amanecer era lo bastante brillante para que Celaena viera al Maestro arquear las cejas. «¿Por qué?».

—Porque todo será diferente. Todo es diferente ya. Creo que todo cambió cuando Arobynn me castigó, pero... una parte de mí todavía piensa que el mundo volverá a ser como era antes de aquella noche. Antes de ir a Bahía de la Calavera.

Los ojos del Maestro brillaban como esmeraldas. Compasivos. Pesarosos.

—No estoy segura de querer que vuelva a ser como era antes —admitió Celaena—. Y creo que eso es lo que más miedo me da.

El Maestro le sonrió, una sonrisa tranquilizadora. Después giró el cuello varias veces y estiró los brazos por encima de su cabeza antes de ponerse de pie sobre el merlón.

Celaena se puso tensa, sin saber muy bien si debía hacer lo mismo.

Pero el Maestro no la miró. En cambio, empezó una serie de movimientos gráciles y sinuosos, tan elegantes como un baile y tan letales como el áspid que acechaba en el tejado.

El áspid.

Al observar al Maestro, Celaena pudo ver todas las cualidades que había estado imitando a lo largo de las últimas semanas: el poder contenido y la velocidad, la astucia y el control fluido.

El Maestro repitió los movimientos otra vez, y solo hizo falta una mirada en su dirección para que ella se pusiera de pie a su lado sobre el parapeto. Pendiente de su equilibrio, Celaena copió al Maestro despacio. Sus músculos cantaban con la pertinencia de los movimientos. Celaena sonrió cuando noche tras noche de cuidadosa observación e imitación encajaron en su sitio.

Una y otra vez, copió la ondulación y la curva de sus brazos, el giro de su tronco, incluso el ritmo de su respiración. Una y otra vez, hasta que se convirtió en el áspid, hasta que el sol asomó por el horizonte y los bañó en luz roja.

Una y otra vez, hasta que no quedó nada más que el Maestro y ella dándole la bienvenida al nuevo día.

Una hora después de la salida del sol, Celaena entró con sigilo en su habitación, preparada para otra pelea, pero descubrió que Ansel ya se había marchado a los establos. Puesto que ella la había abandonado para que hiciera todo el trabajo sola la víspera, Celaena decidió devolverle el favor. Soltó un suspiro de satisfacción mientras se desplomaba sobre la cama.

Más tarde, la despertó alguien que le sacudía el hombro, alguien que olía a estiércol.

—Más vale que sea por la tarde —musitó Celaena, al tiempo que se ponía bocabajo y enterraba la cara en la almohada. Ansel se rio entre dientes.

—Oh, es casi la hora de la cena. Y las cuadras y los establos están limpios. No precisamente gracias a ti.

—Tú me dejaste tirada ayer —farfulló Celaena.

—Sí, bueno..., lo siento.

Celaena despegó la cara de la almohada para mirar a Ansel, que estaba delante de la cama. La chica se retorcía las manos. Llevaba su armadura otra vez. Cuando la vio, Celaena hizo una mueca al recordar lo que había dicho sobre la tierra natal de su amiga.

Ansel se remetió el pelo rojo detrás de las orejas.

—No debería haber dicho esas cosas sobre ti. No creo que seas

una mimada y una egoísta.

—Oh, no te preocupes. Sí que lo soy, y mucho. —Celaena se sentó. Ansel esbozó una sonrisita débil—. Pero —continuó— yo también siento lo que dije. No iba en serio.

Ansel asintió y echó un vistazo hacia la puerta cerrada, como si esperara que hubiese alguien allí.

—Tengo muchos amigos aquí, pero tú eres la primera amiga *verdadera* que he tenido nunca. Me dará mucha pena que te vayas.

—Todavía me quedan cinco días —la consoló Celaena. Dado lo popular que era Ansel, era sorprendente, y en cierto modo reconfortante, oír que ella también se sentía un poco sola.

Los ojos de Ansel volvieron a saltar hacia la puerta. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

—Procura recordarme con cariño, ¿vale?

—Lo intentaré. Pero puede que me cueste.

Ansel soltó una risita suave y cogió dos copas de la mesa de debajo de la ventana.

—He traído algo de vino. —Le dio una copa y sujetó la suya en alto—. Por las disculpas... y por los buenos recuerdos.

—Por ser las chicas más temibles e imponentes que el mundo haya visto nunca. —Celaena levantó su copa bien alta antes de beber.

Mientras se tragaba un gran sorbo, pensó dos cosas.

La primera fue que los ojos de Ansel estaban de pronto llenos de una pena manifiesta.

Y la segunda, que explicaba la primera, fue que el vino sabía extraño.

Pero no tuvo tiempo de pensar de qué veneno se trataba antes de oír cómo su copa caía con estrépito al suelo y el mundo empezara a dar vueltas y se pusiera negro.

CAPÍTULO 10

Alguien estaba dando martillazos contra un yunque en alguna parte muy muy cerca de su cabeza. Tan cerca que notaba cada impacto por todo el cuerpo, y el sonido era tan devastador en su mente que la despertó de su sueño.

Sobresaltada, Celaena se sentó de golpe. No había ningún martillo ni ningún yunque, solo un dolor de cabeza atroz. Y no había ninguna fortaleza de los asesinos, solo kilómetros y kilómetros de dunas rojas, y Kasida, que montaba guardia a su lado. Bueno, al menos no estaba muerta.

Maldijo y se puso en pie. ¿Qué había hecho Ansel?

La luna iluminaba una cantidad de desierto suficiente como para ver que la fortaleza de los asesinos no estaba por ninguna parte y que las alforjas de Kasida estaban cargadas con sus pertenencias. Excepto por su espada. Buscó y buscó, pero no estaba allí. Celaena alargó la mano hacia una de sus dos dagas largas, y se puso tensa cuando notó un pergamino enrollado remetido en su cinturón.

Alguien había dejado también un farolillo a su lado, y le costó

solo un momento encenderlo y apuntalarlo en la duna.

Arrodillada delante de la tenue luz, desenrolló el pergamino con manos temblorosas.

El mensaje estaba escrito con la letra de Ansel y no era largo.

Siento que haya tenido que terminar de este modo. El Maestro dijo que sería más fácil dejarte ir así que avergonzarte pidiéndote públicamente que te marcharas antes de tiempo. Kasida es tuya, igual que la carta de aprobación del Maestro que está en una alforja. Vete a casa.

Te echaré de menos.
Ansel

Celaena leyó la carta tres veces para asegurarse de que no se había perdido nada. Le estaban pidiendo que se marchara, pero ¿por qué? Al menos tenía la carta de aprobación, pero... pero ¿qué había hecho para que librarse de ella fuera tan urgente como para drogarla y dejarla tirada en medio del desierto? Le quedaban cinco días; ¿no podía el Maestro haber esperado hasta entonces?

Le escocían los ojos mientras repasaba los acontecimientos de los últimos días. Buscaba formas en que podría haber ofendido al Maestro. Se puso en pie y rebuscó en las alforjas hasta que encontró la carta de aprobación. Era un pedazo de papel cuadrado, sellado con cera verde mar, del color de los ojos del Maestro. Un poco vanidoso, tal vez...

Sus dedos acariciaron el sello. Si lo rompía, Arobynn podría acusarla de haber falsificado la carta. Pero ¿y si había escrito cosas horribles sobre ella? Ansel decía que era una carta de aprobación, así que no podía ser tan mala. Celaena volvió a guardarla en la alforja.

Quizás el Maestro también se había dado cuenta de que era una mimada y una egoísta. Tal vez todo el mundo hubiese estado simplemente tolerándola y... a lo mejor se habían enterado de su pelea con Ansel y habían decidido echarla. No le sorprendería. Después de todo, estarían cuidando de los suyos. No importaba si durante un tiempo ella misma se había sentido como uno de los

suyos, si había sentido, por primera vez en muchísimo tiempo, que pertenecía a un lugar donde podría aprender algo más que a engañar y acabar con otras vidas.

Se había equivocado. Por alguna razón, darse cuenta de eso dolió mucho más que la paliza que le había dado Arobynn.

Le temblaban los labios, pero cuadró los hombros y estudió el cielo nocturno hasta que encontró el Ciervo y la estrella de su corona que conducía al norte. Con un suspiro, Celaena sopló para apagar el farolillo, se montó en Kasida y se alejó en la noche.

Puso rumbo a Xandria, tras decidir que sería mejor encontrar un barco allí que arriesgarse con la caminata hacia el norte, que la obligaría a cruzar las Arenas Cantarinas hasta Yurpa, el puerto al que había llegado tras salir de Rifthold. Sin guía, tampoco tenía demasiada elección. Se tomó su tiempo, y a menudo caminaba en lugar de ir montada en Kasida, que parecía tan triste como ella de dejar atrás a los Asesinos Silenciosos y sus lujosas cuadras.

Al día siguiente, había recorrido unos cuantos kilómetros de su jornada de la tarde cuando oyó unos golpes sordos. El sonido fue en aumento, acompañado de un traqueteo metálico y unas voces graves. Se montó en Kasida de un salto y subió hasta la cima de una duna.

A lo lejos, al menos doscientos hombres marchaban hacia el desierto. Algunos llevaban estandartes rojos y negros. Hombres de lord Berick. Avanzaban en una larga columna, con soldados de caballería galopando por los flancos. Aunque Celaena jamás había visto a Berick, un rápido vistazo a las hueste, no reveló signo alguno de que un lord estuviera presente. Debía de haberse quedado atrás.

Sin embargo, hacia donde iban no había absolutamente nada. Nada excepto...

Se le secó la boca de golpe. Nada excepto la fortaleza de los asesinos.

Un soldado a caballo se detuvo un momento; el pelo negro de su yegua relucía por el sudor. Miró hacia donde estaba ella. Con la ropa blanca que lo ocultaba todo excepto sus ojos, el hombre no tenía forma de identificarla, no tenía forma de saber quién era.

Incluso desde la distancia, Celaena vio el arco y la aljaba de flechas que llevaba. ¿Cuán buena sería su puntería?

No se atrevió a moverse. Lo último que necesitaba era la atención de todos esos soldados sobre ella. Todos llevaban sables, dagas, escudos y flechas. Estaba claro que aquella no iba a ser una visita amistosa, no con tantos hombres.

¿Era por eso por lo que el Maestro la había sacado de la fortaleza? ¿Sabía, de algún modo, que esto ocurriría y no quería que ella se viese envuelta?

Celaena asintió en dirección al soldado y continuó su camino hacia Xandria. Si el Maestro no quería tener nada que ver con ella, entonces estaba claro que no necesitaba avisarle. Sobre todo cuando lo más probable era que ya lo supiera. Y tenía una fortaleza llena de asesinos. Doscientos soldados no eran nada comparados con unos setenta *sessiz suikast*.

Los asesinos podían defenderse por sí solos. No la necesitaban para nada. Eso lo habían dejado bastante claro.

Aun así, el sonido amortiguado de los cascos de Kasida al alejarse de la fortaleza se hizo más y más difícil de soportar.

A la mañana siguiente, en Xandria reinaba la quietud. Al principio, Celaena creyó que era porque todos los ciudadanos esperaban noticias del ataque a los asesinos, pero pronto se dio cuenta de que la encontraba silenciosa porque solo había visto la ciudad en día de mercado. Las callejuelas estrechas y enrevesadas que habían estado atestadas de vendedores se hallaban ahora vacías, salpicadas de hojas de palmera desperdigadas y montones de arena que se deslizaban con los feroces vientos del mar.

Celaena compró un pasaje para un barco que iba a Amier, un puerto de Melisande al otro lado del golfo de Oro. Habría preferido encontrar un barco que fuese a Innish, otro puerto, y así poder preguntar por una joven curandera que había conocido en su viaje hacia allí, pero no había ninguno. Y, con el bloqueo sobre los barcos procedentes de Xandria que iban a otros puntos del imperio de Adarlan, un puerto lejano y olvidado como Amier sería su mejor opción. Desde allí, viajaría montada en Kasida de vuelta a Rifthold y, si tenía suerte, podría coger otra embarcación en algún tramo del largo brazo del río Avery para recorrer la última etapa hasta la capital.

El barco no partía hasta la marea alta de la tarde, lo cual le

dejaba unas cuantas horas para pasear por la ciudad. El comerciante de seda de araña hacía mucho que se había marchado, junto con el zapatero y las sacerdotisas del templo.

Inquieta por que pudieran identificar a la yegua, pero más preocupada por que alguien pudiera robar a Kasida si la dejaba sin vigilancia, Celaena condujo a su montura por las callejuelas más recónditas hasta encontrar un abrevadero casi privado para ella. Luego se apoyó contra una pared de arenisca mientras su yegua bebía hasta saciarse. ¿Habrían llegado ya los hombres de lord Berick a la fortaleza? Al ritmo al que iban, lo más probable era que llegaran esa noche o a primera hora de la mañana siguiente. Solo esperaba que el Maestro estuviera preparado y que al menos hubiese reabastecido la pared de llamas tras el último ataque de Berick. ¿La había sacado de la fortaleza por su propia seguridad o estaban a punto de atacarlos por sorpresa?

Celaena levantó la vista hacia el palacio que se alzaba imponente sobre la ciudad. Berick no estaba con sus hombres. Al entregarle al rey de Adarlan la cabeza del Maestro Mudo, conseguiría acabar con el bloqueo de su ciudad. ¿Lo estaba haciendo por el bien de su gente o por el suyo propio?

No obstante, el Desierto Rojo también necesitaba a los asesinos, así como el dinero y el comercio que traían los emisarios extranjeros...

Estaba claro que Berick y el Maestro habían estado en contacto durante las últimas semanas. ¿Qué se había torcido? Ansel había hecho otro viaje para verle hacía una semana y no había mencionado ningún problema. De hecho, a la vuelta parecía bastante jovial.

Un escalofrío bajó reptando por su columna. De repente, se encontró hurgando en sus alforjas hasta sacar la carta de aprobación del Maestro y la nota que le había escrito Ansel.

Si el Maestro hubiese sabido del ataque, habría estado reforzando sus defensas; no hubiera enviado a Celaena de vuelta a casa. Era la mejor asesina de Adarlan y, si doscientos hombres se dirigían hacia su fortaleza, la necesitaría. El Maestro no era orgulloso, no como Arobynn. Amaba de verdad a sus discípulos, los cuidaba y los formaba. Pero nunca había entrenado a Ansel. ¿Por qué?

Y, con tantos de sus seres queridos dentro de la fortaleza, ¿por qué sacar de ella solo a Celaena? ¿Por qué no sacarlos a todos?

Su corazón latía a tal velocidad que trastabilló. Celaena abrió de un tirón la carta de aprobación.

Estaba en blanco.

Le dio la vuelta al papel. El otro lado también estaba en blanco. Al sujetarlo contra el sol, no vio tinta oculta ni ninguna marca de agua. Pero lo había sellado él, ¿no? Ese era su sello...

Era bastante fácil robar un sello. Ella se lo había robado al capitán Rolfe. Y había visto la línea blanca alrededor del dedo del Maestro. *No llevaba* el anillo puesto.

Pero si Ansel la había drogado y le había dado un documento sellado con el anillo del Maestro...

No, era imposible. Y no tenía sentido. ¿Por qué la sacaría Ansel de la fortaleza y fingiría que lo había hecho el Maestro? A menos que...

Celaena levantó la vista hacia el palacio de lord Berick. A menos que Ansel no hubiese estado visitando al lord en nombre del Maestro. O tal vez al principio sí, el tiempo suficiente para ganarse la confianza del Maestro. Pero después, cuando él creía que la chica estaba arreglando las relaciones entre ellos. Ansel había estado haciendo más bien lo contrario. Y ese comerciante de seda de araña había dicho algo sobre la existencia de un espía entre los asesinos, un espía que trabajaba para Berick. Pero ¿por qué?

Celaena no tenía tiempo de pensar en eso. No con doscientos hombres tan cerca de la fortaleza. Podía interrogar a lord Berick, pero eso también requeriría un tiempo valiosísimo.

Puede que un solo guerrero no supusiese ninguna diferencia contra doscientos, pero ella era Celaena Sardothien. Eso tenía que valer para algo. Eso *seguro* que valía para algo.

Se montó en Kasida y la hizo girar hacia las puertas de la ciudad.

— Veamos lo deprisa que puedes galopar —susurró al oído de la yegua. Y salieron disparadas.

CAPÍTULO 11

Como una estrella fugaz que surcara un cielo rojo, Kasida voló sobre las dunas y saltó el Surco como si se tratara de un pequeño arroyo. Pararon el tiempo justo para que la yegua descansara y bebiera agua y, aunque Celaena se disculpó por forzarla tanto, Kasida no vaciló en ningún momento. Ella también parecía percibir la urgencia.

Cabalgaron toda la noche, hasta que el amanecer carmesí iluminó las dunas y el humo ensució el cielo. La fortaleza apareció ante sus ojos.

Había fuegos aquí y allá, y se oían gritos y el estrépito de las armas. Los asesinos todavía no habían caído, aunque sus muros habían sido traspasados. Unos cuantos cuerpos yacían en la arena que llevaba hasta las puertas, pero las puertas en sí no mostraban signos de haber sido forzadas. Como si alguien las hubiese dejado abiertas...

Celaena bajó de Kasida antes de la última duna y soltó a la yegua para que la siguiese o encontrase su propio camino. Ella

recorrió a hurtadillas el resto del trayecto hasta la fortaleza. Se detuvo solo el tiempo necesario para hacerse con la espada de un soldado muerto y guardarla en su cinturón. Era de fabricación barata y estaba mal equilibrada, pero tenía la punta lo bastante afilada como para hacer el apaño. Por los pasos amortiguados que oyó detrás de ella, supo que Kasida la había seguido. Aun así, no se atrevió a apartar los ojos de la escena que tema delante mientras desenvainaba sus dos dagas largas.

En el interior de la muralla, había cuerpos por todas partes, tanto de asesinos como de soldados. Por lo demás, el patio principal estaba desierto, aunque sus riachuelos fluían de color rojo. Hizo todo lo posible por no mirar los rostros de los caídos.

Pequeños fuegos ardían aquí y allá, la mayoría de ellos poco más que humeantes montones de cenizas. Los restos carbonizados de varias flechas revelaban que seguramente estaban en llamas cuando impactaron. Cada paso que dio por el patio le pareció una vida entera. Los gritos y el entrechocar de las armas provenían de otras partes de la fortaleza. ¿Quién estaba ganando? Si los soldados habían entrado dejando tan pocos muertos en la arena, alguien tenía que haberlos dejado pasar, probablemente en medio de la noche. ¿Cuánto tiempo habría tardado el turno de guardia en darse cuenta de que se estaban colando? A menos que hubiesen despachado a los guardias de la noche antes de que pudieran dar la voz de alarma...

En cualquier caso, mientras Celaena daba un paso tras otro, se dio cuenta de que la pregunta que debería estar haciéndose era mucho peor: ¿dónde estaba el Maestro?

Eso era lo que quería lord Berick: la cabeza del Maestro.

Y Ansel...

Celaena no quería terminar ese pensamiento. Ansel no la había sacado de la fortaleza por eso. Ansel no podía estar detrás de todo aquello. Pero...

Ignorando el estruendo, Celaena echó a correr hacia la sala de audiencias del Maestro. Había sangre y destrucción por todas partes. Pasó por patios llenos de soldados y asesinos enzarzados en batallas mortales.

Estaba a mitad de la escalera que daba a la sala del Maestro, cuando un soldado bajó en tromba por ella con la espada

desenvainada. Celaena se agachó para esquivar la estocada que le lanzó a la cabeza y golpeó bajo y profundo; su daga larga se incrustó en el estómago del hombre. Con el calor, los soldados habían prescindido de sus armaduras de metal, y una armadura de cuero no podía desviar una hoja de acero adarlaniano.

Celaena saltó a un lado mientras el soldado gemía y caía rodando por las escaleras. No se molestó en echarle un último vistazo antes de continuar su ascenso. El piso de arriba estaba sumido en un completo silencio.

Resollando, corrió hacia las puertas abiertas de la sala de audiencias. El cometido de los doscientos soldados era destruir la fortaleza y servir de distracción. El Maestro quedaría desprotegido si los demás se centraban en el ataque. Pero seguía siendo el Maestro. ¿Cómo podía Ansel esperar vencerle?

A menos que hubiese usado esa droga también contra él. ¿Cómo si no sería capaz de desarmarle y cogerle desprevenido?

Celaena se lanzó a cruzar las puertas de madera abiertas y casi tropezó con el cuerpo tirado entre ambas.

Mikhail yacía de espaldas, con el cuello rajado de lado a lado, y los ojos fijos en el techo. Muerto. A su lado estaba Ilias, que forcejeaba por ponerse en pie mientras se agarraba la tripa ensangrentada. Ella reprimió un grito de horror. Ilias levantó la cabeza; la sangre resbalaba entre sus labios. Celaena hizo ademán de arrodillarse a su lado, pero él emitió un ruido gutural y señaló hacia la otra habitación.

Hacia su padre.

El Maestro yacía sobre el costado encima del estrado, con los ojos abiertos y las vestiduras aún limpias de sangre. Pero tenía la quietud de alguien drogado; paralizado por lo que fuese que le había administrado Ansel. La chica se alzaba ante él, de espaldas a Celaena, y hablaba deprisa y en voz baja. Desvariaba. Sujetaba la espada de su padre con la hoja ensangrentada hacia el suelo. Los ojos del Maestro se deslizaron hacia Celaena, y luego hacia su hijo. Estaban llenos de dolor. No por él, sino por Ilias, por su chico, que se desangraba. Volvió a mirar a la cara de Celaena, con los ojos verde mar suplicantes. «Salva a mi hijo».

Ansel respiró hondo y elevó la espada con la intención de cortar la cabeza del Maestro.

Celaena dispuso de una décima de segundo para darle la vuelta a su daga. Echó la muñeca atrás y dejó que volara.

La daga se estrelló contra el antebrazo de Ansel, justo donde Celaena había apuntado. Ansel soltó un grito y abrió los dedos. La espada de su padre cayó con estrépito al suelo. Se le puso la cara blanca por la sorpresa mientras giraba en redondo con la mano cerrada en torno a la herida sangrante, pero su expresión se volvió oscura e implacable cuando vio a Celaena. Se apresuró a recoger la espada que había dejado caer.

Pero Celaena ya había echado a correr.

Ansel agarró el arma, corrió de vuelta a donde yacía el Maestro y la levantó bien alto por encima de su cabeza. Luego la bajó con fuerza, directa hacia el cuello del Maestro.

Celaena consiguió placarla antes de que la hoja llegara a su destino, y las dos se estrellaron contra el suelo. Tela y acero y huesos. Se retorcieron y rodaron. Celaena levantó las piernas lo justo para darle a Ansel una patada. Las chicas se separaron y Celaena se levantó en el mismo momento en que dejó de moverse.

Pero Ansel había sido más rápida: ya estaba en pie, con la espada aún en la mano, aún entre Celaena y el Maestro paralizado. La sangre de su brazo goteaba por el suelo.

Ambas jadeaban, y Celaena intentó recuperar el control de su cabeza, que daba vueltas sin parar.

—No lo hagas —murmuró.

Ansel soltó una risa grave.

—Creí haberte dicho que te fueras a casa.

Celaena desenvainó la espada. Ojalá tuviese un arma como la de Ansel, y no ese pedazo de metal casi inservible. El arma le tembló en las manos cuando se dio cuenta de quién estaba entre ella y el Maestro. No un soldado sin nombre, no un extraño ni una persona a la que debía matar por encargo. Era Ansel.

—¿Por qué? —susurró Celaena.

Ansel ladeó la cabeza y levantó la espada un poco más.

—¿Por qué? —Celaena jamás había visto nada tan espeluznante como el odio que retorció su rostro—. Porque lord Berick me prometió mil hombres para atacar las Tierras Llanas, por eso. Robar esas yeguas era la excusa pública que necesitaba para atacar esta

fortaleza. Y todo lo que yo tenía que hacer era encargarme de los guardias y dejar la puerta abierta ayer por la noche. Y llevarle esto. —Señaló con la espada al Maestro detrás de ella—. La cabeza del Maestro. —Ansel miró a Celaena de arriba abajo y esta se odió a sí misma por temblar aún más fuerte—. Suelta tu espada, Celaena.

La asesina de Adarlan no se movió.

—Vete al infierno.

Ansel se rio con amargura.

—Ya he estado en el infierno. Pasé algún tiempo allí cuando tenía doce años, ¿recuerdas? Y, cuando entre en las Tierras Llanas con las tropas de Berick, me encargaré de que el rey supremo Loch también lo vea. Pero antes...

Se volvió hacia el Maestro y Celaena contuvo la respiración.

—*No lo hagas* —repitió. Desde esa distancia, Ansel le mataría antes de que ella pudiese hacer nada por impedírselo.

—Mira hacia otro lado, Celaena. —Ansel se acercó más al hombre.

—Si le tocas, atravesaré tu cuello con esta espada —gruñó Celaena. Las palabras salieron de su boca temblorosas y tuvo que parpadear para eliminar la creciente humedad de sus ojos. Ansel se giró hacia ella.

—No creo que lo hagas.

Ansel dio otro paso hacia el Maestro y la segunda daga de Celaena voló por los aires. Rozó el lateral de la armadura de la chica, dejando una larga marca antes de rebotar por el suelo y detenerse al pie del estrado.

Ansel le dedicó a Celaena una leve sonrisa.

—Has fallado.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

Celaena se llevó una mano al corazón mientras agarraba con fuerza la espada con la otra.

—Porque sé lo que se siente. —Se arriesgó a dar otro paso—. Porque sé lo que se siente al tener ese tipo de odio, Ansel. Lo sé. Y esta no es la forma de solucionarlo. Esta... —dijo más alto, señalando la fortaleza y todos los cadáveres que había en ella, todos los soldados y asesinos que aún luchaban—. Esta no es la forma.

—Dice la asesina —escupió Ansel.

—Yo me he convertido en asesina porque no tenía elección. Pero tú tienes elección, Ansel. Siempre la has tenido. Por favor, no le mates.

«Por favor, no me obligues a matarte» era lo que de verdad quería decir.

Ansel cerró los ojos. Celaena estabilizó sus muñecas, sopesó el equilibrio de su espada e intentó calcular bien su peso. Cuando Ansel abrió los ojos, quedaba muy poco de la chica a la que había llegado a querer.

—Estos hombres —dijo Ansel, al tiempo que levantaba más la espada—. Estos hombres lo destruyen *todo*.

—Lo sé.

—¡Lo sabes y aun así no haces nada! No eres más que un perro encadenado a tu amo. —Cruzó la distancia que las separaba y bajó el arma. Celaena casi suspiró de alivio, pero no aflojó su mano sobre su propia espada. La respiración de Ansel era irregular—. Podrías venir conmigo. —Retiró un mechón del pelo de Celaena—. Las dos juntas podríamos conquistar las Tierras Llanas, y con las tropas de lord Berick... —Su mano rozó la mejilla de Celaena, que intentó no retroceder ante el contacto y ante las palabras que salieron de la boca de Ansel—. Te convertiría en mi mano derecha. Recuperaríamos las Tierras Llanas.

—No puedo —contestó Celaena, aunque podía ver el plan de Ansel con perfecta claridad. Aunque fuera tentador.

Ansel dio un paso atrás.

—¿Qué tiene Rifthold que sea tan especial? ¿Durante cuánto tiempo te vas a inclinar ante ese monstruo y vas a hacerle el trabajo sucio?

—No puedo ir contigo, y lo sabes. Así que coge tus tropas y vete, Ansel.

Celaena vio cómo las expresiones revoloteaban por la cara de Ansel. Dolor. Negación. Ira.

—Que así sea —sentenció.

Y atacó, Celaena solo tuvo tiempo de inclinar un poco la cabeza para esquivar la daga oculta que salió disparada de la muñeca de Ansel. La hoja rozó su mejilla y un hilillo de sangre calentó su cara. Su *cara*.

Ansel trazó un gran arco con su espada, tan cerca que Celaena

tuvo que hacer un mortal hacia atrás. Aterrizó de pie, poro Ansel era rápida y estaba lo bastante cerca como para que Celaena solo pudiera levantar su espada. Las armas chocaron.

Celaena giró en redondo y apartó la espada de Ansel de la suya. La chica se tambaleó, y Celaena aprovechó la ocasión para coger ventaja, golpeando una y otra vez. Pero el arma de Ansel mucho mejor que la suya, apenas se vio afectada.

Pasaron por delante del Maestro, aún postrado. Celaena se dejó caer y lanzó una patada giratoria, pero Ansel dio un salto atrás y esquivó el golpe. Celaena aprovechó esos segundos precisos para recuperar una de sus dagas de las escaleras del estrado.

Cuando Ansel atacó de nuevo, se encontró las hojas cruzadas de la espada y la daga de Celaena. Soltó una risa ronca.

—¿Cómo crees que va a terminar esto? —Apretó contra las armas—. ¿O es una pelea a muerte?

Celaena afianzó bien los pies en el suelo. Nunca había imaginado que Ansel fuese tan fuerte, ni que le sacara tanta aura. Y la armadura... ¿Cómo iba a atravesar esa armadura? Había una unión entre la axila y las costillas, y otra alrededor del cuello...

—Dímelo tú —dijo Celaena. La sangre de su mejilla resbalaba por su cuello—. Parece que lo tienes todo planeado.

—Intenté protegerte. —Ansel empujó con fuerza contra sus hojas de Celaena, pero no con el ímpetu suficiente para desencajarlas—. Y volviste de todos modos.

—¿A eso le llamas protección? ¿A drogarme y dejarme tirada en el desierto? —Celaena le enseñó los dientes.

Pero, antes de que pudiera lanzar otro ataque, Ansel arremetió con su mano libre, justo entre la X que formaban las armas. Estampó el puño entre los ojos de Celaena.

La cabeza de Celaena dio un latigazo hacía atrás, el mundo se llenó de estrellitas y la joven se desplomó de rodillas. Su espada y su daga cayeron al suelo.

Ansel estaba sobre ella en cuestión de un segundo. Cruzó su brazo ensangrentado sobre el pecho de Celaena y, con la otra mano, apretó el filo de la espada contra su mejilla intacta.

—Dame una razón para no matarte aquí y ahora —le susurró al oído, al tiempo que alejaba la espada de Celaena de una patada. La daga aún estaba cerca, solo que fuera de su alcance.

Celaena forcejeó para tratar de poner algo de espacio entre la espada de Ansel y su cara.

—Oh, ¿cómo puedes ser tan vanidosa? —preguntó Ansel, y Celaena hizo una mueca cuando el filo se hundió en su piel—. ¿Te da miedo que te haga una cicatriz en tu preciosa cara? —Ansel apuntó un poco más abajo con la espada, apoyando la hoja en la garganta de Celaena—. ¿Qué tal tu cuello?

—Para.

—No quería que las cosas terminaran así entre nosotras. No quería que fueses parte de esto.

Celaena la creyó. Si Ansel hubiese querido matarla, ya lo habría hecho. Si hubiese querido matar al Maestro, eso también lo habría hecho ya. Y todo ese vaivén entre odio sádico, pasión y arrepentimiento...

—Estás loca —murmuró Celaena. Ansel soltó una risotada desdeñosa—. ¿Quién ha matado a Mikhail? —exigió saber.

Cualquier cosa con tal de que siguiera hablando, de que se centrara en sí misma. Porque a pocos palmos estaba su daga...

—Fui yo —confesó la chica. Su voz perdió un poco de su ferocidad. Con la espalda contra el pecho de Ansel, sin poder verle la cara, Celaena no podía estar segura, pero habría jurado que las palabras estaban teñidas de remordimiento—. Cuando los hombres de Berick atacaron, me aseguré de que fuese yo la que se lo notificase al Maestro. El muy tonto no olió ni una vez la jarra de agua de la que bebió antes de acudir a las puertas. Pero entonces Mikhail dedujo lo que yo estaba haciendo e irrumpió en esta sala. Aunque ya era demasiado tarde para impedir que el Maestro bebiera. Y luego Ilias simplemente... se puso en medio.

Celaena miró a Ilias, que todavía yacía en el suelo. Aún respiraba. El Maestro observaba a su hijo con los ojos muy abiertos, suplicantes. Si nadie cortaba la hemorragia de Ilias, moriría pronto. Los dedos del Maestro se contrajeron de manera casi imperceptible en un movimiento curvo.

—¿A cuántos más has matado? —preguntó Celaena. Intentaba mantener a Ansel distraída mientras el Maestro repetía el movimiento. Una especie de contorsión lenta y extraña...

—Solo a ellos y a los tres guardias del turno de noche. Deje que los soldados hicieran el resto.

Los dedos del Maestro se retorcían y se deslizaban... como una serpiente.

Un golpe, eso era todo lo que haría falta. Igual que el áspid.

Ansel era rápida. Celaena tendría que serlo más.

—¿Sabes qué, Ansel? —murmuró mientras visualizaba los movimientos que tendría que hacer en los próximos segundos. Imaginó sus músculos moviéndose, rezó por no vacilar, por mantener la concentración.

Ansel apretó la espada contra el cuello de Celaena.

—¿Qué, *Celaena*?

—¿Quieres saber lo que me enseñó el Maestro durante todas esas lecciones? —Notó cómo Ansel se ponía tensa, notó que la pregunta la había distraído. Esa era la oportunidad que necesitaba —. Esto. —Celaena giró con brusquedad y estrelló el hombro contra el pecho de Ansel, Sus huesos conectaron con la armadura con un impacto demoledor y la espada hirió a Celaena en el cuello, pero Ansel perdió el equilibrio y se escoró hacia atrás. Celaena golpeó los dedos de la chica y extendió una mano para atrapar la espada cuando Ansel la dejó caer.

En un abrir y cerrar de ojos, como una serpiente que se enrosca sobre sí misma, Celaena inmovilizó a Ansel bocabajo en el suelo, con la espada de su padre presionándole la nuca.

Celaena no se había dado cuenta de lo silenciosa que estaba la sala hasta que se encontró allí agachada, con una rodilla sujetando a Ansel contra las baldosas y la otra apoyada en el suelo. Empezó a manar sangre de donde la punta de la espada descansaba contra el cuello moreno de Ansel, más roja que su pelo.

—No lo hagas —susurró Ansel, con esa voz que Celaena había oído tan a menudo, esa voz de niña despreocupada. ¿Siempre había sido una actuación?

Celaena empujó más fuerte y Ansel contuvo la respiración al tiempo que cerraba los ojos.

Celaena apretó más las manos sobre la empuñadura de la espada, procurando infundir fuerza a sus venas. Ansel debería morir; después de lo que había hecho, merecía morir. Y no solo por todos esos asesinos que yacían muertos a su alrededor, sino también por los soldados que habían dado su vida por los intereses de la chica. Y por la propia Celaena, que, incluso allí arrodillada, sintió

cómo se le rompía el corazón. Aunque no clavara esa espada en el cuello de Ansel, la perdería. Ya la había perdido.

Aunque, claro, quizás el mundo había perdido a Ansel mucho antes de hoy.

Celaena no pudo impedir que sus labios temblaran cuando volvió a hablar.

—¿Alguna vez fue real? —preguntó.

Ansel abrió un ojo y miró a la pared del fondo.

—Hubo algunos momentos en que sí. El momento en que te saqué de aquí, ese fue real.

Celaena reprimió su sollozo y aspiró una larga bocanada de aire para tranquilizarse. Despacio, levantó la espada del cuello de Ansel. Solo un poco.

Ansel hizo ademán de moverse, pero Celaena empujó el acero contra su piel otra vez y la chica se quedó quieta. Desde el exterior, llegaron gritos de victoria... y de preocupación. De voces que sonaban roncas por la falta de uso. Los asesinos habían vencido. ¿Cuánto tardarían en llegar hasta allí? Si veían a Ansel, si veían lo que había hecho..., la matarían.

—Tienes cinco minutos para recoger tus cosas y salir de la fortaleza —dijo Celaena en voz baja—. Porque, dentro de veinte minutos, voy a subir a la muralla y te voy a disparar una flecha. Y más te vale rezar para estar fuera de mi alcance para entonces, porque, si no lo estás, esa flecha va a atravesarte el cuello.

Alzó la espada. Ansel se levantó despacio, pero no huyó. Celaena tardó un instante en darse cuenta de que estaba esperando por la espada de su padre.

Celaena miró la empuñadura con forma de lobo y la sangre que manchaba la hoja. El único lazo que le quedaba a Ansel con su padre, su familia y esa brizna de esperanza retorcida que aún ardía en su corazón. Le dio la vuelta a la espada y se la entregó a Ansel con la empuñadura por delante. A la chica se le humedecieron los ojos al cogerla. Abrió la boca, pero Celaena la interrumpió.

—Vete a casa, Ansel.

Ansel volvió a ponerse blanca. Envainó la espada y miró a Celaena solo una vez antes de echar a correr, saltando por encima del cadáver de Mikhail como si no fuese más que un pedazo de basura.

Y entonces desapareció.

CAPÍTULO 12

Celaena corrió hasta donde se encontraba Ilias, que gimió cuando ella le dio la vuelta. La herida de su estómago aún sangraba. Celaena rasgó su túnica, que ya estaba empapada de sangre, y gritó para que alguien acudiera en su ayuda mientras vendaba la herida lo más fuerte posible.

Oyó un roce de tela sobre piedra y miró hacia atrás para ver al Maestro intentando arrastrarse por el suelo hasta su hijo. La droga paralizante debía de estar perdiendo su efecto.

Cinco asesinos ensangrentados subieron corriendo las escaleras, ojipláticos y con la cara pálida al ver a Mikhail y a Ilias.

Celaena dejó a este a su cuidado y corrió junto al Maestro.

—No se mueva —le dijo. Hizo una mueca al ver que unas gotas de sangre de su cara caían sobre la ropa blanca del hombre—. Podría hacerse daño. —Miró por el estrado en busca de alguna señal del veneno utilizado. Cuando vio la copa de bronce tirada en el suelo, corrió hasta ella. Un breve olisqueo reveló que el vino estaba aderezado con una pequeña cantidad de gloriella, la justa

para paralizar, no para matar. Ansel debía de querer tenerle por completo a su merced antes de asesinarle, debía de querer que supiera quién le había traicionado. Que estuviera consciente cuando le cortara la cabeza. ¿Cómo no se había percatado antes de beberlo? A lo mejor no era tan humilde como parecía; a lo mejor era lo bastante arrogante para creer que estaba a salvo allí—. Pronto se le pasará —le dijo, aunque pidió un antídoto de todos modos para acelerar el proceso. Uno de los asesinos salió corriendo a buscarlo.

Celaena se quedó sentada al lado del Maestro, con una mano sobre su propio cuello sangrante. Los asesinos del otro extremo de la sala se llevaron a Ilias, aunque se detuvieron unos instantes con el Maestro para asegurarle que su hijo se pondría bien.

Celaena casi gimió de alivio al oírlo, pero se enderezó cuando una mano seca y callosa se cerró en torno a la suya y le dio un leve apretón. Bajó la mirada hacia la cara del Maestro, cuyos ojos se deslizaron hacia la puerta abierta. Le estaba recordando la promesa que había hecho. Le había dado a Ansel veinte minutos de margen antes de disparar.

Había llegado la hora.

Ansel ya era un manchurrón oscuro en la distancia. Hisli galopaba como si hubiera demonios mordiéndole los cascos. Atravesaba las dunas hacia el noroeste, hacia las Arenas Cantarinas, hacia el estrecho puente de jungla salvaje que separaba la Tierra Desértica del resto del continente, y luego hacia la amplia extensión del Páramo Occidental más allá. Hacia Briarcliff.

En lo alto de la muralla, Celaena sacó una flecha de su aljaba y la cargó en el arco.

La cuerda gimió cuando tiró de ella hacia atrás, más y más, con el brazo en tensión.

Centrándose en la diminuta figura sobre el caballo oscuro, Celaena apuntó.

En el silencio de la fortaleza, la cuerda del arco emitió un tañido parecido al lamento de un arpa.

La flecha salió disparada, girando sin parar. Las dunas rojas pasaron volando por debajo como un borrón. La distancia se fue acortando. Una esquirla de oscuridad alada ribeteada de acero. Una muerte

rápida y sangrienta.

Hisli agitó la cola hacia un lado cuando la flecha se enterró en la arena a escasos centímetros de sus patas traseras.

Pero Ansel no se atrevió a mirar atrás. Siguió galopando y no se detuvo.

Celaena bajó el arco y observó hasta que Ansel desapareció en el horizonte. Una flecha, esa había sido su promesa.

Pero también le había prometido a Ansel que disponía de veinte minutos para ponerse fuera de su alcance.

Celaena había disparado después de veintiuno.

El Maestro convocó a Celaena a su cámara a la mañana siguiente. Había sido una noche larga, pero Ilias se pondría bien, pues, aunque por poco, la herida no había perforado ningún órgano vital. Todos los soldados de lord Berick estaban muertos y en proceso de ser transportados en carretas de vuelta a Xandria como recordatorio para Berick de que buscara la aprobación del rey de Adarlan en otra parte. Habían muerto veinte asesinos, y un silencio denso y pesaroso envolvía la fortaleza.

Celaena se sentó en una silla de madera bellamente tallada y observó al Maestro mientras él contemplaba el cielo al otro lado de la ventana. La chica casi se cayó de la silla cuando el hombre empezó a hablar.

—Me alegro de que no mataras a Ansel. —Su voz sonaba cruda, y su acento estaba cargado de los sonidos cortantes pero sinuosos de un idioma que Celaena no había oído nunca—. Me preguntaba cuándo decidiría qué hacer con su destino.

—O sea que lo sabía.

El Maestro se giró ante la ventana.

—Hace años que lo sé. Unos meses después de la llegada de Ansel, envié una misiva a las Tierras Llanas. Su familia no le había escrito ninguna carta y estaba preocupado por si les había pasado algo. —Tomó asiento frente a Celaena—. Mi mensajero volvió unos meses más tarde. Dijo que no había ningún Briarcliff, que el lord y su hija mayor habían sido asesinados por el rey supremo y que su hija pequeña, Ansel, había desaparecido.

—¿Por qué no... se lo dijo nunca? —Celaena tocó la fina costra en su mejilla izquierda. No dejaría cicatriz si la curaba bien. Y, si al final sí dejaba cicatriz..., entonces quizás buscara a Ansel y le devolviera el favor.

—Porque esperaba que algún día confiara lo suficiente en mí como para contármelo. Tenía que darle esa oportunidad, aunque fuese un riesgo. Esperaba que aprendiera a enfrentarse a su dolor, que aprendiera a soportarlo. —Sonrió con tristeza a Celaena—. Si aprendes a soportar el dolor, puedes sobrevivir a cualquier cosa. Algunas personas aprenden a abrazarlo, les encanta. Algunas lo soportan ahogándolo en pena o forzándose a olvidar. Otras lo convierten en ira. Pero Ansel dejó que su dolor se convirtiera en odio y la consumiera hasta transformarse en algo distinto por completo, en una persona que no creo que quisiera ser jamás.

Celaena se grabó sus palabras en la mente, pero las dejó a un lado para pensar en ellas más tarde.

—¿Le va a contar a todo el mundo lo que hizo?

—No. Prefiero ahorrarles esa ira. Muchos creían que Ansel era su amiga, y parte de mí también cree que en ocasiones lo era.

Celaena miró al suelo mientras se preguntaba qué hacer con el dolor que sentía en el pecho. ¿Convertirlo en ira, como él decía, la ayudaría a soportarlo?

—Si sirve de algo, Celaena —continuó el Maestro con voz rasposa—, creo que tú has sido lo más cercano a una amiga que Ansel se ha permitido tener jamás. Y creo que te sacó de la fortaleza porque de verdad le importabas.

Celaena odió que su boca temblara.

—Eso no hace que duela menos.

—Lo sé, pero creo que has dejado una huella duradera en el corazón de Ansel. Le perdonaste la vida y le devolviste la espada de su padre. Tardará mucho en olvidar esas cosas. Y, tal vez, cuando dé su siguiente paso para reclamar su título, recuerde a la asesina del norte y la amabilidad que le mostró, y procure dejar menos cuerpos a su paso.

Fue hasta un aparador con celosía, como si le estuviera dando tiempo para recuperar la compostura. Sacó una carta. Cuando volvió a su lado, los ojos de Celaena se habían despejado.

—Cuando le entregues esto a tu maestro, hazlo con la cabeza

bien alta.

Celaena cogió la carta. Su recomendación. Parecía intrascendente después de todo lo que había pasado.

—¿Cómo es que me está hablando ahora? Creía que su voto de silencio era eterno.

El hombre se encogió de hombros.

—El mundo parece pensar eso, pero, por lo que recuerdo, jamás he hecho un voto de silencio oficial. Elijo permanecer callado la mayor parte del tiempo, y estoy tan acostumbrado a ello que a menudo olvido que tengo la capacidad de hablar, pero hay ocasiones en que las palabras son necesarias, cuándo se necesitan explicaciones que los gestos no pueden transmitir.

Celaena asintió e hizo todo lo posible por disimular su sorpresa. Después de una pausa, el Maestro continuó hablando.

—Si alguna vez quieres salir del norte, esta siempre será tu casa. Te prometo que el invierno es mucho mejor que el verano. Y creo que mi hijo también se alegraría mucho si volvieras. —Se rio y Celaena se sonrojó. El hombre le cogió la mano—. Cuando partas mañana, te acompañarán algunos de mis hombres.

—¿Por qué?

—Porque serán necesarios para conducir el carro hasta Xandria. Sé que estás endeudada con tu jefe, que todavía le debes una suma importante de dinero antes de poder ser libre para vivir tu propia vida. Te está forzando a devolverle una fortuna que te obligó a tomar prestada. —Le apretó la mano antes de acercarse a uno de los tres baúles apoyados contra la pared—. Por salvarme la vida y por perdonar la de ella. —Abrió la tapa de un baúl, después de otro, y de otro.

Los rayos del sol centellearon sobre el oro que había en su interior y lo reflejaron por la sala como la luz sobre el agua. Todo ese oro... más el trozo de seda de araña que le había dado ese comerciante... No podía pensar en las posibilidades que semejantes riquezas abrían para ella, ahora mismo no era capaz.

—Cuando le des a tu jefe esa carta, dale también esto. Y dile que en el Desierto Rojo no maltratamos a nuestros discípulos.

Celaena esbozó una sonrisa despacio.

—Creo que eso podré hacerlo.

Miró por la ventana abierta, hacia el mundo más allá. Por

primera vez en mucho tiempo, oyó la canción de un viento del norte. La llamaba a casa. Y no tenía miedo.

LA ASESINA Y EL INFRAMUNDO

CAPÍTULO 1

El cavernoso vestíbulo de la Fortaleza de los Asesinos estaba silencioso cuando Celaena Sardothien se deslizó por su suelo de mármol con una carta sujeta entre los dedos. No la había recibido nadie ante las enormes puertas de roble, aparte del ama de llaves, que cogió su capa empapada por la lluvia y, después de ver la sonrisa perversa en la cara de Celaena, optó por no decir nada.

Las puertas que daban al despacho de Arobynn Hamel estaban en el otro extremo del vestíbulo y en ese momento se encontraban cerradas. Pero Celaena sabía que estaba allí. Wesley, su guardaespaldas vigilaba la entrada; sus oscuros ojos resultaban indescifrables mientras se dirigía hacia él. Aunque Wesley no era oficialmente un asesino, Celaena no tenía ninguna duda de que sabía utilizar las espadas y dagas amarradas a su voluminoso cuerpo con una destreza letal.

Tampoco tenía ninguna duda de que Arobynn tenía ojos en todas las puertas de entrada a la ciudad, En el mismo momento en que Celaena había puesto un pie en Rifthold, le habrían alertado de

que por fin había regresado. Ahora, iba dejando un rastro de barro con sus botas mojadas y mugrientas mientras corría la distancia hasta las puertas del despacho. Y hasta Wesley.

Habían pasado tres meses desde la noche en que Arobynn la había dejado inconsciente de una paliza, como castigo por arruinar su acuerdo para traficar con esclavos con el señor de los piratas, el capitán Rolfe. Habían pasado tres meses desde que él la enviara al Desierto Rojo para aprender obediencia y disciplina y para ganarse la aprobación del Maestro Mudo de los Asesinos Silenciosos.

La carta que llevaba en la mano era la prueba de que lo había hecho. La prueba de que Arobynn no la había destrozado aquella noche.

Y Celaena estaba impaciente por ver su cara cuando se la entregara.

Por no mencionar cuando le hablara de los tres baúles de oro que había traído consigo, que en esos mismos momentos iban de camino a su habitación. Con unas breves palabras, le explicaría que su deuda con él ya estaba pagada, que iba a marcharse de la Fortaleza y mudarse al apartamento que había comprado. Que era libre en lo que a él respectaba.

Celaena llegó al otro extremo del pasillo y Wesley se plantó delante de las puertas del despacho. Parecía unos cinco años más joven que Arobynn, y las finas cicatrices que surcaban su rostro y sus manos sugerían que la vida que había pasado al servicio del rey de los asesinos no había sido fácil. Celaena sospechaba que había más cicatrices, quizás brutales, debajo de su ropa oscura.

—Está ocupado —dijo Wesley, con las manos a los costados, listas para desenvainar sus armas. Puede que Celaena fuese la protegida de Arobynn, pero Wesley siempre había dejado claro que, si se convertía en una amenaza para su jefe, no dudaría en acabar con ella. Celaena no necesitaba verle en acción para saber que sería un rival interesante. Suponía que esa era la razón de que el hombre entrenara en privado, y también de que mantuviera su historia personal en secreto. Cuanto menos supiera de él, más ventaja tendría Wesley si ese enfrentamiento llegaba a producirse. Inteligente. Y halagador, supuso Celaena.

—Yo también me alegro de verte, Wesley —le saludó, con una sonrisa rápida. El guardaespaldas se puso tenso, pero no la detuvo

cuando pasó por su lado y abrió las puertas del despacho de Arobynn.

El rey de los asesinos estaba sentado en su elaborado escritorio, absorto en la montaña de papeles que tenía delante. Sin decir ni hola, Celaena fue hasta la mesa y tiró la carta sobre la reluciente superficie de madera.

Abrió la boca, y un montón de palabras estuvieron a punto de salir por ella. Pero Arobynn se limitó a levantar un dedo y esbozar una leve sonrisa antes de volver a sus papeles. Wesley cerró la puerta detrás de ella.

Celaena se quedó inmóvil. Arobynn pasó la hoja, echó un vistazo rápido al documento que tenía delante e hizo un gesto vago con una mano por el aire. «Siéntate».

Con la vista todavía fija en el documento que estaba leyendo, Arobynn cogió la carta de aprobación del Maestro Mudo y la dejó a un lado, encima de un montón de papeles. Celaena parpadeó. Una vez. Dos. Arobynn no levantó la vista hacia ella. Se limitó a seguir leyendo. El mensaje estaba muy claro: tendría que esperar hasta que él estuviera preparado. Y, hasta entonces, aunque chillara hasta que le reventaran los pulmones, Arobynn ignoraría su existencia.

Así que Celaena se sentó.

La lluvia repiqueteaba contra las ventanas del despacho. Pasaron unos segundos, después unos minutos. Sus planes de dar un gran discurso dramático quedaron reducidos al silencio. Arobynn leyó otros tres documentos antes de coger siquiera la carta del Maestro Mudo.

Mientras la leía, Celaena solo podía pensar en la última vez que había estado sentada en esa silla.

Miró la exquisita alfombra roja bajo sus pies. Alguien había hecho un trabajo espléndido limpiando toda la sangre ¿Cuánta de la sangre de la alfombra era suya y cuánta pertenecía a Sam Cortland, su rival y compañero de conspiración en la destrucción del acuerdo de Arobynn para el tráfico de esclavos? Todavía no sabía lo que Arobynn le había hecho a Sam aquella noche. Al llegar, hacía unos minutos, no le había visto en el vestíbulo; aunque, claro, tampoco había visto a ninguno de los otros asesinos que vivían allí. Así que tal vez Sam estuviera ocupado. Esperaba que estuviera ocupado, porque eso significaría que estaba vivo.

Arobynn se dignó a mirarla por fin, tras apartar la carta del Maestro Mudo como si no fuese más que un trozo de papel para tirar. Celaena mantuvo la espalda recta y la barbilla levantada, incluso cuando los ojos plateados de Arobynn la miraron de arriba abajo con atención. Donde más se demoraron fue en la cicatriz rosácea que cortaba su cuello por un lado, a pocos centímetros de su mandíbula y su oreja.

—Vaya —dijo Arobynn al fin—, pensé que estarías más morena.

Celaena casi se rio, pero mantuvo su expresión a raya.

—Ropa de la cabeza a los pies para evitar el sol —explicó. Sus palabras sonaron más tímidas, más débiles, de lo que hubiese querido. Eran las primeras palabras que le decía desde que le había dado tal paliza que había estado a punto de matarla. No le resultaron exactamente satisfactorias.

—Ah —dijo él, y sus dedos largos y elegantes hicieron girar el anillo dorado de su índice.

Celaena cogió aire por la nariz mientras recordaba todo lo que había estado deseando decirle durante los últimos meses, así como en su viaje de vuelta a Rifthold. Unas pocas frases y todo habría acabado. Una etapa de más de ocho años con él cerrada con una ristra de palabras y una montaña de oro.

Se preparó para empezar, pero Arobynn se le adelantó.

—Lo siento —dijo.

Y, una vez más, las palabras se esfumaron de la boca de Celaena.

Arobynn tenía los ojos fijos en ella, dejó de juguetear con su anillo.

—Si pudiera retroceder en el tiempo y borrar esa noche, Celaena, lo haría. —Se inclinó por encima de la mesa, con los puños ahora cerrados. La última vez que Celaena había visto esas manos, estaban empapadas de su sangre—. Lo siento —repitió Arobynn.

El rey de los asesinos era casi veinte años mayor que ella y, aunque su pelo pelirrojo tenía unas pocas hebras grises, su rostro aún se mantenía joven. Rasgos elegantes y afilados, unos ojos de un gris claro casi cegador... Tal vez no fuese el hombre más guapo que había visto en la vida, pero sí era uno de los más atractivos.

—Cada día —continuó—, cada día desde que te fuiste, he ido al templo de Kiva a rezar por que me perdonara.

Celaena podría haber soltado una risotada ante la idea del rey

de los asesinos arrodillado delante de una estatua del dios de la expiación, pero sus palabras sonaban sinceras. ¿Era posible que de verdad se arrepintiese de lo que había hecho?

—No debí dejar que mi enfado se apoderara de mí. No debí mandarte lejos.

—Entonces, ¿por qué no me hiciste llamar para que volviera? —La pregunta se escapó de su boca antes de que tuviese ocasión de controlar el deje insolente de su voz. Arobynn entornó un poco los ojos; era el gesto más cercano al arrepentimiento que se permitiría hacer, supuso Celaena.

—Con el tiempo que habrían tardado los mensajeros en encontrarte, probablemente ya hubieras estado volviendo.

Celaena apretó los dientes. Menuda excusa más fácil. Arobynn vio la ira en sus ojos. Y su incredulidad.

—Deja que te lo compense.

Arobynn se levantó de su silla de cuero y rodeó el escritorio. Sus largas piernas y sus años de entrenamiento hacían que sus movimientos fuesen elegantes y fluidos. Cogió una caja del borde de la mesa y se arrodilló sobre una pierna delante de ella, con lo que su cara quedó casi a la misma altura que la de Celaena. Había olvidado lo alto que era.

Le tendió su regalo. La caja en sí, con incrustaciones de madreperla, ya era una obra de arte, pero Celaena mantuvo una expresión neutra mientras abría la tapa.

Un broche dorado y esmeralda centelleó a la luz grisácea del atardecer. Era asombroso, la obra de un maestro artesano, y Celaena supo al instante a qué vestidos y túnicas complementaría mejor. Arobynn lo había comprado porque conocía su armario, sus gustos..., todo sobre ella. De todas las personas del mundo, solo Arobynn sabía toda la verdad.

—Para ti —le dijo—. El primero de muchos. —Celaena era muy consciente de cada uno de sus movimientos, y se puso tensa cuando Arobynn levantó una mano y tocó su cara con cuidado. Deslizó un dedo desde su sien hasta el arco de su pómulo—. Lo siento —susurró de nuevo.

Celaena levantó los ojos hacia los suyos. Padre, hermano, amante... En realidad, Arobynn nunca se había declarado ninguna de esas cosas. Desde luego, no había asumido el papel de amante,

aunque, si Celaena hubiese sido otro tipo de chica, quizás la cosa habría acabado en eso. La quería como a un miembro de la familia, pero aun así la ponía en las situaciones más peligrosas. La había alimentado y educado, pero había terminado con su inocencia la primera vez que la había obligado a acabar con una vida. Se lo había dado todo, pero al mismo tiempo se lo había quitado todo. A Celaena le resultaba igual de imposible desentrañar sus sentimientos hacia el rey de los asesinos que contar las estrellas en el cielo.

Celaena apartó la cara y Arobynn se puso de pie. Se apoyó contra el borde del escritorio, con una leve sonrisa en el rostro.

—Tengo otro regalo para ti, si lo quieres.

Después de todos esos meses de soñar despierta con marcharse, con saldar sus deudas... ¿Por qué no podía abrir la boca y decírselo sin más?

—Benzo Doneval va a venir a Rifthold —anunció Arobynn. Celaena ladeó la cabeza. Había oído hablar de Doneval. Era un hombre de negocios inmensamente poderoso de Melisande, un lejano país al sudoeste, y una de las más recientes conquistas de Adarlan.

—¿Por qué? —preguntó con voz queda, con cautela. Los ojos de Arobynn centellearon.

—Forma parte de una gran delegación que Leighfer Bardingale está conduciendo hacia la capital. Leighfer es buena amiga de la antigua reina de Melisande, que le ha pedido que venga aquí para presentar una petición ante el rey de Adarlan.

Por lo que recordaba Celaena, Melisande era uno de los pocos reinos cuya familia real no había sido ejecutada. En vez de eso, habían entregado sus coronas y habían jurado lealtad al rey de Adarlan y sus legiones conquistadoras. Celaena no sabía qué era peor: una decapitación rápida o ceder ante el rey.

—Al parecer —siguió Arobynn—, la delegación intentará demostrar cuánto puede ofrecerle a Melisande (cultura, riqueza, productos) con el fin de que el rey les conceda el permiso y los recursos necesarios para construir una carretera. Dado que la joven reina de Melisande no es ahora más que una marioneta, he de reconocer que estoy impresionado por su ambición. Y por su valor al atreverse a hacerle aquella petición al monarca.

Celaena se mordió el labio mientras visualizaba el mapa de su continente.

—¿Una carretera para conectar Melisande con Fenharrow y Adarlan? —Debido a su ubicación, el comercio con Melisande había sido complicado durante años. Rodeado por montañas casi infranqueables y por el bosque de Oakwald, la mayor parte de su comercio se había reducido a lo que lograban sacar a través de sus puertos. Una carretera podría cambiar eso. Una carretera podría hacer rico a Melisande... y lograr que fuese influyente.

Arobynn asintió.

—La delegación pasará una semana aquí, y tiene planeado celebrar fiestas y montar mercados, incluso organizar una gala dentro de tres días para festejar la Luna de la Cosecha. Tal vez si los ciudadanos de Rifthold se enamoran de sus productos, el rey se plantee tomarse su caso en serio.

—¿Y qué tiene que ver Doneval con la carretera?

—Viene a discutir temas de negocios en Rifthold —dijo Arobynn tras encogerse de hombros—. Y es probable que también a socavar los esfuerzos de su exmujer, Leighfer. Y a completar un negocio muy especifico que fue el empujón definitivo para que Leighfer quisiera despacharle.

Celaena arqueó las cejas.

«Un regalo», había dicho Arobynn.

—Doneval viaja con unos documentos muy delicados —murmuró su maestro en voz tan baja que la lluvia que azotaba ahora la ventana casi ahogó sus palabras—. No solo tendrías que acabar con él, sino que también tendrías que recuperar esos documentos.

—¿Qué tipo de documentos?

Los ojos plateados de Arobynn se iluminaron.

—Doneval quiere montar un negocio de tráfico de esclavos con alguien de Rifthold. Si se aprueba y construye esa carretera, quiere ser la primera persona de Melisande en sacar provecho de la importación y exportación de esclavos. Al parecer, los documentos contienen pruebas de que determinados melisanderos que son influyentes en Adarlan se oponen al tráfico de esclavos. Vistos los esfuerzos que ha hecho ya el rey de Adarlan por castigar a todo el que habla en contra de sus políticas... Bueno, saber quién se opone

a él en el tema de la esclavitud es algo que sin duda le interesa especialmente, sobre todo cuando parece que están dando pasos hacia la *liberación* de los esclavos que están en su poder. Doneval y su nuevo socio en Rifthold planean utilizar la lista para chantajear a esa gente y obligarla a cambiar de opinión, a cesar en su resistencia y a invertir con ellos en desarrollar el negocio de los esclavos en Melisande. Si se niegan, Leighfer cree que su exmarido se asegurará de que el rey reciba esa lista de nombres.

Celaena tragó saliva. Entonces, ¿eso era una oferta de paz? ¿Una indicación de que Arobynn había, de hecho, cambiado de opinión con respecto al tráfico de esclavos y la había perdonado por lo de Bahía de la Calavera?

Sin embargo, enredarse otra vez en ese tipo de cosas...

—¿Qué saca Bardingale de todo esto? —preguntó con cautela—. ¿Por qué contratarnos para matar a Doneval?

—Porque Leighfer no cree en la esclavitud y quiere proteger a las personas que están en esa lista, personas que se están preparando para suavizar el golpe de la esclavitud en Melisande. Y es posible que también para trasladar a esclavos liberados a un lugar seguro. —Arobynn hablaba como si conociera a Bardingale en persona, como si fuesen más que socios comerciales.

—¿Y el socio de Doneval en Rifthold? ¿Quién es? —Celaena debía tener en cuenta todos los detalles antes de aceptar, tenía que pensarlo bien.

—Leighfer no lo sabe; sus fuentes no han sido capaces de extraer un nombre de la correspondencia codificada de Doneval con su socio. Todo lo que ha averiguado es que Doneval y él van a intercambiar documentos dentro de seis días, en la casa que tiene alquilada. No se sabe a qué hora. Tampoco está segura de qué documentos aportará el socio a la mesa de negociación, pero apuesta a que incluirán una lista de personas importantes contrarias a la esclavitud. Leighfer dice que es probable que Doneval tenga una habitación privada en su casa para hacer el intercambio; quizás un despacho en el ático, o algo por el estilo. Le conoce lo suficiente como para garantizar eso.

Celaena empezaba a ver a dónde conducía todo esto. Le estaban sirviendo a Doneval en bandeja. Todo lo que tenía que hacer era averiguar la hora a la que tendría lugar esa reunión, investigar sus

defensas y pensar en una manera de superarlas.

—O sea, que no solo tendría que acabar con Doneval, sino también esperar a que haya terminado el intercambio para poder recuperar sus documentos y los que lleve su socio a la mesa, ¿no? —Arobynn esbozó una leve sonrisa—. ¿Y qué pasa con el socio? ¿Tendría que despacharle también a él?

La sonrisa de Arobynn se convirtió en una línea fina.

—Como no sabemos con quién va a tratar, no te han contratado para eliminarle. Sin embargo, Leighfer y sus aliados han insinuado con bastante claridad que también quieren al contacto muerto. Puede que te paguen un plus por ello.

Celaena estudió el broche de esmeralda que descansaba en su regazo.

—¿Y pagan bien?

—Extraordinariamente bien. —Ella oyó la sonrisa en su voz, pero mantuvo los ojos fijos en la preciosa joya verde—. Y yo no me llevaré nada. Es todo tuyo.

Celaena levantó la cabeza al oír eso. Había un destello de súplica en los ojos de Arobynn. Quizás de verdad sintiera lo que había hecho. Y quizás había aceptado esa misión solo por ella; para demostrarle, a su manera, que entendía por qué había liberado a esos esclavos en Bahía de la Calavera.

—¿Debo dar por sentado que Doneval cuenta con una buena protección?

—Muy buena —admitió Arobynn. Pescó una carta del escritorio detrás de él—. Va a esperar hasta que acaben las celebraciones en toda la ciudad para hacer el trato. Así podrá irse corriendo a casa al día siguiente.

Celaena levantó la vista hacia el techo, como si, a través de las vigas de madera, pudiera ver su habitación e el piso de arriba, donde estaban ahora sus baúles de oro. No necesitaba el dinero, pero, si saldaba sus deudas con Arobynn, sus fondos se verían muy mermados. Y esa misión no consistía solo en matar; también suponía ayudar a otras personas. ¿Cuántas vidas quedarían destruidas si no despachaba a Doneval y a su socio y recuperaba esos documentos delicados?

Arobynn se acercó a ella de nuevo y Celaena se puso de pie. El hombre le retiró el pelo de la cara.

—Te he echado de menos —murmuró.

Abrió los brazos hacia ella, pero no hizo nada más por abrazarla. Celaena estudió su cara. El Maestro Mudo le había dicho que la gente lidiaba con su dolor de maneras diferentes, que algunos elegían ahogarlo, algunos elegían abrazarlo y algunos dejaban que se convirtiera en ira. Aunque no se arrepentía en absoluto de haber liberado a esos doscientos esclavos de Bahía de la Calavera, había traicionado a Arobynn al hacerlo. Quizás hacerle daño había sido la manera en que él había lidiado con el dolor de aquello.

Y, aunque no hubiese ninguna excusa en el mundo para lo que había hecho, Arobynn era todo lo que tenía. La historia que había entre ellos, oscura y retorcida y llena de secretos, estaba forjada por algo más que el oro. Y, si le dejaba, si saldaba sus deudas ahora mismo y no volvía a verle jamás...

Celaena dio un paso atrás y Arobynn bajó los brazos como quien no quiere la cosa, ajeno a su rechazo.

—Me pensaré lo de eliminar a Doneval. —No era mentira. Siempre se tomaba un tiempo para sopesar las misiones; Arobynn la había animado a hacerlo desde el principio.

—Lo siento —dijo él de nuevo.

Celaena le lanzó otra larga mirada antes de marcharse.

El agotamiento la golpeó en el momento en que empezó a subir la espectacular escalinata de mármol pulido. Un mes de duro viaje, después de un mes de arduo entrenamiento y aflicción. Cada vez que veía la cicatriz de su cuello, la tocaba o sentía que su ropa la rozaba, recordaba la traición que la había causado y un estremecimiento apesadumbrado la atravesaba. Había llegado a creer que Ansel era su amiga, una amiga de por vida, una amiga íntima. Pero la necesidad de venganza de Ansel había sido más fuerte que cualquier otra cosa. Aun así, estuviese donde estuviese Ansel ahora, Celaena esperaba que por fin se estuviera enfrentando a lo que durante tanto tiempo la había atormentado.

Se cruzó con un sirviente, que inclinó la cabeza y apartó la mirada. Todo el que trabajaba allí sabía más o menos quién era ella y mantenía su identidad en secreto so pena de muerte.

Aunque eso ya no serviría de gran cosa, dado que todos y cada uno de los Asesinos Silenciosos podían identificarla.

Celaena aspiró una bocanada de aire y se pasó una mano por el pelo. Antes de entrar en la ciudad esa mañana, había parado en una taberna a las afueras de Rifthold para bañarse, lavar su ropa mugrienta y maquillarse un poco. No quería entrar en la Fortaleza con aspecto de rata de alcantarilla. Sin embargo, seguía sintiéndose sucia.

Pasó por delante de uno de los salones del piso de arriba y arqueó las cejas al oír el sonido de un pianoforte y risas en el interior. Si Arobynn tenía compañía, ¿por qué estaba en su despacho, tan ocupado, cuando ella había llegado?

Celaena rechinó los dientes. O sea, que esa tontería de hacerla esperar mientras terminaba su trabajo... Cerró los puños con fuerza, y estaba a punto de dar media vuelta para bajar otra vez las escaleras hecha una furia y decirle a Arobynn que se marchaba y que ya no le pertenecía, cuando alguien entró en el amplio y elegante pasillo.

Sam Cortland.

Sam abrió los ojos marrones como platos, y todo su cuerpo se puso rígido. Como si le costara esfuerzo, cerró la puerta del aseo del pasillo y empezó a andar hacia ella. Pasó por delante de las cortinas de terciopelo verde azulado, por delante de las obras de arte enmarcadas, acercándose más y más. Celaena se quedó quieta y le miró de arriba abajo. No apartó los ojos de él en ningún momento, hasta que el joven se detuvo a pocos pasos de ella.

No le faltaba ninguna extremidad, no cojeaba, no daba muestras de que le doliera nada. Tenía el pelo castaño un poco más largo, pero le quedaba bien. Y estaba moreno, muy moreno. Como si se hubiese pasado el verano entero tomando el sol. ¿Acaso Arobynn no le había castigado en absoluto?

—Has vuelto —dijo Sam, como si no pudiese creérselo del todo. Celaena levantó la barbilla y se metió las manos es los bolsillos.

—Obvio.

—¿Cómo fue el desierto? —preguntó Sam con la cabeza un poco ladeada. No tenía ni un arañazo. Claro que la cara de Celaena también se había curado, pero...

—Caliente —respondió, escueta, y Sam dejó escapar una risita ronca.

No era que estuviese enfadada con él por estar ileso. En

realidad, se sintió tan aliviada que podría haber vomitado. Era solo que jamás había imaginado que verle hoy fuese a ser tan... raro. Y, después de lo sucedido con Ansel, ¿de verdad podía decir que confiaba en él?

En el salón, unas pocas puertas más allá, una mujer soltó una risa estridente. ¿Cómo era posible que Celaena pudiera tener tantas preguntas y al mismo tiempo tan poco que decir?

Sam deslizó los ojos de su cara a su cuello, y frunció el ceño por un instante cuando vio la delgada cicatriz nueva.

—¿Qué pasó?

—Alguien me puso una espada en el cuello.

Los ojos de Sam se oscurecieron, pero Celaena no tenía ganas de explicarle la larga y triste historia. No quería hablar de Ansel, y mucho menos de lo que había pasado con Arobynn aquella noche que volvieron de la bahía de la Calavera.

—¿Estás herida? —preguntó Sam en voz baja. Dio otro paso hacia ella.

Celaena tardó un momento en darse cuenta de que era probable que hubiera imaginado algo muchísimo peor que lo que había ocurrido cuando ella había dicho que alguien le había puesto una espada al cuello.

—No —dijo—. No de ese modo.

—Entonces, ¿de qué modo? —Ahora la miraba con más atención. Miró la línea blanca casi invisible que recorría su mejilla, otro regalo de Ansel; miró sus manos; lo miró todo. Su cuerpo fuerte y musculoso se puso tenso. Celaena vio que su pecho se había ensanchado.

—De un modo que no es asunto tuyo —replicó.

—Cuéntame lo que pasó —bufó él.

Celaena le dedicó una de esas sonrisitas afectadas que sabía que él odiaba. Las cosas no habían ido demasiado mal entre ellos desde Bahía de la Calavera, pero, después de tantos años de tratarle a patadas, no sabía cómo volver a ese recién encontrado respeto y esa camaradería que habían descubierto que sentían el uno por el otro.

—¿Por qué habría de contarte nada?

—Porque —masculló él entre dientes, y dio otro paso— la última vez que te vi, Celaena, estabas inconsciente sobre la alfombra de Arobynn y tan ensangrentada que no podía ver tu

jodida cara.

Sam estaba ahora lo bastante cerca como para poder tocarle. La lluvia seguía azotando las ventanas del pasillo, un lejano recordatorio de que todavía había un mundo a su alrededor.

—Cuéntamelo —insistió.

«¡Te mataré!», le había gritado Sam a Arobynn mientras el rey de los asesinos la golpeaba. Lo había rugido. En aquellos horribles minutos, lo que fuese que había surgido entre Sam y ella no se había roto. Sam había cambiado sus lealtades, había elegido ponerse de su parte, pelear por ella. En todo caso, eso le hacía diferente de Ansel. Sam podía haberle hecho daño o podía haberla traicionado un montón de veces, pero jamás había aprovechado la oportunidad.

Una media sonrisa tiró de las comisuras de sus labios. Había echado de menos a Sam. Al ver la expresión de su cara, Sam esbozó una especie de sonrisa perpleja. Celaena tragó saliva, sintiendo cómo las palabras bullían en su interior: «Te he echado de menos». Pero entonces se abrió la puerta del salón.

—¡Sam! —le riñó una joven de pelo oscuro y ojos verdes, con una sonrisa alegre en los labios—. Ahí est... —Los ojos de la chica se cruzaron con los de Celaena, que dejó de sonreír al reconocerla.

Una expresión felina y satisfecha se desplegó por la cara de la despampanante joven, que cruzó la puerta y fue hacia ellos con un caminar provocativo. Celaena registró el contoneo de sus caderas, el elegante ángulo de su mano, el exquisito vestido, con un escote lo bastante amplio como para dejar a la vista parte de su generoso busto.

—Celaena —dijo con voz melosa. Sam miró a las dos chicas con recelo cuando, la recién llegada se detuvo a su lado. Demasiado cerca de él como para ser una simple conocida.

—Lysandra —saludó Celaena con el mismo tono. Conocía a Lysandra desde que las dos tenían diez años y, en los siete años pasados desde entonces, no podía recordar ni una sola vez en que no hubiese tenido ganas de estamparle un ladrillo contra la cara. O de tirarla por una ventana. O de hacerle cualquiera de las cosas que había aprendido de Arobynn.

Tampoco ayudaba que Arobynn hubiese gastado ingentes cantidades de dinero en ayudar a Lysandra a dejar atrás su estatus

de huérfana callejera para convertirse en una de las cortesanas más prometedoras de la historia de Rifthold. Arobynn era buen amigo de la madame de Lysandra, y había sido el complaciente benefactor de la joven durante años. Además, Lysandra y su madame eran las únicas cortesanas que sabían que la chica a la que Arobynn llamaba su «sobrina» era en realidad su protegida. Celaena nunca había averiguado por qué Arobynn se lo había dicho, pero siempre que se quejaba sobre el riesgo de que Lysandra pudiera revelar su identidad, él parecía muy convencido de que no lo haría. A Celaena, como era natural, le costaba creerlo; aunque quizás las amenazas del rey de los asesinos fueran suficientes para mantener callada incluso a la bocazas de la chica.

—Creía que te habían mandado al desierto —comentó Lysandra mientras deslizaba su mirada calculadora por la ropa de Celaena. Gracias al Wyrd que se había molestado en cambiarse en esa taberna—. ¿Cómo es posible que el verano haya pasado tan deprisa? Supongo que cuando te estás divirtiendo tanto...

Una calma letal llenó las venas de Celaena. Una vez se había revuelto contra Lysandra. Tenían trece años, y la chica le había quitado un precioso abanico de encaje de las manos. La pelea subsiguiente las había hecho bajar rodando las escaleras. Celaena había pasado una noche en las mazmorras de la Fortaleza por los verdugones que le había dejado a Lysandra en la cara después de pegarle con el abanico en cuestión.

Ahora, intentó no fijarse en lo cerca que estaba Lysandra de Sam. El siempre había sido amable con las cortesanas, y todas le adoraban. Su madre había sido una de ellas y le había pedido a Arobynn, uno de sus clientes, que cuidara de su hijo. Sam solo tenía seis años cuando la asesinó un cliente celoso. Celaena cruzó los brazos.

—¿Debería molestarme en preguntar qué haces aquí?

Lysandra le lanzó una sonrisa de suficiencia.

—Oh, Arobynn —ronroneó su nombre como si fuesen íntimos amigos— ha dado una merienda en honor de la inminente Fiesta de Puja por mi virginidad.

¿Cómo no?, claro que lo había hecho.

—¿Ha invitado a tus futuros clientes?

—Oh, no —se rio Lysandra, como si fuera una niña pequeña—.

Esto es para las chicas y para mí. Y, por supuesto, para Clarisse. —Utilizaba el nombre de su madame también como un arma; era una palabra destinada a aplastar y dominar. Una palabra que susurraba: «Yo soy más Importante que tú, tengo más influencia que tú; yo lo soy todo y tú no eres nada».

—Maravilloso —repuso Celaena. Sam aún no había dicho nada.

Lysandra levantó la barbilla y miró a Celaena por encima de su delicada nariz pecosa.

—Mi Puja es dentro de seis días. Esperan que bata todos los récords.

Celaena había visto ya a unas cuantas cortesanas pasar por ese proceso: las chicas eran entrenadas hasta los diecisiete años, momento en el cual su virginidad se vendía al mejor postor.

—Sam —continuó Lysandra, y apoyó una elegante mano sobre el antebrazo del joven— ha sido de gran ayuda con los preparativos para mi Fiesta de Puja.

Celaena se sorprendió por lo rápido que sintió el impulso de arrancarle esa mano a Lysandra. Que Sam simpatizara con las cortesanas no significaba que tuviera que ser tan... amistoso con ellas.

Sam se aclaró la garganta al tiempo que se enderezaba un poco.

—Tampoco he ayudado tanto. Arobynn quería asegurarse de que los asistentes gozasen de la mayor seguridad.

—La clientela importante debe recibir el mejor trato —canturreó Lysandra—. Desearía poder decirte quién va a asistir, pero Clarisse me mataría. Es supersecreto y confidencial.

Ya había tenido suficiente. Una sola palabra más de la cortesana y estaba bastante segura de que le daría a Lysandra tal puñetazo que le haría tragarse los dientes. La asesina ladeó la cabeza y cerró los puños. Al ver ese gesto tan familiar, Sam retiró la mano de Lysandra de su brazo.

—Vuelve a la merienda —le dijo.

Lysandra le dedicó a Celaena otra de esas sonrisas suyas, que luego dirigió hacia Sam.

—¿Cuándo vas a volver tú? —Sus carnosos labios rojos hicieron un mohín.

Basta, basta, *basta.*

Celaena dio media vuelta.

—Disfruta de tu compañía de calidad —dijo sin mirar atrás.

—Celaena —la llamó Sam.

Pero Celaena no quiso darse la vuelta, ni siquiera cuando oyó a Lysandra soltar una risita tonta y susurrar algo, ni siquiera cuando todo lo que quería en ese momento era sacar su daga y lanzarla, lo más fuerte posible, directa hacia la preciosísima cara de la cortesana.

Siempre había odiado a Lysandra, se dijo. *Siempre* la había odiado. Que tocara a Sam de ese modo, que le hablara de ese modo, no cambiaba nada. Pero...

Aunque la virginidad de Lysandra era incuestionable (tenía que serlo), había un montón de cosas más que sí podía haber hecho. Cosas que tal vez hubiese hecho con Sam...

Sintiéndose enferma y furiosa y pequeña, Celaena llegó a su habitación y cerró la puerta dando un portazo lo bastante fuerte como para sacudir las ventanas empapadas por la lluvia.

CAPÍTULO 2

La lluvia no paró al día siguiente y Celaena se despertó con el retumbar de un trueno y el sonido de una sirvienta que dejaba una caja alargada con un envoltorio precioso sobre su tocador. Abrió el regalo mientras se bebía su matutino. Se tomó su tiempo con el lazo turquesa e hizo todo lo posible por fingir que no estaba tan interesada en lo que Arobynn le había enviado. Ninguno de esos regalos le acercaba siquiera ganarse su perdón. Sin embargo, no pudo reprimir un grito de emoción cuando abrió la caja y encontró las dos peinetas doradas que centelleaban en su interior. Eran exquisitas, con forma de afiladas aletas de pez y cada punta rematada en un diminuto zafiro.

Casi volcó la bandeja del desayuno al correr de la mesa de al lado de la ventana al tocador de palisandro. Con manos hábiles, pasó una de las peinetas por su pelo para echarlo hacia atrás y luego la encajó en su sitio. Repitió la misma operación al otro lado de su cabeza y, cuando terminó, le sonrió a su reflejo. Exóticas, encantadoras, imponentes.

Puede que Arobynn fuese un bastardo y se relacionase con Lysandra, pero tenía muy buen gusto. Oh, qué agradable era estar de vuelta en la civilización, con su preciosa ropa, sus zapatos y sus joyas, sus cosméticos ¡y todos los lujos de los que había tenido que prescindir ese verano!

Celaena examinó las puntas de su pelo y frunció el ceño. Lo frunció aún más cuando sus ojos se deslizaron hacía sus manos, hacia sus cutículas ásperas y sus uñas rotas. Bufó entre dientes mirando hacia las ventanas que cubrían una de las paredes de su elegante dormitorio. Era principios de otoño, lo cual significaba que habría precipitaciones en Rifthold durante al menos dos semanas seguidas.

Entre las nubes bajas y la intensa lluvia, observó la capital que centelleaba bajo esa luz grisácea: casas de piedra pálida pegadas unas a otras, unidas por avenidas anchas que se extendían desde las murallas de alabastro hasta los muelles del barrio oriental, desde el bullicioso centro urbano hasta el batiburrillo de edificios de los barrios bajos en el límite sur, donde el rio Avery se curvaba tierra adentro. Incluso los tejados esmeralda de los edificios parecían bañados en plata. El castillo de cristal se alzaba sobre todos ellos, con sus torretas más altas envueltas en bruma.

La delegación de Melisande no podía haber elegido peor momento para venir de visita. Si querían montar festivales callejeros, encontrarían poca gente dispuesta a soportar el incesante diluvio.

Celaena extrajo despacio las peinetas de su pelo. Según le había dicho Arobynn la víspera durante una cena privada, la delegación llegaría ese día. Ella todavía no le había confirmado si eliminaría o no a Doneval cinco días después, y él no la había presionado al respecto. Había sido amable y atento, le había servido la comida él mismo y había hablado en todo momento con dulzura, como si ella fuese una especie de mascota asustada.

Echó otro vistazo a su pelo y sus uñas. Una mascota muy descuidada y con aspecto salvaje.

Fue hacia su vestidor. Decidiría qué hacer con Doneval y sus planes más tarde. De momento, ni siquiera la lluvia podía impedir que se adecentara un poco.

El encargado del centro de belleza que más le gustaba se mostró extasiado al verla..., y completamente horrorizado por el estado de su pelo. Y de sus uñas. ¡Y de sus cejas! ¿No podía haberse molestado en depilárselas mientras estaba ausente? Medio día después, con el pelo brillante y recién cortado, y las uñas suaves y relucientes, Celaena se adentró en la empapada ciudad.

A pesar de la lluvia, la gente había encontrado excusas para estar en la calle cuando la gigantesca delegación de Melisande llegó a la ciudad. Celaena se detuvo bajo el toldo de una floristería cuya dueña, parada en el umbral, también contemplaba la gran procesión. Los melisanderos avanzaban por la ancha avenida que se extendía desde las verjas occidentales de la ciudad hasta las puertas del castillo.

Estaban los habituales malabaristas y tragafuegos, cuyo trabajo era infinitamente más complicado por la incesante lluvia; las típicas bailarinas, cuyos pantalones anchos estaban empapados hasta las rodillas; y luego la fila de Gente Muy Importante y Muy Rica, todos ellos bien envueltos en sus capas y no tan erguidos como seguramente habían imaginado que irían.

Celaena metió sus dedos entumecidos en los bolsillos de su túnica. Unos carromatos de colores vivos pasaron por delante de ella. Todas sus portezuelas estaban cerradas para protegerlos de las inclemencias del tiempo, lo cual significaba que Celaena iba a volver a la Fortaleza de inmediato.

Melisande era conocido por sus inventores, por las manos habilidosas con las que creaban pequeños artilugios ingeniosos. Mecanismos de relojería tan sofisticados que podrías jurar que estaban vivos, instrumentos musicales con un sonido tan limpio y bonito que podía romperte el corazón, juguetes tan encantadores que creerías que la magia no había desaparecido del continente. Si los carros que contenían esas cosas estaban cerrados, entonces ella no tenía ningún interés en contemplar un desfile de personas empapadas y deprimentes.

La gente seguía dirigiéndose en masa hacia la avenida principal, así que Celaena tomó callejuelas estrechas y serpenteantes para evitarla. Se preguntó si Sam también iba de camino a ver la procesión, y si Lysandra estaría con él. Menuda lealtad inquebrantable la de Sam. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que

ella se había ido al desierto hasta que Lysandra y él se habían convertido en amigos *tan* íntimos?

Las cosas eran mejores cuando se deleitaba con la idea de rajar a Sam de arriba abajo. Al parecer, era igual de susceptible a una cara bonita que Arobynn. No sabía por qué había pensado que él sería diferente. Frunció el ceño y apretó el paso, cruzando sus brazos congelados delante del pecho mientras encorvaba los hombros contra la lluvia.

Veinte minutos más tarde, goteaba agua por todo el suelo de mármol de la entrada de la Fortaleza. Y un minuto después goteaba agua por toda la alfombra del despacho de Arobynn mientras aceptaba encargarse de Doneval, de sus documentos de tráfico de esclavos y de quien fuera que pudiese ser su socio.

A la mañana siguiente, Celaena bajó la vista para mirarse, con la boca a medio camino entre una sonrisa y una mueca perpleja. Todo su atuendo, desde el cuello hasta los pies, estaba hecho de la misma tela negra, tan gruesa como el cuero, pero sin su brillo. Era como una armadura, solo que ceñida y fabricada en un material extraño en lugar de metal. Sentía el peso de las armas, ocultas con tal maestría que, si alguien la cacheara, pensaría que eran meras costuras. Columpió los brazos a modo de prueba.

—Cuidado —dijo el hombre bajito que estaba delante de ella con los ojos muy abiertos—. Podrías arrancarme la cabeza.

Detrás de ellos, Arobynn se rio; los observaba, apoyado contra la pared revestida de madera de la sala de entrenamiento. Celaena no había hecho preguntas cuando Arobynn la había citado, indicándole que se pusiera ese traje negro y las botas a juego, forradas de lana.

—Cuando quieras desenvainar las dagas —explicó el inventor del traje dando un paso atrás—, haz un movimiento hacia abajo y un gesto brusco con la muñeca. —El hombre demostró la acción con su propio brazo flacucho y Celaena lo imitó.

Sonrió cuando una estrecha daga salió disparada de una solapa oculta en su antebrazo. Adherida siempre al traje, era como tener una espada corta soldada al brazo. Hizo el mismo movimiento con la otra muñeca y brotó una daga gemela. Tenía que haber algún mecanismo interno, algún artilugio brillante de muelles y engranajes. Celaena realizó unos cuantos movimientos letales,

deleitándose en el sonido sibilante de las pequeñas espadas, que además eran de una fabricación exquisita. Arqueó las cejas en señal de admiración.

—¿Cómo vuelven a entrar?

—Ah, eso es un poco más difícil —dijo el inventor—. Giras la muñeca hacia arriba y aprietas este botón de aquí. Eso debería activar el mecanismo... Ahí lo tienes. —Celaena observó cómo la daga volvía a deslizarse en el interior del traje. A continuación, sacó y metió el arma varias veces.

El trato de Doneval y su socio se celebraría cuatro días más tarde, el tiempo justo para hacerse al nuevo traje. Cuatro días eran tiempo de sobra para averiguar con qué defensas contaba su casa y enterarse de cuándo tendría lugar la reunión, dado que ya sabía que sería en algún despacho privado.

Al cabo de un rato, levantó la vista hacia Arobynn.

—¿Cuánto cuesta?

—Es un regalo —contestó mientras se separaba de la pared—. Igual que las botas. —Celaena dio un golpecito con la punta de una de ellas contra las baldosas del suelo. Notó los bordes irregulares y los surcos de las suelas. Perfectas para trepar. El interior de piel de carnero mantendría sus pies a la temperatura del cuerpo, había explicado el inventor, aunque empapara las botas del todo. Celaena jamás había oído hablar de un traje como ese. Cambiaría por completo la forma en que llevaba a cabo sus misiones; aunque tampoco era que necesitara el traje para jugar con ventaja. Pero era Celaena Sardothien, maldita sea, ¿no se merecía el mejor de los equipos? Con ese traje, nadie cuestionaría su posición como asesina de Adarlan. Jamás. Y, si lo hacían..., que el Wyrd los cogiera confesados.

El inventor quiso tomarle unas últimas medidas, aunque las que le había proporcionado Arobynn eran casi exactas. Celaena levantó los brazos mientras el hombre la medía, y aprovechó para hacerle preguntas anodinas sobre su viaje desde Melisande y lo que planeaba vender allí. Era un manitas y un inventor consumado, le contó el hombre, especializado en fabricar cosas que todo el mundo creía imposibles. Como un traje que era al mismo tiempo armadura y armero, y lo bastante ligero para poder llevarse con comodidad.

Celaena se giró hacia Arobynn, que había contemplado su

interrogatorio con una sonrisa desconcertada.

—¿Vas a encargar uno para ti? —le preguntó a su maestro.

—Por supuesto. Y otro para Sam. Solo lo mejor para mis mejores trabajadores. —Celaena se fijó en que no decía «asesinos», pero, pensase lo que pensase el inventor sobre quiénes eran y a qué se dedicaban, no se reflejó en su rostro. Celaena no pudo ocultar su sorpresa.

—Nunca le haces regalos a Sam.

Arobynn se encogió de hombros mientras se hurgaba debajo de las uñas.

—Oh, Sam va a pagar por el traje. No puedo dejar a mi segundo mejor empleado totalmente indefenso, ¿no crees?

Ella disimuló mejor su sorpresa esta vez. Un traje como ese tenía que costar una pequeña fortuna. Materiales aparte, solo las horas que debía de haber tardado el hombre en crearlo... Arobynn tenía que haberlos encargado justo después de enviarla al Desierto Rojo. A lo mejor era verdad que se sentía mal por lo sucedido. Aunque obligar a Sam a comprarlo...

El reloj dio las once y Arobynn soltó una larga exhalación.

—Tengo una reunión. —Agitó una mano llena de anillos hacia el inventor—. Dele la factura a mi criado cuando acabe. —El hombre asintió, sin dejar de tomarle medidas a Celaena.

Arobynn se acercó a ella con pasos tan elegantes como los movimientos de un baile. Plantó un beso sobre su cabeza.

—Me alegro de tenerte de vuelta —murmuró con la boca enterrada en su pelo. Y con eso salió de la habitación, silbando para sí mismo.

El hombre se arrodilló para medir la longitud entre la rodilla de Celaena y la punta de la bota, aunque no estaba muy claro para qué, Celaena se aclaró la garganta, pero esperó a estar segura de que Arobynn no podía oírla.

—Si le diera un pedazo de seda de araña, ¿podría incorporarlo a uno de estos uniformes? Es pequeño, así que solo querría colocarlo alrededor del corazón. —Utilizó las manos para mostrar el tamaño aproximado del material que le había dado el comerciante en Xandria, una ciudad del desierto.

La seda de araña era un material casi mítico fabricado por las arañas stygian, unas criaturas del tamaño de caballos; el tejido era

tan excepcional que tenías que negociar directamente con ellas para conseguirlo. Y no aceptaban oro como pago. No, ellas codiciaban cosas como sueños, recuerdos y almas. El comerciante con el que se encontró Celaena había entregado veinte años de su juventud a cambio de cien metros de seda y, después de una larga y extraña conversación con él, le había regalado unos pocos centímetros cuadrados a ella. «Un recordatorio», le había dicho, «de que todo tiene un precio».

El artesano alzó sus pobladas cejas.

—Su... Supongo que sí. ¿Por dentro o por fuera? Creo que mejor por dentro —continuó, contestando a su propia pregunta—. Si la cosiera por fuera, su iridiscencia podría arruinar la discreción del negro. Pero desviaría cualquier arma, y tiene prácticamente el tamaño perfecto para proteger el corazón. ¡Oh, lo que daría por tener diez metros de seda de araña! Serías invencible, querida.

Celaena esbozó una sonrisa despacio.

—Basta con que proteja el corazón.

Celaena dejó al inventor en la sala. Su traje, le había dicho, estaría listo en dos días.

No le sorprendió toparse con Sam al salir. A un lado de la sala de entrenamiento, había visto el maniquí que llevaba su traje. A solas con ella en el pasillo, Sam la miró de arriba abajo. Celaena todavía tenía que quitarse el traje y llevárselo de vuelta al inventor para que pudiera hacer los ajustes finales en la tienda que había montado para su estancia en Rifthold.

—Qué bonito —comentó Sam. Celaena hizo ademán de ponerse las manos en las caderas, pero se lo pensó mejor. Hasta que dominara el traje, tendría que tener cuidado con los movimientos que hacía..., no fuese a apuñalar a alguien—. ¿Otro regalo?

—¿Sería un problema que lo fuera?

No había visto a Sam la víspera, aunque, claro, ella tampoco se había dejado ver demasiado. No era que le estuviese evitando; era solo que no tenía especial interés en verle si eso significaba tener que relacionarse también con Lysandra. Sin embargo, era extraño que no estuviese en alguna misión. La mayoría de los otros asesinos estaban ausentes con encargos variados, tan ocupados que apenas pasaban por la Fortaleza. Sam, en cambio, parecía estar siempre en

casa o ayudando a Lysandra y a su madame.

Sam cruzó los brazos. La camisa blanca le quedaba lo bastante ceñida como para intuir todos sus músculos debajo.

—Para nada. Aunque me sorprende un poco que aceptes sus regalos. ¿Cómo puedes perdonarle después de lo que hizo?

—¡Perdonarle! ¡Yo no soy la que tontea con Lysandra y asiste a meriendas y hace... hace lo que sea que hayas estado haciendo todo el verano!

Sam soltó algo parecido a un gruñido.

—¿De verdad crees que me divierte algo de todo eso?

—No fue a ti a quien enviaron al Desierto Rojo.

—Créeme, hubiese preferido estar a miles de kilómetros de aquí.

—No, no te creo. ¿Cómo puedo creer nada de lo que dices?

—¿De qué estás hablando? —preguntó con el ceño fruncido.

—De nada. No es asunto tuyo. No quiero hablar de esto. Y no tengo demasiado interés en hablar contigo, Sam Cortland.

—Entonces, adelante —bufó él—. Arrástrate otra vez hasta el despacho de Arobynn y habla con él. Deja que te compre regalos y te acaricie el pelo y te ofrezca las misiones mejor pagadas que tengamos. No tardará demasiado en averiguar el precio de tu perdón, no cuando...

Celaena le dio un empujón.

—No te *atrevas* a juzgarme. No digas ni una palabra más.

Sam tensó la mandíbula.

—Perfecto. De todos modos no escucharías. Celaena Sardothien y Arobynn Hamel. Solo vosotros dos, inseparables, hasta el fin del mundo. El resto de nosotros bien podríamos ser invisibles.

—Eso suena muchísimo a celos. Sobre todo después de que hayas tenido tres meses mano a mano con él este verano. ¿Qué pasó, eh? ¿No lograste convencerle de que te convirtiera a ti en su favorito? ¿Te encontró insuficiente o qué?

Sam se plantó a escasos centímetros de su cara tan deprisa que Celaena tuvo que reprimir el impulso de dar un salto hacia atrás.

—No sabes *nada* sobre lo que ha sido este verano para mí. *Nada*, Celaena.

—Bien. Tampoco es que me importe demasiado.

Sam abrió tanto los ojos que Celaena se preguntó si le había pegado sin darse cuenta. Al final, se apartó, y ella pasó por su lado

hecha una furia. Se detuvo cuando él volvió a hablar.

—¿Quieres saber el precio que le pedí yo a Arobynn para perdonarle, Celaena? —Ella se giró despacio. Con la lluvia constante, el pasillo estaba lleno de luces y sombras. Sam estaba tan quieto que podría haber sido una estatua—. Mi precio fue su juramento de que no volvería a ponerte una mano encima jamás. Le dije que le perdonaría a cambio de eso.

Celaena deseó que Sam le hubiese dado un puñetazo en la tripa. Habría dolido menos. Como no confiaba en sí misma para no arrodillarse allí mismo de la vergüenza, se limitó a seguir pasillo abajo.

No quería volver a hablar con Sam jamás. ¿Cómo podía volver a mirarle a la cara? Había forzado a Arobynn a jurar eso *por ella*. No sabía qué palabras expresar la mezcla de gratitud y culpabilidad que sentía. Odiarle era mucho más fácil... Y todo habría sido, mucho más sencillo si Sam la hubiese culpado por el castigo de Arobynn. Le había dicho unas cosas tan crueles en el pasillo... ¿Cómo podía siquiera empezar a disculparse?

Arobynn fue a su habitación después de comer y le dijo que mandara un vestido a planchar. Se había enterado de que Doneval iba a asistir al teatro esa noche y, con cuatro días hasta su intercambio de documentos, a Celaena le convendría mucho ir.

Celaena había trazado un plan para seguir a Doneval, pero no era tan orgullosa como para rechazar la oferta de Arobynn de utilizar su palco en el teatro para espiarle; para ver con quién hablaba, quién se sentaba cerca de él, quién le protegía. Y asistir a un baile clásico acompañado de una orquesta al completo... Bueno, esa era una oferta que jamás rechazaría. Sin embargo, Arobynn no le había dicho quién iría con ellos.

Lo averiguó por las malas cuando entró en el carruaje y descubrió a Lysandra y a Sam esperando en el interior. Con cuatro días hasta su Puja, la joven cortesana necesitaba la máxima exposición posible, explicó Arobynn con calma. Y Sam estaba allí para mayor seguridad.

Celaena miró a Sam de reojo mientras se dejaba caer a su lado en el banco. Él la observaba con los ojos recelosos y los hombros tensos, como si esperara que le lanzase un ataque verbal allí mismo.

Como si pudiese burlarse de él por lo que había hecho. ¿De verdad creía que era tan cruel? Se le revolvió el estómago y apartó la mirada. Lysandra se limitó a sonreírle desde el otro lado del carruaje, entrelazando su brazo con el de Arobynn.

CAPÍTULO 3

Dos acomodadores los recibieron en el palco privado de Arobynn, se llevaron sus capas empapadas y les entregaron a cambio copas de vino espumoso. De inmediato, uno de las conocidos de Arobynn se asomó desde el pasillo para saludar, y Arobynn, Sam y Lysandra se quedaron en la antecámara revestida de terciopelo, charlando. Celaena, que no tenía ningún interés en ver a Lysandra poner a prueba sus destrezas de flirteo con el amigo de Arobynn, cruzó la cortina carmesí para ocupar su asiento habitual, el más próximo al escenario.

El palco de Arobynn estaba en un lateral de la enorme sala, lo bastante cerca del centro para tener una vista casi despejada del escenario y el foso de la orquesta, pero también lo bastante escorado como para que Celaena contemplara con anhelo los palcos reales desiertos. Todos ellos ocupaban la codiciada posición central, y todos ellos estaban vacíos. Menudo desperdicio.

Observó los asientos del patio de butacas y los otros palcos. Tomó nota de las joyas centelleantes, los vestidos de seda, el

resplandor dorado del vino espumoso en las copas alargadas, el retumbante murmullo del gentío. Si había un sitio en el que se sentía como en casa, un sitio donde era muy feliz, era allí, en ese teatro, con los cojines de terciopelo rojo, las enormes lámparas de araña y el techo abovedado, bañado en oro, que se alzaba muy por encima de ellos. ¿Había sido coincidencia y planificación lo que había llevado a que el teatro se construyera en el mismísimo corazón de la ciudad, a escasos veinte minutos a pie desde la Fortaleza de los Asesinos? Celaena sabía que le iba a costar acostumbrarse a su nuevo apartamento, que estaba casi al doble de distancia del teatro. Aunque era un sacrificio que estaba dispuesta a hacer, si es que encontraba el momento adecuado para decirle a Arobynn que iba a saldar su deuda con él y se iba a mudar. Cosa que haría. Pronto.

Percibió los pasos fluidos y confiados de Arobynn, que cruzaba la alfombra, y se enderezó cuando este se inclinó por encima de su hombro.

—Doneval está justo enfrente —susurró Arobynn, su aliento cálido sobre la piel de Celaena—. Tercer palco desde el escenario, segunda fila de asientos.

Celaena localizó de inmediato al hombre que le habían encargado matar. Era alto, de mediana edad, con el pelo rubio claro y la piel bronceada. No especialmente atractivo, pero tampoco desagradable a la vista. No gordo, pero tampoco musculoso. Aparte de su túnica violeta, que incluso desde esa distancia parecía cara, no había nada destacable en él.

Había unas cuantas personas más en el palco. Cerca de la cortina divisoria, vio a una mujer alta y elegante que aún no debía de haber entrado en la treintena. La rodeaba un grupo de hombres y se movía como un miembro de la nobleza, aunque ninguna diadema centelleaba en su lustroso pelo oscuro.

—Leighfer Bardingale —murmuró Arobynn, tras seguir la dirección de su mirada. La exmujer de Doneval..., y la que la había contratado—. Fue un matrimonio concertado. Ella quería el dinero de él, y él quería la juventud de ella. Pero no lograron tener hijos y, cuando el comportamiento... menos deseable de Doneval salio a la luz, Leighfer consiguió librarse del compromiso, siendo aún joven y mucho más rica.

En realidad, Bardingale demostraba que era una mujer lista. Si planeaba hacer que le asesinaran, fingir ser amiga de Doneval ayudaría a evitar que demasiados dedos señalaran en su dirección. Aunque pudiera parecer una dama educada y elegante, Celaena sabía que tenía que haber algo de gélido acero corriendo por sus venas. Además de una firme abnegación por sus amigos y aliados, así como por los derechos fundamentales de todos los seres humanos. Era difícil no admirarla de inmediato.

—¿Y la gente que está con ella? —preguntó Celaena. A través de una pequeña ranura en las cortinas de detrás de Doneval, captó un atisbo de tres hombres enormes, todos vestidos de gris oscuro y con aspecto de guardaespaldas.

—Sus amigos e inversores. Bardingale y Doneval todavía tienen algunos negocios juntos. Los tres hombres del fondo son sus guardias.

Celaena asintió, y tal vez habría hecho más preguntas de no haber entrado Sam y Lysandra en el palco en ese momento, tras despedirse del amigo de Arobynn. Había tres asientos justo detrás de la barandilla, y otros tres detrás de estos. Lysandra, para consternación de Celaena, se sentó a su lado mientras Arobynn y Sam tomaban asiento detrás de ellas.

—Oh, mira cuánta gente hay aquí —dijo Lysandra extasiada. Su escotado vestido azul hielo hacía poco por ocultar su canalillo mientras estiraba el cuello por encima de la barandilla. Celaena bloqueó su parloteo cuando la cortesana empezó a vomitar nombres importantes.

Celaena era muy consciente de la presencia de Sam detrás de ella; sentía sus ojos clavados en las cortinas de terciopelo dorado que ocultaban el escenario. Debería decirle algo..., disculparse o darle las gracias o solo... decir algo amable. Sintió que Sam se ponía tenso, como si él también quisiese decir algo. En alguna parte del teatro, un gong indicó que el público debía ocupar su asiento.

Era ahora o nunca. No sabía por qué su corazón tronaba de la manera en que lo hacía, pero no se dio la oportunidad de pensarlo dos veces antes de girarse hacia él. Echó un solo vistazo a la ropa de Sam antes de hablar.

—Estás muy guapo.

Sam alzó mucho las cejas y Celaena se apresuró a girarse otra

vez en su asiento, poniendo toda su atención en la cortina. Estaba más que guapo, pero... Bueno, al menos había dicho una cosa agradable. Había intentado ser amable. Por alguna razón, eso no la hacía sentir mucho mejor.

Celaena cruzó las manos en el regazo de su vestido rojo sangre. No tenía un escote tan descarado como el de Lysandra, pero, con las mangas estrechas y los hombros desnudos, se sentía especialmente expuesta ante Sam. Se había rizado el pelo y lo llevaba por encima de un hombro, aunque ciertamente *no* era para ocultar la cicatriz de su cuello.

Doneval ya estaba instalado en su asiento, con los ojos en el escenario. ¿Cómo podía un hombre que parecía tan aburrido e inútil ser responsable no solo del destino de varias vidas, sino de todo su país? ¿Cómo podía sentarse en aquel teatro sin que se le cayera la cara de vergüenza por lo que estaba a punto de hacerles a sus compatriotas y a los esclavos que se vieran atrapados en sus tejemanejes? Los hombres de alrededor de Bardingale le dieron dos besos a la mujer y se fueron a sus propios palcos. Los tres matones de Doneval los observaron con muchísima atención mientras salían. No eran guardias vagos ni abúlicos, pues. Celaena frunció el ceño.

Pero en ese momento izaron las lámparas de araña hacia la bóveda y atenuaron su luz, y el público se acalló para escuchar las primeras notas cuando la orquesta empezó a tocar. En la oscuridad, era casi imposible ver a Doneval.

La mano de Sam rozó el hombro de Celaena y esta se sobresaltó cuando él acercó la boca a su oreja.

—Tú estás preciosa —murmuró—. Aunque apuesto a que ya lo sabes. —Por supuesto que lo sabía. Miró de soslayo a Sam mientras este se echaba hacia atrás en su asiento y le encontró con una amplia sonrisa en la cara.

Ella reprimió sus ganas de sonreír y se giró otra vez hacia el escenario. La música fue creando una atmósfera que envolvió a los espectadores. Un mundo de sombras y niebla. Un mundo en el que moraban criaturas y mitos en los oscuros momentos previos al amanecer.

Celaena se quedó muy quieta cuando la cortina dorada se abrió todo lo que conocía y todo lo que era pasó a un segundo plano.

La música la aniquiló.

Los bailes eran cautivadores, sí, y la historia que contaban era preciosa, una leyenda de un príncipe que trataba de rescatar a su amada, y el astuto pájaro al que había capturado para que le ayudara a hacerlo, pero la música...

¿Alguna vez había habido algo más precioso, más exquisitamente doloroso? Agarró con fuerza los reposabrazos de su asiento, clavando los dedos en el terciopelo mientras la música iba *in crescendo* hacia su culminación y la arrastraba consigo en un aluvión de sensaciones.

Cada golpe del tambor, cada silbido de la flauta, cada retumbar de la trompeta...; lo sentía todo en la piel, en los huesos. La música la hizo añicos y luego la recompuso, solo para destrozarla de nuevo una y otra vez.

Y entonces el clímax, la compilación de todos los sonidos que más le habían gustado, amplificados hasta la eternidad. Cuando estalló la última nota, se le escapó un grito ahogado, y las lágrimas que se acumulaban en sus ojos empezaron a rodarle por la cara. Le importaba un comino quién pudiera verla.

Y, luego, silencio. El silencio fue lo peor que había oído en la vida. El silencio trajo de vuelta todo lo que había a su alrededor. El público estalló en aplausos y ella se puso en pie sin dejar de llorar y aplaudió hasta que le dolieron las manos.

—Celaena, no sabía que tuvieras sentimientos —susurró Lysandra tras inclinarse hacia ella—. Y tampoco creo que la actuación haya sido *tan* buena.

Sam agarró el respaldo de la silla de Lysandra.

—Cállate, Lysandra.

Arobynn chasqueó la lengua a modo de advertencia, pero Celaena siguió aplaudiendo, aun cuando la defensa de Sam le produjo un cosquilleo de placer por todo el cuerpo. La ovación continuó durante un rato, los bailarines emergieron de detrás de la cortina una y otra vez para hacer reverencias y recibir una lluvia de flores. Celaena no dejó de aplaudir en ningún momento, ni siquiera cuando se le secaron las lágrimas, ni siquiera cuando el público empezó a salir.

Cuando se acordó de mirar hacia Doneval, el palco ya estaba vacío.

Arobynn, Sam y Lysandra abandonaron también el suyo mucho antes de que ella estuviera dispuesta a dejar de aplaudir. Y, cuando terminó, Celaena aún se quedó un rato con los ojos fijos en el escenario con el telón bajado, en la orquesta que recogía sus instrumentos.

Fue la última persona en salir del teatro.

Había otra fiesta en la Fortaleza esa noche. Una fiesta para Lysandra y su madame, y los artistas, filósofos y escritores que Arobynn prefiriera en ese momento. Por suerte, la fiesta estaba confinada a uno de los salones, pero, aun así, las risas y la música se oían por todo el piso. En el carruaje de regreso a casa, Arobynn había invitado a Celaena a unirse a ellos, pero lo último que ella quería era ver cómo Arobynn, Sam y todos los demás adulaban a Lysandra. Así que le dijo que estaba cansada y necesitaba dormir.

Sin embargo, no estaba cansada en absoluto. Agotada emocionalmente, quizás, pero eran solo las diez y media, y la idea de quitarse el vestido y meterse en la cama la hizo sentirse bastante patética. Era la asesina de Adarlan, había liberado a esclavos y robado caballos asterión, y se había ganado el respeto del Maestro Mudo. Seguro que podía hacer algo mejor que irse a dormir temprano.

Así que se coló en uno de los salones, donde, salvo por el eco de alguna carcajada de vez en cuando, reinaba el silencio. Los otros asesinos estaban o bien en la fiesta, o bien en alguna misión. El roce de su vestido era el único sonido audible cuando abrió la tapa del pianoforte. Había aprendido a tocar cuando tenía diez años, después de que Arobynn le ordenara encontrar al menos una destreza refinada aparte de matar, y se había enamorado al instante. Aunque ya no daba clases, tocaba siempre que tenía unos minutos libres.

La música del teatro aún resonaba en su cabeza. Una y otra vez, el mismo puñado de notas y armonías. Podía sentirlas vibrar bajo la superficie de su piel, latir al ritmo de su corazón. ¡Lo que daría por poder escuchar esa música una vez más!

Tocó unas cuantas notas con una mano, frunció el ceño, ajustó los dedos y lo intentó de nuevo, aferrándose a la música que oía en su cabeza. Poco a poco, la melodía empezó a sonar mejor.

Sin embargo, solo recordaba unas pocas notas, y solo tenía un pianoforte, no una orquesta entera. Presionó las teclas con más fuerza mientras intentaba reproducir el ostinato de oído. Casi lo tenía, pero no del todo. No lograba plasmarlo con la misma perfección con que sonaba en su cabeza. No sentía las notas del modo en que las había sentido hacía tan solo una hora.

Siguió intentándolo durante unos minutos más, pero al final cerró la tapa con fuerza y salió de la habitación. Encontró a Sam apoyado contra una pared en el pasillo. ¿Había estado escuchando su torpeza con el pianoforte todo ese rato?

—Cerca, pero no igual del todo, ¿verdad? —comentó Sam. Celaena le fulminó con la mirada y se encaminó hacia su habitación, aunque seguía sin tener ningunas ganas de pasar el resto de la noche allí sentada, sola—. Debe de ser desesperante para ti no lograr tocarla del modo exacto en que la recuerdas. —Sam caminaba a su lado; su túnica azul medianoche resaltaba los tonos dorados de su piel.

—Solo estaba haciendo el tonto —dijo ella—. No puedo ser la mejor en *todo*. Sería injusto para el resto de vosotros, ¿no crees? —Pasillo abajo, alguien había empezado a tocar una melodía alegre con los instrumentos que había en el salón de juegos. Sam se mordisqueó el labio.

—¿Por qué no has seguido a Doneval después del teatro? ¿No te quedan solo cuatro días? —Celaena no se sorprendió de que lo supiera; sus misiones no solían ser *tan* secretas. Se detuvo, ansiosa todavía por oír la música una vez más.

—Algunas cosas son más importantes que la muerte.

Sam parpadeó.

—Lo sé.

Celaena intentó no encogerse cuando él se negó a apartar la mirada.

—¿Por qué estás ayudando a Lysandra? —Ni siquiera sabía por qué preguntaba eso.

Sam frunció el ceño.

—No es tan mala chica, ¿sabes? Cuando no está con más gente, es... mejor. No me arranques la cabeza por decirlo, pero, a pesar de tus pullas, ella no eligió este camino por sí sola. Igual que nosotros. —Negó con la cabeza—. Solo quiere atención... y que se reconozca

su existencia.

Celaena apretó los dientes. Pues claro que Sam habría pasado un montón de tiempo a solas con Lysandra. Y claro que la encontraba simpática.

—Me importa un comino lo que ella quiera. Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué la estás ayudando?

Sam se encogió de hombros.

—Porque Arobynn me dijo que lo hiciera. Y, como no tengo ningunas ganas de que me hagan papilla la cara a golpes otra vez, no voy a cuestionar sus peticiones.

—¿Él... también te pegó una paliza a ti?

Sam soltó una risa ronca, pero no contestó hasta que un sirviente pasó por su lado, cargado con una bandeja llena de botellas de vino. Seguramente sería mejor que hablaran en una habitación donde hubiera menos posibilidades de que los oyeran, pero la idea de estar totalmente a solas con él hacía que a Celaena se le acelerara el pulso.

—Estuve inconsciente un día entero, y luego como en un limbo durante tres días más —explicó Sam. Celaena soltó una ristra de palabrotas—. A ti te envió al Desierto Rojo —continuó Sam, sus palabras suaves y quedas—. Pero mi castigo fue ver cómo te pegaba aquella noche.

—¿Por qué? —Otra pregunta que no había tenido intención de hacer. Sam dio un paso hacia ella; estaba lo bastante cerca como para que Celaena pudiera ver el fino hilo de oro con el que habían bordado los detalles de su túnica.

—Después de lo que vivimos en Bahía de la Calavera, deberías saber la respuesta.

Pensándolo bien, no quería saber la respuesta.

—¿Vas a pujar por Lysandra?

Sam soltó una carcajada.

—¿Pujar? Celaena, no tengo dinero. Y el poco que tengo está destinado a pagar mi deuda con Arobynn. Aunque quisiera...

—¿Y quieres?

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó con una sonrisa sensual en la cara.

—Porque siento curiosidad por saber si la paliza de Arobynn te dañó el cerebro, por eso.

—¿Temerosa de que ella y yo hayamos tenido un romance de verano? —Esa sonrisa insufrible seguía allí plantada.

Celaena tenía ganas de arañarle las mejillas. En vez de eso, eligió otra arma:

—Espero que lo tuvierais. Yo sí que me he divertido este verano.

A Sam se le borró la sonrisa de la cara.

—¿A qué te refieres?

Celaena retiró una mota invisible de su vestido rojo.

—Digamos solo que el hijo del Maestro Mudo era mucho más cordial que los otros Asesinos Silenciosos. —No era del todo mentira. Ilias había intentado besarla, y ella se había regodeado en su atención, aunque no quisiera empezar ninguna relación con él.

Sam palideció. Sus palabras habían dado en el blanco, pero el efecto no fue tan satisfactorio como esperaba. En lugar de eso, el mero hecho de que le hubiesen afectado la hizo sentir... Sentir... Oh, ¿por qué narices había dicho nada sobre Ilias?

Bueno, sabia muy bien por qué. Sam empezó a darse la vuelta, pero ella le agarró del brazo.

—Ayúdame con Doneval —soltó de pronto. No necesitaba su ayuda, pero era lo mejor que le podía ofrecer a cambio de lo que había hecho él por ella—. Te... te daré la mitad del dinero.

Sam resopló con desdén.

—Quédate tu dinero. No lo necesito. Arruinar otro acuerdo para el tráfico de esclavos será suficiente para mí. —La miró con atención un momento, sonriendo de medio lado—. ¿Estás segura de que quieres mi ayuda?

—Sí —confirmó ella. La palabra salió de sus labios ligeramente entrecortada.

Sam buscó en sus ojos alguna señal de burla. Celaena se odiaba por hacer que desconfiara tanto de ella. Pero él asintió.

—Entonces, empezaremos mañana. Estudiaremos su casa. A menos que ya lo hayas hecho. —Celaena sacudió la cabeza—. Pasaré por tu habitación después del desayuno.

Ella asintió. Quería decirle más cosas, y no quería que se marchara, pero se le había cerrado la garganta, demasiado llena de palabras sin pronunciar. Hizo ademán de darse la vuelta.

—Celaena. —Se giró hacia él y su vestido rojo ondeó a su alrededor. Los ojos de Sam centellearon mientras le lanzaba una

sonrisa torcida—. Te he echado de menos este verano.

Celaena le miró a los ojos sin vacilar y le devolvió la sonrisa.

—Odio reconocerlo, Sam Cortland, pero yo también he echado de menos a tu triste persona.

Sam se limitó a reírse bajito antes de volver a la fiesta con las manos metidas en los bolsillos.

CAPÍTULO 4

A la tarde siguiente, acuclillada entre las sombras de una gárgola, Celaena recolocó sus piernas entumecidas y gimió con suavidad. Solía llevar una máscara, pero, con la lluvia, esta solo hubiese limitado su visión aún más. Sin embargo, actuar sin ella la hacía sentir algo expuesta.

La lluvia hacía que la piedra estuviera resbaladiza, así que tuvo especial cuidado al reajustar su posición. Seis horas. Había pasado seis horas en aquel tejado, observando la casa de dos pisos que Doneval había alquilado para su estancia. Estada al otro lado de la calle, a la espalda de la avenida más elegante de la ciudad, y era enorme comparada con el grueso de las casas de Rifthold. Hecha de piedra blanca maciza y coronada por tejas de arcilla verde, era como cualquier otra casa rica de la ciudad, con las mismas elaboradas puertas y ventanas talladas. El jardín delantero estaba impoluto e, incluso con la lluvia, multitud de sirvientes se afanaban por la parcela, llevando comida, flores y otros suministros.

Eso era en lo primero en lo que se había fijado: en que siempre

había gente pululando por allí. Y había guardias por todas partes. Miraban con atención a los sirvientes que entraban, algunos de los cuales se llevaban el susto de sus vidas.

Oyó unos pasos sigilosos sobre la cornisa y Sam se coló con discreción entre las sombras de la gárgola; volvía de explorar el otro lado de la casa.

—Un guardia en cada esquina —murmuró Celaena cuando él se instaló a su lado—. Tres en la puerta principal, dos en la verja de entrada. ¿Cuántos has visto tú en la parte de atrás?

—Uno a cada lado de la casa, tres más en las cuadras. Y no parecen unos mindundis, precisamente. ¿Los vamos a eliminar o vamos a intentar entrar sin que nos vean?

—Preferiría no matarlos —admitió Celaena—. Pero ya veremos si conseguimos colarnos cuando llegue el momento. Parece que rotan cada dos horas. Los guardias que quedan libres entran en la casa.

—¿Doneval todavía está fuera?

Celaena asintió al tiempo que se acercaba un poco a Sam. Algo que, por supuesto, hizo solo para absorber su calor y protegerse de la gélida lluvia. Intentó no darle importancia cuando él se acercó también un poco a ella.

—No ha vuelto aún.

Doneval había salido hacía casi una hora, seguido de cerca por un mamotreto de hombre que parecía tallado en granito. El guardaespaldas había inspeccionado el carruaje, había examinado al cochero y al lacayo, y había sujetado la puerta mientras Doneval se ponía cómodo en el interior antes de entrar detrás de él. Daba la impresión de que Doneval sabía muy bien lo codiciada y delicada que era su lista de simpatizantes de los esclavos. Celaena rara vez había visto una seguridad semejante.

Ya habían estudiado la casa y la parcela de alrededor, tomando nota de todo: desde las piedras del edificio hasta los cierres que sellaban las ventanas y la distancia entre el tejado y los tejados de las casas vecinas. Incluso con la lluvia, Celaena veía lo bastante bien por la ventana del segundo piso como para distinguir un largo pasillo. Algunos sirvientes salían de las habitaciones con sábanas y mantas en los brazos: dormitorios, pues. Cuatro de ellos. Había también un armario de la limpieza en el centro del pasillo, cerca de

la escalera. Por la luz que iluminaba el rellano, Celaena supo que esa escalera debía de ser amplia y grandiosa, igual que la de la Fortaleza de los Asesinos. Ningún rincón donde esconderse, a menos que encontraran los pasadizos de los sirvientes.

Tuvieron suerte, sin embargo, cuando Celaena vio a un sirviente entrar en una de las habitaciones del primer piso con un montón de periódicos de la tarde. Unos minutos después, llegó una doncella con un cubo y herramientas para limpiar la chimenea, y luego otro criado llevó lo que parecía ser una botella de vino. No vieron a nadie cambiar las sábanas de esa habitación, así que se fijaron bien en los sirvientes que entraban y salían de ella.

Tenía que ser el despacho privado que había mencionado Arobynn. Lo más probable era que Doneval dispusiese de un despacho oficial en la planta baja, pero, si tenía tejemanejes más oscuros, trasladar sus verdaderos negocios a una zona más oculta de la casa tendría sentido. Pero aún debían averiguar a qué hora tendría lugar la reunión. Por lo que sabían, podía ser en cualquier momento del día convenido.

—Ahí está —susurró Sam. El carruaje de Doneval se detuvo ante la puerta y la mole de su guardaespaldas salió y examinó la calle durante un momento antes de hacerle un gesto al hombre para que se bajara. Celaena tuvo la sensación de que las prisas de Doneval por llegar a la casa no solo se debían al aguacero.

Se escondieron entre las sombras otra vez.

—¿Dónde crees que ha ido? —preguntó Sam.

Celaena se encogió de hombros. La fiesta de la Luna de la Cosecha organizada por la exmujer de Doneval era aquella noche; quizás eso tuviese algo que ver, o el festival callejero que Melisande celebraba ese día en el centro de la ciudad. Celaena y Sam estaban ahora tan cerca que un calorcillo agradable empezó a subir por el costado de la asesina.

—A ningún sitio bueno, eso seguro.

Sam se rio bajito, con los ojos aún fijos en la casa. Se quedaron callados durante unos minutos.

—O sea que el hijo del Maestro Mudo... —comentó Sam al cabo de un rato. Celaena casi gimió—. ¿Intimasteis mucho?

Sam siguió observando la casa, aunque Celaena vio que había cerrado los puños. «¡Dile la verdad y ya está, idiota!».

—Con Ilias no pasó nada. Fue solo un poco de flirteo, pero... no pasó nada —repitió.

—Bueno —dijo Sam después de un momento—, con Lysandra tampoco ha pasado nada. Y no va a pasar nada. Nunca.

—¿Y por qué, exactamente, crees que me importa? —Ahora fue ella quien mantuvo los ojos fijos en la casa. Sam le dio un empujoncito con el hombro.

—Puesto que ahora somos *amigos*, suponía que querrías saberlo.

Celaena agradeció que su capucha ocultara la mayor parte de su cara, roja como un tomate.

—Creo que prefería las cosas cuando querías matarme.

—Yo a veces pienso lo mismo. Claro que eso hacía más interesante mi vida. Aunque me pregunto... Si te estoy ayudando, ¿eso implica que seré tu lugarteniente cuando te hagas con el poder en el Gremio de los Asesinos? ¿O solo significa que puedo fanfarronear de que la famosa Celaena Sardothien por fin me encuentra digno?

Celaena le dio un codazo.

—Significa que deberías callarte y prestar atención. —Se sonrieron y siguieron esperando. Cuando se estaba poniendo el sol, lo que pareció suceder un poco antes que de costumbre, dada la densa cubierta de nubes, el guardaespaldas salió de la casa. Doneval no estaba por ninguna parte, y el hombretón llamó a los otros guardias, habló con ellos en voz baja y se alejó calle abajo—. ¿Irá a hacer un recado? —caviló Celaena. Sam inclinó la cabeza en dirección al hombre que se alejaba para sugerir que le siguieran—. Buena idea.

Las piernas rígidas de Celaena aullaron en protesta cuando salió con sigilo de entre las sombras de la gárgola. Mantuvo los ojos fijos en los guardias cercanos, y no apartó la vista ni una sola vez mientras se agarraba de la cornisa y se aupaba al tejado. Sam le pisaba los talones.

Celaena deseó tener las botas que el maestro artesano le estaba ajustando, pero no llegarían hasta el día siguiente. Sus botas de cuero negras, aunque flexibles y con buen agarre, podían ser un poco traicioneras en el canalón resbaladizo por la lluvia. Aun así, Sam y ella se mantuvieron bien agachados y se movieron con celeridad por el borde del tejado para seguir al mastodóntico

hombre que caminaba por la calle. Por suerte, dobló por una calle estrecha, y la siguiente casa estaba lo bastante cerca como para que Celaena pudiese saltar de un tejado al otro. Sus botas resbalaron, pero sus dedos enguantados se agarraron a las tejas de piedra verde. Sam aterrizó sin vacilar a su lado y, para sorpresa de Celaena, ella no sintió deseos de arrancarle la cabeza cuando la agarró por la capa para ayudarla a ponerse en pie.

El guardaespaldas continuó por la callejuela y ellos le siguieron por las alturas, meras sombras en la creciente oscuridad. Al final, llegó a una calle más ancha en la que los huecos entre casas eran demasiado anchos para saltarlos, así que Celaena y Sam bajaron deslizándose por una cañería. Sus botas tocaron el suelo con suavidad. Adoptaron un ritmo despreocupado detrás de su presa, con los brazos entrelazados, como dos ciudadanos de la capital que estuvieran de camino a alguna parte, ansiosos por escapar de la lluvia.

Era fácil distinguirle entre la multitud, incluso cuando llegaron a la avenida principal de la ciudad. De hecho, los transeúntes se apartaban de su camino a toda prisa. El festival melisandero en honor a la luna de la cosecha estaba en pleno apogeo; la gente había acudido en masa a pesar de la lluvia. Celaena y Sam siguieron al guardaespaldas durante unas cuantas manzanas más, por unas cuantas callejuelas más. El hombre solo se giró para mirar hacia atrás una vez, pero los encontró apoyados de manera desenfadada contra la pared de una callejuela, dos simples figuras encapuchadas buscando refugiarse de la lluvia.

Con todos los desperdicios traídos por la delegación de Melisande y los festivales callejeros más pequeños que ya habían tenido lugar, las calles y las alcantarillas rebosaban de basura. Mientras seguían al guardaespaldas, Celaena oyó a varias personas comentar que los encargados del mantenimiento de la ciudad habían bloqueado parte del alcantarillado para dejar que algunos tramos se llenaran de agua de lluvia. A la noche siguiente las desbloquearían para provocar en las cloacas un torrente lo bastante violento como para arrastrar toda la basura restante hacia el río Avery. Al parecer ya lo habían hecho antes; si las alcantarillas no se limpiaban así de vez en cuando, la porquería se estancaba y apestaba aún más. En cualquier caso, Celaena planeaba estar muy

por encima de esas calles cuando abrieran las improvisadas presas. Seguro que se producían desbordamientos por las calzadas antes de que se retirara toda el agua, y no tenía ningunas ganas de tener que atravesarlos.

Al final, el guardaespaldas entró en una taberna de los barrios bajos, y ellos le esperaron al otro lado de la calle. Por las ventanas agrietadas, le veían sentado en la barra, bebiendo una jarra de cerveza tras otra. Celaena empezó a desear con todas sus fuerzas poder estar en el festival callejero en lugar de allí.

—Bueno, si tiene debilidad por el alcohol, esa podría ser nuestra mejor baza —comentó Sam. Celaena asintió, pero no dijo nada. Sam echó un vistazo hacia el castillo de cristal, cuyas torres estaban envueltas en neblina—. Me pregunto si Bardingale y los otros están teniendo suerte en su objetivo de convencer al rey para que financie su carretera —caviló—. Me pregunto por qué quiere construirla siquiera, visto lo decidida que está a que el tráfico de esclavos se quede fuera de Melisande el mayor tiempo posible.

—Si acaso, significa que tiene una fe absoluta en que no fallaremos —dijo Celaena.

No añadió nada más, y Sam también se quedó callado. Pasó una hora; el guardaespaldas no habló con nadie, pagó la cuenta y se dirigió de vuelta a casa de Doneval. Pese a la cerveza, sus pasos eran estables y, para cuando Sam y Celaena llegaron a la vivienda, ella casi lloraba de aburrimiento, por no mencionar que tiritaba de frío y no tenía claro que los dedos entumecidos de sus pies no se le hubiesen caído dentro de las botas.

Observaron desde una calle cercana cómo el guardaespaldas subía las escaleras hacia la puerta principal. Ocupaba una posición respetada, pues, si no se le requería entrar por la puerta de atrás. Pero, a pesar de los retazos de información que habían reunido ese día, Celaena no pudo evitar sentirse bastante inútil y desgraciada durante los veinte minutos que tardó en atravesar la ciudad para volver a la Fortaleza. Incluso Sam estaba callado cuando llegaron a casa, y se limitó a decirle que la vería en unas horas.

La fiesta de la Luna de la Cosecha era aquella noche, y el encuentro con Doneval, tres días más tarde. Visto lo poco que habían podido averiguar hasta entonces, tal vez Celaena tuviera que trabajar más de lo previsto para encontrar una manera de eliminar

a su presa. Quizás el «regalo» de Arobynn había sido más bien una condena.

Menudo desperdicio.

Pasó una hora a remojo en su bañera, dejando correr el agua caliente hasta que estuvo casi segura de que no debía de quedar ni una gota para nadie más en la mansión. Arobynn en persona había encargado el sistema de agua corriente para la Fortaleza, que había costado lo mismo que el edificio entero, pero Celaena estaba más que agradecida por ello.

Una vez que el hielo de sus huesos se hubo derretido, se enfundó la bata de seda negra que Arobynn le había llevado esa mañana; otro de sus regalos, aunque seguía sin ser suficiente para que se planteara perdonarle en un futuro cercano. Caminó con pies silenciosos hasta su dormitorio. Un sirviente había encendido la chimenea, y Celaena estaba a punto de vestirse para la fiesta de la Luna de la Cosecha cuando vio el montón de papeles sobre su cama. Estaban atados con una cinta roja, y sintió un revoloteo en el estómago cuando cogió la nota depositada sobre ellos.

Intenta no mancharlas con tus lágrimas mientras tocas. Me han costado un montón de sobornos.

Celaena habría puesto los ojos en blanco de no haber visto lo que tenía delante.

Partituras. De la actuación que había visto la víspera. De las notas que no conseguía quitarse de la cabeza, ni siquiera un día después. Echó otro vistazo a la nota. No era la elegante letra de Arobynn, sino la mano apresurada de Sam. ¿Cuándo demonios había encontrado tiempo para hacerse con ellas? Debía de haber salido a buscarlas justo después de que regresaran.

Se dejó caer en la cama y hojeó las páginas. El espectáculo había debutado hacía solo unas semanas: sus partituras todavía ni estaban en circulación. Ni lo estarían, hasta que demostrara ser un éxito. Y para eso podían pasar meses, incluso años.

No pudo evitar sonreír.

A pesar de la lluvia persistente de esa noche, la fiesta de la Luna de la Cosecha en la casa de Leighfer Bardingale, a la orilla del rio, estaba tan concurrida que Celaena apenas tenía espacio para presumir de su exquisito vestido dorado y azul ni de las peinetas de aleta de pez que había colocado a los lados de su pelo recogido. Todo el que era alguien en Rifthold estaba allí. Bueno, todo el que no tuviera sangre real, aunque Celaena habría jurado ver a unos cuantos miembros de la nobleza codeándose con la multitud enjoyada.

El salón de baile era enorme, y habían adornado su altísimo techo con farolillos de papel de todos los colores y formas y tamaños. Las columnas que flanqueaban la sala estaban rodeadas de guirnaldas y, en las numerosas mesas, las cornucopias rebosaban de comida y flores. Mujeres jóvenes ataviadas solo con corsés y lencería de encaje colgaban de columpios enganchados al techo de filigrana, y hombres jóvenes descamisados con elaborados collarines de marfil repartían copas de vino.

Celaena había asistido a docenas de fiestas extravagantes a lo largo de su infancia y adolescencia en Rifthold; se había infiltrado en actos celebrados por dignatarios extranjeros y nobles locales; lo había visto absolutamente todo, hasta el punto de creer que ya nada podría sorprenderla. Pero aquella fiesta lo superaba todo.

Había una pequeña orquesta, acompañada de dos cantantes gemelas idénticas: jóvenes, de pelo oscuro y equipadas con voces completamente etéreas. Tenían a la gente embelesada, meciéndose con sus cantos, que atraían a todo el mundo hacia la ya atestada pista de baile.

Con Sam a su derecha, Celaena se asomó desde la cima de las escaleras que daban al salón. Arobynn iba a su izquierda, escudriñando la multitud con sus ojos plateados, que se arrugaron de placer cuando su anfitriona los recibió al pie de las escaleras. Con su túnica gris plata, Arobynn estaba despampanante cuando se inclinó sobre la mano de Bardingale y plantó un beso en ella.

La mujer le observó con ojos oscuros y astutos y una sonrisa cortés en los labios rojos.

—Leighfer —ronroneó Arobynn mientras se giraba para llamar a Celaena—. Permíteme que te presente a mi sobrina, Dianna, y a mi pupilo, Sam.

Su sobrina. Esa era la historia que siempre contaban, la artimaña que usaban siempre cuando asistían a eventos juntos. Sam se inclinó ante ella y Celaena hizo una genuflexión. El brillo en los ojos de Bardingale indicaba que sabía muy bien que Celaena no era la sobrina de Arobynn. La asesina intentó no fruncir el ceño. Nunca le había gustado encontrarse con clientes cara a cara; era mejor que hiciesen los tratos a través de Arobynn.

—Encantada —le dijo Bardingale, y luego hizo una genuflexión en dirección a Sam—. Los dos son encantadores, Arobynn. —Un comentario agradable y tonto, dicho por alguien acostumbrado a blandir palabras agradables y tontas para conseguir lo que quería—. ¿Damos un paseo? —le preguntó al rey de los asesinos, Arobynn le ofreció un codo.

Justo antes de que se adentraran en el gentío, Arobynn se giró hacia Celaena y le lanzó una sonrisa cómplice.

—Intentad no meteros en demasiados líos.

Y entonces la masa de gente engulló a Arobynn y a la dama, y Sam y Celaena se quedaron solos al pie de las escaleras.

—¿Ahora qué? —murmuró Sam, con los ojos clavados en Bardingale. Su túnica verde oscura resaltaba las tenues motas esmeralda de sus ojos marrones—. ¿Has visto a Doneval?

Habían acudido a la fiesta para ver con quién se relacionaba Doneval, cuántos guardias le esperaban fuera y si parecía nervioso. El intercambio de documentos tendría lugar tres noches más tarde en el despacho de la planta de arriba de su casa. Pero ¿a qué hora? Eso era lo primero que Celaena necesitaba averiguar. Y esa noche era la única en la que tendría la oportunidad de acercarse lo suficiente como para lograrlo.

—Está al lado de la tercera columna —dijo Celaena mientras estudiaba a la multitud. A la sombra de las columnas que bordeaban una mitad de la sala, habían erigido pequeñas zonas para sentarse sobre plataformas elevadas. Estaban separadas por cortinas de terciopelo negro: salitas privadas para los invitados más distinguidos de Bardingale. Celaena vio que Doneval se dirigía a uno de esos reservados con su hercúleo guardaespaldas pegado a él. En cuanto Doneval se dejó caer en los mullidos almohadones, cuatro chicas con corsé y unas sonrisas radiantes plantadas en la cara se instalaron a su lado.

—Qué cómodo se le ve —dijo Sam—. Me pregunto cuánto sacará Clarisse de esta fiesta. —Eso explicaba la procedencia de esas chicas, Celaena esperaba que Lysandra no estuviera allí.

Uno de los despampanantes camareros ofreció a Doneval y a las cortesanas unas copas de vino espumoso. El guardaespaldas, que esperaba al lado de las cortinas, bebió primero antes de hacerle un gesto afirmativo a Doneval para que las aceptara. El hombre, que ya tenía uno de los brazos alrededor de los hombros desnudos de la chica que estaba a su lado, no les dio las gracias ni a su guardaespaldas ni al joven camarero, Celaena esbozó una mueca asqueada cuándo vio a Doneval apretar los labios contra el cuello de la cortesana. La chica no podía tener más de veinte años. No le sorprendía en absoluto que aquel hombre se sintiese atraído por el creciente tráfico de esclavos, ni que estuviera dispuesto a destruir a sus rivales para lograr un acuerdo de negocios que fuese un éxito.

—Me da la sensación de que no va a levantarse en un rato —comentó Celaena. Cuando se giró hacia Sam, este fruncía el ceño. Siempre había sentido una mezcla de pena y compasión por las cortesanas. Y un odio profundo hacia sus clientes. El final de su madre no había sido agradable. Tal vez por eso tolerara a la insufrible Lysandra y sus insípidas compañeras.

Un hombre que se tambaleaba casi impactó contra Celaena desde detrás, pero ella le esquivó con facilidad.

—Esto es una casa de locos —musitó. Levantó los ojos hacia las chicas de los columpios que flotaban por la sala. Arqueaban la espalda de un modo tan exagerado que era un milagro que sus senos permanecieran dentro de sus corsés.

—No puedo ni imaginar cuánto se ha debido de gastar Bardingale en esta fiesta. —Celaena notó a Sam tan cerca que el aliento del chico acarició su mejilla. Ella, en realidad, sentía más curiosidad por saber cuánto dinero había invertido la anfitriona en mantener a Doneval distraído. Lo que estaba claro era que ningún precio era demasiado alto, si había contratado a Celaena para ayudar a destruir el acuerdo de negocios de Doneval y llevar esos documentos a manos seguras. Aunque quizás detrás de aquel encargo hubiese algo más que el negocio de los esclavos y la lista para chantajear a los que aparecían en ella. Tal vez Bardingale estuviese harta de financiar el lujoso estilo de vida de su exmarido,

Celaena no lograba culparla.

Aunque el mullido reservado de Doneval estaba diseñado para ser privado, estaba claro que el hombre *quería* que le vieran. Y, por la cantidad de botellas que habían dejado en la mesita baja delante de él, Celaena supo que no tenía intención de levantarse. Quería que los demás se acercaran a él..., quería sentirse poderoso. Le gustaba que le adoraran. Y, en una fiesta organizada por su exmujer, parecía una osadía y una impertinencia relacionarse con esas cortesanas. Era mezquino. Y cruel, si lo pensaba bien. Pero ¿de qué le servía a Celaena saber eso?

Al parecer, Doneval rara vez hablaba con otros hombres, aunque, claro, nadie había dicho que su socio fuese un hombre. Tal vez fuese una mujer. O una cortesana.

Doneval estaba ahora babeando por encima del cuello de la chica que tenía al otro lado, deslizando la mano por su muslo desnudo. Sin embargo, si Doneval fuese a asociarse con una cortesana, ¿por qué esperar otros tres días antes de hacer el intercambio de documentos? No podía ser una de las chicas de Clarisse. Ni Clarisse misma.

—¿Crees que se va a encontrar con su conspirador esta noche? —preguntó Sam. Celaena se volvió hacia él.

—No. Me da la sensación de que no es tan tonto como para hacer ningún negocio aquí. Al menos, con nadie que no sea Clarisse. —La expresión de Sam se oscureció.

Si Doneval disfrutaba de la compañía femenina, bueno, pues era un punto a favor para los planes de Celaena de acercarse a él, ¿no? Echó a andar entre la multitud.

—¿Qué haces? —le preguntó Sam, que se esforzaba por no perderla entre la gente. Celaena se giró hacia él al tiempo que se abría paso hacia el rincón de Doneval.

—No me sigas —le dijo, aunque no en tono brusco—. Voy a intentar algo. Quédate aquí. Vendré a buscarte cuando termine.

Sam la miró durante un instante, luego asintió. Celaena respiró hondo mientras subía las escaleras y entraba en el reservado en el que se encontraba Doneval.

Capítulo 5

Las cuatro cortesanas la vieron llegar, pero Celaena mantuvo los ojos puestos en Doneval, que levantó la vista del cuello de la muchacha que en ese momento recibía sus muestras de afecto. El guardaespaldas estaba alerta, pero no la detuvo. Idiota. Celaena se obligó a esbozar una sonrisita mientras Doneval la miraba sin disimulo. Deslizó los ojos por todo su cuerpo, de arriba abajo y de abajo arriba. Por eso había optado por un vestido más escotado de lo habitual. Se le revolvió el estómago, pero dio un paso más; solo la mesita baja la separaba ya del sofá de Doneval. Celaena hizo una genuflexión profunda y elegante.

—Milord —murmuró con tono sensual. No era un lord en ningún sentido, pero un hombre como ese tenía que disfrutar de los títulos rimbombantes, sin importar lo poco que se los pudiera merecer.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Doneval, sin apartar los ojos de su vestido. Era obvio que iba más tapada que las cortesanas que le rodeaban, pero a veces era más seductor no mostrarlo todo.

—Oh, siento muchísimo interrumpir —dijo. Ladeó la cabeza de modo que la luz de los farolillos se reflejara en sus ojos y los hiciera centellear. Celaena sabía muy bien en cuáles de sus rasgos tendían a fijarse más los hombres. Y cuánto los atraían—. Mi tío es comerciante y habla tan bien de usted que yo... —Entonces miró a las cortesanas, como si acabara de percatarse de su presencia, como si fuese una chica buena y decente que acabara de darse cuenta de quién lo acompañaba y tratara de no mostrarse demasiado avergonzada.

Dio la impresión de que Doneval percibía su incomodidad, porque se sentó más erguido y retiró la mano del muslo de la chica que estaba a su lado. Todas las cortesanas se pusieron un poco tensas y le lanzaron a Celaena miradas asesinas. Ella quizás les habría regalado una sonrisa, pero estaba demasiado centrada en su actuación.

—Adelante, querida —la animó Doneval, con los ojos ahora fijos en los suyos. En realidad, era demasiado fácil.

Celaena se mordió el labio y bajó la barbilla. Recatada, tímida, a la espera de ser desflorada.

—Mi tío está enfermo esta noche y no ha podido venir. Tenía tantas ganas de conocerle que pensé que podría presentarme en su nombre, pero siento muchísimo haberle interrumpido. —Hizo ademán de marcharse mientras contaba los segundos hasta...

—No, no. Estaré encantado de conocerle. ¿Cómo te llamas, mi querida niña?

Celaena volvió a girarse hacia él y dejó que la luz captara otra vez sus ojos azules con motas doradas.

—Dianna Brackyn; mi tío es Erick Brackyn... —Echó otra mirada a las cortesanas con su mejor cara de doncella inocente—, Pero..., de verdad que no quisiera interrumpir. —Doneval seguía desnudándola con los ojos—. Tal vez, si no fuese una molestia ni una impertinencia, ¿podríamos ir a verle? No mañana ni pasado, porque mi tío tiene un contrato con el virrey de Bellhaven y debe trabajar en él, pero ¿al día siguiente? Dentro de tres días, quiero decir. —Soltó una risita tonta.

—No sería una impertinencia en lo más mínimo —la tranquilizó Doneval con voz melosa. Se inclinó hacia delante. Mencionar la ciudad más rica de Fenharrow, y a su regente, había funcionado—.

De hecho, te admiro mucho por haber tenido las agallas de acercarte a mí. Pocos hombres lo harían, no digamos ya jovencitas como tú.

Celaena estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero se limitó a hacer aletear las pestañas de un modo sutil.

—Gracias, milord. ¿A qué hora le vendría bien?

—Mmm —meditó Doneval—. Bueno, esa noche tengo una cena. —Ni ápice de nervios, ni siquiera un destello de ansiedad en los ojos—. Pero estoy libre para desayunar o para comer —añadió, con una sonrisa cada vez más amplia. Celaena soltó un suspiro dramático.

—Oh, no... Creo que ya estoy comprometida a esas horas. ¿Qué tal a la hora del té? Dice que tiene planes para cenar, pero ¿quizás algo antes...? O tal vez simplemente le veamos en el teatro por la noche.

Doneval se quedó callado y Celaena se preguntó si empezaba a sospechar, así que parpadeó y pegó más los brazos a los lados de modo que su pecho se comprimiera y asomara un poco más por su escote. Era un truco que había utilizado con la frecuencia suficiente como para saber que funcionaba.

—Me encantaría tomar el té —dijo el hombre al fin—, pero también estaré en el teatro después de la cena.

Celaena le regaló una sonrisa radiante.

—¿Le gustaría unirse a nosotros en nuestro palco? Sé que mi tío ha invitado a dos de sus contactos en la corte del virrey de Bellhaven, pero estoy segura de que se sentiría muy honra do de recibirle a usted también.

Doneval ladeó la cabeza y Celaena casi pudo ver sus pensamientos fríos y calculadores dando vueltas detrás de sus ojos. «Vamos», pensó, «muerde el anzuelo...». Hacer contactos con un hombre de negocios acaudalado y con el virrey de Bellhaver, debería bastar para convencerle.

—Será un placer —dijo Doneval, al tiempo que le dedicaba una sonrisa que apestaba a encanto ensayado.

—Estoy segura de que tiene un carruaje exquisito para llevarle al teatro, pero nos sentiríamos doblemente honrados si utilizara el nuestro. Podríamos recogerle después de su cena, si le parece.

—Me temo que la cena es algo tardía. Odiaría que tu tío y tú

llegarais tarde al teatro por mi culpa.

—Oh, no sería un problema. ¿A qué hora empieza su cena... o termina? ¡Supongo que esa es una pregunta más adecuada! —Una risita. Un destello en sus ojos que sugería cierta curiosidad por lo que un hombre como Doneval estaría impaciente por enseñarle a una chica inexperta. Él se inclinó más hacia delante. Celaena sintió ganas de arrancarse la piel sobre la que paseaba sus ojos lascivos.

—La cena debería terminar en cuestión de una hora —caviló Doneval—, si no antes. Es solo una cena rápida con un antiguo amigo mío. ¿Por qué no pasáis por la casa a las ocho y media?

La sonrisa de Celaena se ensanchó, genuina esta vez. Las siete y media, pues. Esa era la hora del intercambio. ¿Cómo podía ser tan tonto, tan arrogante? Se merecía morir solo por ser tan irresponsable, por dejarse embaucar por una chica que estaba claro que era demasiado joven para él.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Por supuesto. —Empezó a parlotear sobre el negocio de su tío y lo bien que se iban a llevar, y enseguida estaba haciendo una genuflexión y dejando que él le echara otro largo vistazo a su canalillo antes de marcharse. Las cortesanas todavía la fulminaban con la mirada, y sintió cómo los ojos de Doneval la devoraban hasta que la multitud la engulló. Celaena hizo amago de dirigirse hacia las mesas de comida, siempre en su papel de doncella recatada, y, cuando Doneval por fin dejó de mirarla, dejó escapar un largo suspiro. Eso sí que había ido bien. Llenó un plato de manjares que le hicieron la boca agua: jabalí asado, bayas con nata, tarta de chocolate caliente...

A pocos metros de allí, vio que Leighfer Bardingale la observaba; los oscuros ojos de la mujer estaban notablemente tristes. Compasivos. ¿O era arrepentimiento por el encargo que le había hecho a Celaena? Bardingale se acercó, llegando a rozar la falda de Celaena en su camino hacia la mesa del bufé, pero la asesina prefirió hacer como que no la había visto. No tenía ningún interés en enterarse de lo que le había contado Arobynn sobre ella. Aunque sí que le habría gustado saber qué perfume llevaba la mujer; olía a jazmín y a vainilla.

De repente, Sam apareció a su lado de ese modo suyo silencioso como la muerte.

—¿Has conseguido lo que necesitabas? —Siguió a Celaena

mientras esta añadía más cosas a su plato. Leighfer se sirvió unas pocas cucharadas de bayas y un pegote de nata y desapareció otra vez entre la muchedumbre.

Celaena sonrió y echó una rápida mirada hacia el rincón en el que Doneval había vuelto a su compañía de pago. Depositó el plato en la mesa.

—Claro que sí. Al parecer, no está disponible a las siete y media de ese día.

—O sea, que tenemos nuestra hora para la reunión —musitó Sam.

—Exacto. —Se giró hacia Sam con una sonrisa triunfal, pero él observaba a Doneval con el ceño cada vez más fruncido, mientras el hombre seguía sobando a las chicas.

La música se volvió más animada, y las voces de las gemelas se elevaron en una armonía espectral.

—Y, ahora que ya tengo lo que he venido a buscar, quiero bailar —declaró Celaena—. Así que apura tu copa, Sam Cortland. No nos vamos a lavar las manos en sangre esta noche.

Celaena bailó y bailó. Los hermosos jóvenes de Melisande se habían reunido cerca de la plataforma en la que estaban las gemelas cantantes, y la asesina fue gravitando hacia ellos. Las botellas de vino espumoso pasaban de mano en mano, de boca en boca. Celaena bebió de todas ellas.

En torno a la medianoche, la música cambió otra vez, pasando de bailes elegantes y estructurados a un sonido frenético y sensual que hizo que diera palmas y zapateara. Los melisanderos parecían deseosos de contonearse. Si existían una música y unos movimientos que encarnaran el salvajismo, la temeridad y la inmortalidad de la juventud, estaban allí, en esa pista de baile.

Doneval se quedó sentado sobre los almohadones, bebiendo botella tras botella, No miró a Celaena ni una sola vez. Quienquiera que pensase que era Dianna Brackyn, ya se había olvidado de ella. Bien.

El sudor empapaba cada centímetro del cuerpo de Celaena, pero echó la cabeza atrás y levantó los brazos, contenta de deleitarse en la música. Una de las cortesanas de los columpios voló tan bajo que sus dedos se rozaron. El contacto produjo un estallido de chispas

que le recorrieron todo el cuerpo. Esto era más que una fiesta; era un espectáculo, una orgía y una llamada a la adoración en el altar de los excesos. Celaena era un sacrificio voluntario.

La música volvió a cambiar: un frenesí de tambores atronadores y las voces inconexas de las gemelas. Sam se mantuvo a una distancia prudente. Bailaba solo, aunque en una ocasión tuvo que desenredarse de los brazos de una chica que vio su preciosa cara y trató de quedárselo para sí. Celaena intentó no sonreír cuando vio a Sam decirle a la joven con educación, pero con firmeza, que fuese a buscar a otra persona.

Muchos de los asistentes de más edad se habían marchado hacia largo rato, cediendo la pista de baile a la gente joven y guapa. Celaena se concentró el tiempo suficiente como para comprobar dónde y cómo estaba Doneval, y para ver a Arobynn sentado con Bardingale en uno de los reservados cercanos. Había unas cuantas personas sentadas con ellos y, aunque la mesa estaba salpicada de copas de vino, todos tenían el ceño fruncido y una expresión tensa en los labios. Mientras que Doneval había ido allí a aprovecharse de la fortuna de su exmujer, parecía que ella tenía otra idea sobre cómo disfrutar de su fiesta. ¿Qué tipo de fortaleza había necesitado para aceptar que asesinar a su exmarido era la única opción que le quedaba? ¿O era debilidad?

El reloj dio las tres. ¡Las tres! ¿Cómo podían haber pasado tantas horas? Un destello de movimiento junto a las enormes puertas que coronaban las escaleras captó su atención. Cuatro jóvenes enmascarados se habían parado en la cima de la escalinata y contemplaban a la multitud. Celaena tardó un segundo en comprobar que el hombre de pelo moreno era el cabecilla, y que la ropa elegante y las elaboradas máscaras que llevaban los etiquetaban como miembros de la nobleza. Supuso que serían nobles que buscaban escapar de sus obligaciones y convenciones pomposas para saborear las delicias de Rifthold.

Los enmascarados bajaron pavoneándose por las escaleras, uno de ellos bien pegado al joven moreno. Celaena se fijó en que llevaba una espada y, por la tensión de sus hombros, supo que no estaba del todo contento de estar allí. Sin embargo, los labios del cabecilla esbozaron una sonrisa al adentrarse en la masa de gente. Por todos los dioses, a pesar de la máscara que ocultaba la mitad de su rostro,

se notaba que era guapo.

Celaena siguió bailando mientras observaba al recién llegado y, como si de alguna forma él la hubiese sentido durante todo ese tiempo desde el otro lado de la sala, sus ojos se cruzaron. Celaena le sonrió, y luego se giró hacia las cantantes, bailando de un modo un poco más cuidadoso, un poco más seductor. Encontró a Sam mirándola con el ceño fruncido. Ella se encogió de hombros.

El desconocido enmascarado necesitó unos minutos (y una sonrisa cómplice de Celaena que sugería que ella también sabía exactamente dónde estaba él), pero la asesina pronto sintió que una mano se deslizaba por su cintura.

—Menuda fiesta —le susurró el desconocido al oído. Celaena se giró para toparse con unos brillantes ojos color zafiro—. ¿Eres de Melisande?

Celaena siguió meciéndose al son de la música.

—Tal vez.

La sonrisa del desconocido se ensanchó. Celaena tuvo ganas de quitarle la máscara. Un noble joven que estuviese de juerga a esas horas no podía tener propósitos inocentes. Aun así, ¿por qué no iba ella a divertirse también un poco?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el joven por encima del rugido de la música. Celaena se inclinó hacia él.

—Mi nombre es Viento —susurró—. Y Lluvia. Y Hueso, y Polvo. Mi nombre es un fragmento de una canción recordada a medias.

El chico se rio; un sonido grave, encantador. Celaena estaba borracha, y atolondrada, y tan llena de la gloria de ser joven y estar viva y encontrarse en la capital del mundo que apenas podía contenerse.

—No tengo nombre —ronroneó—. Soy quien sea que me digan los guardianes de mi destino.

El desconocido la agarró de la muñeca, deslizando un dedo por la sensible piel de su cara interna.

—Entonces, deja que te llame Mía durante un baile o dos.

Celaena sonrió, pero alguien se interpuso de pronto entre ellos; una persona alta y fuerte. Sam. Retiró la mano del joven de su muñeca.

—Está comprometida —gruñó, muy cerca de la cara enmascarada del desconocido. El amigo del joven apareció detrás

de él al instante y fijó sus ojos color bronce en Sam.

Celaena agarró a Sam del codo.

—Basta —le advirtió.

El desconocido enmascarado miró a Sam de arriba abajo, y luego levantó las manos.

—Error mío —se disculpó, pero le guiñó un ojo a Celaena antes de desaparecer entre la gente con su amigo pegado a él. Celaena giró en redondo para encararse con Sam.

—¿Por qué demonios has hecho eso?

—Estás borracha —le dijo él, tan cerca que sus torsos se rozaron —. Y él también lo sabía.

—¿Y? —Justo cuando lo decía, alguien que bailaba a lo loco se estrelló contra ella y la hizo tambalearse. Sam la cogió por la cintura con firmeza para evitar que cayera al suelo.

—Mañana por la mañana me lo agradecerás.

—Que estemos trabajando juntos no significa que de repente sea incapaz de manejarme por mí misma. —Las manos de Sam seguían en su cintura.

—Deja que te lleve a casa. —Celaena echó un vistazo hacia los reservados. Doneval estaba inconsciente sobre el hombro de una cortesana con aspecto de aburrirse a más no poder. Arobynn y Bardingale seguían enfrascados en su conversación.

—No —contestó—. No necesito un acompañante. Me iré a casa cuando me dé la gana. —Se escurrió de su agarre y chocó contra el hombro de alguien que estaba detrás de ella. El hombre se disculpó y se alejó de allí—. Además —continuó Celaena, incapaz de detener las palabras o los estúpidos e inútiles celos que se apoderaron de ella—, ¿no tienes a Lysandra o a alguna otra persona de pago con la que estar?

—No quiero estar con Lysandra ni con nadie más de pago — escupió Sam con los dientes apretados. Buscó la mano de Celaena —. Y eres una condenada idiota por no verlo.

Ella se sacudió su mano de encima.

—Soy lo que soy, y me importa muy poco lo que opines de mí. —A lo mejor en otro tiempo Sam se lo habría creído, pero ahora...

—Bueno, pues a mi sí me importa lo que tú pienses de mí. Me importa lo suficiente como para haberme quedado en esta repugnante fiesta solo por ti. Y me importa lo suficiente como para

asistir a mil más como esta si así puedo pasar contigo unas horas durante las que no me mires como si no valiera ni la tierra de debajo de tus zapatos.

Eso hizo flaquear el enfado de Celaena. Tragó saliva, noto que le daba vueltas la cabeza.

—Ya tenemos bastantes cosas entre manos con lo de Doneval. No necesito pelearme también contigo. —Celaena tenía ganas de frotarse los ojos, pero se hubiese estropeado el maquillaje. Soltó un largo suspiro—. ¿No podemos... intentar divertirnos un rato?

Sam se encogió de hombros, pero sus ojos todavía estaban sombríos y brillantes.

—Muy bien, si quieres bailar con ese hombre, adelante.

—No es eso.

—Entonces dime qué es.

Celaena empezó a retorcerse los dedos. Luego paró.

—Mira —comenzó, pero la música era tan fuerte que le ¡costaba oír sus propios pensamientos—. Yo... Sam, todavía no sé cómo ser tu amiga. No sé si sé cómo ser la amiga de nadie. ¿Crees que podemos hablar de esto mañana?

Sam negó con la cabeza despacio, pero también le sonrió, aunque el gesto no le llegó a los ojos.

—Claro. Si es que eres capaz de acordarte de algo mañana —dijo, con una ligereza forzada. Celaena se obligó a devolverle la sonrisa. Sam hizo un gesto con la barbilla hacia la pista de baile—. Ve a divertirte. Hablaremos por la mañana. —Dio un paso hacia ella, como si fuese a besarla en la mejilla, pero entonces lo pensó mejor. Celaena no sabía si estaba desilusionada o no cuando Sam optó por darle un apretoncito en el hombro.

Con eso, desapareció entre la gente. Celaena observó cómo se alejaba hasta que una joven la arrastró a un círculo de chicas que bailaban y la juerga se apoderó de ella otra vez.

El tejado de su nuevo apartamento daba al río Avery, y Celaena estaba sentada sobre el murete, con las piernas colgando por el borde. La piedra estaba fría y húmeda, pero la lluvia había cesado durante la noche y unos vientos feroces se habían llevado las nubes justo cuando las estrellas se difuminaban y el cielo empezaba a clarear.

El sol asomó por el horizonte e inundó de luz el serpenteante brazo del Avery, que se convirtió en una franja de oro.

La capital empezó a ponerse en movimiento. Las chimeneas comenzaron a echar humo con los primeros fuegos del día, los pescadores se llamaban los unos a los otros desde los muelles cercanos, niños pequeños corrían por las calles con haces de leña, cubos de agua o los periódicos de la mañana. Detrás de ella, el castillo de cristal centelleaba a la luz del amanecer.

Celaena no había estado en su apartamento nuevo desde que había vuelto del desierto, así que se había tomado unos minutos para pasear por las espaciosas habitaciones, ocultas en el piso de arriba de una nave falsa. Era el último sitio en el que nadie esperaría que comprara una casa, y la nave en sí estaba llena de botellas de tinta, una mercancía que no era probable que nadie fuese a entrar a robar jamás. Aquel lugar era suyo y solo suyo. O lo sería, en cuanto le dijera a Arobynn que se marchaba. Cosa que haría en cuanto acabara ese trabajito con Doneval. O poco después de eso. Quizás.

Aspiró el aire húmedo de la mañana, dejando que la inundara. Sentada en la cornisa del tejado, se sentía maravillosamente insignificante, una mera mota en la inmensidad de la gran ciudad. Y, aun así, tenía todo el mundo a su disposición.

Sí, la fiesta había sido genial, pero había más cosas en la vida. Cosas más grandes, cosas más bonitas, cosas más reales. Su futuro era suyo, y tenía tres baúles de oro escondidos en su habitación que le darían solidez. Celaena podía hacer lo que quisiera con su vida.

Se inclinó hacia atrás, se apoyó en las manos y se empapó de la ciudad que empezaba a despertar. Y, mientras contemplaba la capital, tuvo la jubilosa sensación de que la capital la contemplaba a ella.

CAPÍTULO 6

Puesto que había olvidado hacerlo en la fiesta la noche anterior, planeaba darle las gracias a Sam por las partituras durante su clase de acrobacias después de desayunar. Sin embargo, en la sala de entrenamiento estaban varios de los otros asesinos, y no tenía ningunas ganas de explicarle el regalo a ninguno de los hombres mayores. Seguro que lo interpretaban mal. Tampoco era que ella les importara demasiado; de hecho, hacían todo lo posible por mantenerse fuera de su camino, y ella tampoco se molestaba en intentar conocerlos. Además, tenía un dolor de cabeza considerable, después de haber estado despierta hasta el amanecer y haber bebido tanto vino espumoso, así que ahora mismo ni siquiera lograba reunir las palabras adecuadas.

Estuvo entrenando hasta mediodía, e incluso impresionó a su instructor con las nuevas formas de moverse que había aprendido en el Desierto Rojo. Sintió que Sam la observaba desde las colchonetas, a pocos pasos de distancia. Celaena procuró no mirar su pecho desnudo, reluciente de sudor, mientras Sam cogía

carrerilla para saltar, hacía un mortal y aterrizaba sin hacer ni un ruido. Por el Wyrd, qué rápido era. Estaba claro que él también había pasado el verano entrenando.

—Milady —tosió el instructor. Celaena se volvió hacia él con una mirada furibunda que le advertía que era mejor que no hiciera comentarios. A continuación, hizo un puente hacia atrás y se levantó de un salto, pasando las piernas con fluidez por encima de su cabeza.

Aterrizó medio arrodillada y alzó la vista para ver a Sam acercarse. El chico se paró delante de ella y le hizo un gesto brusco con la barbilla al instructor. El hombre bajito y fornido encontró al instante otra cosa que hacer en otro sitio.

—Me estaba ayudando —protestó Celaena. Le temblaban los músculos cuando se levantó. Había entrenado duro esa mañana, a pesar de lo poco que había dormido, lo cual no tenía nada que ver con que no quisiera pasar ni un momento a solas con Sam en la sala de entrenamiento.

—Viene cada dos días, así que no creo que te vayas a perder nada vital —repuso Sam.

Celaena mantuvo la mirada fija en su cara. Ya había visto a Sam descamisado más veces, había visto a todos los asesinos en distintos estados de desnudez gracias a su entrenamiento, pero... aquello era diferente.

—Bueno —empezó—, ¿vamos a entrar en casa de Doneval esta noche? —Habló en voz baja, porque no le gustaba demasiado compartir nada con sus colegas asesinos. A Ben sí que se lo contaba todo, pero él estaba muerto y enterrado—. Ahora que sabemos la hora de la reunión, deberíamos entrar en ese despacho del piso de arriba y averiguar qué clase de documentos hay y cuántos son antes de que el tipo los comparta con su socio. —Como el sol por fin había decidido hacer acto de presencia, seguir o vigilar a alguien era casi imposible.

Sam frunció el ceño y se pasó una mano por el pelo.

—No puedo. *Querría*, pero no puedo. Lysandra tiene un ensayo previo a la Puja y me ha tocado guardia. Podría reunirme contigo después, si quisieras esperarme.

—No. Iré sola. No debería ser demasiado difícil. —Se dirigió hacia la puerta de la sala de entrenamiento y Sam la siguió, cerca

de su costado.

—Es peligroso.

—Sam, liberé a doscientos esclavos en Bahía de la Calavera y vencí a Rolfe. Creo que puedo manejar esto. —Llegaron a la entrada principal de la Fortaleza.

—Sí, y todo eso lo hiciste con *mi* ayuda. ¿Por qué no me paso por casa de Doneval cuando termine y veo si me necesitas?

Celaena le dio unas palmaditas en el hombro; su piel desnuda estaba pegajosa por el sudor.

—Haz lo que quieras. Aunque tengo la sensación de que para entonces ya habré terminado. Pero mañana por la mañana te lo contaré todo —le dijo con una dulzura burlona. Se detuvo al pie de la gran escalinata.

Sam le agarró la mano.

—Por favor, ten cuidado. Echa un vistazo a los documentos y sal de allí. Todavía nos quedan dos días hasta el intercambio; si es demasiado peligroso, podemos volver a intentarlo mañana. No te arriesgues.

Las puertas de la Fortaleza se abrieron de pronto, y Sam soltó su mano cuando Lysandra y Clarisse entraron pavoneándose. La cara de Lysandra estaba arrebolada y sus ojos verdes centelleaban.

—Oh, *Sam* —exclamó mientras corría hacia él con las manos estiradas. Celaena se erizó, pero Sam tomó los delgados dedos de Lysandra con educación. Por la manera en que la chica le miraba embelesada, sobre todo su pecho desnudo, Celaena no tenía ninguna duda de que dentro de dos días, en cuanto la noche de su Puja hubiese culminado y pudiese estar con quien quisiera, Lysandra iría en busca de Sam. ¿Quién no lo haría?

—¿Otra merienda con Arobynn? —preguntó Sam, pero Lysandra no le soltaba las manos. Madame Clarisse le dedicó a Celaena un asentimiento seco mientras pasaba por su lado, directa hacia el despacho de Arobynn. La madame del burdel y el rey de los asesinos habían sido amigos desde que Celaena llegara a la Fortaleza, y Clarisse jamás le había dirigido más que unas pocas palabras.

—Oh, no. Hemos venido a tomar el té, Arobynn me prometió un juego de té de plata —dijo Lysandra y, de algún modo, dio la impresión de que le lanzaba esas palabras a Celaena—. Tienes que

venir con nosotras, Sam.

Por lo general, Celaena le habría arrancado la cabeza a la chica por el insulto. Lysandra seguía aferrada a las manos de Sam. Como si él lo percibiera, agitó un poco los dedos para soltarse.

—Yo... —empezó.

—Deberías ir —le animó Celaena. Lysandra miró de una a otro —. De todos modos, yo tengo trabajo que hacer. No sería la mejor si me pasase todo el día tumbada. —Un golpe bajo, pero los ojos de Lysandra centellearon. Celaena le regaló una sonrisa cortante como una cuchilla. Tampoco tenía ganas de seguir hablando con Sam, ni de invitarle a escuchar mientras tocaba las partituras que él mismo le había conseguido, ni de pasar más tiempo con él del absolutamente imprescindible.

Sam tragó saliva.

—Come conmigo, Celaena.

Lysandra chasqueó la lengua y se alejó mascullando entre dientes:

—¿Por qué quieres comer con *ella*?

—Estoy ocupada —se excusó Celaena. No era mentira; era cierto que todavía tenía que rematar su plan para colarse en la casa y averiguar más cosas sobre los documentos de Doneval. Hizo un gesto con la barbilla en dirección a Lysandra y el salón—. Ve a divertirte.

Sin querer ver lo que elegía Sam, Celaena mantuvo los ojos fijos en los suelos de mármol, las cortinas color turquesa y el techo dorado mientras se dirigía a su habitación.

Los muros de la casa de Doneval no tenían vigilancia. Dondequiera que hubiera ido el hombre aquella noche (por el aspecto de su ropa, Celaena apostaría que al teatro o a una fiesta), se había llevado a varios de sus guardias consigo, aunque la asesina no había visto al guardaespaldas hercúleo entre ellos. Tal vez tuviera la noche libre. En cualquier caso, aún quedaban varios guardias patrullando por los alrededores, por no mencionar los que pudiera haber dentro.

Pese a que odiaba la idea de mojar su traje negro nuevo, Celaena agradecía que la lluvia hubiese empezado a caer otra vez al ponerse el sol, aunque eso significase tener que apañarse sin su máscara para que sus sentidos, ya limitados por el clima, pudiesen percibir

algo. Por suerte, el intenso aguacero también había ayudado a que el guardia del lateral de la casa ni siquiera la viera deslizarse justo por su lado. El segundo piso era bastante alto, pero la ventana estaba a oscuras, y el cierre se abría con facilidad desde fuera. Celaena ya tenía un plano mental de la casa. Si era correcto (y estaba segura de que lo era), esa ventana daba directamente al despacho de la planta de arriba.

Escuchó con atención y esperó a que el guardia mirara hacia el otro lado antes de empezar a escalar la pared. Sus botas nuevas encontraron un buen agarre sobre la piedra, y sus dedos no tuvieron ningún problema para hallar grietas en ella. El traje pesaba un poco más que su habitual túnica, pero, con las dagas incorporadas en los guanteletes, no tenía el engorro adicional de llevar una espada a la espalda o unas dagas en la cintura. Había incluso dos cuchillos embutidos en sus botas. Un regalo de Arobynn al que sacaría mucho provecho.

No obstante, aunque la lluvia la silenciaba y la ocultaba, también enmascaraba el sonido de cualquiera que se acercara. Mantuvo los ojos y los oídos bien abiertos, pero ningún otro guardia dobló la esquina de la casa. El riesgo añadido merecía la pena. Ahora que sabía a qué hora tendría lugar la reunión, disponía de dos días para recabar tanta información como pudiera sobre los documentos; es decir, cuántas páginas había y dónde las escondía Doneval. En cuestión de segundos, alcanzó el alféizar de la ventana del despacho. El guardia de abajo ni siquiera levantó la vista hacia la casa que se alzaba a su espalda. Menudos guardias de pacotilla.

Un vistazo al interior reveló una habitación oscura, un escritorio lleno de papeles... y nada más. Doneval no sería tan estúpido como para dejar las listas a plena vista, pero...

Celaena se aupó hasta el alféizar, y el delgado cuchillo de su bota emitió un leve destello cuando lo insertó en el pequeño hueco que quedaba entre ambas hojas de la ventana. Dos golpes en ángulo, un giro de muñeca y...

Celaena abrió la ventana con cuidado, rezando por que las bisagras fuesen silenciosas. Una de ellas chirrió un poco, pero la otra giró sin hacer ruido. Se coló en el estudio, sus botas sigilosas sobre la elegante alfombra. Contuvo la respiración y, con sumo cuidado, cerró las ventanas de nuevo.

Percibió el ataque una décima de segundo antes de que ocurriera.

CAPÍTULO 7

Celaena giró en redondo y se agachó y al instante tuvo en la mano el cuchillo que llevaba en la bota. El guardia cayó con un gemido gutural. Celaena atacó rápida como un áspid; un movimiento que había aprendido en el Desierto Rojo. Al extraer el cuchillo del muslo del hombre, su sangre caliente fluyó sobre la mano de Celaena. Otro guardia le lanzó un espadazo, pero ella lo bloqueó con sus dos cuchillos antes de darle una patada en pleno estómago. El hombre retrocedió tambaleándose, pero no lo bastante rápido como para escapar del golpe en la cabeza que le dejó inconsciente. Otra maniobra que le había enseñado el Maestro Mudo durante su estudio de los movimientos de los animales del desierto. En la oscuridad de la habitación, Celaena sintió la reverberación que se produjo cuando el cuerpo del guardia se estrelló contra el suelo.

Pero había otros. Celaena contó tres más, que cayeron gruñendo y gimiendo... antes de que alguien la agarrara por detrás. Sintió un violento golpe en la cabeza y alguien apretó algo húmedo y

maloliente contra su cara, y entonces...

El olvido.

Celaena despertó, pero no abrió los ojos. Mantuvo la respiración constante, aunque lo que inhalaba era el hedor a desechos y el aire húmedo y podrido que la rodeaba. Y mantuvo los oídos atentos, aunque lo que escuchaba eran unas risas masculinas y el borboteo del agua. Permaneció muy quieta mientras percibía las cuerdas que la ataban a la silla y el agua que ya le llegaba hasta las pantorrillas. Estaba en las cloacas.

Oyó un chapoteo que se aproximaba, lo bastante fuerte como para que el agua de la alcantarilla salpicara su regazo.

—Creo que ya has dormido lo suficiente —dijo una voz grave, y una mano poderosa le dio un bofetón. Por entre las estrellitas que brotaron ante sus ojos, Celaena vio el rostro cincelado del guardaespaldas de Doneval. Le sonreía—. Hola, preciosa. Creías que no nos habíamos dado cuenta de que llevas varios días espiándonos, ¿verdad? Puede que seas buena, pero no eres invisible.

Detrás de él, cuatro guardias aguardaban al lado de una puerta de hierro, y más allá había otra puerta, a través de la cual alcanzó a ver unas escaleras que conducían hacia arriba. Debían de dar al sótano de la casa. Varias de las viviendas más viejas de Rifthold tenían ese tipo de accesos subterráneos: rutas de escape en tiempos de guerra, formas de permitir el acceso a invitados cuya presencia sería un escándalo, o simplemente una manera fácil de depositar los desechos de la casa. Había dos puertas, para que no entrara agua, un cierre hermético construido hacía muchísimos años por artesanos muy hábiles que habían usado magia para revestir los umbrales con hechizos que repelían el agua.

—Había muchas habitaciones en las que colarse en esta casa —comentó el guardaespaldas—. ¿Por qué has elegido el despacho del piso de arriba? ¿Y dónde está tu amiguito?

Celaena le dedicó una sonrisa torcida, sin dejar de tomar nota mental de todos los detalles de la cavernosa alcantarilla. El agua estaba subiendo. No quería ni pensar en lo que habría flotando en ella.

—¿Esto va a ser un interrogatorio, luego una tortura y después la muerte? —preguntó—. ¿O no es ese el orden?

El hombre le devolvió la sonrisa.

—Una listilla. Me gusta. —Tenía un acento marcado, pero a Celaena no le costaba demasiado comprenderle. El guardaespaldas apoyó ambas manos sobre los reposabrazos de la silla. Con sus propios brazos atados a la espalda, Celaena solo tenía libertad para mover la cara—. ¿Quién te ha enviado?

El corazón de Celaena latía a un ritmo desenfrenado, pero su sonrisa no vaciló. Soportar torturas era, una lección que había aprendido hacía mucho tiempo.

—¿Por qué das por sentado que me ha enviado alguien? ¿No puede una chica ser independiente?

La silla de madera gimió bajo el peso del hombre cuando se inclinó tan cerca de ella que sus narices casi se tocaron. Celaena intentó no respirar su aliento caliente.

—¿Por qué si no entraría una zorrita como tú en esta casa? No creo que vayas en busca de oro o joyas.

Celaena notó que se le abrían las aletas de la nariz, pero no actuaría todavía. No hasta que supiera que no tenía ninguna oportunidad de sacarle información a ese tipo.

—Si me vais a torturar —dijo arrastrando las palabras—, más vale que vayáis empezando. No me gusta demasiado el olor que hay aquí abajo.

El hombre se echó atrás, con la sonrisa aún en la cara.

—Oh, no vamos a torturarte. ¿Sabes cuántos espías, ladrones y asesinos han intentado acabar con Doneval? Ya hemos dejado atrás la fase de hacer preguntas. Si no quieres hablar, por mí genial. No hables. Hemos aprendido lo que hay que hacer con la bazofia como tú.

—Philip —le llamó uno de los guardias mientras señalaba con la espada hacia el oscuro túnel del alcantarillado—. Tenemos que irnos.

—Voy —dijo Philip. Se giró hacia Celaena—. Verás, supongo que si alguien ha sido lo bastante tonto como para enviarte aquí, debes de ser prescindible. Y no creo que nadie vaya a buscarte cuando inunden las cloacas, ni siquiera tu amigo. De hecho, ahora mismo la mayor parte de la gente evita las calles. A los de la ciudad no os gusta mancharos los pies, ¿verdad?

El corazón de Celaena se aceleró aún más, pero no apartó la

mirada.

—Qué pena que no vaya a arrastrar toda la basura —comentó, con un aleteo de pestañas.

—No —dijo Philip—, pero te arrastrará a ti. O, al menos, el río recibirá tus restos, si es que las ratas dejan algo. —Le dio unas palmaditas en la mejilla, lo bastante fuertes como para que picaran. Y, como si las alcantarillas le hubiesen oído, un torrente de agua empezó a sonar desde las oscuras profundidades.

«Oh, no. No». El guardaespaldas vadeó el agua de vuelta a la plataforma donde estaban los otros guardias. Celaena los observó salir por la segunda puerta, después subir las escaleras, y luego...

—Disfruta de tu baño —dijo Philip, antes de cerrar la puerta de hierro de un portazo.

Oscuridad y agua. En el tiempo que tardaron sus ojos en adaptarse a la luz de la calle que entraba por una rejilla muy por encima de su cabeza, el agua ya subía por sus piernas. Le cubrió el regazo en un instante.

Celaena soltó una ristra de palabrotas y forcejeó contra las cuerdas con todas sus fuerzas. Y, justo cuando estas empezaban a cortarle la circulación de los brazos, recordó las dagas integradas en el traje. Era una prueba de la destreza del inventor que Philip no las hubiese encontrado, a pesar de que debía de haberla registrado a conciencia. Aun así, sus ataduras estaban demasiado apretadas para liberar las dagas...

Retorció las muñecas en su intento por hacerse el más mínimo hueco en el que poder hacer el necesario gesto con la mano. El agua se arremolinaba ya en torno a su cintura. Debían de haber construido la presa del alcantarillado en el otro extremo de la ciudad, por lo que pasarían unos minutos antes de que el agua inundara por completo esa parte.

No logró mover la cuerda ni un milímetro, pero sí la muñeca. Repitió una y otra vez el gesto que le había enseñado el inventor. Entonces, por fin, oyó el silbido y el salpicar de la hoja al salir disparada. Sintió un intenso dolor por un lado de la mano. Maldijo entre dientes. Se había hecho un corte con el condenado artilugio, aunque, por suerte, no parecía profundo.

Empezó a cortar las cuerdas de inmediato. Le ardían los brazos

de tanto retorcerlos en su esfuerzo por alcanzar la soga. Deberían haber usado grilletes de hierro.

Notó que la presión sobre el pecho se liberaba de repente, y casi se cayó de bruces en las revueltas aguas negras cuando la cuerda cedió. Un par de segundos después, el resto de las ataduras se habían soltado, aunque hizo una mueca cuando tuvo que meter las manos en el agua mugrienta para cortar las cuerdas que ataban sus piernas a la silla.

Cuando se puso de pie, el agua le llegaba a los muslos. Y estaba fría. Gélida, de hecho. Sintió cosas que resbalaban contra ella mientras la vadeaba en dirección a la plataforma, aunque le costaba un esfuerzo tremendo mantenerse erguida con aquella feroz corriente. Arrastradas por el agua, las ratas pasaban por su lado a puñados; sus chillidos apenas se oían por encima del rugido de aquel río. Para cuando Celaena llegó a las escaleras de piedra, el agua ya se arremolinaba allí también. Probó el picaporte de hierro. Estaba cerrado con llave. Intentó insertar uno de sus cuchillos por el borde, pero rebotó al instante. La puerta estaba sellada a tal presión que por ahí no podía entrar nada.

Estaba atrapada.

Celaena miró a lo largo del túnel. A pesar de que la lluvia todavía caía en el exterior, las farolas de la calle iluminaban lo suficiente para que pudiera ver las paredes curvas. Tenía que haber alguna escalera a la calle. *Tenía* que haberla.

Pero no veía ninguna cerca de ella. Y las rejillas estaban tan arriba que tendría que esperar a que la alcantarilla se llenara del todo antes de probar suerte con ellas. No obstante, la corriente era tan fuerte que lo más probable era que la arrastrara antes de alcanzarlas.

—Piensa —susurró—. Piensa, piensa.

El agua cubría ya la plataforma entera y lamía sus tobillos.

Celaena procuró seguir respirando con calma. Tener un ataque de pánico no le serviría de nada.

—Piensa.

Miró a su alrededor por el túnel. Quizás hubiese una escalera, pero estaría más allá. Eso significaría jugársela con el agua. Y con la oscuridad.

El agua subía sin parar. Llegaba desde la izquierda, directa

desde la otra mitad de la ciudad. Miró a su derecha. Incluso aunque no hubiese una rejilla, quizás lograra llegar hasta el Avery.

Era un «quizás» muy muy grande.

Pero era mejor que quedarse allí esperando a morir.

Celaena envainó sus armas y se zambulló en el agua maloliente y aceitosa. Se le cerró la garganta, pero se obligó a no vomitar. *No* estaba nadando en las inmundicias de la ciudad entera. *No* estaba nadando en unas aguas infestadas de ratas. *No iba a morir.*

La corriente era más rápida de lo que había previsto y tuvo que resistirse un poco a ella. Las rejillas pasaban por encima de su cabeza, cada vez más cerca, pero demasiado lejos todavía. Y entonces... ¡Ahí, a la derecha! A mitad de pared, varios palmos por encima del nivel del agua, vio la pequeña boca de un túnel. Estaba pensado para un solo trabajador, y Celaena vio agua de lluvia resbalando por la abertura. En algún punto, tenía que desembocar en la calle.

Celaena nadó con ímpetu hacia el muro. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo por evitar que la corriente la arrastrara más allá del túnel, pero chocó con la pared y se aferró a ella para irse deslizando de lado. La abertura estaba lo bastante alta como para que tuviera que estirar los brazos hasta ella, sintiendo los dedos doloridos al clavarse en la piedra. Pero tenía un punto de agarre, a pesar de que el dolor le alanceaba las uñas, y se aupó hasta el estrecho pasadizo.

Era tan pequeño que tuvo que tumbarse bocabajo, y estaba lleno de barro y solo los dioses sabían qué más, pero allí, a lo lejos, vio un rayo de luz procedente de una farola. Un túnel ascendente que llevaba hasta la calle. A su espalda, la alcantarilla continuaba inundándose, y el rugido de las aguas era ya casi ensordecedor. Si no se apresuraba, quedaría atrapada.

Con el techo tan bajo, tenía que mantener la cabeza agachada y la cara casi metida en ese barro putrefacto mientras estiraba los brazos y tiraba. Centímetro a centímetro, se arrastró por el túnel, con los ojos fijos en la luz delante de ella.

Y entonces el agua llegó a la altura del túnel. En cuestión de segundos, superó sus pies, luego sus piernas, después su abdomen y por fin su cara. Reptó más deprisa. No necesitaba luz para saber lo ensangrentadas que tenía las manos. Cada mota de porquería dentro

de los cortes era como fuego. «Sigue a avanzando», pensaba con cada empujón y tracción de sus brazos, cada patada de sus pies. «Sigue, sigue, sigue». Esa palabra era lo único que evitaba que gritara. Porque una vez que empezara a gritar... Sería entonces cuando se rendiría a la muerte.

Cuando llegó al túnel vertical que subía a la calle, el agua del pasadizo ya tenía unos centímetros de profundidad. Celaena casi lloró al ver la escalera. Debía de haber unos cinco metros hasta la superficie y, a través de los agujeros circulares de la gran rejilla, vio una farola en lo alto. Olvidó el dolor de las manos mientras trepaba por la oxidada escalerilla, rezando por que no se rompiera. Debajo de ella, el agua llenaba el fondo del túnel, repleto de desperdicios.

Enseguida llegó arriba, e incluso se permitió una pequeña sonrisa mientras empujaba contra la reja redonda.

Pero no se movió. Apuntaló bien los pies en la precaria escalera y empujo con ambas manos. Siguió sin moverse. Se dobló por la cintura encaramándose al último escalón, de modo que su espalda y sus hombros se apoyaran contra la reja, y aplicó todas sus fuerzas contra ella. Nada. Ni un crujido, ni una pizca de metal que cediera. Debía de estar sellada por el óxido. La aporreó hasta que algo crujió en su mano. Se le nubló la vista del dolor y vio estrellitas blancas y negras bailar ante sus ojos, pero se limitó a asegurarse de que el hueso no estaba roto y siguió aporreando. Nada. *Nada.*

El agua ya casi la alcanzaba; su espuma embarrada estaba tan cerca que si se agachaba podía tocarla.

Lanzó todo su peso contra la rejilla una última vez. No se movió.

Si la gente se había encerrado en casa hasta que aquella inundación terminara... El agua de lluvia seguía cayéndole en la boca, los ojos, la nariz. Dio golpes contra el metal con la esperanza de que alguien la oyera por encima del rugido de la lluvia, de que alguien viera sus dedos embarrados y ensangrentados asomar por una alcantarilla de la ciudad. El agua llegó hasta sus botas. Metió los dedos por los agujeros de la reja y empezó a gritar.

Gritó hasta que le ardieron los pulmones, gritó pidiendo auxilio, gritó suplicando que la oyera alguien. Y entonces...

—¿Celaena?

Era un grito y sonaba cerca, y Celaena sollozó cuando reconoció la voz de Sam, casi ahogada por la lluvia y el rugido del agua.

Había dicho que se pasaría por allí después de ayudar con la fiesta de Lysandra... Debía de estar de camino hacia la casa de Doneval o de vuelta. Celaena pasó los dedos por el agujero de la reja y los agitó mientras la golpeaba con la otra mano.

—¡Aquí! ¡En la alcantarilla!

Sintió el retumbar de unos pasos, y entonces...

—Por todos los dioses. —La cara de Sam apareció al otro lado de la rejilla—. Llevo veinte minutos buscándote. Aguanta un momento. —Sus dedos callosos se engancharon en los agujeros. Celaena vio cómo se le ponían blancos por el esfuerzo, vio cómo se le ponía la cara roja, luego... Sam maldijo entre dientes.

El agua le llegaba ya a las pantorrillas.

—Sácame de aquí, por lo que más quieras.

—Empuja conmigo —masculló Sam y, mientras él tiraba, ella empujó. La reja no se movió. Sam lo intentó una y otra vez. El agua alcanzó las rodillas de Celaena. Por suerte, la reja estaba demasiado lejos de la casa de Doneval como para que los guardias pudieran oírlos.

—Sube todo lo que puedas —le ladró Sam, Celaena ya lo había hecho, pero no dijo nada. Captó el destello de un cuchillo y oyó el chirrido de la hoja contra la rejilla. Sam trataba de aflojar el metal usando la hoja como palanca—. Empuja del otro lado.

Celaena empujó. Las oscuras aguas lamían sus muslos.

El cuchillo se partió por la mitad.

Sam maldijo y empezó a tirar otra vez de la reja.

—Vamos —susurró desesperado, más para sí mismo que para ella—. *Vamos.*

El agua subió hasta la cintura de Celaena y le llegó al pecho en cuestión de segundos. La lluvia seguía entrando a raudales por la reja, embotando sus sentidos.

—Sam —suplicó.

—¡Lo estoy intentando!

—Sam —repitió.

—No —escupió él, al darse cuenta de su tono—. *No.*

Sam empezó a pedir ayuda a gritos. Celaena apretó la cara contra uno de los agujeros de la tapa. La ayuda no iba a llegar; al menos, no a la velocidad suficiente.

Nunca había dedicado mucho tiempo a pensar en cómo moriría,

pero ahogarse parecía adecuado, de algún modo. Había sido un río Terrasen, su país natal, el que casi había acabado con su vida hacía nueve años, y ahora parecía que el trato que había firmado con los dioses aquella noche había llegado a su fin. El agua se la llevaría, de un modo u otro, sin importar cuánto tiempo tardara.

—Por favor —rogó Sam mientras golpeaba la reja, tiraba de ella, y luego intentaba encajar otra daga debajo de la tapa—. Por favor, no.

Celaena sabía que no hablaba con ella.

El agua le llegó al cuello.

—*Por favor* —gimió Sam, aferrando con sus dedos los de ella. Le quedaba apenas un último aliento. Sus últimas palabras.

—Lleva mi cuerpo a casa, Sam, a Terrasen —susurró. Y, con una última inspiración desesperada, se sumergió.

CAPÍTULO 8

—¡Respira! —rugía alguien mientras le presionaban el pecho una y otra vez—. ¡Respira!

Y así, sin más, su cuerpo sufrió un espasmo y el agua salió en tromba de su interior. Vomitó sobre los adoquines, con una tos tan violenta que tuvo convulsiones.

—Oh, gracias a los dioses —gimió Sam. A través de sus ojos anegados de lágrimas, Celaena le encontró arrodillado a su lado, con la cabeza colgándole entre los hombros y las manos apoyadas en las rodillas. Detrás de él, dos mujeres se miraban aliviadas, aunque confusas. Una de ellas llevaba una palanca en la mano. A su lado estaba la rejilla y el agua de las cloacas fluía a su alrededor.

Celaena vomitó otra vez.

Se dio tres baños seguidos y engulló comida con la única intención de vomitarla para limpiar todo resto del repugnante líquido que pudiera quedar en su interior, Sumergió sus manos desgarradas y

doloridas en una cuba de licor duro y, aunque tuvo que reprimir un grito, se deleitó en la idea de que el desinfectante estaba quemando todo lo que hubiera en esa agua. Cuando eso demostró calmar su repugnancia, ordenó que llenaran la bañera del mismo líquido y se sumergió entera en él.

Jamás volvería a sentirse limpia. Incluso después del cuarto baño, que se dio justo después de la inmersión en licor, aún tenía la sensación de que la mugre cubría cada centímetro de su ser. Arobynn la había mimado y arrullado, pero ella le había ordenado que se fuera. Había ordenado que se fuera todo el mundo. Se daría otros dos baños por la mañana, se prometió mientras se metía en la cama.

Oyó que llamaban a la puerta y casi le ladró a quien fuera para que se marchase, pero entonces la cabeza de Sam asomó en el umbral. El reloj marcaba más de las doce, pero los ojos del chico seguían alerta.

—Estás despierta —dijo, y entró sin esperar siquiera un asentimiento por parte de Celaena. Tampoco lo necesitaba. Le había salvado la vida. Siempre estaría en deuda con él.

De camino a la Fortaleza, Sam le había contado que, después del ensayo de la Puja de Lysandra, había acudido a casa de Doneval para ver si necesitaba ayuda. Pero, al llegar allí, había encontrado la vivienda en silencio, excepto por los guardias, que no hacían más que reírse bajito sobre algo que había sucedido. Sam estaba registrando las calles adyacentes en busca de alguna señal de Celaena cuando la había oído gritar.

Celaena le miró desde la cama.

—¿Qué quieres? —No eran las palabras más amables para alguien que le había salvado la vida, pero, demonios, se suponía que ella era mejor que él. ¿Cómo podía afirmar que era la mejor cuando necesitaba que Sam la rescatara? La idea hacía que tuviera ganas de pegarle.

Sam se limitó a esbozar una leve sonrisa.

—Quería ver si por fin habías terminado de lavarte. No queda agua caliente.

—No esperes que me disculpe por ello —masculló ella con el ceño fruncido.

—¿Alguna vez espero que te disculpes por algo?

A la luz de las velas, sus preciosos rasgos parecían suaves como el terciopelo, tentadores.

—Podrías haberme dejado morir —caviló Celaena—. Me sorprende que no estuvieras bailando de júbilo sobre la rejilla.

Sam soltó una risa grave que se extendió por las extremidades de Celaena y la caldeó por dentro.

—Nadie se merece ese tipo de muerte, Celaena. Ni siquiera tú. Además, creía que eso ya lo habíamos superado.

Celaena tragó saliva, pero fue incapaz de apartar la mirada.

—Gracias por salvarme.

Sam arqueó las cejas. Ya se lo había dicho una vez durante el camino de vuelta, pero había sido una retahíla de palabras rápidas y ahogadas. Esta vez era diferente. A pesar de lo que le dolían los dedos, sobre todo las uñas rotas, estiró la mano hacia la de Sam.

—Y... y lo siento. —Se obligó a mirarle, aun cuando Sam adoptó una expresión de incredulidad—. Siento haberte implicado en lo que sucedió en Bahía de la Calavera. Y siento lo que te hizo Arobynn debido a ello.

—Ah —dijo Sam, como si de algún modo resolviera un gran rompecabezas. Bajó la vista hacia sus manos entrelazadas y ella se apresuró a soltarle.

El silencio de repente parecía demasiado cargado, y el rostro de Sam era demasiado bonito a la luz. Celaena levantó la barbilla y vio que él miraba la cicatriz que recorría su cuello. La fina protuberancia se suavizaría. Algún día.

—Se llamaba Ansel —empezó, con la garganta comprimida—. Era mi amiga. —Sam se sentó despacio en la cama. Y entonces toda la historia salió a la luz.

Sam solo hacía preguntas cuando necesitaba alguna aclaración. El reloj ya había dado la una cuando terminó de contarle lo de la flecha final que le había disparado a Ansel y cómo, incluso con el corazón roto, le había dado a su amiga un minuto extra antes de realizar lo que habría sido un disparo mortal. Cuando dejó de hablar, los ojos de Sam brillaban de pena y de asombro.

—Así que ese ha sido mi verano —terminó ella, encogiéndose de hombros—. Una gran aventura para Celaena Sardothien, ¿no crees?

Pero Sam se limitó a estirar el brazo y deslizar los dedos por la cicatriz de su cuello, como si de algún modo pudiese borrar la

herida.

—Lo siento —dijo. Y Celaena supo que lo decía en serio.

—Yo también —murmuró. Se removió, ligeramente incómoda, consciente de pronto de lo poco que la tapaba su camisón. Como si él acabara de darse cuenta también, dejó caer la mano de su cuello y se aclaró la garganta—. Bueno —dijo Celaena, cambiando de tema—, supongo que nuestra misión se ha complicado un poco.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Celaena se sacudió el rubor que le había causado el contacto con Sam y le dedicó una sonrisa lenta y perversa. Philip no tenía ni idea de a quién había intentado despachar, ni el mundo de dolor que se dirigía hacia él. Nadie trataba de ahogar a la asesina de Adarlan en una alcantarilla y se iba de rositas. Ni en un millón de años.

—Porque —explicó— mi lista de gente por matar incluye ahora a una persona más.

CAPÍTULO 9

Celaena durmió hasta mediodía, se dio los dos baños que se había prometido y luego fue al despacho de Arobynn. El rey de los asesinos sostenía una taza de té entre las manos cuando ella abrió la puerta.

—Me sorprende verte fuera de la bañera —comentó.

Contarle a Sam la historia del mes que había pasado en el Desierto Rojo le había recordado por qué tenía tantas ganas de volver a casa aquel verano, y lo que había conseguido. Ya no tenía ninguna razón para andar de puntillas cuando Arobynn estaba cerca, no después de lo que él le había hecho y de las cosas por las que ella había tenido que pasar. Así que Celaena se limitó a sonreírle mientras sujetaba la puerta para los sirvientes que esperaban fuera. Metieron en el despacho un pesado baúl. Luego otro. Y otro más.

—¿Me arriesgo a preguntar? —Arobynn se masajeó las sienes.

Los sirvientes se apresuraron a salir, y Celaena cerró la puerta tras ellos. Sin decir ni una palabra, abrió las tapas de los baúles. El

oro centelleó a la luz del sol de mediodía.

Se volvió hacia Arobynn, aferrándose al recuerdo de cómo se había sentido sentada sobre el tejado después de la fiesta. La expresión de él era indescifrable.

—Creo que esto cubre mi deuda —dijo, forzándose a sonreír—. Y más.

Arobynn permaneció sentado.

Celaena tragó saliva. Se sentía enferma de repente. ¿Por qué había pensado que aquello era buena idea?

—Quiero seguir trabajando contigo —dijo con cautela. Arobynn la había mirado de ese modo antes. La noche en que le había dado la paliza—. Pero ya no te pertenezco.

Los ojos plateados del rey de los asesinos saltaron hacia los baúles y después volvieron a ella. Se produjo un momento de silencio que duró una eternidad, y Celaena se quedó muy quieta mientras él la observaba.

—¿Puedes culparme por desear que este día no llegara nunca?

Las rodillas de Celaena casi cedieron del alivio.

—Lo digo en serio: quiero seguir trabajando contigo.

Supo entonces que no podía contarle lo del apartamento ni decirle que se mudaba. En ese momento no. Paso a paso. Hoy, la deuda. Tal vez dentro de unas semanas podría mencionar que se marchaba. Tal vez a Arobynn ni siquiera le importara que ella tuviese su propia casa.

—Y yo siempre estaré encantado de trabajar contigo —dijo él, aunque permaneció sentado. Bebió un sorbo de té—. ¿Quiero saber de dónde ha salido todo ese dinero?

—Del Maestro Mudo. En pago por salvarle la vida. —De repente, fue muy consciente de la cicatriz de su cuello. Arobynn cogió el periódico de la mañana.

—Bueno, pues permíteme darte la enhorabuena. —La miró por encima del periódico—. Ahora eres una mujer libre.

Celaena intentó no sonreír. Puede que no fuera libre en el sentido amplio de la palabra, pero al menos Arobynn no podría seguir blandiendo la deuda contra ella. Eso sería suficiente por el momento.

—Buena suerte con Doneval mañana por la noche —añadió él—. Dime si necesitas ayuda.

—Mientras no me cobres por ella...

Sin devolverle la sonrisa, Arobynn dejó el periódico en la mesa.

—Yo nunca te haría eso. —Algo parecido al dolor centelleó en sus ojos. Celaena reprimió su deseo de disculparse y salio del despacho sin decir ni una palabra más.

El trayecto de vuelta a su habitación se le hizo largo. Se había imaginado dando saltos de alegría tras entregarle el dinero, cantando por toda la Fortaleza. Pero la forma en que la había mirado hacía que todo ese oro pareciese... ruin...

Un comienzo glorioso para su nuevo futuro.

Aunque Celaena no quería volver a poner un pie en aquella cloaca inmunda, se encontró de nuevo en ella esa misma tarde. Volvía a fluir un río por el túnel, pero la estrecha pasarela lateral estaba seca, incluso con el aguacero que caía en esos momentos sobre la calle, por encima de ellos.

Una hora antes, Sam había aparecido de pronto en su habitación, vestido y listo para espiar la casa de Doneval. Ahora caminaba sigiloso y en silencio detrás de ella. Se acercaban a la puerta de hierro que Celaena tan bien recordaba. La asesina dejó la antorcha junto a la puerta y deslizó las manos por la superficie desgastada y cubierta de óxido.

—Mañana tendremos que entrar por aquí —comentó, y su voz fue apenas audible por encima del borboteo del río de desechos—. La parte delantera de la casa está demasiado bien vigilada ahora.

Sam deslizó un dedo por la ranura que quedaba entre la puerta y el marco.

—Como no encontremos una manera de arrastrar un ariete aquí abajo, no creo que podamos atravesarla.

Celaena le fulminó con la mirada.

—Podrías intentar llamar.

Sam se rio en voz baja.

—Estoy seguro de que los guardias lo apreciarían. A lo mejor también me invitaban a tomar una cerveza. Es decir, después de llenarme la tripa de flechas. —Dio unas palmaditas sobre la firme tableta de su estómago. Llevaba el traje que Arobynn le había obligado a comprar, y Celaena trató de no mirar con demasiada atención lo bien que demarcaba su cuerpo.

—Así que no podemos entrar por esta puerta —murmuró Celaena deslizando la mano por ella otra vez—. A menos que averigüemos cuándo tiran la basura los sirvientes.

—Poco fiable —la contradijo Sam, mirando la puerta—. Los sirvientes podrían tirar la basura a horas aleatorias.

Celaena maldijo entre dientes y echó un vistazo hacia la alcantarilla. Menudo sitio más horrible en el que casi morir. Deseaba con toda su alma toparse con Philip al día siguiente. Ese imbécil arrogante no vería lo que se le venía encima hasta que estuviese justo delante de él. Ni siquiera la había reconocido de la fiesta de la otra noche.

Sonrió despacio. ¿Qué mejor manera de vengarse de Philip que colarse en la casa por la mismísima puerta que él le había enseñado?

—Entonces, uno de nosotros tendrá que quedarse aquí sentado unas horitas y ya está —susurró, todavía mirando la puerta—. Con la plataforma que hay al otro lado, los sirvientes tienen que dar unos cuantos pasos para llegar al agua. —La sonrisa de Celaena se ensanchó—. Y estoy segura de que, si van cargando con un montón de basura, no tendrán tiempo ni ganas de mirar detrás de ellos.

Los dientes de Sam centellearon a la luz de la antorcha cuando sonrió.

—Y estarán ocupados el tiempo suficiente como para que alguien se cuele dentro y encuentre un buen sitio donde esconderse en el sótano hasta las siete y media.

—Menuda sorpresa se llevarán mañana cuando encuentren la puerta del sótano abierta.

—Creo que esa será la menor de sus sorpresas mañana.

Celaena recogió la antorcha.

—Desde luego que sí.

Sam la siguió de vuelta por la pasarela de la alcantarilla. Habían encontrado una rejilla en una callejuela oscura que estaba lo bastante lejos de la casa como para que nadie sospechara de ellos. Por desgracia, exigía una larga caminata de regreso por los túneles.

—He oído que has saldado tu deuda con Arobynn esta mañana —comentó Sam con los ojos fijos en las oscuras piedras que había bajo sus pies. Seguía hablando en voz baja—. ¿Qué se siente al ser libre?

Celaena le miró de soslayo.

—No lo que pensé que sentiría.

—Me sorprende que aceptara el dinero sin discutir. —Ella no dijo nada. En la tenue luz, Sam respiró entrecortadamente—. Creo que me voy a marchar —susurró.

Celaena casi tropezó.

—¿Marcharte?

Sam se resistía a mirarla.

—Voy a bajar a Eyllwe. A Banjali, para ser más precisos.

—¿A una misión? —Era habitual que Arobynn los mandara a todos los rincones del continente, pero la manera en que lo decía Sam era... diferente.

—Para siempre —dijo.

—¿Por qué? —Su voz sonó un poco chillona en sus propios oídos. Sam la miró.

—¿Qué me ata aquí? Arobynn mencionó que podría ser útil establecernos también en el sur.

—Arobynn... —Celaena estaba furiosa, pero hizo un esfuerzo por seguir susurrando—. ¿Has hablado con Arobynn sobre esto?

Sam se encogió de hombros.

—Por encima. No es oficial.

—Pero... Banjali está a casi dos mil kilómetros de aquí.

—Sí, pero Rifthold os pertenece a Arobynn y a ti. Yo siempre seré... la segunda opción.

—Preferiría ser la segunda opción en Rifthold que la jefa de los asesinos en Banjali. —Odiaba tener que mantener la voz tan baja. Iba a hacer papilla a alguien contra una pared. Iba a destrozar esa alcantarilla con sus propias manos.

—Me voy a finales de este mes —dijo Sam con la voz todavía calmada.

—¡Eso es dentro de dos semanas!

—¿Hay alguna razón por la que debería quedarme?

—¡Sí! —exclamó Celaena, tan alto como pudo sin elevar demasiado el tono—. Sí que la hay. —Sam no dijo nada—. No puedes irte.

—Dame una razón para no hacerlo.

—¿De qué habría servido todo esto si simplemente desapareces para siempre? —bufó ella abriendo los brazos.

—¿De qué habría servido *qué*, Celaena? —¿Cómo podía estar tan tranquilo cuando ella estaba tan furiosa?

—Lo de Bahía de la Calavera y lo de conseguirme esas partituras y lo de... lo de decirle a Arobynn que le perdonarías sino volvía a hacerme daño jamás.

—Dijiste que no te importaba lo que yo pensara. O lo que hiciera. O si moría, si no me equivoco.

—¡Mentía! ¡Y tú sabes que mentía, estúpido bastardo!

Sam se rio en silencio.

—¿Quieres saber cómo pasé yo el verano? —Celaena se quedó muy quieta. Sam enterró una mano en su pelo castaño—. Pasé todos y cada uno de los días tratando de reprimir mis ganas de cortarle el cuello a Arobynn. Y él sabía que quería matarle.

«¡Te mataré!», le había gritado Sam a Arobynn.

—En el mismo instante en que desperté después de que me pegara esa paliza, supe que tenía que marcharme. Porque iba a matarle si no lo hacía. Pero no pude. —La miró a la cara—. No hasta que volvieras. No hasta que supiera que estabas bien, hasta que viera que estabas a salvo. —A Celaena empezó a costarle mucho respirar—. Arobynn también era consciente de eso —continuó Sam—. Así que decidió explotarlo. No me recomendó para ninguna misión. En lugar de eso, me hizo ayudar a Lysandra y Clarisse. Me hizo escoltarlas por toda la ciudad a meriendas y fiestas. La cosa se convirtió en un juego entre nosotros: ¿cuánta de aquella mierda podía tragar antes de perder los papeles? Pero los dos sabíamos que él siempre tendría ventaja. Él siempre te tendría a ti. Aun así, pasé cada día del verano rezando por que volvieras de una pieza. Más que eso, deseaba que volvieras y te vengaras por lo que te había hecho.

Pero no había sido así. Celaena había vuelto y había dejado que Arobynn la cubriera de regalos.

—Y ahora que estás bien, Celaena, ahora que has saldado tu deuda, no puedo quedarme en Rifthold. No después de todo lo que nos ha hecho.

Celaena sabía que era egoísta y horrible, pero le suplicó de todos modos.

—Por favor, no te vayas —susurró.

Sam dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Estarás bien sin mí. Siempre lo has estado.

Antes quizás, pero ahora ya no.

—¿Cómo puedo convencerte para que te quedes?

—No puedes.

Celaena tiró la antorcha al suelo.

—¿Quieres que te lo suplique? ¿Es eso?

—No. Nunca.

—Entonces, dime...

—¿Qué más puedo decir? —explotó Sam en su susurro ronco y duro—. Ya te lo he dicho todo. Ya te he dicho que, si me quedo aquí, si tengo que vivir con Arobynn, le romperé el maldito cuello.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no puedes dejarlo estar?

Sam la agarró por los hombros y la sacudió.

—¡Porque te quiero! —Celaena se quedó boquiabierta—. Te quiero —repitió mientras le daba otra sacudida—. Desde hace años. Y él te hizo daño y me obligó a mirar porque también ha sabido siempre lo que sentía por ti. Pero, si te pidiera que eligieras, elegirías a Arobynn. Y. No. Aguanto. Más.

Todo lo que oía eran las respiraciones de ambos, un ritmo desigual contra la corriente de las cloacas.

—Eres un maldito idiota —murmuró Celaena—. Eres un patán y un imbécil y un maldito idiota. —Sam la miró como si acabara de pegarle. Pero Celaena le agarró la cara con ambas manos—. Porque te elegiría a ti.

Y entonces le besó.

CAPÍTULO 10

Nunca había besado a nadie y, cuando sus labios se encontraron con los de Sam y él pasó los brazos alrededor de su cintura y tiró de ella hacia sí, se preguntó por que narices había esperado tanto tiempo. La boca de Sam caliente y blanda, su cuerpo maravillosamente sólido contra de ella, su pelo sedoso cuando enterró los dedos en él. Aun así, dejó que él la guiara y se forzó a recordar que debía seguir respirando cuando él le abrió los labios con los suyos.

Y, cuando sintió el roce de la lengua de Sam contra la suya, Celaena estaba tan llena de vida, de energía, de relámpagos que creyó que podría morir de la emoción. Quería más. Le quería *entero*.

No podía abrazarle con la fuerza suficiente, besarle a la velocidad suficiente. Sam soltó un gruñido desde el fondo de la garganta, tan lleno de necesidad que Celaena lo sintió en el centro de su ser. Más abajo, en realidad.

Celaena le empujó contra la pared y las manos de Sam se deslizaron por su espalda, sus costados, sus caderas. Quería regodearse en esa sensación, quería arrancarse el traje para sentir las manos callosas de Sam sobre su piel desnuda. La intensidad de ese deseo le hizo perder la cabeza.

Le importaban una mierda las alcantarillas. Y Doneval y Philip y Arobynn.

Los labios de Sam abandonaron su boca para recorrer su cuello. Rozaron un punto debajo de su oreja y a Celaena se le cortó la respiración.

En efecto, en ese momento le importaba todo una mierda.

Ya se había hecho de noche cuando salieron de las alcantarillas, con el pelo desgreñado y la boca hinchada. Sam no quiso soltarle la mano durante el largo trayecto de vuelta a la Fortaleza y, cuando llegaron allí, Celaena ordenó a los sirvientes que les llevaran algo de cenar a su habitación. Aunque se quedaron despiertos hasta altas horas de la noche, hablando lo mínimo, no llegaron a quitarse la ropa. Ya habían pasado suficientes cosas ese día como para cambiar su vida; no tenía demasiadas ganas de alterar otra cosa fundamental.

Pero lo que había ocurrido en las alcantarillas...

Mucho después de que Sam se marchara de su habitación, Celaena seguía despierta en su cama, mirando a la nada.

Sam la quería. Desde hacía años. Y había aguantado un millón de cosas por ella.

La verdad era que no lograba entender por qué. Ella siempre había sido horrible con él y había pagado cualquier amabilidad por su parte con una burla. Y lo que ella sentía por él...

Ella no llevaba años enamorada de él. Hasta Bahía de la Calavera, no le habría importado matarle.

Sin embargo, ahora... No, no podía pensar en eso. Y no podría pensar en ello al día siguiente, tampoco. Porque al día siguiente tendrían que infiltrarse en la casa de Doneval. Era arriesgado, pero la recompensa... No podía rechazar ese dinero, no ahora que iba a tener que mantenerse sola. Y no estaba dispuesta a que ese bastardo de Doneval se saliera con la suya en el negocio de tráfico de esclavos ni en el chantaje a los que asaran oponerse a el.

Solo rezaba por que Sam no resultara herido.

En el silencio de su habitación, hizo un juramento a la luz de la luna: si Sam resultaba herido, ninguna fuerza en el mundo podría impedir que asesinara a todos los responsables.

Al día siguiente, después de la comida, Celaena esperaba entre las sombras de las alcantarillas, junto a la puerta de acceso al sótano. En el túnel, más allá, Sam también esperaba; su traje negro le hacia casi invisible en la oscuridad.

Con el almuerzo a punto de terminar, era bastante posible que Celaena pronto tuviera su oportunidad de colarse en el interior. Llevaba esperando ya una hora, y cada ruido afilaba los nervios que la carcomían desde el amanecer. Tendría que ser rápida, silenciosa e implacable. Un solo error, un solo grito o, incluso, un solo sirviente desaparecido podrían dar al traste con todo el plan.

En cualquier momento, un sirviente tendría que bajar a depositar la basura. Sacó un pequeño reloj de bolsillo de su traje y, con sumo cuidado, encendió una cerilla para ver la hora. Las dos en punto. Le quedaban cinco horas para colarse en el despacho de Doneval a esperar la reunión de las siete y media. Y estaba dispuesta a apostar a que Doneval no iría allí hasta entonces; un hombre como él querría recibir a su invitado en la puerta de su casa, querría ver la cara de su socio mientras le conducía por los opulentos salones. De repente, oyó chirriar la primera puerta interior que daba acceso a las cloacas, y sonaron pasos y ruidos guturales. Su fino oído distinguió los sonidos de una sirvienta. Celaena sopló para apagar la cerilla.

Se pegó bien a la pared cuando la cerradura de la puerta exterior se abrió y la pesada hoja giró sobre sus goznes. No oyó más pasos aparte de los de la mujer, que arrastró un cubo de basura hasta la plataforma. Estaba sola. En lo alto, el sótano también estaba desierto.

Demasiado ocupada en depositar el cubo de basura metálico, a la sirvienta ni se le ocurrió mirar entre las sombras. No movió ni un músculo cuando Celaena se deslizó por su lado. Y la asesina ya había cruzado ambas puertas, subido por las escaleras y entrado en el sótano antes de oír siquiera el chapoteo de la basura al aterrizar en el agua.

Mientras Celaena corría hacia el rincón más oscuro del enorme sótano en penumbra, tomó nota mental de todos los detalles que pudo. Incontables barricas de vino y estanterías rebosantes de comida y productos de Erilea. Una escalera que conducía al piso de arriba. Ningún sirviente que ella oyera, salvo en alguna parte por encima de su cabeza. En la cocina, supuso.

La puerta exterior se cerró de golpe y sonó el cerrojo, pero Celaena ya estaba agachada tras un gigantesco barril de vino. La puerta interior también se cerró con llave. Celaena se puso la máscara negra que había llevado consigo y se echó la capucha de la capa por encima del pelo. Oyó el sonido de unos pasos y un leve jadeo, y luego la sirvienta reapareció en la cima de las escaleras que daban a las cloacas; el cubo de basura vacío chirriaba mientras se columpiaba de su mano. Pasó justo por su lado, tarareando en voz baja, y después subió las escaleras que conducían a la cocina.

Celaena soltó el aire cuando los pasos de la mujer se perdieron en la distancia, y entonces sonrió para sí misma. Si Philip hubiese sido listo, le habría cortado el cuello en las alcantarillas la otra noche. Quizás antes de matarle le contara exactamente cómo había entrado en la casa.

Cuando estuvo del todo segura de que la sirvienta no iba a volver con un segundo cubo de basura, Celaena corrió hacia el estrecho tramo de escaleras que llevaba a las cloacas. Silenciosa como una liebre del Desierto Rojo, abrió la primera puerta, se deslizó por ella y abrió la segunda. Sam no entraría hasta justo antes de la reunión; de lo contrario, alguien podría bajar al sótano y descubrirle preparándolo todo para el incendio que serviría de distracción. Si, justo antes, alguien encontraba las dos puertas abiertas, simplemente podría achacarse a la sirvienta que había ido a tirar la basura.

Celaena cerró ambas puertas con sumo cuidado, se aseguró de que los cerrojos no estuvieran echados y volvió a su escondrijo entre las sombras de la enorme colección de vino en el sótano.

Y esperó.

A las siete salió del sótano, antes de que Sam pudiese llegar con las antorchas y su aceite. La escandalosa cantidad de alcohol almacenada allí dentro haría el resto. Solo esperaba que Sam

lograra salir antes de que el fuego hiciera estallar el sótano en mil pedazos.

Ella misma tenía que estar escondida arriba antes de que eso sucediera, y antes de que se hiciera el intercambio de documentos. Cuando el fuego empezara, unos minutos después de las siete y media, a algunos de los guardias los llamarían abajo de inmediato, lo cual dejaría a Doneval y a su socio con muchos menos hombres para protegerlos.

Los sirvientes estaban cenando y, por las risas procedentes de la cocina subterránea, ninguno de ellos parecía consciente del acuerdo que estaba a punto de cerrarse tres pisos por encima de sus cabezas. Celaena se deslizó con sigilo por delante de la puerta de la cocina. Con su traje, su capa y su máscara no era más que una sombra en las paredes de piedra pálida. Contuvo la respiración mientras subía por la estrecha escalera de caracol de los sirvientes.

Con su nuevo traje, era mucho más fácil tener controladas sus armas, así que extrajo una daga larga oculta en su bota. Echó un vistazo por el pasillo del segundo piso.

Todas las puertas de madera estaban cerradas. Ningún guardia, ningún sirviente, ningún miembro del entorno de Doneval. Con cautela, puso un pie sobre el suelo de madera. ¿Dónde demonios estaban los guardias?

Silenciosa y veloz como un gato, llegó a la puerta del despacho de Doneval. No se filtraba ninguna luz por debajo de la hoja. No vio sombras de pies ni oyó ningún ruido.

La puerta estaba cerrada con llave. Una inconveniencia menor. Envainó su daga y sacó dos trocitos de metal que insertó y retorció en la cerradura hasta que... Clic.

Y entonces estaba dentro, con la puerta cerrada de nuevo, mirando hacia la oscura negrura del interior. Frunció el ceño mientras sacaba el reloj de bolsillo de su traje. Encendió una cerilla.

Todavía tenía tiempo suficiente de registrar el lugar.

Celaena agitó la cerilla para apagarla y corrió hasta las cortinas para cerrarlas bien y ocultarse de la noche al otro lado. La lluvia todavía tintineaba con suavidad contra las ventanas cubiertas. Fue hasta el enorme escritorio de roble en el centro de la habitación y encendió la lámpara de aceite que había sobre él. La atenuó hasta que una débil llama azul proyectaba un destello de luz. Ojeó los

papeles que había sobre el escritorio. Periódicos, cartas informales, recibos, los gastos de la casa...

Abrió todos los cajones de la mesa. Más de lo mismo. ¿Dónde estaban esos documentos?

Celaena tuvo que ponerse un puño delante de la boca para tragarse la ristra de palabrotas que pugnaban por salir por ella.

Giró sobre sí misma. Una butaca, un armario, un aparador... Registró estos dos últimos, pero no encontró nada. Solo tinta y papeles en blanco. Aguzó el oído por si se acercaba algún guardia.

Revisó los libros de las estanterías y golpeó los lomos con los nudillos para intentar detectar si alguno estaba hueco, para intentar detectar si...

Un tablón crujió en el suelo bajo sus pies. Se puso de rodillas al instante y dio unos toquecitos en la oscura madera pulida. Golpeó por toda la zona, hasta que encontró un sonido hueco.

Con el corazón acelerado, insertó cuidadosamente la daga entre los tablones e hizo palanca para levantar uno. Se topó de bruces con un fajo de papeles.

Los sacó, recolocó el tablón y, un instante más tarde, estaba de vuelta en el escritorio. Desplegó los papeles ante ella. Solo les echaría un vistazo para asegurarse de que tenía los documentos correctos...

Le temblaban las manos mientras los hojeaba uno detrás de otro. Mapas con marcas rojas en lugares aleatorios, tablas con números, y nombres..., una lista de nombres y localizaciones tras otra. Ciudades, pueblos, bosques, montañas, todo en Melisande.

Aquello no eran solo melisanderos opuestos a la esclavitud. Eran lugares en los que había casas francas donde trasladar a esclavos liberados. Era información suficiente para que todas esas personas fuesen ejecutadas o convertidas en esclavos ellas mismas.

Y Doneval, ese bastardo desgraciado, iba a utilizar esa información para forzar a esas personas a apoyar el tráfico de esclavos, si no querían que las delatara ante el rey.

Celaena recogió los documentos. Jamás dejaría a Doneval salirse con la suya. Jamás.

Dio un paso hacia los tablones trucados. Y entonces oyó las voces.

CAPÍTULO 11

En un instante había apagado la lámpara y abierto las cortinas, maldiciendo en silencio mientras se metía los papeles en el traje y se escondía en el armario. Doneval y su socio no tardarían más que unos minutos en descubrir que los documentos no estaban en su sitio. Pero Celaena no necesitaba más; solo tenía que retenerlos allí dentro, lejos de los guardias, el tiempo suficiente para acabar con los dos. El fuego empezaría en el sótano en cualquier momento y, con suerte, distraería a muchos de los otros guardias, lo que, con suerte, ocurriría antes de que Doneval se diese cuenta de que los papeles habían desaparecido. Dejó una rendija en la puerta del armario para poder ver algo.

La cerradura del despacho giró y la puerta se abrió de golpe.

—¿Brandy? —le preguntó Doneval al hombre con capa y capucha que entró detrás de él.

—No —dijo este mientras se retiraba la capucha. Era de mediana edad y de aspecto anodino; sus únicos rasgos destacables eran su tez besada por el sol y sus pómulos altos. ¿Quién era?

—¿Impaciente por terminar con esto? —Doneval se rio, pero se le notaba un leve temblor en la voz.

—Podría decirse que sí —repuso el hombre con frialdad. Miró por la habitación, y Celaena no se atrevió a moverse, ni a respirar, cuando sus ojos azules pasaron por el armario—. Mis socios saben que deben venir a buscarme sí no he salido en treinta minutos.

—Estará fuera en diez. En cualquier caso, tengo que ir al teatro esta noche. Hay una joven a la que tengo especial interés en ver —dijo Doneval con el encanto de un hombre de negocios—. Entiendo que sus socios están preparados para actuar deprisa y darme una respuesta al amanecer, ¿es así?

—Así es. Pero enséñeme sus documentos primero. Tengo que ver lo que ofrece.

—Por supuesto, por supuesto —le tranquilizó Doneval antes de beber un trago del vaso de brandy que se había servido. Celaena empezó a notar las manos pegajosas y la cara sudorosa detrás de la máscara—. ¿Vive aquí o está de visita? —Cuando el hombre no respondió, Doneval continuó con una sonrisa—: Sea como sea, espero que haya pasado por el establecimiento de madame Clarisse. Jamás había visto chicas tan estupendas en toda mi vida.

El hombre le lanzó a Doneval una mirada de especial desagrado. Si Celaena no hubiese estado allí para matarlos, quizás ese desconocido le habría caído bien.

—No le gusta demasiado el palique, ¿verdad? —bromeó Doneval. Dejó el vaso de brandy en la mesa y se dirigió hacia el tablón con fondo falso. Por el ligero temblor en las manos del anfitrión, Celaena sabía que todo su parloteo no era más que cháchara nerviosa. ¿Cómo había entrado en contacto un hombre semejante con aquella información tan increíblemente delicada e importante?

Doneval se arrodilló delante del tablón suelto y lo levantó. Dejó escapar una ristra de palabrotas.

Celaena activó el resorte de la espada para sacarla del compartimento secreto en su traje y pasó a la acción.

Había salido del armario antes de que les diera tiempo a mirar. Doneval murió una décima de segundo después. Su sangre brotó de la herida que le infligió en la parte de atrás del cuello al cortarle la

médula espinal. El otro hombre soltó un grito. Celaena se giró en redondo hacia él, con la espada salpicando sangre.

En ese momento, una explosión sacudió la casa, tan potente que Celaena perdió pie.

¿Qué demonios había detonado Sam allí abajo? Eso fue todo lo que necesitó el hombre para salir por la puerta del despacho. Su velocidad era admirable. Se movía como alguien con toda una vida de carreras a sus espaldas.

Celaena cruzó el umbral de la puerta casi al instante. Vio que el humo ya subía por las escaleras y giró a la izquierda en pos del hombre, solo para chocar con Philip, el guardaespaldas.

Dio un salto para apartarse al tiempo que el matón blandía una espada hacia su cara. Detrás de él, el hombre seguía corriendo. Miró hacia atrás una vez antes de apresurarse escaleras abajo.

—¿Qué has *hecho*? —escupió Philip al ver la sangre en la espada de Celaena. No necesitó ver la cara que había debajo de la máscara para identificarla. Debía de haber reconocido el traje.

Celaena sacó también la espada del otro brazo.

—Apártate de mi camino. —La máscara hizo que sus palabras sonaran graves y solemnes; la voz de un demonio, no de una joven. Celaena dio sendos espadazos delante de ella y las hojas emitieron un gemido letal.

—Te voy a desmembrar extremidad a extremidad — gruñó Philip.

—Inténtalo.

El rostro de Philip tembló de ira. Se abalanzó sobre ella. Celaena bloqueó el primer golpe con la espada izquierda, y el impacto reverberó por todo su brazo. Philip logró apartarse una décima de segundo antes de que su espada derecha le atravesara el estómago. El hombre atacó de nuevo, lanzando una estocada inteligente hacia las costillas de Celaena, pero ella la bloqueó sin dificultad.

Philip presionó contra ambas espadas. De cerca, Celaena vio que su arma era de una calidad impresionante.

—Quería hacer que esto durara —bufó Celaena—, pero creo que va a ser rápido. Mucho más limpio que la muerte que intentaste darme tú a mí.

Philip la empujó hacia atrás con un rugido.

—¡No tienes *ni idea* de lo que acabas de hacer!

Celaena volvió a alzar sus espadas.

—Sé muy bien lo que acabo de hacer. Y sé muy bien lo que estoy a punto de hacer.

Philip cargó hacia ella, pero el pasillo era demasiado estrecho y su golpe demasiado indisciplinado. Celaena superó su barrera defensiva con facilidad. La sangre del hombre empapó su mano enguantada.

La espada rechinó al rozar contra el hueso cuando la volvió a extraer.

Philip abrió los ojos como platos y se tambaleó hacia atrás. Se agarró la fina herida que subía entre sus costillas, directa al corazón.

—Estúpida —susurró mientras caía al suelo—. ¿Te contrató Leighfer? —Celaena no dijo nada mientras el hombre pugnaba por coger aire, con la sangre burbujeando en sus labios—. Doneval... —boqueó Philip— ... amaba a su país... —Aspiró una bocanada de aire mojado, con el odio y la pena entremezclados en sus ojos—. No sabes nada. —Un instante después estaba muerto.

—Quizás —musitó Celaena mientras contemplaba su cuerpo—. Pero en ese momento sabía lo suficiente.

Menos de dos minutos, eso fue todo. Derribó a dos guardias al bajar disparada por las escaleras de la casa en llamas para salir por la puerta principal. Desarmó a tres más cuando saltó por encima de la verja de hierro y se adentró en las calles de la capital.

¿Adónde demonios había ido ese hombre?

No había callejuelas entre la casa y el río, así que no debía de haber ido a la izquierda. Lo cual significaba que habría ido o bien recto por el callejón que tenía delante, o bien a la derecha. Pero no, no habría ido hacia la derecha, pues esa era la avenida principal de la ciudad, donde vivían todas las personas adineradas. Celaena tomó la callejuela que iba recto.

Esprintó tan deprisa que apenas podía respirar y volvió a guardar las espadas en su compartimento oculto.

Nadie se fijó en ella; la mayoría de la gente estaba demasiado ocupada corriendo hacia las llamas que ya lamían el cielo sobre la casa de Doneval. ¿Qué habría pasado con Sam?

Entonces vio al hombre. Corría por una callejuela que conducía

al Avery. De hecho, casi ni le vio, porque había doblado la esquina y desaparecido un instante después. Había mencionado a sus socios... ¿Iría a encontrarse con ellos ahora? ¿Sería tan tonto?

Celaena cruzó varios charcos, saltó por encima de la basura y se agarró a la esquina de un edificio para dar la curva. Llego directa a un callejón sin salida.

El hombre trataba de escalar la alta pared de ladrillo del otro extremo. Los edificios de los lados no tenían puertas, ni ventanas lo bastante bajas como para que pudiera llegar a ellas.

Celaena hizo brotar ambas espadas al tiempo que ralentizaba el paso.

El hombre hizo un último intento de alcanzar la parte de arriba del muro, pero no lo logró. Cayó a plomo sobre la calzada de adoquines. Despatarrado en el suelo, se giró hacia ella. Tenía los ojos brillantes mientras extraía un montón de papeles de su ajada chaqueta. ¿Qué tipo de documentos le llevaba a Doneval? ¿Su contrato de negocio oficial?

—Vete al infierno —escupió. Encendió una cerilla y los papeles prendieron al instante. El hombre los tiró al suelo y, tan deprisa que Celaena apenas le vio, sacó un vial de su bolsillo y engulló su contenido.

Celaena corrió hacia él, pero ya era tarde.

Para cuando le agarró, estaba muerto. Incluso con los ojos cerrados, la ira permanecía en su rostro. Todo se había acabado. De un modo irrevocable. Pero ¿por qué? ¿Por un negocio que se había torcido?

Dejó el cuerpo con cuidado en el suelo y se levantó de un salto. Pisoteó los papeles para apagar las llamas. Sin embargo, la mitad de ellos ya se habían quemado y solamente quedaban fragmentos.

A la luz de la luna, Celaena se arrodilló sobre los adoquines mojados y recogió los restos de los documentos por los que ese tipo había dado su vida.

No era solo un acuerdo de negocios. Igual que los papeles que ella llevaba en el bolsillo, estos contenían nombres y números y localizaciones de casas seguras. Aunque estas estaban en Adarlan, e incluso llegaban tan al norte como la frontera con Terrasen.

Giró la cabeza a toda velocidad hacia el cuerpo del desconocido. No tenía sentido. ¿Por qué suicidarse para conservar e secreto de

esa información cuando había planeado compartirla con Doneval y utilizarla en su propio beneficio? Una pesadumbre agobiante empezó a correr por sus venas. «No sabes nada», había dicho Philip.

Por alguna razón, de repente parecía una afirmación muy cierta. ¿Cuánto sabía Arobynn? Las palabras de Philip resonaban en sus oídos una y otra vez. Algo no cuadraba. Algo iba mal..., había algo raro en todo aquello.

Nadie le había dicho que esos documentos serían tan extensos, tan condenatorios para las personas que aparecían en ellos. Con manos temblorosas, recolocó el cuerpo de modo que no yaciese tirado de bruces en el suelo sucio. ¿Por qué se había sacrificado para mantener aquella información a salvo? Noble o no, absurdo o no, Celaena no lograba quitárselo de la cabeza. Enderezó el abrigo del hombre.

A continuación, recogió sus documentos medio destruidos, encendió una cerilla y los dejó arder hasta que no fueron más que cenizas. Era lo único que podía ofrecerle.

Encontró a Sam encorvado contra la pared de otra callejuela. Corrió hasta donde estaba arrodillado con una mano sobre el pecho, agitado y sin aliento.

—¿Estás herido? —le preguntó mientras miraba a su alrededor por si veía señales de algún guardia. Un resplandor naranja se desplegaba detrás de ellos. Celaena esperaba que los sirvientes hubiesen podido salir de la casa de Doneval a tiempo.

—Estoy bien —jadeó Sam, pero, a la luz de la luna, Celaena pudo ver el corte en su brazo—. Los guardias me encontraron en el sótano y me dispararon. —Se agarró la pechera del traje—. Uno de ellos me dio directo en el corazón. Pensé que era hombre muerto, pero la flecha rebotó y cayó al suelo. Ni siquiera me rozó la piel.

Abrió la raja de la parte de delante de su traje y un atisbo de iridiscencia centelleó a la tenue luz.

—Seda de araña —murmuró, con los ojos como platos. Celaena sonrió con tristeza y se quitó la máscara de la cara—. No me sorprende que este maldito traje fuera tan caro —comentó Sam, al tiempo que soltaba una risita ahogada. Celaena no sintió la necesidad de contarle la verdad. Sam la miró a los ojos—. Entonces, ¿está hecho?

Celaena se inclinó para besarle, un roce rápido de su boca contra la de él.

—Está hecho —dijo contra sus labios.

CAPÍTULO 12

Las nubes habían desaparecido y estaba saliendo el sol cuando Celaena entró en el despacho de Arobynn y se detuvo delante de su escritorio. Wesley, el guardaespaldas de Arobynn, ni siquiera intentó detenerla. Se limitó a cerrar las puertas del despacho detrás de ella antes de retomar su puesto de centinela en el pasillo.

—El socio de Doneval quemó sus documentos antes de que yo pudiera verlos —le dijo a Arobynn a modo de saludo—. Y luego se envenenó. —Celaena había deslizado los papeles de Doneval por debajo de la puerta del dormitorio de Arobynn la noche anterior, pero había decidido esperar a la mañana para explicarle todo.

El rey de los asesinos levantó la vista del libro de contabilidad que estaba estudiando; su rostro era inexpresivo.

—¿Eso fue antes o después de que prendieras fuego a la casa de Doneval?

Celaena cruzó los brazos.

—¿Eso cambia algo?

Arobynn miró hacia la ventana y el cielo despejado.

—Le he enviado los documentos a Leighfer esta mañana. ¿Los miraste?

Celaena soltó un resoplido desdeñoso.

—Por supuesto que sí. Justo entre matar a Doneval y salir pitando de su casa, encontré el tiempo suficiente para sentarme a tomar una taza de té y leerlos.

Arobynn seguía sin sonreír.

—Jamás te había visto dejar semejante caos a tu paso.

—Al menos de esta forma la gente creerá que Doneval murió en el incendio.

Arobynn estampó ambas manos sobre la mesa.

—Sin un cuerpo identificable, ¿cómo puede nadie estar seguro de que ha muerto?

Celaena se negó a inmutarse, se negó a amilanarse.

—Está muerto.

Los ojos plateados de Arobynn se endurecieron.

—No te van a pagar por esto. Sé de buena tinta que Leighfer no te va a pagar. Quería un cuerpo y ambos documentos. Solo me has dado una de esas tres cosas.

Celaena sintió que se le abrían las aletas de la nariz.

—Perfecto. De todos modos, los aliados de Bardingale están a salvo ahora. Y el negocio no va a tener lugar. —No podía mencionar que ni siquiera había visto un documento con el contrato de ese negocio entre los papeles, no sin revelar que los había leído.

Arobynn soltó una risa suave.

—No lo has deducido aún, ¿verdad? —A Celaena se le cerró la garganta. Arobynn se inclinó hacia atrás en su silla—. Sinceramente, esperaba más de ti. Con todos los años que he pasado entrenándote, no has sido capaz de unir las piezas de lo que estaba ocurriendo justo delante de tus ojos.

—Escúpelo y ya está —gruñó Celaena.

—No había ningún acuerdo comercial —explicó Arobynn, y una luz triunfal iluminó sus ojos plateados—. Al menos, no entre Doneval y su fuente de información en Rifthold. Las verdaderas reuniones para negociar el tráfico de esclavos han estado teniendo lugar en el castillo de cristal, entre el rey y Leighfer. Era un punto clave a la hora de persuadirle para que les dejara construir su carretera.

Celaena mantuvo una expresión neutra, procurando no hacer ninguna mueca. El hombre que se había envenenado... no había ido a intercambiar documentos para delatar a las personas que se oponían a la esclavitud. Él y Doneval habían estado trabajando para...

«Doneval amaba a su país», había dicho Philip. Doneval había estado trabajando para montar un sistema de casas francas y formar una alianza de gente contra la esclavitud por todo el imperio. Doneval, por muchos malos hábitos que tuviera, había estado trabajando para ayudar a los esclavos.

Y ella le había matado. Peor todavía: le había entregado los documentos a Bardingale, que no quería impedir la esclavitud en absoluto. No, quería sacar beneficio de ella y utilizar su nueva carretera para ese fin. Y, junto con Arobynn, habían tramado la mentira perfecta para conseguir que Celaena cooperara.

Arobynn todavía sonreía.

—Leighfer ya ha puesto los documentos de Doneval a buen recaudo. Por si alivia tu conciencia, ha dicho que no se los dará al rey. Todavía no. No hasta que haya tenido la oportunidad de hablar con las personas de la lista y... las haya persuadido para que apoyen sus negocios. Aunque, si no lo hacen, tal vez esos documentos encuentren su camino hasta el castillo de cristal después de todo.

Celaena hizo un esfuerzo por no temblar.

—¿Esto es un castigo por lo de Bahía de la Calavera?

Arobynn la miró unos segundos.

—Aunque tal vez me arrepienta de haberte pegado, Celaena, es verdad que arruinaste un trato que habría sido muy provechoso para nosotros. —«Nosotros», como si ella fuese parte de esa trama repugnante—. Puede que ahora seas libre, pero no deberías olvidar quién soy. Lo que soy capaz de hacer.

—Durante todos los años que viva —masculló Celaena. jamás olvidaré eso. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo—. Ayer, le vendí mi yegua a Leighfer Bardingale. —Había visitado la mansión de Bardingale por la mañana, el mismo día en que iba a entrar en la casa de Doneval. La mujer se había mostrado más que contenta de comprar una yegua asterión. No había mencionado ni una sola vez la inminente muerte de su exmarido.

Y la noche anterior, después de que Celaena matara a Doneval,

se había pasado un rato mirando la firma al pie del recibo de transmisión de propiedad, estúpidamente aliviada de que Kasida pasase a manos de una mujer buena como Bardingale.

—¿Y? —preguntó Arobynn—. ¿Por qué habría de importarme tu caballo?

Celaena le lanzó una mirada larga y dura. Siempre con juegos de poder, siempre con engaños y dolor.

—El dinero está de camino a tu cámara acorazada en el banco. —Arobynn no dijo nada—. Desde este momento, la deuda de Sam contigo está saldada —declaró Celaena, y un resquicio ge victoria asomó entre su creciente vergüenza y culpabilidad—. Desde ahora mismo y para siempre, es un hombre libre.

Arobynn la miró y luego se encogió de hombros.

—Supongo que son buenas noticias. —Celaena intuyó que llegaba el golpe final y supo que debía huir, pero se quedó allí plantada como una idiota y siguió escuchando—. Porque ayer por la noche me gasté todo el dinero que me diste en la Puja de Lysandra. Mi cámara está un poco vacía debido a ello.

Celaena tardó un momento en registrar las palabras. El dinero que tanto le había costado conseguir... Arobynn lo había empleado para ganar la Puja de Lysandra.

—Me mudo —susurró. Arobynn se limitó a observarla, y su boca cruel y astuta esbozó una leve sonrisa—. He comprado un apartamento y me mudo allí. Hoy.

La sonrisa de Arobynn se ensanchó.

—No dudes en venir a visitarnos alguna vez, Celaena.

La asesina tuvo que morderse el labio para evitar que temblara.

—¿Por qué lo has hecho?

Arobynn volvió a encogerse de hombros.

—¿Por qué no habría de disfrutar de Lysandra después de tantos años de invertir en su carrera? ¿Y qué te importa a ti lo que hago con mi dinero? Por lo que he oído, tú tienes a Sam ahora. Los dos sois libres, no me debéis nada.

Cómo no, Arobynn se había enterado. Y, cómo no, intentaba que aquello tratara sobre ella, que fuese culpa suya. ¿Por qué colmarla de regalos para después hacer eso? ¿Por qué engañarla sobre Doneval y luego torturarla con ello? ¿Por qué le había salvado la vida para tratarla ahora de ese modo?

Arobynn se había gastado su dinero en una persona que sabía que ella odiaba. Para denigrarla. Hacía meses, habría funcionado; ese tipo de traición la habría devastado. Todavía dolía, pero ahora, con Doneval y Philip y otros muertos por su mano, con esos documentos en posesión de Bardingale y con Sam a su lado de manera incondicional..., la mezquina y cruel pulla de despedida de Arobynn no había dado del todo en el blanco.

—No vengas a buscarme en mucho mucho tiempo —le dijo—. Porque tal vez te mate si te veo, Arobynn.

—Estoy ansioso por ver cómo sale eso —repuso él con un gesto desdeñoso de la mano.

Celaena se marchó. Al salir por la puerta del despacho, casi se estampó contra tres hombres altos que entraban en ese momento. Echaron un vistazo a su cara y luego musitaron una disculpa. Celaena los ignoró, e ignoró la mirada de pocos amigos que le lanzó Wesley al pasar por su lado. Los negocios de Arobynn ya no eran asunto suyo. Ahora tenía su propia vida.

Los tacones de sus botas repiqueteaban contra el suelo de mármol del grandioso vestíbulo de entrada. Alguien bostezó al otro lado del espacio diáfano y Celaena se topó con Lysandra, apoyada en la barandilla de la escalera. Llevaba un camisón de seda blanco que apenas cubría sus zonas más intimas.

—Es probable que ya te hayas enterado, pero logré un precio récord —ronroneó Lysandra, al tiempo que estiraba las preciosas lineas de su cuerpo—. Gracias a ti. Estate tranquila, tu oro ha servido para muchísimo.

Celaena se quedó paralizada y luego se dio la vuelta despacio. Lysandra le dedicó una sonrisita de suficiencia.

Más rápida que un rayo, Celaena le tiró una daga. La hoja se incrustó en la barandilla de madera a un pelo de la cabeza de Lysandra. La cortesana empezó a gritar, pero Celaena se limitó a salir por la puerta principal, cruzó el jardín de la Fortaleza y siguió caminando hasta que la capital la engulló.

Celaena estaba sentada en el borde de su tejado, contemplando la ciudad. La delegación de Melisande ya se había marchado, llevándose las últimas nubes de lluvia. Algunos melisanderos iban de negro en señal de luto por la muerte de Doneval. Leighfer

Bardingale había partido montada en Kasida, haciendo cabriolas por la avenida principal. A diferencia de los que iban de luto, la dama se había vestido de amarillo azafrán. Tenía una sonrisa radiante que, por supuesto, se debía solo a que el rey de Adarlan había aceptado concederles los fondos y recursos necesarios para construir su carretera. Celaena se había planteado ir a por ella para recuperar esos documentos y vengarse por el engaño. Y para recuperar a Kasida también, ya que estaba.

Pero no lo hizo. La habían engañado y había perdido de mala manera. No quería formar parte de ese retorcido entramado. No cuando Arobynn había dejado muy claro que jamás podría ganar.

Para distraerse de ese lúgubre pensamiento, Celaena se había pasado el día entero enviando a sirvientes de un lado al otro, entre la Fortaleza y su apartamento, para trasladar toda la ropa y los libros y las joyas que ahora le pertenecían a ella y solo a ella.

La luz del atardecer se volvió de un dorado intenso que hizo relucir los tejados verdes.

—Imaginé que estarías aquí arriba —dijo Sam, cruzando el tejado plano hasta el murete que lo bordeaba, donde estaba sentada. Contempló la ciudad—. Buena vista. Comprendo por qué decidiste mudarte aquí.

Celaena sonrió un poco y se giró para mirarle. Sam se detuvo detrás de ella y estiró una mano tentativa para acariciarle el pelo. Ella se inclinó hacia su contacto.

—Me he enterado de lo que ha hecho Arobynn. De las dos cosas, lo de Doneval y lo de Lysandra —murmuró Sam—. Jamás creí que pudiera caer tan bajo. Ni que pudiera usar tu dinero de ese modo. Lo siento.

—Era lo que necesitaba. —Celaena se volvió hacia la ciudad de nuevo—. Era lo que necesitaba para decirle que me mudaba.

Sam asintió en señal de aprobación.

—Yo, bueno..., acabo de dejar mis cosas en tu salón. ¿Te parece bien?

Celaena asintió.

—Encontraremos sitio para todo más tarde.

Sam se quedó callado.

—O sea que somos libres —dijo al fin. Celaena se volvió del todo hacia él. Tenía los ojos marrones muy vivos—. También me he

enterado de que has saldado mi deuda —continuó con la voz tensa —. Vendiste... vendiste a tu yegua asterión para hacerlo.

—No tenía elección. —Se giró hacia el tejado y se puso de pie—. Jamás me habría marchado dejándote encadenado a él.

—Celaena. —Sam pronunció su nombre como una caricia, deslizó la mano por su cintura. Luego apoyó la frente contra la de ella—. ¿Cómo podré pagártelo?

—No tienes que pagarme nada. —Celaena cerró los ojos y Sam le rozó los labios con los suyos.

—Te quiero —murmuró contra su boca—. Y, de hoy en adelante, no quiero volver a separarme de ti. Vayas donde vayas, iré yo. Aunque eso signifique visitar el infierno mismo; estés donde estés, ahí es donde quiero estar yo. Para siempre.

Celaena pasó los brazos alrededor de su cuello y le dio un beso profundo a modo de respuesta silenciosa.

Detrás de ellos, el sol se puso sobre la capital, envolviendo el mundo en sombras y luz carmesí.

LA ASESINA Y EL IMPERIO

DESPUÉS

Hecha un ovillo en un rincón de un carro de prisioneros, Celaena Sardothien observaba cómo los manchurrones de luz y sombras jugueteaban por la pared. Unos árboles, que justo empezaban a teñirse de los vívidos tonos del otoño, parecían mirarla a través del pequeño ventanuco con barrotes.

Apoyó la cabeza en la húmeda y mohosa pared de madera y se dedicó a escuchar los insistentes crujidos del carro, el irritante tintineo de los grilletes que llevaba en torno a las muñecas y los tobillos, la cháchara amortiguada y las risas ocasionales de los guardias que llevaban ya dos días escoltando su carreta.

Pero, aunque era consciente de todo ello, una especie de silencio adormecido se había instalado sobre ella como una capa. Lo ahogaba todo. Sabía que tenía sed y hambre, y que sus dedos estaban entumecidos por el frío, pero era como si en realidad no sintiera nada de eso.

El carro atravesó un profundo bache y la sacudió con tal violencia que se golpeó la cabeza contra la pared. Incluso ese dolor

le pareció distante.

Las motas de luz danzaban por los paneles de madera como copos de nieve.

Como ceniza.

Ceniza de un mundo que había ardido para quedar reducido a la nada, convertido en ruinas. Notaba el sabor a ceniza de ese mundo muerto posarse sobre sus labios resecos, asentarse sobre su lengua pastosa.

Prefería el silencio. En el silencio no podía oír la peor pregunta de todas: ¿se había buscado ella sola todo lo ocurrido?

El carro pasó por debajo de una arboleda especialmente densa que ocultó la luz. Por unos instantes, el silencio se retiró el tiempo suficiente como para que esa pregunta se abriera paso hasta su cerebro, como para que se metiera debajo de su piel, en su respiración y en sus huesos.

Y, en la oscuridad, recordó.

CAPÍTULO 1

Once días antes

Celaena Sardothien llevaba todo el año esperando aquella noche. Sentada sobre la pasarela de madera que recorría uno de los laterales de la cúpula dorada del Teatro Real, se empapó de la música procedente de la orquesta que tocaba más abajo. Con las piernas colgando, se inclinó hacia delante sobre la barandilla para apoyar la mejilla en sus brazos cruzados.

Los músicos estaban sentados en semicírculo en el escenario y llenaban el teatro de un sonido tan asombroso que a Celaena a veces se le olvidaba cómo respirar. Había oído aquella sinfonía en vivo cuatro veces en los últimos cuatro años, siempre con Arobynn. Se había convertido en su tradición de otoño. Aunque sabía que no debería, dejó que sus ojos se deslizaran hacia el palco privado donde, hasta el último mes, siempre se había sentado ella.

¿Era para fastidiarla o por pura ceguera por lo que Arobynn

Hamel estaba ahora sentado allí con Lysandra a su lado? Sabía muy bien lo que esa noche significaba para Celaena, sabía el ansia con la que la esperaba cada año. Y, aunque Celaena no había querido ir con él esta vez, y no quería volver a tener nada que ver con él jamás, Arobynn había llevado a Lysandra. Como si aquella noche no significara nada en absoluto para él.

Incluso desde allí arriba, Celaena podía ver al rey de los asesinos sujetando la mano de la joven cortesana, con la pierna apoyada contra las faldas del vestido rosa pálido de ella. Un mes después de que Arobynn hubiese ganado la puja por la virginidad de Lysandra, parecía que todavía estaba monopolizando su tiempo. No sería ninguna sorpresa que hubiese llegado a algún tipo de acuerdo con su madame para quedársela hasta que se cansara de ella.

Celaena no estaba segura de si se compadecía de Lysandra por ello.

Devolvió su atención al escenario. No sabía por qué había ido al teatro, ni por qué le había dicho a Sam que tenía «planes» y no podía reunirse con él en su taberna favorita.

A lo largo del último mes, Celaena no había visto a Arobynn ni había hablado con él, y tampoco quería hacerlo, pero aquella era su sinfonía preferida, una música tan bonita que, para llenar el año de espera entre las actuaciones, había aprendido a tocar buena parte de ella en el pianoforte.

El tercer movimiento llegó a su fin y la ovación reverberó por el centelleante arco de la cúpula. La orquesta esperó a que los aplausos se fuesen acallando antes de embarcarse en el jovial *allegro* que conducía a la apoteosis final.

Al menos allí arriba no tenía que preocuparse de ir bien vestida ni fingir que encajaba con la multitud enjoyada que ocupaba el patio de butacas. Se había colado con suma facilidad desde el tejado, y nadie había levantado la vista hacia la figura vestida de negro sentada detrás de la barandilla, casi oculta por las lámparas de araña que habían sido izadas y atenuadas para la actuación.

Allí arriba, podía hacer lo que quisiera. Podía apoyar la cabeza en los brazos o columpiar las piernas al son de la música, o incluso levantarse y bailar si quería. ¿Y qué si no volvía a sentarse jamás en ese amado palco, con sus asientos de terciopelo rojo y sus barandillas de madera pulida?

La música ondulaba por todo el teatro y cada nota era más brillante que la anterior.

Había *elegido* dejar a Arobynn. Había saldado la deuda que tenía con él, y también la deuda de Sam, y se había mudado. Había dejado atrás su vida como protegida de Arobynn Hamel. Había sido decisión suya, y no se arrepentía lo más mínimo, no después de que Arobynn la hubiese traicionado de un modo tan grave. La había humillado y le había mentido, y encima había utilizado su dinero para ganar la puja de Lysandra solo para fastidiarla.

Aunque todavía se consideraba la asesina de Adarlan, parte de ella se preguntaba cuánto tiempo dejaría Arobynn que conservara el título antes de nombrar otro sucesor. Aunque nadie podía reemplazarla *de verdad*. Le perteneciera o no a Arobynn, ella seguía siendo la mejor. Siempre sería la mejor.

¿O no?

Celaena parpadeó al darse cuenta de que, de algún modo, había dejado de oír la música. Podía cambiarse de sitio, colocarse donde las lámparas de araña le impidieran ver Arobynn y Lysandra. Se puso de pie, con el coxis dolorido por haber estado tanto tiempo sentada en la madera.

Dio un paso y los tablones de madera de la pasarela se combaron bajo sus botas negras. Luego se detuvo. Aunque sonaba justo como la recordaba, y cada nota era impecable, la música le parecía inconexa ahora. Aunque podía tocarla de memoria, de repente le daba la impresión de no haberla oído nunca, o de que su propio ritmo interior estaba ahora desacompasado con respecto al del resto del mundo.

Celaena echó otro vistazo hacia el palco que tan familiar le resultaba: Arobynn pasaba ahora su brazo largo y musculoso por el respaldo del asiento de Lysandra. El antiguo asiento de Celaena, el que estaba más próximo al escenario.

Sin embargo, merecía la pena. Era libre y Sam era libre, y Arobynn... había hecho todo lo posible por hacerle daño, por romperla. Pasar sin esos lujos era un precio muy bajo por una vida sin él mangoneándola a todas horas.

La música se intensificó hacia el frenesí de su clímax, se convirtió en un torbellino de sonido, y Celaena se descubrió caminando. No hacia otro sitio en el que sentarse, sino hacia la

portezuela que conducía al tejado.

La música rugió; cada nota era un soplo de aire contra su piel. Celaena echó la capucha de su capa por encima de su cabeza y salió al aire nocturno.

Eran casi las once cuando Celaena abrió la puerta de su apartamento y aspiró los ya familiares aromas de su hogar. Se había pasado gran parte del último mes amueblando el espacioso piso, oculto en la planta superior de un almacén de los barrios bajos, que ahora compartía con Sam.

Sam se había ofrecido una y otra vez a pagar la mitad del apartamento, pero ella siempre le había ignorado. No porque no quisiera su dinero (aunque en realidad no lo quería), sino más bien porque, por primera vez en su vida, tenía un lugar que era *suyo*. Y, aunque Sam le importaba mucho, quería que continuara siendo así.

Pasó dentro y miró en torno a sí por la gran sala: a la izquierda, una reluciente mesa de comedor de madera de roble, lo bastante grande para acoger ocho sillas tapizadas; a la derecha, un elegante sofá rojo, dos butacas y una mesa baja delante de la chimenea ahora apagada.

La frialdad de la chimenea le bastó para saber que Sam no estaba en casa.

Celaena podría haber entrado en la cocina para devorar la otra mitad de la tarta de frutas del bosque que Sam no se había terminado a la hora de comer; podría haberse quitado las botas de una patada y haberse instalado delante del ventanal a contemplar la maravillosa vista nocturna de la capital. Podría haber hecho muchas cosas distintas de no haber visto la nota sabre la mesita de la entrada.

«He salido un momento», decía la letra de Sam. «No me esperes levantada».

Celaena estrujó el papel apretando el puño. Sabía exactamente a dónde había ido. Y sabía exactamente por qué no quería que le esperara despierta.

Porque, si estaba dormida, había pocas posibilidades de que viera la sangre y los moratones que tendría cuando entrara tambaleándose por la puerta.

Con una ristra de palabrotas coloridas, Celaena tiró la nota al

suelo y salió del apartamento, cerrando de un portazo.

Si había un sitio en Rifthold donde siempre podía encontrarse a la escoria de la capital, era en las Criptas.

En una calle relativamente tranquila de los suburbios, Celaena les enseñó su dinero a los matones que montaban guardia ante la puerta de hierro y entró en la sala de recreo. El calor y el hedor la golpearon casi de inmediato, pero no dejó que eso resquebrajara su máscara de calma fría mientras descendía hacia el laberinto de cámaras subterráneas. Echó un vistazo a la multitud que se apelotonaba en torno al foso de pelea principal y supo sin lugar a dudas quién estaba haciendo que el público vitoreara de ese modo.

Bajó con arrogancia por las escaleras de piedra, manteniendo las manos cerca de las espadas y las dagas que, envainadas en su cinturón, rodeaban la parte baja de sus caderas. La mayoría de la gente habría optado por llevar más armas a las Criptas, pero Celaena había estado allí lo bastante a menudo como para conocer las amenazas que planteaba la clientela habitual, y sabía que podía cuidar sin problema de sí misma. Aun así, se dejó puesta la capucha para ocultar la mayor parte de su cara entre las sombras. Ser una mujer joven en un sitio como ese no estaba libre de obstáculos, sobre todo cuando gran parte de los hombres iban allí para el otro entretenimiento ofrecido por las Criptas.

Cuando llegó al pie de las estrechas escaleras, el hedor a cuerpos sin lavar, cerveza rancia y otras cosas peores la golpeó de lleno. Fue suficiente para revolverle el estómago, y dio gracias por no haber comido nada en las últimas horas.

Se deslizó entre la muchedumbre congregada alrededor del foso principal, procurando no mirar hacia las salas abiertas a ambos lados, hacia las chicas y las mujeres que no eran lo bastante afortunadas para que las vendieran a un burdel de clase alta como habían hecho con Lysandra. A veces, cuando Celaena quería sentirse desgraciada, se preguntaba si ella misma habría acabado como esas chicas de no haberla acogido Arobynn. Se preguntaba si las miraría a los ojos y alguna versión de ella misma le devolvería la mirada.

Así que era más fácil apartar los ojos.

Celaena se abrió paso a empujones entre los hombres y mujeres

apelotonados alrededor del foso, atenta a cualquier mano ajena ávida por hacerse con su dinero o con una de sus exquisitas armas.

Se apoyó contra una viga de madera y contempló el foso.

Sam se movía tan deprisa que el hombre enorme que se alzaba ante él no tenía ni una oportunidad de vencer. Sam esquivaba cada golpe con potencia y elegancia, en parte natural y en parte adquirida durante los años de entrenamiento en la Fortaleza de los Asesinos. Ninguno de los dos hombres llevaba camisa, y el fuerte pecho de Sam relucía de sudor y sangre. No su sangre, según constató Celaena; las únicas lesiones que podía ver eran un labio partido y un moratón en la mejilla.

El rival de Sam se abalanzó sobre él en un intento de lanzarle contra el suelo arenoso, pero Sam se giró y el gigantón pasó de largo trastabillando. Sam le dio una patada en la espalda con el pie descalzo. El hombre cayó a la arena con un golpe sordo que se sintió en el suelo de piedra. El público vitoreó.

Sam podría haber dejado al hombre inconsciente en cuestión de un instante. Podría haberle roto el cuello o haber puesto punto y final a la pelea de un montón de maneras diferentes. Sin embargo, por el brillo medio salvaje y satisfecho de los ojos de Sam, Celaena supo que estaba jugando con su oponente. Era probable que las lesiones de su propia cara hubiesen sido errores intencionados, para que pareciera que la pelea era más o menos equilibrada.

Pelear en las Criptas no era solo cuestión de derribar a tu rival, también era cuestión de dar buen espectáculo. El público se había vuelto loco de euforia, así que era probable que Sam les hubiese estado proporcionando una actuación de mil demonios. Y, a juzgar por toda la sangre que llevaba encima, daba la impresión de que esa actuación había tenido varios bises.

Un gruñido grave brotó del interior de Celaena. Había una sola regla en las Criptas: nada de armas, solo puños. Pero, aun así, podías resultar muy malherido.

Su contrincante se levantó a duras penas, pero Sam ya se había aburrido de esperar.

El pobre bruto no tuvo tiempo ni de levantar las manos cuando le lanzó una patada giratoria. Su pie se estrelló contra la cara del hombre, lo bastante fuerte como para que el impacto resonara por encima de los gritos de la multitud.

El rival se escoró hacia un lado, escupiendo sangre. Sam golpeó de nuevo: un puñetazo en la tripa. El hombre se dobló por la cintura, solo para que su nariz se topara con la rodilla de Sam. Su cabeza dio una sacudida y el gigante se tambaleó hacia atrás, atrás, atrás...

El público cantó victoria cuando el puño de Sam, cubierto de sangre y arena, conectó con el rostro desprotegido del hombretón. Incluso antes de que terminara su golpe, Celaena supo que era un puñetazo fulminante.

El hombre cayó a la arena y no se movió.

Resollando, Sam levantó sus brazos ensangrentados hacia el público.

Celaena se quedó prácticamente sorda con el clamoroso rugido con el que le respondieron. Apretó los dientes mientras el maestro de ceremonias cruzaba la arena para proclamar vencedor a Sam.

En realidad, no era justo. Daba igual qué rivales le buscaran, cualquiera que se enfrentara a él perdería.

Celaena se planteó entrar en el foso y desafiar a Sam ella misma.

Esa sí que sería una actuación que las Criptas no olvidarían jamás.

Se agarró los brazos con fuerza. No había conseguido un solo contrato en el mes transcurrido desde que había dejado a Arobynn, y aunque Sam y ella habían seguido entrenando lo mejor que podían... Oh, las ganas de saltar dentro de ese foso y derribarlos a todos eran abrumadoras. Una sonrisa perversa se desplegó por su rostro. Si esa gente creía que Sam era bueno, ella les daría algo por lo que gritar de verdad.

Sam la vio apoyada contra la columna. No perdió la sonrisa triunfal, pero Celaena vio un destello de desagrado centellear en sus ojos marrones.

La asesina hizo un gesto elocuente con la cabeza hacia la salida. Ese movimiento ya le decía a Sam lo suficiente: a menos que quisiera que fuese ella la que entrara en ese foso con él, había terminado por esa noche, y Celaena le esperaría en la calle mientras él recogía sus ganancias.

Y entonces empezaría la verdadera pelea.

—¿Debería sentirme aliviado o preocupado porque no hayas dicho

nada? —le preguntó Sam mientras andaban por las callejuelas de la ciudad de camino a casa. Celaena esquivó un pequeño charco que podía ser tanto de lluvia como de orina.

—He estado pensando en maneras de empezar que no consistan en ponerme a gritar.

Sam resopló con desdén y Celaena hizo rechinar los dientes. La bolsa de monedas que Sam llevaba atada a la cintura tintineaba. Aunque su cara quedaba casi oculta bajo la capucha de la capa, Celaena aún veía con claridad su labio partido.

—Me prometiste que no volverías a ir ahí —le acusó, cerrando los puños con fuerza. Sam mantuvo los ojos fijos en el estrecho callejón por el que caminaban, siempre alerta, siempre atento a cualquier señal de peligro.

—No te lo *prometí*. Te dije que lo pensaría.

—¡La gente muere en las Criptas! —exclamó Celaena un poco más alto de lo que pretendía, y sus palabras rebotaron contra las paredes de la callejuela.

—Mueren los tontos en busca de gloria. No los asesinos entrenados.

—Sigue habiendo accidentes. Cualquiera de esos hombres podría haber colado un cuchillo.

Sam soltó una risa rápida y ronca, llena de pura arrogancia masculina.

—¿De verdad tienes tan mal concepto de mis habilidades?

Giraron por otra calle, donde un grupo de personas fumaban en pipa a la puerta de una taberna poco iluminada. Celaena esperó hasta haber pasado por su lado antes de contestar.

—Arriesgarte por unas cuantas monedas es absurdo.

—Necesitamos todo el dinero que podamos conseguir —se defendió Sam en voz baja. Celaena se puso tensa.

—Tenemos dinero. —*Algo* de dinero, cada vez menos.

—No durará para siempre. No cuando no hemos sido capaces de conseguir otros contratos. Y mucho menos con tu estilo de vida.

—¡Mi estilo de vida! —bufó Celaena indignada. Aunque era verdad. Podía vivir con lo justo, pero su corazón amaba el lujo: la ropa elegante, la comida deliciosa y los muebles exquisitos. Había dado por sentadas todas esas cosas porque en la Fortaleza de los Asesinos se las daban sin pedirlas. Tal vez Arobynn hubiese llevado

una cuenta detallada del dinero que ella le debía, pero jamás les había cobrado por la comida, ni por los sirvientes, ni por los carruajes. Y ahora que vivían por su cuenta...

—Las peleas de las Criptas son victorias fáciles —continuó Sam —, Dos horas ahí y puedo ganar un dinerillo decente.

—Las Criptas son un montón de mierda putrefacta —espetó ella cortante—. Somos mejores que eso. Podemos ganar dinero en otros sitios. —No sabía dónde, ni cómo, en realidad, pero podía encontrar algo mejor que pelear en las Criptas.

Sam la agarró del brazo y la hizo girar para que le mirara.

—¿Y sinos marchamos de Rifthold? —Aunque la capucha ocultaba la mayor parte de su cara, Celaena lo miró arqueando las cejas—. ¿Qué nos retiene aquí?

Nada. Todo.

Incapaz de contestarle, Celaena liberó su brazo y continuó andando.

En verdad, era una idea absurda. Marcharse de Rifthold. ¿Donde irían, para empezar?

Llegaron a la nave y no tardaron nada en subir por las destartaladas escaleras de la parte de atrás y entrar en el apartamento del primer piso.

Celaena guardó silencio mientras se quitaba la capa y las botas, encendía unas velas y entraba en la cocina para prepararse una rebanada de pan untada de mantequilla. Y Sam tampoco dijo nada cuando se metió en la sala de baño para lavarse. El agua corriente era un lujo en el que el propietario anterior se había gastado una fortuna, un lujo que había sido la mayor prioridad de Celaena cuando estaba buscando sitios en los que vivir.

Los progresos como el agua corriente eran habituales en la capital, pero no demasiado frecuentes en otros lugares. Si se marchaban de Rifthold, ¿de qué cosas se vería obligada a prescindir?

Todavía le daba vueltas a esa pregunta cuando Sam entró descalzo en la cocina, sin rastro ya de sangre o arena. Aún tenía el labio de abajo hinchado y un moratón en la mejilla, por no mencionar los nudillos magullados, pero parecía estar de una pieza.

Sam se sentó en una de las sillas de la cocina y se cortó un trozo de pan. Comprar comida para la casa llevaba más tiempo del que

Celaena hubiese pensado jamás, y se había estado planteando contratar una asistenta, pero... eso costaba dinero. *Todo* costaba dinero.

Sam dio un mordisco, se sirvió un vaso de agua de la jarra que ella había dejado sobre la mesa de roble y se recostó hacía atrás en la silla. Detrás de él, la ventana que estaba sobre el fregadero revelaba el centelleante batiburrillo de la capital y el castillo de cristal iluminado que se alzaba por encima de ella.

—¿No vas a volver a hablarme en la vida o qué?

Celaena le lanzó una mirada asesina.

—Mudarse es caro. Si vamos a marcharnos de Rifthold, necesitaremos un poco más de dinero para tener reservas si no logramos encontrar trabajo de inmediato. —Celaena lo pensó un poco—. Un contrato más cada uno —caviló—. Puede que ya no sea la protegida de Arobynn, pero sigo siendo la asesina de Adarlan y tú eres..., bueno, tú eres tú. —Sam la miró con el ceño fruncido y, a pesar de la situación, Celaena sonrió—. Un contrato más —repitió —, y podemos mudarnos. Nos ayudaría con los gastos, nos proporcionaría el colchón que necesitamos.

—O podríamos mandarlo todo a paseo e irnos sin más.

—No voy a renunciar a todo para vivir como una pordiosera en alguna otra parte. Si nos vamos, lo haremos a mi manera.

Sam cruzó los brazos.

—No dejas de decir «si», pero ¿qué más hay que decidir?

Otra vez: nada. Todo.

Celaena respiró hondo.

—¿Cómo nos instalaremos en una ciudad nueva sin el apoyo de Arobynn?

El triunfo brilló en los ojos de Sam. Celaena procuró controlar su irritación. No había dicho a las claras que aceptaba mudarse, pero su pregunta era confirmación suficiente.

Antes de que Sam pudiera contestar, Celaena continuó hablando.

—Hemos crecido aquí y, aun así, este mes no hemos sido capaces de encontrar ni un encargo. Arobynn siempre se ocupaba de esas cosas.

—Y lo hacia así a propósito —gruñó Sam—. Y creo que nos iría muy bien en otro sitio. No necesitamos su apoyo. Cuando nos mudemos, también vamos a dejar el Gremio. No quiero tener que

pagar cuotas el resto de mi vida, y no quiero tener nada que ver con ese bastardo confabulador nunca más.

—Sí, pero sabes que necesitamos su bendición. Tenemos que hacer... enmiendas. Y necesitamos que acepte dejarnos abandonar el Gremio de manera pacífica. —Casi se atragantó con las palabras, pero consiguió pronunciarlas.

Sam se levantó de un salto.

—¿Tengo que recordarte lo que nos ha hecho? ¿Lo que te ha hecho a ti? Sabes bien que no encontramos encargos porque Arobynn se ha asegurado de que todo el mundo sepa que no debe contratarnos.

—Exacto. Y la cosa seguirá empeorando. El Gremio de los Asesinos nos castigaría por abrir nuestro propio negocio en otra parte sin la aprobación de Arobynn.

Lo cual era verdad. Aunque habían saldado sus deudas con Arobynn, seguían siendo miembros del Gremio, y seguían estando obligados a pagar unas cuotas anuales. Un asesino del Gremio respondía ante Arobynn. Le obedecía. Tanto a Celaena como a Sam los habían enviado más de una vez en busca de miembros del Gremio que habían empezado a actuar en solitario y se negaban a pagar sus cuotas, o que habían infringido alguna regla sagrada. Esos asesinos habían tratado de esconderse, pero solo había sido cuestión de tiempo que los encontraran. Y las consecuencias no habían sido agradables.

Celaena y Sam les habían proporcionado a Arobynn y al Gremio mucho dinero y una considerable notoriedad, así que sus decisiones y sus carreras se habían seguido de cerca. Incluso con sus deudas saldadas, les pedirían un pago de salida, si tenían suerte. Si no..., bueno, sería una solicitud muy peligrosa.

—O sea —prosiguió—, que, a menos que quieras acabar con el cuello rajado, tenemos que conseguir la aprobación de Arobynn para desvincularnos del Gremio antes de marcharnos. Y, como pareces tener mucha prisa por salir de la capital, iremos a verle mañana mismo.

Sam frunció los labios.

—No voy a arrastrarme ante él.

—Yo tampoco. —Fue hasta el fregadero, plantó una mano a cada lado y miró por la ventana. Rifthold. ¿De verdad podría

dejarlo atrás? Tal vez lo odiara a veces, pero... aquella era *su* ciudad. Marcharse, empezar de cero en un lugar nuevo en alguna parte del continente... ¿Podría hacerlo?

Sonaron unos pasos por el suelo de madera y un aliento cálido le acarició el cuello. Entonces, los brazos de Sam se deslizaron alrededor de su cintura desde atrás. Sam apoyó la barbilla en el hueco entre el hombro y el cuello de Celaena.

—Solo quiero estar contigo —murmuró—. No me importa dónde vayamos. Eso es todo lo que quiero.

Celaena cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la suya. Olía a su jabón de lavanda, el jabón de lavanda caro que ya una vez le había advertido que no usara nunca más. Lo más probable era que Sam no tuviera ni idea de a qué jabón se refería. Celaena tendría que empezar a esconder sus amados artículos de tocador y dejar fuera algo más barato para él. En cualquier caso, Sam no se daría ni cuenta de la diferencia.

—Siento haber ido a las Criptas —murmuró contra su piel. Plantó un beso debajo de su oreja.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. Aunque habían compartido el dormitorio durante el último mes, todavía no habían cruzado ese último umbral de intimidad. Quería hacerlo, y él sin duda también, pero habían cambiado muchas cosas muy deprisa. Algo tan monumental como aquello podía esperar un poquito más. Claro que eso tampoco les impedía disfrutar el uno del otro.

Sam le besó la oreja, rozándole el lóbulo con los dientes, y el corazón de Celaena dio un traspié.

—No uses los besos para embaucarme y que acepte tus disculpas —logró decir, aunque al mismo tiempo ladeó la cabeza para facilitarle el acceso.

Sam se rio bajito; su aliento le acarició el cuello.

—Merecía la pena intentarlo.

—Si vuelves a ir a las Criptas —le dijo Celaena mientras él le mordisqueaba la oreja—, saltaré dentro y te dejaré inconsciente yo misma.

Celaena notó cómo él sonreía contra su piel.

—Podrías intentarlo. —Le mordió el lóbulo; no lo bastante fuerte para que doliera, pero sí lo suficiente como para indicarle que había dejado de escuchar.

Celaena se giró entre sus brazos y le miró ceñuda, miró su precioso rostro iluminado por el resplandor de la ciudad, miró sus ojos, tan oscuros e intensos.

—Y has usado mi jabón de lavanda. No vuelvas a hacer...

Pero entonces los labios de Sam encontraron los suyos y Celaena dejó de hablar durante un buen rato.

Aun así, mientras estaban allí de pie, con los cuerpos enroscados el uno en torno al otro, una pregunta todavía flotaba en el aire. Una pregunta que ninguno de los dos se había atrevido a pronunciar en voz alta.

¿Los dejaría marchar Arobynn Hamel?

CAPÍTULO 2

Cuando Celaena y Sam entraron en la Fortaleza de los Asesinos al día siguiente, era como si no hubiese cambiado nada. Los recibió la misma ama de llaves temblorosa, que los hizo pasar antes de alejarse a toda prisa, y Wesley, el guardaespaldas de Arobynn, estaba plantado en su lugar habitual a la puerta del despacho del rey de los asesinos.

Caminaron hasta él, y Celaena aprovechó cada paso, cada respiración, para tomar nota mental de los detalles. Dos espadas cruzadas a la espalda de Wesley, una en su costado, dos dagas envainadas en su cintura, el destello de una más remetida en su bota, probablemente otra escondida también en la otra bota. Los ojos de Wesley estaban alerta, avispados, sin ninguna señal de agotamiento ni de enfermedad ni de nada que Celaena pudiese utilizar a su favor si al final se producía un enfrentamiento.

Sam, por su parte, se limitó a acercarse a Wesley y, a pesar de lo callado que había estado en su largo trayecto hasta allí, le tendió la mano y le saludó con cordialidad.

—Me alegro de verte, Wesley.

Wesley le estrechó la mano y le dedicó una media sonrisa.

—Yo diría que tienes buen aspecto, chico, pero ese moratón dice otra cosa. —Wesley miró a Celaena, que levantó la barbilla y soltó el aire por la nariz—. Tú estás más o menos igual —comentó, con un brillo desafiante en los ojos. Celaena nunca le había gustado, así que tampoco se había molestado nunca en ser amable con ella. Como si siempre hubiese sabido que Arobynn y ella acabarían enfrentados y que él sería la primera barrera defensiva. Celaena pasó por delante de él.

—Y tú sigues pareciendo un idiota —le dijo con dulzura, y abrió la puerta del despacho. Sam musitó una disculpa mientras Celaena entraba en la habitación para encontrar a Arobynn esperándolos.

El rey de los asesinos los observó sonriendo, con las manos juntas sobre la mesa delante de él. Wesley cerró la puerta detrás de Sam y los dos tomaron asiento en silencio ante el enorme escritorio de roble de Arobynn.

Una mirada a la cara tensa de Sam le indicó a Celaena que él también estaba recordando la última vez que los dos habían estado allí juntos. Aquella noche ambos habían acabado inconscientes de la paliza que les había propinado Arobynn. Esa había sido la noche en que la lealtad de Sam se había pasado al otro bando, cuando había amenazado con matar a Arobynn por golpearla. Era la noche en que todo había cambiado.

La sonrisa de Arobynn se ensanchó: una expresión ensayada y elegante disfrazada de benevolencia.

—Aunque estoy encantado de veros con tan buena salud —empezó—, ¿quiero saber siquiera lo que os trae a los dos de vuelta a casa? —«A casa». Esa ya no era su casa, y Arobynn lo sabía. La palabra era solo otra arma.

Sam se puso tenso, pero Celaena se inclinó hacia delante. Habían acordado que ella sería la encargada de hablar, puesto que era más probable que Sam perdiera los estribos en todo lo relacionado con Arobynn.

—Tenemos una proposición para ti —explicó, muy quieta. Estar cara a cara con Arobynn después de todas sus traiciones le revolvía el estómago. Cuando había abandonado aquel despacho hacía un mes, había jurado que le mataría si volvía a molestarla alguna vez.

Y Arobynn, para sorpresa de todos, había mantenido las distancias.

—¿Ah, sí? —Arobynn se echó hacia atrás en su silla.

—Nos vamos de Rifthold —dijo Celaena con voz fría y calmada —. Y también nos gustaría irnos del Gremio. Lo ideal sería montar nuestro propio negocio en otra ciudad del continente. Nada que rivalizara con el Gremio —añadió con tono suave—, solo un pequeño negocio para ganarnos la vida. —Puede que necesitara su aprobación, pero no tenía por qué arrastrarse ante él.

Arobynn miró de Celaena a Sam. Sus ojos plateados se entornaron al ver el labio partido del chico.

—¿Una pelea de enamorados?

—Un malentendido —se apresuró a contestar Celaena, antes de que Sam pudiese soltar una réplica cortante. Era de esperar que Arobynn se negara a darles una respuesta inmediata. Sam agarró los reposabrazos de madera de su silla.

—Ah —repuso Arobynn, aún sonriendo. Aún tranquilo y cortés y letal—. ¿Y exactamente dónde estáis viviendo ahora? En algún sitio agradable, espero. No me gustaría que mis mejores asesinos vivieran en la miseria.

Los obligaría a jugar a ese juego de intercambiar palabras bonitas hasta que él quisiera responder a su pregunta. A su lado, Sam estaba rígido en su asiento. Celaena prácticamente pudo sentir la ira ardiente que rezumó de él cuando Arobynn dijo «mis asesinos». Otro uso afilado de las palabras. Celaena se tragó su propia rabia creciente.

—Tienes buen aspecto, Arobynn —comentó. Si él no respondía a las preguntas de Celaena, ella tampoco respondería a las suyas. Sobre todo a las relativas a su actual alojamiento, aunque lo más probable era que ya lo conociera.

Arobynn agitó una mano a su alrededor, bien repanchingado en su asiento.

—Esta Fortaleza está demasiado vacía sin vosotros dos por aquí.

Lo dijo con tal convicción, como si se hubiesen marchado solo para fastidiarle, que Celaena se preguntó si hablaba en serio, si de algún modo había olvidado lo que le había hecho a ella y cómo había tratado a Sam.

—Y ahora que habláis de trasladaros fuera de la capital y abandonar el Gremio... —La expresión de Arobynn era

indescifrable. Celaena siguió respirando con regularidad, evitando que su corazón se acelerase. Una no respuesta a su pregunta. Ella mantuvo la barbilla levantada.

—Entonces, ¿el Gremio aceptará que nos vayamos? —Las palabras hacían equilibrios sobre el filo de una navaja.

Los ojos de Arobynn centellearon.

—Sois libres de mudaros. —«Mudaros». No había dicho nada sobre salir del Gremio. Celaena abrió la boca para pedir una confirmación más clara, pero entonces...

—Danos una jodida respuesta. —Sam le enseñaba los dientes con el rostro blanco de ira.

Arobynn le dedicó a Sam una sonrisa tan letal que Celaena reprimió el impulso de sacar una daga.

—Acabo de hacerlo. Los dos sois libres de hacer lo que queráis.

Celaena disponía de apenas unos segundos antes de que Sam explotara, antes de que empezara una reyerta que lo arruinaría todo. La sonrisa de Arobynn se ensanchó y las manos de Sam cayeron con disimulo a sus lados, de modo que sus dedos quedaron muy cerca de las empuñaduras de sus armas.

«Mierda».

—Estamos dispuestos a ofrecer esta cantidad por salir del Gremio —los interrumpió Celaena, desesperada por encontrar cualquier cosa que evitara que llegaran a las manos. Por todos los dioses, anhelaba enzarzarse en una pelea, pero no en esa, no con Arobynn. Por suerte, ambos se giraron hacia ella cuando mencionó la suma—. Es un precio más que satisfactorio por dejarnos marchar y montar nuestro propio negocio en otra parte.

Arobynn la miró durante un momento demasiado largo antes de hacerle una contraoferta.

—¿Estás loco?

Sam se levantó de un salto, Celaena estaba demasiado aturdida para moverse. Esa cantidad de dinero... De algún modo, Arobynn tenía que saber cuánto le quedaba en el banco. Porque pagarle lo que pedía la dejaría sin blanca. El único dinero que les quedaría serían los escasos ahorros de Sam y lo que pudiese conseguir por el apartamento (que quizás costara vender, dada su ubicación y su inusual distribución).

Celaena contestó a su oferta con otra, pero Arobynn se limitó a

negar con la cabeza y levantó la vista hacia Sam.

—Vosotros dos sois mis mejores asesinos —dijo con una calma irritante—. Si os marcháis, el respeto y el dinero que le proporcionaríais al Gremio se perderán. Tengo que tenerlo en cuenta. El precio es generoso.

—*Generoso* —bufó Sam.

Pero Celaena, con el estómago del revés, levantó la barbilla. Sabía que podía seguir lanzándole cifras hasta que se le pusiera la cara azul, pero era obvio que él había escogido esa por algo. No cedería ni un ápice. Era una última bofetada, un último giro del cuchillo con la única intención de castigarla.

—Acepto —dijo con una sonrisa insulsa. Sam giró la cabeza hacia ella a toda velocidad, pero Celaena mantuvo los ojos fijos en el elegante rostro de Arobynn—. Haré que transfieran los tondos a tu cuenta de inmediato. Y, una vez que esté hecho, nos marcharemos, y espero que ni tú ni el Gremio volváis a molestarnos jamás. ¿Entendido?

Celaena se puso de pie. Tenía que salir de allí. Volver había sido un error. Se metió las manos en los bolsillos para disimular que habían empezado a temblarle. Arobynn sonrió y ella supo que ya se había dado cuenta.

—Entendido.

—No tenías ningún derecho a aceptar su oferta —espetó Sam, indignado. Su rostro rezumaba tal furia que la gente con la que se cruzaban por la ancha avenida de la ciudad casi saltaba para apartarse de su camino—. Ningún derecho a hacerlo sin consultarme. ¡Ni siquiera has regateado!

Celaena iba mirando los escaparates. Le encantaba el barrio comercial en el corazón de la ciudad, sus aceras limpias bordeadas de árboles, la avenida principal que llevaba directa hasta las escaleras de mármol del Teatro Real, cómo allí podía encontrar cualquier cosa, desde zapatos y perfumes hasta joyas y armas sofisticadas.

—Si pagamos esa cifra, ¡estamos obligados a conseguir un contrato antes de marcharnos!

«Si pagamos esa cifra».

—*Voy* a pagar esa cifra —insistió Celaena.

—Y una mierda.

—Es mi dinero y puedo hacer lo que me dé la gana con él.

—Ya pagaste tu deuda y la mía. No voy a dejar que le des ni un cobre más. Encontraremos la forma de evitar ese pago final.

Pasaron por delante de la atestada entrada de un salón de té muy popular, en el que mujeres de vestidos elegantes charlaban las unas con las otras en el cálido sol otoñal.

—¿Cuál es el problema, que haya pedido tanto dinero o que sea yo la que lo paga?

Sam se paró en seco y, aunque ni se fijó en las damas del salón de té, ellas ciertamente se fijaron en él. Aun con la ira que desprendía, Sam era guapísimo. Y estaba demasiado enfadado para darse cuenta de que aquel no era el mejor sitio para discutir.

Celaena le agarró del brazo y le arrastró por la calle. Notó los ojos de las damas sobre ella al hacerlo. No pudo evitar sentir un fogonazo de vanidad cuando admiraron su exquisita túnica azul oscuro, bordada en hilo de oro en las solapas y los puños, sus pantalones ceñidos color marfil y sus botas marrones hasta las rodillas, hechas de un cuero tan suave como la mantequilla. Aunque la mayoría de las mujeres, sobre todo las adineradas o de noble cuna, optaban por llevar vestidos y tortuosos corsés, los pantalones y las túnicas eran lo bastante comunes como para que su ropa elegante no les pasara desapercibida a las damas que se entretenían en los salones de té.

—El problema —masculló Sam entre dientes— es que estoy harto de sus jueguecitos, y casi estoy más decidido a cortarle el cuello que a pagar ese dinero.

—Entonces eres tonto. Si nos marchamos de Rifthold por las malas, jamás podremos instalarnos en ninguna parte, no si queremos conservar nuestra ocupación actual. E incluso si decidiéramos encontrar profesiones honradas, siempre me preguntaría si él o el Gremio aparecerían un día para exigirnos ese dinero. Así que, si tengo que darle hasta el último cobre de mi cuenta bancaria para asegurarme de que puedo dormir en paz durante el resto de mi vida, así será.

Llegaron a la enorme intersección del corazón del barrio comercial, donde el Teatro Real abovedado se alzaba por encima de las calles atestadas de caballos, carros y personas.

—¿Dónde trazamos la raya? —le preguntó Sam en voz baja—. ¿Cuándo decimos «basta»?

—Esta es la última vez.

Sam soltó un resoplido desdeñoso.

—Sí, seguro que lo es. —Giró por una de las avenidas, en dirección contraria a su apartamento.

—¿Adónde vas?

—Necesito aclarar las ideas —le dijo, tras girarse hacia ella—. Te veré en casa. —Celaena le observó mientras cruzaba la ajetreada avenida, le observó hasta que fue engullido por el bullicio de la capital.

Luego echó a andar también, a dondequiera que la llevaran sus pies. Pasó por delante de las escaleras del Teatro Real y siguió andando; las tiendas y los vendedores no eran más que un borrón ante sus ojos. El día se estaba revelando como un ejemplo realmente precioso del otoño: el aire era fresco, pero el sol aún calentaba.

En cierto modo, Sam tenía razón. Pero ella le había metido en ese lío, ella lo había empezado todo en Bahía de la Calavera. Aunque Sam decía que llevaba años enamorado de ella, si Celaena hubiese mantenido las distancias en los últimos meses, él no estaría en esa situación. Quizás, si hubiese sido más lista, se habría limitado a romperle el corazón y dejar que se quedara con Arobynn. Que Sam la odiara era más fácil que aquello. Ahora era... responsable de él. Y eso resultaba aterrador.

Sam le importaba más de lo que le había importado nadie nunca, y ella había arruinado la carrera para la que él se había estado preparando toda la vida, así que ahora entregaría todo su dinero para asegurarse de que al menos pudiera ser libre.

Pero no podía explicarle que lo pagaba todo porque se sentía culpable. Sam se ofendería.

Celaena dejó de andar y se encontró en la otra punta de la ancha avenida, enfrente de las verjas del castillo de cristal. No se había dado cuenta de que había llegado tan lejos, ni de que había estado tan sumida en sus pensamientos. Solía evitar acercarse tanto al castillo.

Las verjas de hierro estaban muy bien vigiladas. Conducían a un largo sendero flanqueado por árboles que serpenteaba hasta el infame edificio. Echó la cabeza hacia atrás para ver la cima de las

torres que rozaban el cielo, las torretas que centelleaban al sol de media mañana. Lo habían construido sobre el castillo de piedra original y era el mayor logro del imperio de Adarlan.

Ella lo odiaba.

Incluso desde la calle, podía ver gente pululando por los lejanos jardines del castillo: guardias uniformados, damas de voluminosos vestidos, sirvientes ataviados con la ropa propia de su profesión... ¿Qué tipo de vidas llevaban, allí a la sombra del rey?

Sus ojos subieron hasta la torre más alta, de piedra gris, de la que sobresalía un pequeño balcón cubierto de hiedra trepadora. Era muy fácil imaginar que la gente que había en el interior no tenía nada de lo que preocuparse.

Sin embargo, dentro de ese edificio reluciente, todos los días se tomaban decisiones que afectaban a Erilea. Dentro de ese edificio, se había declarado que la magia estaba proscrita y se había decidido crear los campos de trabajos forzados de Calaculla y Endovier. Dentro de ese edificio, moraba el asesino que se autodenominaba rey, el hombre al que ella temía más que a cualquier otro. Si las Criptas eran el corazón de los bajos fondos de Rifthold, el castillo de cristal era el alma del imperio de Adarlan.

Le daba la sensación de que el castillo la observaba, como una bestia gigante de cristal, piedra y hierro. Contemplarlo hacía que sus problemas con Sam y con Arobynn parecieran intrascendentes, como mosquitos zumbando delante de las enormes fauces de una criatura preparada para devorar el mundo.

Un viento gélido sopló por su lado y varios mechones de pelo se soltaron de su trenza. No debería haberse permitido acercarse tanto, aunque las posibilidades de toparse con el rey eran más bien inexistentes. Solo pensar en él le provocaba un miedo tan intenso que la atravesaba de arriba abajo.

Su único consuelo era que la mayoría de las personas de los reinos conquistados por el rey debían de sentirse igual. Cuando el rey había entrado en Terrasen hacía nueve años, la invasión había sido rápida y brutal, tan brutal que incluso Celaena se sentía enferma al recordar algunas de las atrocidades que se habían cometido para asegurar la conquista.

Con un estremecimiento, giró sobre los talones y se encaminó hacia casa.

Sam no regresó hasta la hora de la cena.

Celaena estaba tumbada en el sofá delante del fuego de la chimenea con un libro en la mano cuando él entró en el apartamento. La capucha todavía le cubría la mitad de la cara, y la empuñadura de la espada cruzada a su espalda centelleó en la luz anaranjada de la habitación. Mientras cerraba con llave la puerta tras de sí, Celaena captó el tenue brillo de los guanteletes que llevaba en los antebrazos: grueso cuero bordado que disimulaba unas dagas ocultas. Sam se movía con tal precisión y control que Celaena pestañeó. A veces resultaba demasiado fácil olvidar que el joven con el que compartía el apartamento también era un asesino entrenado e implacable.

—Tengo un cliente. —Se quitó la capucha y se apoyó contra la puerta, con los brazos cruzados sobre el ancho pecho.

Celaena cerró el libro que había estado devorando y lo dejó en el sofá.

—¿Y eso?

Los ojos marrones de Sam brillaban, pero su expresión era indescifrable.

—Pagará. Mucho. Y quiere evitar que llegue a oídos del Gremio de los Asesinos. Hay incluso un contrato para ti en todo el asunto.

—¿Quién es el cliente?

—No lo sé. El hombre con el que he hablado llevaba los disfraces habituales: capucha, ropa anodina. Es posible que actuara en nombre de otra persona.

—¿Por qué quieren evitar al Gremio? —Celaena se movió para sentarse sobre el brazo del sofá. La distancia que la separaba de Sam parecía demasiado grande, demasiado llena de relámpagos.

—Porque quieren que mate a Ioan Jayne y a su lugarteniente, Rourke Farran.

Celaena le miró pasmada.

—Ioan Jayne. —El mayor señor del crimen de todo Rifthold.

Sam asintió. Una especie de rugido llenó los oídos de Celaena.

—Está demasiado bien protegido —dijo—. Y Farran... Ese hombre es un psicópata. Es un sádico.

Sam se acercó a ella.

—Dijiste que para mudarnos a otra ciudad necesitamos dinero. Y, puesto que insistes en hacer ese pago al Gremio, resulta que es

verdad que lo necesitamos. Así que, a menos que quieras que acabemos ejerciendo de ladrones, sugiero que aceptemos el encargo.

Celaena tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle.

—Jayne es peligroso.

—Entonces, es una suerte que seamos los mejores, ¿no crees? — Aunque le dedicó una sonrisa sugerente, Celaena pudo ver la tensión de sus hombros.

—Deberíamos buscar otro contrato. Tiene que haber alguien más ahí fuera.

—Eso no lo sabes. Y nadie más pagaría tanto. — Anunció la cifra y Celaena alzó mucho las cejas. Con eso, estarían muy cómodos. Podrían vivir en cualquier sitio.

—¿Estás seguro de que no sabes quién es el cliente?

—¿Estás buscando excusas para decir que no?

—Estoy tratando de asegurarme de que estemos a salvo —espetó cortante—. ¿Sabes cuántas personas han intentado acabar con Jayne y Farran? ¿Sabes cuántas siguen con vida?

Sam se pasó una mano por el pelo.

—¿Quieres estar conmigo?

—¿Qué?

—¿Quieres estar conmigo?

—Sí. —En ese momento, era todo lo que quería.

Una media sonrisa tironeó de los labios de Sam.

—Entonces, lo haremos, y así tendremos el dinero suficiente para atar todos los cabos sueltos en Rifthold e instalarnos en alguna otra parte. Si dependiera de mí, me iría esta noche sin darles ni a Arobynn ni al Gremio un solo cobre, pero tienes razón: no quiero pasarme la vida mirando atrás. Tiene que ser una ruptura limpia. Eso es lo que quiero para nosotros. —A Celaena se le cerró la garganta y volvió el rostro hacia el fuego. Sam puso un dedo debajo de su barbilla y le levantó la cabeza para que le mirara otra vez—. ¿Vendrás conmigo a por Jayne y Farran?

Era tan guapo..., estaba tan lleno de todas las cosas que ella quería, de todos los sueños que ella tenía... ¿Cómo era posible que no se hubiese percatado nunca hasta ese año? ¿Cómo era posible que se hubiese pasado tanto tiempo odiándole?

—Lo pensaré —respondió con voz ronca. No era solo chulería.

Era verdad que tenía que pensarlo. Sobre todo si los objetivos eran Jayne y Farran.

La sonrisa de Sam se ensanchó, y se inclinó para darle un beso suave en la sien.

—Es mejor que un no.

La respiración de ambos se entremezcló.

—Siento lo que he dicho hoy.

—¿Una disculpa de Celaena Sardothien? —La luz danzaba en sus ojos—. ¿Acaso estoy soñando?

Celaena frunció el ceño, pero Sam la besó. Ella pasó los brazos alrededor de su cuello y abrió la boca a la suya. Un ruido grave y gutural escapó de él cuando sus lenguas se encontraron. Las manos de Celaena se enredaron con la correa que sujetaba la espada a la espalda de Sam y soltaron la hebilla.

La espada cayó al suelo de madera detrás de ellos. Sam la miró otra vez a los ojos, y eso bastó para que ella le abrazara con más fuerza. Sam la besó a conciencia, despacio, como si tuvieran una vida entera de besos por delante.

A Celaena le gustaba eso. Mucho.

Sam deslizó un brazo por detrás de su espalda y el otro por debajo de sus rodillas para levantarla con un solo movimiento elegante y fluido. Aunque Celaena jamás lo reconocería, casi se desmayó de la emoción.

La llevó del salón al dormitorio y la depositó sobre la cama con suavidad. Se retiró solo el tiempo necesario para quitarse esos guanteletes letales de las muñecas, las botas, la capa, el jubón y la camisa de debajo. Celaena contempló su piel dorada y su pecho musculoso, así como las finas cicatrices que salpicaban su torso. Tenía el corazón tan acelerado que apenas podía respirar.

Sam era suyo. Esa criatura magnífica y poderosa era suya.

La boca de Sam encontró la suya otra vez y se acomodaron mejor en la cama. Sus hábiles manos bajaron y bajaron, exploraron cada centímetro de ella, hasta que Celaena estuvo tumbada de espaldas y él se apoyaba en los antebrazos por encima de ella. Le besó el cuello y Celaena se arqueó hacia él cuando deslizó las manos por su pecho y su abdomen, desabrochando la túnica por el camino. No quería saber dónde había aprendido Sam a hacer esas cosas, porque si alguna vez se enteraba de los nombres de aquellas

chicas...

Se le cortó la respiración cuando por fin llegó al último botón y le quitó la prenda. Sam bajó la vista hacia el cuerpo de Celaena, respirando entrecortadamente. Habían ido más allá de esto antes, pero había una pregunta en sus ojos, una pregunta escrita en cada centímetro de su cuerpo.

—Esta noche no —susurró Celaena con las mejillas al rojo vivo —. Todavía no.

—No tengo ninguna prisa —la tranquilizó Sam, al tiempo que se inclinaba para rozar su hombro con la nariz.

—Es solo que... —Por todos los dioses, debería dejar de hablar. No le debía ninguna explicación, y él tampoco se la había pedido, pero...—. Esto solo ocurre una vez, y me gustaría disfrutar de cada paso. —Sam entendió qué quería decir: esa relación entre ellos, ese vínculo que se estaba formando, tan inquebrantable que había hecho que el eje del mundo de Celaena se inclinara hacia él. Eso la aterraba más que nada.

—Puedo esperar —dijo Sam con voz pastosa mientras le besaba la clavícula—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Tal vez tuviera razón. Y pasar todo el tiempo del mundo con Sam...

Ese era un tesoro por el que merecía la pena pagar cualquier precio.

CAPÍTULO 3

El amanecer se coló en su habitación, llenándola de una luz dorada que iluminó el pelo de Sam y lo hizo brillar como bronce.

Apoyada sobre un codo, Celaena le observaba mientras dormía.

Su tronco desnudo todavía conservaba el moreno glorioso del verano; sugería días enteros de entrenamiento en uno de los patios de la Fortaleza, o quizás días de ocio a la orilla del Avery. Había cicatrices de longitudes variadas diseminadas por su espalda y sus hombros, algunas finas y lisas, otras más gruesas e irregulares. Una vida entera entrenando y luchando... El cuerpo de Sam era un mapa de sus aventuras, una prueba de lo que era crecer con Arobynn Hamel.

Celaena deslizó un dedo por el surco de su columna. No quería ver ni una sola cicatriz nueva en su piel. No quería esa vida para él, Sam era mejor que eso. Se merecía algo mejor.

Cuando se mudaran, tal vez no pudieran dejar atrás la muerte y los asesinatos y todo lo que venía con ellos desde el principio, pero algún día, en un futuro lejano, quizás...

Celaena retiró el pelo de los ojos de Sam. Algún día, los dos dejarían para siempre sus espadas y sus dagas y sus flechas. Y, al marcharse de Rifthold, al marcharse del Gremio, darían el primer paso hacia ese día, aunque tuviesen que seguir trabajando como asesinos durante unos cuantos años más.

Sam abrió los ojos y, al verla observándole, le regaló una sonrisa soñolienta.

Fue como un puñetazo en el estómago. Sí, por él, podría renunciar a ser la asesina de Adarlan, podía renunciar a la notoriedad y la fortuna.

Sam tiró de ella hacia sí, envolvió un brazo en torno a su cintura desnuda y la apretó contra su cuerpo. Le rozó el cuello con la nariz y aspiró su aroma.

—Acabemos con Jayne y Farran —dijo Celaena.

Sam ronroneó una respuesta contra su piel que le indicaba que solo estaba medio despierto, y que su mente estaba en cualquier sitio menos con Jayne y Farran.

Celaena le clavó las uñas en la espalda y Sam gruñó de fastidio, pero no hizo ni ademán de despertarse.

—Eliminaremos a Farran primero, para debilitar la cadena de mando. Sería muy arriesgado acabar con ambos al mismo tiempo. Podrían torcerse demasiadas cosas. Pero, si matamos primero a Farran, aunque los guardias de Jayne estarán sobre aviso, también se encontrarán sumidos en un caos total. Y ahí es cuando despachamos a Jayne. —Era un plan sólido. A Celaena le gustaba. Solo necesitaban unos pocos días para investigar con qué defensas contaba Farran y averiguar cómo superarlas.

Sam farfulló otra respuesta que sonaba como «lo que tú quieras, solo vuelve a dormirte».

Celaena contempló el techo y sonrió.

Después de desayunar y de que Celaena fuese al banco a transferir a la cuenta de Arobynn una suma de dinero escandalosa (una acción que dejó tanto a Celaena como a Sam bastante hundidos e irritables), pasaron el día recopilando información sobre loan Jayne. Siendo el mayor mafioso de Rifthold, Jayne estaba bien protegido y tenía peones por todas partes: huérfanos que espiaban por las calles, prostitutas que trabajaban en las Criptas, camareros y

comerciantes e incluso algunos guardias de la ciudad.

Todo el mundo sabía cuál era su casa: un inmenso edificio de tres pisos construido en piedra blanca situado en una de las mejores calles de Rifthold. El lugar estaba tan bien vigilado que pasar más de una vez por delante era arriesgado. El mero hecho de pararse a mirar un rato podía despertar el interés de uno de esos secuaces de Jayne que rondaban por la calle.

Parecía absurdo que Jayne tuviese la casa en esa calle. Sus vecinos eran comerciantes prósperos y nobles menores. ¿Sabían ellos quién vivía en la puerta de al lado y qué tipo de maldades tenían lugar bajo ese tejado de color esmeralda?

Celaena y Sam tuvieron un golpe de suerte cuando pasaban frente a la casa, como si no fuesen más que una pareja bien parecida y bien vestida que daba un paseo matutino por la capital. Justo entonces, Farran, el lugarteniente de Jayne, salía pavoneándose por la puerta y se dirigió al carruaje negro aparcado delante.

Celaena notó que el brazo de Sam se tensaba bajo su mano, aunque el chico mantuvo la vista al frente, sin atreverse a mirar al hombre demasiado tiempo por si acaso alguien se percataba. Celaena, sin embargo, fingió que había descubierto un enganchón en su túnica verde bosque y pudo echar unas cuantas miradas discretas.

Había oído hablar de Farran. Casi todo el mundo había oído hablar de él. Si ella tenía algún rival en cuanto a notoriedad, era él.

Alto y ancho de hombros, y todavía en la veintena, Farran había sido abandonado en las calles de Rifthold al nacer. Había empezado a trabajar para Jayne como uno de sus espías huérfanos y, a lo largo de los años, había ido ascendiendo en la enrevesada corte de Jayne, dejando un rastro de cadáveres a su paso hasta que este le nombró su lugarteniente. Al verle ahora, con su elegante ropa gris y su reluciente pelo negro engominado, era imposible saber que antaño había sido una de las violentas bestiecillas que rondaban por los barrios bajos en manadas salvajes.

Mientras bajaba las escaleras hacia el carruaje que le esperaba en la entrada, los pasos de Farran eran fluidos, calculados; todo su cuerpo emanaba un poder apenas contenido. Incluso desde el otro lado de la calle, Celaena vio cómo brillaban sus ojos oscuros. Su

pálido rostro estaba congelado en una sonrisa que hizo que un escalofrío bajara por su columna.

Celaena sabía bien que los cuerpos que Farran había ido dejando tras de sí no habían quedado de una pieza. En algún momento de los años que había pasado transformándose de huérfano en lugarteniente, Farran había desarrollado un gusto por la tortura sádica. Eso le había valido su lugar al lado de Jayne y había evitado que sus rivales le desafiaran.

Farran se metió en el carruaje con un movimiento tan sutil que su ropa de exquisita fabricación apenas se descolocó. El vehículo echó a rodar por la entrada y giró en dirección a la calle. Celaena levantó la vista justo cuando pasaba despacio por su lado.

Se encontró a Farran mirando por la ventana...; mirándola directamente a ella.

Sam fingió no darse cuenta. Celaena mantuvo una expresión completamente neutra: el desinterés de una dama bien educada que no tenía ni idea de que la persona que la observaba como un gato observa a un ratón era en realidad uno de los hombres más retorcidos del imperio.

Farran le dedicó una sonrisa. Pero no había nada humano en ella.

Esa era la razón de que su cliente les hubiese ofrecido una cifra estratosférica por la muerte de Farran y Jayne.

Celaena movió la cabeza arriba y abajo en recatada respuesta a su atención, y la sonrisa de Farran se amplió antes de que el carruaje continuara su camino y fuese engullido por el flujo del tráfico de la ciudad.

Sam soltó el aire que había estado conteniendo.

—Me alegro de que vayamos a acabar con él primero.

Una oscura y perversa parte de ella deseó lo contrario..., deseó poder ver cómo desaparecía esa sonrisa felina cuando Farran descubriera que Celaena Sardothien había matado a Jayne. Pero Sam tenía razón. Celaena no dormiría ni un segundo si acabaran primero con Jayne, sabiendo que Farran emplearía todos sus recursos para darles caza.

Dieron un largo y lento rodeo por las calles de alrededor de la casa de Jayne.

—Sería más fácil coger a Farran de camino a alguna parte —

caviló Celaena, muy consciente de la cantidad de ojos que los vigilaban en esas calles—. La casa está demasiado bien vigilada.

—Creo que me harán falta dos días para planearlo todo —dijo Sam.

—¿Que *tú* necesitarás?

—Pensé que tú querrías la gloria de acabar con Jayne. Así que yo despacharé a Farran.

—¿Por qué no trabajamos juntos?

A Sam se le borró la sonrisa de la cara.

—Porque quiero que te mantengas fuera de todo esto durante el mayor tiempo posible.

—Que estemos juntos no significa que me haya convertido en una tonta debilucha.

—No estoy diciendo eso, pero ¿puedes culparme por querer mantener a la chica a la que quiero lejos de alguien como Farran? Y, antes de que empieces a soltar la retahíla de tus logros, deja que te diga que sé a cuánta gente has matado y los has de los que has escapado. Pero a este cliente lo he encontrado yo, así que lo haremos a mi manera.

Sino hubiese habido todavía ojos por todas partes, Celaena tal vez le habría pegado.

—¿Cómo te atreves a...?

—Farran es un monstruo —la interrumpió Sam, sin mirarla—. Tu misma lo dijiste. Y, si algo va mal, el último sitio donde quiero que estés es en sus manos.

—Estaríamos más seguros si trabajásemos juntos.

La mandíbula de Sam se tensó.

—No necesito que cuides de mí, Celaena.

—¿Esto es por lo del dinero? ¿Porque yo estoy pagando las cosas?

—Es porque soy responsable de este encargo, y porque no siempre vas a ser tú quien ponga las reglas.

—Al menos, déjame hacer algo de vigilancia aérea por ti —insistió. Podía dejar que Sam se ocupara de Farran, no tenía ningún problema con ser secundaria en aquella misión. ¿No acababa de aceptar que algún día podría renunciar a ser la asesina de Adarlan? Sam podía quedarse con el protagonismo.

—Nada de vigilancia aérea —dijo Sam cortante—. Estarás al

otro lado de la ciudad, lejos de esto.

—Sabes lo ridículo que es eso, ¿verdad

—He recibido el mismo entrenamiento que tú, Celaena.

Ella podría haber insistido, haber seguido discutiendo hasta que cediera, pero captó el destello de amargura en los ojos de Sam. No había visto esa amargura en meses, desde Bahía de la Calavera, cuando eran casi enemigos. Sam siempre se había visto obligado a observar mientras la gloria la cubría a ella, y siempre le habían asignado las misiones que Celaena no se dignaba a aceptar. Lo cual era absurdo, en realidad, dado el talento que tenía.

Si es que matar podía considerarse un talento. Y, aunque a ella le encantaba presumir y llamarse la asesina de Adarlan, con Sam ese tipo de arrogancia a veces le parecía una crueldad.

Así que, aunque le costó un esfuerzo supremo decirlo, y aunque aceptar iba en contra de todo su entrenamiento, Celaena le dio un empujoncito con un hombro y le dijo:

—Muy bien. Tú te encargas de Farran por tu cuenta. Pero yo despacho a Jayne. Y eso lo haremos a *mi manera*.

Celaena tenía su clase de baile semanal con madame Florine, que también formaba a los bailarines del Teatro Real, así que dejó a Sam haciendo sus últimas exploraciones para dirigirse al estudio privado de la anciana.

Cuatro horas más tarde, sudorosa, dolorida y exhausta, Celaena volvió a cruzar la ciudad de vuelta a casa. Conocía a la severa madame Florine desde niña: enseñaba a todos los asesinos de Arobynn los bailes que estuvieran en boga. Sin embargo, a Celaena le gustaba dar clases adicionales por la flexibilidad y la gracia que los bailes clásicos le aportaban. Siempre había sospechado que la seca instructora apenas la toleraba, pero, para su sorpresa, madame Florine se había negado a aceptar sus pagos ahora que había dejado a Arobynn.

Tendría que encontrar a otra profesora de baile cuando se mudaran.

Es más, tendría que encontrar un estudio con un músico que dominara el pianoforte.

Y la ciudad también tendría que tener una biblioteca. Una biblioteca enorme y maravillosa. O una librería con un propietario

entendido que pudiera asegurarse de que su sed de lectura siempre fuese saciada.

Y un buen sastre. Y un perfumista. Y un joyero. Y una tienda de dulces.

Le pesaban los pies mientras subía las enclenques escaleras de madera hasta su apartamento encima de la nave. Era culpa de su clase de baile. Madame Florine era una instructora brutal que no aceptaba muñecas flácidas ni posturas chapuceras ni nada excepto lo mejor que pudiera darle Celaena. Eso sí, siempre hacia la vista gorda los últimos veinte minutos de su clase, cuando le permitía decirle al alumno que estaba al pianoforte que tocara su música preferida para abandonarse a ella y bailar con desenfreno. Y, ahora que Celaena no tenía un pianoforte propio en el apartamento, madame Florine incluso la dejaba quedarse un rato a practicar después de la clase.

Celaena se encontró en el rellano superior de las escaleras. Miró la puerta de un tono verde plateado.

Podía dejar Rifthold. Si eso significaba librarse de Arobynn, podía dejar atrás todas esas cosas que tanto le gustaban. Otras ciudades del continente tenían bibliotecas y librerías y sastres estupendos. Quizás no tan maravillosos como los de Rifthold, y quizás el centro urbano no latiría el mismo ritmo familiar que adoraba, pero..., por Sam, podía marcharse.

Con un suspiro, Celaena giró la cerradura de la puerta y entró en el apartamento.

Arobynn Hamel estaba sentado en el sofá.

—Hola, querida —la saludó. Y sonrió.

CAPÍTULO 4

Sola en la cocina, Celaena se sirvió una taza de té, haciendo un esfuerzo por que no le temblaran las manos. Lo más probable era que Arobynn hubiese obtenido la dirección de los sirvientes que los habían ayudado a trasladar sus cosas. Pero encontrarle allí, saber que se había colado en su casa... ¿Cuánto tiempo llevaría allí sentado? ¿Habría hurgado entre sus cosas?

Sirvió otra taza de té para Arobynn y, con las tazas y los platillos en las manos, volvió al salón. Arobynn tenía las piernas cruzadas y un brazo estirado por el respaldo del sofá; parecía haberse puesto cómodo sin problemas.

Celaena no dijo nada mientras le entregaba la taza y se sentaba en una butaca. La chimenea estaba oscura, y el día había sido lo bastante cálido para que Sam dejara abierta una de las ventanas. Una brisa salada procedente del Avery fluía por el apartamento, removiendo las cortinas de terciopelo carmesí y jugueteando con su pelo. Ese olor también lo echaría de menos.

Arobynn bebió un sorbo y miró dentro de su taza para echar un

vistazo al líquido ámbar de su interior.

—¿A quién tengo que agradecerle el sabor impecable de este té?

—A mí, pero eso ya lo sabes.

—Mmm. —Arobynn bebió otro trago—. ¿Sabes? Sí que lo sabía. —La luz de la tarde se reflejó en sus ojos grises y los convirtió en mercurio—. Lo que no sé es por qué Sam y tú creéis que es buena idea despachar a Ioan Jayne y Rourke Farran.

Pues claro que lo sabía.

—No es asunto tuyo. Nuestro cliente quería operar fuera del Gremio y, ahora que he transferido el dinero a tu cuenta, Sam y yo ya no formamos parte de él.

—Ioan Jayne —repitió Arobynn, como si de algún modo Celaena no supiera quién era—. *Ioan Jayne.* ¿Estáis locos?

Ella apretó la mandíbula.

—No sé por qué debería confiar en tus consejos.

—Ni siquiera yo iría contra Jayne. —Los ojos de Arobynn echaban chispas—. Y lo digo como alguien que ha pasado años pensando en formas de meter a ese hombre en una tumba.

—No voy a jugar a otro de tus jueguecitos mentales. —Celaena dejó la taza en la mesa y se levantó—. Sal de mi casa.

Arobynn se limitó a mirarla como si fuese una niña con una pataleta.

—Jayne es el indiscutible señor del crimen en Rifthold por algo. Y Farran es su maldito lugarteniente también por algo. Puede que seas excelente, Celaena, pero no eres invencible.

Celaena cruzó los brazos.

—A lo mejor estás intentando disuadirme porque sabes que, cuando le mate, de verdad te habré superado. Y eso te preocupa.

Arobynn se levantó de un salto y la miró desde lo alto.

—Si estoy intentando disuadirte, estúpida chica ingrata, es porque Jayne y Farran son *letales*. Aunque un cliente me ofreciera el castillo de cristal mismo, ¡jamás se me ocurriría aceptar una oferta así!

Celaena sintió que se le abrían las aletas de la nariz.

—Después de todo lo que has hecho, ¿cómo puedes esperar que crea una sola palabra que salga por tu boca? —Su mano empezó a deslizarse hacia la daga que llevaba a la cintura. Arobynn no apartó los ojos de su cara, pero era consciente de ello, conocía cada

movimiento que hacían sus manos y no necesitaba mirarlas para saber dónde estaban—. Sal de mi casa —gruñó Celaena.

Arobynn le dedicó una media sonrisa y miró a su alrededor por el apartamento con una atención deliberada.

—Dime algo, Celaena: ¿confías en Sam?

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

Arobynn metió las manos en los bolsillos de su túnica gris, desenfadado.

—¿Le has contado la verdad sobre tu origen? Me da la sensación de que es algo que le gustaría saber. Quizás antes de que te dedique su vida entera.

Celaena se concentró en mantener una respiración calmada y señaló otra vez hacia la puerta.

—*Fuera.*

Arobynn se encogió de hombros y agitó una mano en el aire como para desestimar las preguntas que había hecho. Luego fue hacia la puerta delantera. Celaena observó todos sus movimientos, registró cada paso y cada cambio de sus hombros, se fijó en las cosas que miraba. Arobynn estiró la mano hacia el pomo de latón, pero luego se giró hacia ella. Sus ojos, esos ojos plateados que seguramente la atormentarían el resto de su vida, estaban brillantes.

—A pesar de todo lo que haya podido hacer, Celaena, te quiero de verdad.

La palabra la golpeó como una piedra en la cabeza. Arobynn jamás le había dicho esa palabra. Ni una sola vez.

Se hizo un pesado silencio entre ellos. El cuello de Arobynn se movió arriba y abajo cuando tragó saliva.

—Hago las cosas que hago porque tengo miedo... y porque no sé expresar lo que siento. —Lo dijo tan bajito que Celaena apenas le oyó—. Hice todas esas cosas porque estaba enfadado contigo por elegir a Sam.

¿Era el rey de los asesinos o el padre el que hablaba, o el amante que nunca se había manifestado?

La máscara tan cuidadosamente cultivada por Arobynn cayó, y la herida que ella le había infligido titiló en esos ojos magníficos.

—Quédate conmigo —susurró—. Quédate en Rifthold.

Celaena tragó saliva, y le costó un mundo hacerlo.

—Me voy.

—No —dijo él con voz queda—. No te vayas.

«No».

Eso era lo que Celaena le había dicho la noche en que le había pegado aquella paliza, en el momento anterior a que la golpeara, cuando estaba convencida de que era a Sam al que iba a hacer daño. Y después le había dado tal paliza que la había dejado inconsciente. Luego le había dado otra similar a Sam.

«No lo hagas».

Eso era lo que le había dicho Ansel en el desierto, cuando Celaena había apretado la espada contra la parte de atrás de su cuello, cuando la agonía de la traición de Ansel casi había bastado para que Celaena quisiera matar a la chica a la que había considerado su amiga. Sin embargo, aquella traición todavía palidecía en comparación con lo que le había hecho Arobynn cuando la había engañado para que matara a Doneval, un hombre que podría haber liberado a innumerables esclavos.

Arobynn estaba usando esas palabras como cadenas para atarla a él. Había tenido tantas oportunidades a lo largo de los años para decirle que la quería..., sabía cuánto había ansiado ella oírlas. Pero no las había dicho hasta que había necesitado utilizarlas como armas. Y ahora que Celaena tenía a Sam... Sam, que decía esas palabras sin esperar nada a cambio. Sam, que la quería por razones que ella jamás comprendería...

Celaena ladeó la cabeza, y esa fue la única advertencia que le dio de que aún estaba lista para atacarle.

—Sal de mi casa.

Arobynn se limitó a asentir despacio y se marchó.

El Cisne Negro estaba lleno hasta la bandera, como la mayoría de las noches. Sentada con Sam en una mesa del centro de la ajetreada taberna, Celaena no tenía demasiadas ganas de comerse el estofado de carne que tenía delante. Tampoco tenía ganas de hablar, aunque Sam le había contado todo lo que había averiguado sobre Farran y Jayne. Celaena, por su parte, no le había mencionado la visita sorpresa de Arobynn.

Cerca de ellos había varias jóvenes que se reían como niñas comentando cómo el príncipe heredero se había ido de vacaciones a la costa de Suria y cómo ellas desearían poder unirse a él y sus

elegantes amigos, etcétera, etcétera, hasta que Celaena se planteó tirarles la cuchara que tenía en la mano.

Pero el Cisne Negro no era una taberna violenta. Sus clientes acudían a disfrutar de la buena comida, la buena música y la buena compañía. No había reyertas ni negocios turbios, y mucho menos prostitutas pululando por allí. Tal vez fuera eso lo que los llevaba, a Sam y a ella, a cenar allí la mayoría de las noches. Parecía *normal*.

Era otro sitio que echaría de menos.

Cuando llegaron a casa después de la cena, fue extraño, pero el apartamento ya no le parecía del todo suyo ahora que Arobynn se había colado en él. Celaena fue directa al dormitorio y encendió unas cuantas velas. Estaba deseando que el día se acabara. Deseaba despachar a Jayne y a Farran y después marcharse. Sam apareció en el umbral de la puerta.

—Nunca te había visto tan callada —dijo.

Celaena se miró en el espejo del tocador. La cicatriz de su pelea con Ansel se había borrado de su mejilla, y la de su cuello estaba en camino de desaparecer también.

—Estoy cansada —se justificó. No era mentira. Empezó a desabrocharse la túnica, aunque sentía las manos muy torpes. ¿Por eso la había visitado Arobynn? ¿Porque sabía que tendría ese impacto en ella? Se enderezó. Odió tanto ese pensamiento que le entraron ganas de romper el espejo que tenía delante.

—¿Ha pasado algo? —Celaena llegó al último botón de la túnica, pero no se la quitó. Se giró hacia Sam y le miró de arriba abajo. ¿Podría alguna vez contárselo todo?—. Háblame —suplicó Sam. Sus ojos marrones solo mostraban preocupación. Ninguna intención retorcida, ningún jueguecito mental...

—Cuéntame tu mayor secreto —dijo ella con voz suave.

Sam entornó los ojos, pero se apartó del umbral de la puerta y tomó asiento en el borde de la cama. Se pasó una mano por el pelo, lo cual hizo que varios mechones se le quedaran de punta. No habló hasta pasado un rato.

—El único secreto que he guardado toda la vida es que te quiero. —Le regaló una leve sonrisa—. Era la única cosa que pensé que me llevaría a la tumba, que nunca diría en voz alta. —Sus ojos estaban tan llenos de luz que a Celaena casi se le paró el corazón.

Fue hacia él, apoyó una mano en su mejilla y enterró la otra en

su pelo. Sam giró la cabeza para besarle la palma, como si la sangre fantasma que impregnaba sus manos no le importara lo más mínimo. Los ojos de Sam volvieron a encontrar lo suyos.

—Bueno, ¿cuál es el tuyo?

La habitación parecía demasiado pequeña; el aire, demasiado denso. Celaena cerró los ojos. Le costó un minuto y más valor del que creía, pero la respuesta por fin llegó. Siempre había estado allí, susurrándole mientras dormía, detrás de cada respiración, como un peso oscuro del que jamás podría escapar

—Muy en el fondo —dijo—, soy una cobarde. —Sam arqueó las cejas—. Soy una cobarde —repitió—. Y tengo miedo. Tengo miedo todo el tiempo. Siempre.

Sam retiró la mano de Celaena de su mejilla para besar las puntas de sus dedos.

—Yo también tengo miedo a veces —murmuró contra su piel—. ¿Quieres oír algo ridículo? Siempre que estoy muerto de miedo, me digo: «Me llamo Sam Cortland... y no tendré miedo». Llevo años haciéndolo.

Ahora fue Celaena quien arqueó las cejas.

—¿Y de verdad funciona?

Sam se rio sobre sus dedos.

—A veces, sí; a veces, no. Pero suele hacerme sentir mejor hasta cierto punto. O reírme un poco de mí mismo.

Ese no era el tipo de miedo del que Celaena había estado hablando, pero...

—Me gusta —declaró.

Sam entrelazó los dedos con los suyos y tiró de ella para sentarla en su regazo.

—A mí me gustas tú —murmuró, y Celaena dejó que la besara hasta olvidar una vez más esa oscura carga que siempre la atormentaría.

CAPÍTULO 5

Rourke Farran era un hombre muy muy ocupado. Al día siguiente, antes del amanecer, Celaena y Sam esperaban a una manzana de la casa de Jayne. Los dos llevaban ropa discreta, y sus capas tenían unas capuchas lo bastante profundas como para ocultar la mayor parte de sus caras sin resultar sospechosas. Farran se puso en marcha antes de que el sol saliera del todo. Siguieron su carruaje por la ciudad y le observaron en cada parada. Era asombroso que tuviese tiempo de dedicarse a sus aficiones sádicas, porque los asuntos de Jayne sin duda ocupaban gran parte de su día.

Iba en el mismo carruaje negro a todas partes; otra prueba de su arrogancia, puesto que le convertía en un objetivo fácil de identificar. A diferencia de Doneval, que iba siempre protegido, Farran parecía moverse sin guardias a propósito, como si desafiara a cualquiera a atreverse a atacarle.

Le siguieron al banco, a los comedores y las tabernas de Jayne, a los burdeles y los puestecillos del mercado negro ocultos en

callejuelas inmundas. Más tarde, al banco otra vez. Hizo varias paradas en casa de Jayne entre medias. Y después sorprendió a Celaena al entrar en una librería, no para amenazar al propietario ni para exigir el pago de ninguna cuota, sino para comprar libros.

Por alguna razón, Celaena odió eso. Sobre todo cuando, a pesar de las protestas de Sam, entró a hurtadillas mientras el librero estaba en la trastienda y echó un vistazo al cuaderno de recibos detrás del mostrador. Farran no había comprado libros sobre torturas ni sobre muerte ni sobre nada malvado. Oh, no. Habían sido novelas de aventuras, novelas que ella misma había leído y disfrutado. La idea de que Farran también las leyera le parecía, de algún modo, un ultraje.

El día siguió adelante y no averiguaron gran cosa aparte de que se desplazaba con gran descaro. Sam no debería tener ningún problema a la hora de despacharlo la siguiente noche.

Cuando el sol estaba adquiriendo sus tonos dorados de última hora de la tarde, Farran se detuvo ante la anodina puerta de hierro que conducía a las Criptas.

Desde el extremo de la calle, Celaena y Sam le observaron mientras fingían quitarse el estiércol de las botas en una fuente pública.

—Qué apropiado que Jayne sea el propietario de las Criptas —comentó Sam entre el sonido del agua cayendo.

Celaena le miró ceñuda; o lo habría hecho, de no haberse interpuesto la capucha en su camino.

—¿Por qué crees que me enfadé tanto porque pelearas allí? Si alguna vez te metes en algún lío con la gente de las Criptas, si alguna vez los cabreas, eres lo bastante importante como para que Farran acuda en persona a castigarte.

—Puedo lidiar con Farran.

Celaena puso los ojos en blanco.

—Sin embargo, no esperaba que viniera de visita. No sé, parece un lugar demasiado sucio incluso para él.

—¿Deberíamos echar un vistazo? —La calle estaba tranquila. Las Criptas cobraban vida de noche, pero durante el día no había nadie en la callejuela, excepto unos cuantos borrachos tambaleantes y la media docena de guardias que estaban siempre apostados en el exterior.

Era un riesgo, supuso Celaena, entrar en las Criptas detrás de Farran, pero..., si Farran realmente rivalizaba con ella en notoriedad, sería interesante echar un vistazo a cómo era de verdad antes de que Sam terminara con su vida a la noche siguiente.

—Vayamos —dijo.

Les enseñaron la plata a los guardias del exterior, luego se la tiraron a los del interior, y estaban dentro. Los matones no hicieron preguntas y no les exigieron dejar sus armas ni quitarse la capucha. La clientela habitual quería disfrutar de los retorcidos entretenimientos de las Criptas con discreción.

Desde la cima de las escaleras, justo al otro lado de la puerta de entrada, Celaena localizó a Farran sentado en una de las mesas de madera melladas y quemadas del centro de la sala. Hablaba con un hombre que reconocieron como Helmson, el maestro de ceremonias durante las peleas. Había unas cuantas personas reunidas para comer en otras mesas, aunque habían dejado un circulo despejado alrededor de Farran. Al fondo de la gran sala, los fosos de pelea estaban oscuros y silenciosos, con unos cuantos esclavos trabajando para retirar la sangre antes de la juerga de la noche siguiente.

Celaena intentó no mirar demasiado tiempo a los grilletes y las posturas derrotadas de los esclavos. Era imposible distinguir de dónde provenían, ni si habían sido prisioneros de guerra o simplemente los habían raptado en sus reinos. Se preguntó si sería mejor acabar como esclavo allí o como prisionero en un campo de trabajos forzados tan brutal como Endovier. Las dos cosas parecían versiones similares del infierno.

Comparadas con la bulliciosa multitud de la otra noche, las Criptas estaban casi desiertas. Incluso las prostitutas de las salas abiertas que flanqueaban las paredes del cavernoso espacio estaban descansando, ahora que podían. Muchas de las chicas dormían amontonadas y enredadas sobre los estrechos catres, apenas ocultas de la vista por las raídas cortinas diseñadas para aportar una ilusión de privacidad.

Celaena quería reducir aquel sitio a cenizas. Y luego hacer que todos supieran que la asesina de Adarlan no pensaba tolerar ese tipo de cosas. Quizás después de que acabaran con Farran y Jayne, haría justo eso. Un último momento de gloria y venganza de Celaena

Sardothien, una última oportunidad para que la recordaran para siempre antes de marcharse.

Sam se mantuvo cerca de ella cuando llegaron al pie de las escaleras y se dirigieron a la barra de debajo, semioculta en las sombras. Detrás de ella, un hombre enclenque fingía limpiar la superficie de madera mientras sus acuosos ojos azules permanecían fijos en Farran.

—Dos cervezas —gruñó Sam. Celaena plantó una moneda de plata en la barra y la atención del barman saltó hacia ellos. Celaena había ofrecido una cantidad exorbitante, pero las delgadas y costrosas manos del hombre hicieron desaparecer la plata en un abrir y cerrar de ojos.

Aún quedaba suficiente gente dentro de las Criptas como para que Celaena y Sam pudiesen pasar inadvertidos. La gran mayoría eran borrachos que nunca salían del recinto y personas que parecían disfrutar de ese tipo de entorno miserable mientras comían. Celaena y Sam fingieron beberse sus cervezas, aunque vertían el alcohol en el suelo cuando no miraba nadie, y observaron a Farran.

Había un cofre cerrado sobre la mesa que estaba junto a la de Farran y el achaparrado maestro de ceremonias. Celaena no tenía ninguna duda de que contenía las ganancias obtenidas en las Criptas la noche anterior. La atención de Farran estaba fija con una intensidad felina en Helmson. Parecía haber olvidado el cofre. Era casi una invitación.

—¿Crees que se enfadaría mucho si le robara ese cofre? —caviló Celaena.

—Ni lo pienses.

Celaena chasqueó la lengua.

—Aguafiestas.

Fuese lo que fuese lo que tenían que discutir Helmson y Farran, terminaron pronto. No obstante, en lugar de volver arriba, Farran fue hacia la colmena donde dormitaban las chicas.

Paseó con ademán acechante por delante de cada rincón y cuartucho de piedra, y las muchachas se enderezaron al instante. A las que dormían las despertaron a toda prisa y, para cuando Farran pasaba frente a ellas, toda señal de sueño había desaparecido. Las miró de arriba abajo, inspeccionó el lugar y le hizo comentarios al

hombre que caminaba justo detrás de él. Helmson asentía, hacía reverencias y ladraba órdenes a las chicas.

Incluso desde el otro lado de la sala, el terror en el rostro de las muchachas era evidente.

Tanto Celaena como Sam tuvieron que hacer un esfuerzo por no ponerse rígidos. Farran cruzó la sala e inspeccionó los cuchitriles del otro lado. Para entonces, las chicas estaban preparadas. Cuando Farran terminó, se giró hacia Helmson y asintió.

El hombre dejó caer los hombros en lo que solo podía ser un gesto de alivio, pero palideció y se buscó otro sitio en el que estar cuando Farran chasqueó los dedos en dirección a uno de los centinelas que montaban guardia junto a una pequeña puerta. La puerta se abrió al instante y otro centinela sacó a rastras a un hombre musculoso y sucio que iba encadenado. El prisionero parecía ya medio muerto, pero en cuanto vio a Farran empezó a suplicar y a forcejear para soltarse del centinela.

Costaba oírle, pero Celaena logró discernir lo suficiente de las frenéticas súplicas del hombre como para hacerse una idea de la situación: era un luchador de las Criptas, le debía a Jayne más dinero del que podría devolverle jamás y había intentado escaquearse de alguna manera.

Aunque el prisionero prometió devolverle el dinero a Jayne con intereses, Farran se limitó a sonreír y dejar que el hombre farfullara, hasta que por fin se detuvo para aspirar una honda bocanada de aire. En ese momento, Farran hizo un gesto con la barbilla hacia una puerta oculta tras una cortina andrajosa, y su sonrisa se ensanchó cuando el centinela arrastró al hombre aún suplicante hacia ella. Al abrirse la puerta, Celaena captó un atisbo de una escalera que descendía a las profundidades.

Sin molestarse en echar un vistazo a los clientes que le observaban con discreción desde sus mesas, Farran condujo al centinela y a su prisionero al interior y cerró la puerta. Lo que estuviese a punto de suceder era la versión de Jayne de la justicia.

Como era de esperar, cinco minutos después, un agudo grito atravesó las Criptas.

Fue un sonido más animal que humano. Celaena había oído gritos como ese antes; había sido testigo de las suficientes torturas en la Fortaleza como para saber que, cuando la gente gritaba así,

significaba que el dolor no había hecho más que empezar. Cuando ese tipo de dolor se aproximaba al final, las víctimas solían haberse destrozado ya las cuerdas vocales, y solo eran capaces de emitir chillidos roncos y entrecortados.

Celaena apretó tanto los dientes que comenzó a dolerle la mandíbula. El barman les hizo un gesto brusco a los trovadores del rincón, que de inmediato empezaron a tocar una canción para tapar el ruido. Los gritos procedentes de debajo del suelo de piedra, sin embargo, todavía se oían. Farran no tenía intención de matar al hombre al instante. No, su placer provenía del dolor en sí.

—Es hora de irnos —dijo Celaena al darse cuenta de lo fuerte que agarraba Sam su jarra.

—No podemos...

—*Sí* podemos —le interrumpió, tajante—. Créeme, a mí también me encantaría irrumpir ahí dentro, pero este lugar está diseñado como una trampa mortal y no tengo ningunas ganas de respirar mi último aliento ni aquí ni ahora. —Sam mantuvo los ojos clavados en la puerta de la escalera—. Cuando llegue el momento —añadió Celaena, poniéndole una mano en el brazo—, te asegurarás de que pague sus deudas.

Sam se volvió hacia ella; su rostro estaba oculto entre las sombras de la capucha, pero Celaena percibió la agresividad en su cuerpo al instante.

—Pagará sus deudas, pagará por todo esto —gruñó Sam. Y fue entonces cuando Celaena se percató de que algunas de las chicas estaban llorando, otras temblaban, y algunas solo miraban a la nada. Sí, Farran ya había hecho alguna visita más y había empleado esa habitación para hacer el trabajo sucio de Jayne, recordándoles a todos los demás que no les interesaba cruzarse en el camino del señor del crimen. ¿Cuántos horrores habrían visto, o al menos oído, esas chicas?

Cuando salieron de las Criptas, aún se oían los gritos del piso inferior.

Celaena habría preferido volver a casa, pero Sam insistió en ir al parque que habían construido al lado de un barrio acomodado a la orilla del río Avery. Después de pasear por los pulcros senderos de gravilla, se dejó caer en un banco frente al agua. Se quitó la

capucha y se frotó la cara con sus anchas manos.

—Nosotros no somos así —susurró entre los dedos.

Celaena se sentó también en el banco de madera. Sabía muy bien a lo que se refería. Era el mismo pensamiento que había resonado en su cabeza mientras caminaban hasta allí. A ellos también les habían enseñado a matar y a mutilar y a torturar. Celaena sabía cómo despellejar a un hombre y mantenerle con vida mientras lo hacía. Sabía cómo mantener a alguien vivo y consciente durante largas horas de tortura. Sabía dónde infligir el mayor dolor posible sin que la persona se desangrase.

Arobynn, además, había sido extremadamente listo al respecto. Había llevado a la gente más despreciable (violadores, homicidas, asesinos solitarios que habían masacrado a inocentes...) y la había obligado a leer toda la información que había recopilado sobre ellos. Le hacía leer todas las atrocidades que habían cometido hasta que estaba tan enfadada que no podía pensar con claridad, hasta que ansiaba hacerlos sufrir. Había pulido su ira hasta convertirla en un arma letal. Y ella le había dejado hacerlo.

Antes de Bahía de la Calavera, Celaena había hecho todo lo que le pedía, y rara vez lo había cuestionado. Siempre había fingido que tenía una especie de código moral; se había mentido y se había escudado en que no disfrutaba haciendo aquello, pero..., aun así, estaba en esa cámara subterránea de la Fortaleza de los Asesinos, y había visto fluir la sangre hacia el desagüe del suelo.

—No *podemos* ser así —insistió Sam.

Celaena le cogió las manos y las apartó de su cara con suavidad.

—No somos como Farran. Sabemos cómo hacerlo, pero no disfrutamos con ello. Esa es la diferencia.

Los ojos marrones de Sam parecían distantes mientras contemplaba la suave corriente del Avery en su camino hacia el mar cercano.

—Cuando Arobynn nos ordenaba que hiciéramos cosas así, nunca decíamos que no.

—No teníamos elección. Pero ahora sí la tenemos. —Una vez que se marcharan de Rifthold, jamás tendrían que volver a hacer una elección como esa. Podrían crear sus propios códigos. Sam la miró con una expresión tan triste, tan atormentada, que Celaena sintió náuseas.

—Pero siempre estaba esa parte. Esa parte que *sí* lo disfrutaba cuando era alguien que de verdad se lo merecía.

—Sí —murmuró ella—. Siempre estaba esa parte. Pero, aun así, Sam, teníamos una línea roja, y no la cruzábamos. Las personas como Farran no tienen líneas rojas.

No eran como Farran. Sam no era como Farran. Celaena lo sabía, en lo más profundo de su ser, lo sabía. Sam nunca sería como Farran. Tampoco sería nunca como ella. A veces se preguntaba si Sam era consciente de lo retorcida que podía llegar a ser.

El chico se apoyó en ella, dejando descansar la cabeza sobre su hombro.

—Cuando muramos, ¿crees que nos castigarán por las cosas que hemos hecho?

Celaena miró hacia la otra orilla del río, donde habían construido una hilera de muelles y casas destartaladas.

—Cuando muramos —dijo—, no creo que los dioses sepan qué hacer con nosotros.

Sam la observó con una pizca de diversión en sus ojos brillantes. Celaena le sonrió y, durante un breve segundo, todo pareció estar bien en el mundo.

La daga rechinó mientras Celaena la afilaba, y la reverberación se extendió por sus manos. Sentado en el suelo a su lado en el espacioso salón, Sam estudiaba un mapa de la ciudad, recorriendo las calles con los dedos. La chimenea delante de ellos lo envolvía todo en sombras parpadeantes, desprendiendo un calor bienvenido en una noche fría.

Habían regresado a las Criptas a tiempo de ver a Farran subirse en su carruaje de nuevo. Pasaron el resto de la tarde siguiéndole: más viajes al banco y a otros establecimientos, más paradas en casa de Jayne. Celaena se había ido dos horas sola con la intención de seguir a Jayne; de echar otro vistazo a su casa y de ver a qué sitios acudía el mafioso. Fueron dos horas sin incidentes dedicadas a encontrar dónde se escondían sus espías en las calles, puesto que Jayne no salió del edificio para nada.

Si Sam planeaba deshacerse de Farran la noche siguiente, habían acordado que el mejor momento para hacerlo sería cuando tomase el carruaje desde la casa hacia cualquier otro sitio en el que tuviese

asuntos que atender, ya fuese para sí mismo o para Jayne. Después de un largo día de hacer recados para Jayne, seguro que Farran estaba agotado y descuidaba sus defensas. No sabría lo que se le venía encima hasta que se estuviera desangrando.

Sam llevaría el traje especial que le había fabricado el maestro inventor de Melisande, que era un armero en sí mismo. Las mangas llevaban espadas ocultas incorporadas, las botas tenían un diseño especial para escalar y, gracias a Celaena, el traje de Sam estaba equipado con un parche impenetrable de seda de araña justo sobre el corazón.

Celaena, por supuesto, tenía su propio traje, aunque lo había usado poco desde que la delegación de Melisande había vuelto a su casa. Si cualquiera de los dos trajes requiriera reparaciones, sería casi imposible encontrar a alguien en Rifthold con la habilidad suficiente para hacerlo. Sin embargo, despachar a Farran era definitivamente una ocasión en la que merecía la pena correr el riesgo. Además de las defensas del traje, Sam iría equipado con los cuchillos y las dagas adicionales que Celaena estaba afilando en esos momentos. Probó un filo contra su mano y esbozó una sonrisa siniestra al sentir el escozor en su piel.

—Lo bastante afilada para cortar el aire —sentenció. La envainó y la dejó en el suelo a su lado.

—Bueno —dijo Sam, sin apartar los ojos del mapa—, esperemos que no necesite acercarme tanto como para tener que usarla.

Si todo salía de acuerdo con el plan, Sam solo tendría que disparar cuatro flechas: dos para inutilizar al cochero y al lacayo, una para Farran... y una más solo para asegurarse de que Farran estaba muerto.

Celaena cogió otra daga y empezó a afilarla también. Hizo un gesto con la barbilla en dirección al mapa.

—¿Rutas de escape?

—Ya tengo una docena planeadas —confirmó Sam, y se las enseñó. Con la casa de Jayne como punto de partida, Sam había elegido múltiples calles, en todas direcciones, desde donde podría disparar sus flechas, y todas llevaban a múltiples rutas de escape que le sacarían de allí lo más deprisa posible.

—Recuérdame otra vez por qué yo no voy. —La daga que ella tenía en las manos emitió un largo gemido.

—Porque estarás aquí. Haciendo las maletas.

—¿Haciendo las maletas? —Dejó de afilar el cuchillo que sostenía en la mano.

Sam se giró otra vez hacia el mapa. Después volvió a hablar, con mucho cuidado.

—He comprado pasajes para nosotros en un barco que parte rumbo al continente sur dentro de cinco días.

—El continente sur.

Sam asintió, todavía concentrado en el mapa.

—Si nos vamos a marchar de Rifthold, entonces nos vamos a marchar también del continente.

—Eso no es lo que acordamos. Decidimos mudarnos a otra ciudad de este continente. ¿Qué pasa si hay otro Gremio de los Asesinos en el continente sur?

—Pues pediremos que nos admitan.

—¡No pienso rebajarme para unirme a un gremio de pacotilla y estar sometida a unos meros aspirantes a asesinos!

Sam levantó la vista.

—¿Esto de verdad tiene que ver con tu orgullo o es por la distancia?

—¡Por las dos cosas! —Estampó la daga y la piedra de afilar contra la alfombra—. Esperaba mudarme a un sitio como Banjali o Bellhaven o Anielle. No a un continente totalmente nuevo, ¡un lugar del que apenas sabemos nada! Eso no era parte del plan.

—Al menos estaríamos fuera del imperio de Adarlan.

—¡Me importa una mierda el imperio!

Sam se echó hacia atrás y se apoyó en las manos.

—¿No puedes simplemente admitir que esto tiene que ver con Arobynn?

—No. No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Porque, si nos vamos al continente sur, entonces él jamás volverá a encontrarnos. Y no creo que tú estés preparada para aceptar eso.

—Mi relación con Arobynn se ha...

—¿Se ha *qué*? ¿Terminado? ¿Por eso no me has dicho que vino de visita ayer? —A Celaena le dio un vuelco el corazón, pero Sam continuó—: Mientras tú seguías a Jayne hoy, se ha acercado a mí en la calle, y parecía sorprendido de que no me hubieses contado nada

acerca de su visita. También me ha dicho que te preguntara lo que había pasado de verdad antes de que él te encontrara medio muerta en la orilla de aquel río cuando éramos niños. —Sam se inclinó hacia delante. Apoyó una mano en el suelo y acercó la cara a la de ella—. ¿Y sabes lo que le he dicho? —Su aliento caliente rozó la boca de Celaena—. Que no me importaba. Pero él ha seguido tratando de picarme, de hacer que dudara de ti. Así que, cuando se ha marchado, he ido directo a los muelles y he buscado el primer barco que pueda sacarnos de este maldito continente. Que pueda llevarnos lejos de él, porque, aunque hayamos salido del Gremio, jamás nos dejará en paz.

Celaena tragó saliva.

—¿Él te ha dicho todo eso? ¿Sobre... mi lugar de origen?

Sam debió de ver algo parecido al miedo en sus ojos, porque de repente sacudió la cabeza y dejó caer los hombros.

—Celaena, cuando estés preparada para contarme la verdad, lo harás. Y, sea lo que sea, cuando llegue ese día me sentiré honrado por que confíes en mí lo suficiente para hacerlo. Pero, hasta entonces, no es asunto mío, y tampoco es asunto de Arobynn. No es asunto de nadie más que tuyo.

Celaena apoyó la frente contra la suya y parte de la tensión del cuerpo de Sam (y del suyo) se diluyó.

—¿Qué pasa si ir al continente sur es una equivocación?

—Entonces iremos a otro sitio. Seguiremos probando hasta que encontremos el lugar en el que estamos destinados a vivir.

Celaena cerró los ojos y respiró hondo para calmarse.

—¿Te reirías si te dijera que tengo miedo?

—No —dijo Sam con voz queda—, nunca.

—A lo mejor debería probar tu truquito. —Volvió a respirar hondo—. Me llamo Celaena Sardothien, y no tendré miedo.

Entonces Sam sí que se rio, y su aliento cosquilleó contra la boca de Celaena.

—Creo que tienes que decirlo con más convicción.

Ella abrió los ojos y le encontró observándola, con una mezcla de orgullo y asombro y un afecto tan patente en el rostro que Celaena pudo ver esa tierra lejana en la que encontrarían un hogar, pudo ver ese futuro que los aguardaba y ese destello de esperanza que prometía una felicidad que jamás se había planteado ni se

había atrevido a anhelar. Y, aunque el continente sur era un cambio drástico en sus planes..., Sam tenía razón. Un nuevo continente para un nuevo principio.

—Te quiero —dijo Sam.

Celaena pasó los brazos a su alrededor y le abrazó con fuerza. Aspiró su aroma.

—Odio hacer maletas —fue su única respuesta.

CAPÍTULO 6

A la noche siguiente, el reloj de la repisa de la chimenea parecía haberse parado a las nueve en punto. Tenía que ser eso, porque era imposible de toda imposibilidad que un minuto pudiese tardar *tanto* en pasar.

Durante las últimas dos horas, Celaena había intentado leer. Lo había intentado y había fracasado. Ni siquiera una novela romántica totalmente pecaminosa había logrado mantener su interés. Tampoco hacer solitarios, ni desenterrar su atlas y leer sobre el continente sur, ni comer todos los dulces que le había escondido a Sam en la cocina. Claro que se suponía que estaba organizando las pertenencias que quería llevarse consigo. Cuando se había quejado a Sam de lo trabajoso que sería, el había llegado a sacar sus baúles vacíos del armario. Y luego había destacado que no pensaba viajar con las docenas de zapatos de Celaena, y que ella podría hacer que se los enviaran una vez que encontraran su futura casa. Después de decir eso, había sido lo bastante sensato como

para irse del apartamento a matar a Farran.

Celaena no sabía por qué estaba dudando tanto en ponerse a hacer las maletas. Esa mañana había contratado a un abogado que le había dicho que tal vez resultara difícil vender el apartamento, pero ella casi se alegraba de hacer el negocio desde la distancia, así que le había respondido que se pondría en contacto con él en cuanto encontrase su nueva casa.

Una nueva casa.

Celaena suspiró al tiempo que la manecilla del reloj se movía. Había pasado un minuto entero.

Claro que, con el horario tan errático de Farran, a lo mejor Sam había tenido que esperar varias horas a que saliera de casa. O quizás ya hubiese hecho el trabajo y tuviese que esconderse durante un rato, solo para asegurarse de que nadie le seguía hasta allí.

Celaena examinó la daga que tenía al lado en el sofá, luego miró por la sala por enésima vez para cerciorarse de que todas las armas ocultas estaban en su sitio.

No iría a buscar a Sam. Él quería hacer aquello solo. Y, además, podía estar en cualquier parte ahora mismo.

Los baúles descansaban al lado de la ventana.

A lo mejor sí que debería empezar a recoger. Una vez que despacharan a Jayne la noche siguiente, tendrían que estar listos para abandonar la ciudad en cuanto ese barco estuviera disponible para embarcar. Porque, aunque sin duda quería que el mundo supiera que Celaena Sardothien era la autora del asesinato, sería conveniente estar muy lejos de Rifthold cuando eso sucediera.

No era que estuviese huyendo.

La manecilla del reloj volvió a moverse. Otro minuto.

Con un gemido, Celaena se puso de pie y se encaminó hacia la estantería encastrada en la pared. Empezó a sacar libros y a apilarlos en el baúl vacío más cercano. Tendría que dejar sus muebles y la mayoría de sus zapatos, pero de ninguna de las maneras iba a mudarse al continente sur sin todos sus libros.

El reloj dio las once y Celaena salió a la calle con el traje que le había hecho el maestro inventor y varias armas más fijas a distintas partes del cuerpo.

Sam debería haber vuelto ya. Y, aunque todavía quedara una

hora para cumplir el tiempo que habían acordado que esperaría para salir en su busca, si de verdad estaba en un lío, Celaena no pensaba quedarse de brazos cruzados ni un minuto...

La idea la hizo echar a correr por las calles, directa a la casa de Jayne.

Los barrios bajos estaban en silencio, pero no más de lo habitual. Unas cuantas prostitutas y huérfanos descalzos y otras personas que luchaban por ganarse unos cuantos cobres la vieron pasar a la carrera, como una sombra. Permaneció atenta por si oía retazos de conversaciones que pudieran sugerir que Farran estaba muerto, pero no captó nada útil.

Cuando se acercó al barrio rico donde estaba la casa de Jayne, aminoró el ritmo, sus pasos casi inaudibles sobre los adoquines. Varias parejas adineradas paseaban por allí, de vuelta del teatro, pero no había señal alguna de agitación... Aunque si habían matado a Farran, seguro que Jayne intentaría mantener el asesinato en secreto durante el mayor tiempo posible.

Celaena dio un gran rodeo por el barrio. Comprobó todos los sitios en los que Sam había planeado estar. No encontró ni una gota de sangre ni una señal de pelea. Se atrevió incluso a pasar por la acera de enfrente de la casa de Jayne. El edificio estaba bien iluminado, casi alegre, y los guardias se encontraban en sus puestos, todos con aspecto aburrido.

Tal vez Sam hubiese descubierto que Farran no iba a salir aquella noche. Era muy probable que Celaena se hubiese cruzado con él mientras volvía al apartamento. No estaría contento de saber que ella había ido a buscarle, pero, bueno, él hubiese hecho lo mismo por ella.

Con un suspiro, Celaena se apresuró a volver a casa.

Capítulo 7

Sam no estaba en el apartamento.

Pero el reloj que había sobre la chimenea marcaba la una de la madrugada.

Celaena se quedó delante de las brasas y miró el reloj con atención.

Se preguntó si estaría leyendo mal la hora.

Pero su tictac siguió sonando con regularidad y, cuando comprobó su reloj de bolsillo, también marcaba la una. Luego la una y dos minutos. Luego y cinco...

Puso más troncos en el fuego y se quitó las espadas y las dagas, pero se dejó el traje puesto. Solo por si acaso.

No tenía ni idea de cuándo había comenzado a caminar de acá para allá delante del fuego. Solo se dio cuenta cuando el reloj dio las dos y se encontró todavía deambulando frente a las llamas.

Sam llegaría en cualquier minuto.

En cualquier minuto.

Celaena se despertó sobresaltada al oír el suave repicar del reloj. De algún modo, había acabado en el sofá. Y, de algún modo, se había dormido.

Las cuatro de la mañana.

Volvería a salir en un momento. Tal vez Sam se hubiese escondido en la Fortaleza de los Asesinos para pasar la noche. No era demasiado probable, pero... quizás fuese el sitio más seguro donde esconderse después de matar a Rourke Farran.

Celaena cerró los ojos.

El amanecer era cegador, y Celaena notaba los ojos arenosos e irritados mientras corría por los suburbios, luego por los barrios adinerados. Escudriñó cada adoquín, cada rincón oscuro, cada tejado en busca de Sam.

Luego bajó al río.

No se atrevía ni a respirar mientras recorría las orillas que bordeaban los barrios bajos. Buscaba cualquier cosa. Un indicio de Farran o... o...

O.

No se permitió terminar ese pensamiento, aunque la invadieron unas náuseas paralizantes mientras escudriñaba las orillas, los muelles, los depósitos del alcantarillado.

Sam la estaría esperando en casa. Y después la regañaría, se reiría de ella y la besaría. Y luego ella se desharía de Jayne, y después zarparían por ese río y saldrían al mar, y entonces se irían lejos.

Sam la estaría esperando en casa.

Estaría en casa.

En casa.

Mediodía.

No podía ser ya mediodía, y sin embargo lo era. Le había dado cuerda al reloj de bolsillo, que no le había fallado ni una sola vez en todos los años desde que lo tenía.

Mientras subía las escaleras a su apartamento, sus pasos eran pesados y ligeros. Pesados y ligeros, la sensación cambiaba a cada latido de su corazón. Solo pasaría en el apartamento el tiempo justo para comprobar si Sam había vuelto.

Un silencio atronador la rodeaba, una ola rompiente que había estado intentando rehuir durante horas. Sabía que en el momento en que el silencio por fin la golpeara, todo cambiaría.

Se encontró en el rellano de la escalera, con los ojos clavados en la puerta.

La puerta que alguien había abierto y había dejado un poco entornada.

Una especie de sonido estrangulado salió por su boca y corrió los últimos metros sin apenas ver nada mientras abría de par en par y entraba en tromba en el apartamento. Le iba a gritar. Y a besar. Y a gritar un poco más. *Mucho* más. ¿Cómo se atrevía a hacerle...?

Arobynn Hamel estaba sentado en su sofá.

Celaena se paró en seco.

El rey de los asesinos se levantó despacio. Celaena vio la expresión en sus ojos y supo lo que iba a decir mucho antes de que abriera la boca.

—Lo siento —susurró.

Y entonces la golpeó el silencio.

CAPÍTULO 8

—Creían que todavía vivía en la Fortaleza —dijo Arobynn, con su horrible tono susurrante—. Le dejaron allí para enviar un mensaje.

Celaena llegó a la repisa de la chimenea y agarró el reloj que descansaba sobre ella.

—Celaena —murmuró Arobynn.

Tiró el reloj hacia el otro lado del salón, tan fuerte que se hizo añicos contra la pared del comedor.

Sus fragmentos aterrizaron sobre la mesa de bufé que se encontraba pegada a la pared; rompieron los platos decorativos expuestos allí y desparramaron el juego de té de plata que había comprado para sí misma.

—Celaena —repitió Arobynn.

Ella se limitó a mirar el reloj destrozado, los platos y el juego de té hechos añicos. Ese silencio no tenía fin. Jamás habría un fin, solo aquel principio.

—Quiero ver el cuerpo. —Las palabras salieron por una boca

que no sabía si le pertenecía ya.

—No —le dijo Arobynn con dulzura. Celaena giró la cabeza hacia él y le enseñó los dientes.

—*Quiero ver el cuerpo.*

Los ojos plateados de Arobynn estaban muy abiertos. Sacudió la cabeza.

—No, no quieres verlo.

Tenía que ponerse en marcha, tenía que empezar a andar hacia cualquier sitio, porque ahora que estaba quieta... Una vez que se sentara...

Fue hacia la puerta. Bajó las escaleras.

Las calles estaban como siempre, el cielo se veía despejado y la brisa salada del Avery aún le revolvía su pelo. Tenía que seguir andando. Quizás... quizás habían enviado el cuerpo equivocado. Quizás Arobynn se había confundido. Quizás estaba mintiendo.

Sabía que Arobynn la estaba siguiendo, que iba unos pasos por detrás de ella mientras caminaba por la ciudad. También sabía que Wesley se había unido a ellos en algún momento, siempre pendiente de Arobynn, siempre vigilante. El silencio seguía entrando y saliendo de sus oídos. A veces, la abandonaba el tiempo suficiente para que oyera el suave relincho de un caballo al pasar, o el grito de un vendedor ambulante, o las risas de unos niños. Otras veces, ninguno de los ruidos de la capital podía atravesarlo.

Había habido un error.

Celaena no miró a los asesinos que montaban guardia ante las verjas de hierro de la Fortaleza, ni al ama de llaves que abrió las gigantescas puertas de doble hoja del edificio, ni a los hombres que rondaban por el grandioso vestíbulo y la miraban con una mezcla de furia y pena en los ojos.

Solo ralentizó el paso lo justo para que Arobynn, seguido de Wesley, la adelantara y fuera en cabeza el resto del camino.

El silencio se retiró y los pensamientos entraron en tromba en su cabeza. Había habido un error. Y, cuando averiguara dónde le tenían retenido, dónde le escondían, no pararía hasta encontrarle. Y entonces los mataría a todos.

Arobynn la condujo abajo por las escaleras de piedra del fondo del vestíbulo, las que llevaban a los sótanos, las mazmorras y las salas secretas debajo del edificio.

El roce de botas sobre la piedra. Arobynn delante de ella. Wesley detrás.

Bajaron y bajaron, y luego recorrieron el pasillo estrecho y oscuro hasta la puerta que estaba frente a la entrada de las mazmorras. Conocía esa puerta. Sabía qué había al otro lado. La morgue donde mantenían a sus miembros hasta que... No, había habido un error.

Arobynn sacó un manojo de llaves y abrió la cerradura, pero se detuvo antes de abrir la puerta.

—Por favor, Celaena. Es mejor que no hagas esto.

Ella le apartó de un codazo y entró en la sala.

La habitación era pequeña y cuadrada y estaba iluminada solo por dos antorchas. Lo bastante brillantes para alumbrar...

Alumbrar...

Cada paso la llevaba más cerca del cuerpo que yacía sobre la mesa. No sabía qué mirar primero.

Los dedos doblados en la dirección equivocada; las quemaduras y los cortes minuciosos y profundos de su piel; la cara, en la que aún veía a Sam, a pesar de todas las cosas que le habían hecho para destruirla hasta dejarla completamente irreconocible.

El mundo osciló bajo sus pies, pero se mantuvo erguida hasta llegar a la mesa. Bajó la vista hacia el cuerpo desnudo y mutilado que ella había...

Ella había...

Farran se había tomado su tiempo. Y, aunque la cara estaba destrozada, no revelaba nada del dolor que debía de haber sentido, de la desesperación.

Aquello era un sueño, o Celaena había ido al infierno después de todo, porque ella no podía existir en un mundo en el que le habían hecho eso a Sam, en el que ella se había pasado la noche paseando de acá para allá como una idiota mientras él sufría, mientras Farran le torturaba, mientras le arrancaba los ojos y...

Celaena vomitó sobre el suelo.

Oyó pasos, y entonces las manos de Arobynn estaban sobre su hombro, en su cintura..., y la apartaban de allí.

Estaba muerto.

Sam estaba muerto.

No le dejaría así, en esa habitación fría y oscura.

Se zafó de Arobynn. Sin decir nada, se quitó la capa y la extendió sobre Sam para tapar los daños que con tanto esmero le habían infligido. Se subió a la mesa y se tumbó a su lado, pasó un brazo por su cintura y le abrazó con fuerza.

El cuerpo todavía olía un poco a él. Y al jabón barato que le obligaba a usar, porque era tan egoísta que no quería compartir su jabón de lavanda con él.

Celaena enterró la cara en su hombro frío y rígido. Había un extraño olor almizclado por todo su cuerpo, un olor que era tan poco propio de Sam que casi vomitó otra vez. Impregnaba su pelo castaño dorado, sus labios rotos y azulados.

No le dejaría solo.

Oyó unos pasos que se dirigían hacia la puerta. Luego el clic de esta al cerrarse cuando Arobynn se marchó.

Celaena cerró los ojos. No le dejaría solo.

No le dejaría solo.

CAPÍTULO 9

Celaena se despertó en una cama que una vez había sido la suya, pero que de algún modo ya no se lo parecía. Faltaba algo en el mundo, algo vital. Salió de las profundidades de su sopor y tardó un rato en percatarse de lo que había cambiado.

Podría haber pensado que se acababa de despertar en su cama de la Fortaleza, que aún era la protegida de Arobynn, que aún era la rival de Sam, que aún estaba contenta de ser la asesina de Adarlan para siempre jamás. Podría haberlo pensado si no se hubiera dado cuenta de que, en ese dormitorio tan familiar, faltaban muchísimas de sus pertenencias más queridas, que ahora estaban en su apartamento en la otra punta de la ciudad.

Sam ya no estaba.

La realidad abrió las fauces y se la tragó entera.

No se movió de la cama.

Sabía que el día avanzaba por cómo cambiaba la luz sobre la pared

del dormitorio. Sabía que el mundo seguía su curso, inalterado por la muerte de un hombre joven, ajeno a que hubiese existido y respirado jamás, a que la hubiese amado. Celaena odiaba al mundo por seguir adelante. Si no salía nunca de esa cama, de ese cuarto, quizás nunca tuviese que seguir adelante con él.

El recuerdo del rostro de Sam ya se estaba difuminando. ¿Sus ojos eran de un marrón dorado o terroso? No podía recordarlo. Y jamás tendría la oportunidad de averiguarlo.

No volvería a ver esa media sonrisa. No volvería a oírle reír, no volvería a oírle pronunciar su nombre como si significara algo especial, algo más que lo que podría significar jamás el título de asesina de Adarlan.

Celaena no quería salir a un mundo en el que él no existiera. Así que contempló la luz moverse y cambiar y dejó que el mundo prosiguiera sin ella.

Había alguien hablando al otro lado de la puerta. Tres hombres de voz grave. El murmullo ronco la sacó de su sueño para descubrir que la habitación estaba oscura, iluminada solo por las luces de la ciudad que brillaban al otro lado delas ventanas.

—Jayne y Farran esperarán que nos venguemos —dijo un hombre. Harding, uno de los asesinos más talentosos de Arobynn y un feroz competidor de Celaena.

—Sus guardias estarán sobre aviso —convino otro. Tern, un asesino mayor que ellos.

—Entonces, hay que ir a por los guardias. Mientras estén distraídos, algunos de nosotros iremos a por Jayne y Farran. —Arobynn. Celaena tenía un recuerdo borroso de alguien subiéndola en brazos (hace horas o años o toda una vida) desde la habitación oscura que olía a muerte y metiéndola en la cama.

Las respuestas susurradas de Tern y Harding y después de eso...

—Atacamos esta noche —gruñó Arobynn—. Farran vive en la casa y, si lo sincronizamos bien, los mataremos a ambos mientras todavía estén en sus camas.

—Llegar al segundo piso no es tan fácil como subir las escaleras y ya está —le contradijo Harding—. Incluso los exteriores están vigilados. Si no podemos entrar por delante, hay una ventana pequeña en la segunda planta a la que podríamos acceder desde el

tejado de la casa de al lado.

—Un salto como ese podría ser fatal —se opuso Tern.

—*Basta* —los interrumpió Arobynn—. Yo decidiré cómo entrar cuando lleguemos. Decidles a los otros que estén preparados para partir en tres horas. Quiero que estemos en camino a medianoche. Y advertidles que mantengan la boca cerrada. Alguien debió de darle un soplo a Farran, puesto que le había tendido una trampa a Sam. Ni siquiera les digáis a vuestros sirvientes a dónde vais.

Unos sonidos guturales para mostrar aquiescencia, luego unos pasos cuando Tern y Harding se alejaron.

Celaena mantuvo los ojos cerrados y la respiración regular cuando oyó que la cerradura se abría. Reconoció el caminar sereno y confiado del rey de los asesinos, que se dirigía hacia su cama. Le olió cuando se detuvo a su lado y la observó. Sintió sus largos dedos acariciar su pelo y luego su mejilla.

Después oyó cómo se alejaba, cómo cerraba la puerta, luego la cerradura. Abrió los ojos. El resplandor de la ciudad le proporcionó la luz suficiente para ver que habían cambiado la cerradura de la puerta después de que ella se hubiera marchado. Ahora solo podía cerrarse por fuera.

Arobynn la había encerrado bajo llave.

¿Para impedir que fuera con ellos? ¿Para impedir que ayudara a castigar a Farran por cada centímetro de piel que había torturado, cada pizca de dolor que Sam había sufrido?

Farran era un maestro de la tortura y había tenido a Sam toda la noche a su merced.

Celaena se sentó. La cabeza le daba vueltas. No recordaba cuándo había comido por última vez. Pero la comida podía esperar. Todo podía esperar.

Porque, dentro de tres horas, Arobynn y sus asesinos saldrían en busca de venganza. Le arrebatarían a ella su derecho a desquitarse, la satisfacción de matar a Farran y a Jayne y a todo el que se interpusiera en su camino. Y no tenía ninguna intención de dejar que hicieran eso.

Fue hasta la puerta y confirmó que estaba cerrada. Arobynn la conocía demasiado bien. Sabía que cuando el manto del dolor se retirara...

Aunque pudiese forzar la cerradura, no tenía ninguna duda de

que habría al menos un asesino montando guardia en el pasillo, al otro lado de la puerta. Lo cual le dejaba la ventana como única opción.

La ventana en sí no estaba cerrada, pero la caída de dos pisos era formidable. Mientras dormía, alguien le había quitado el traje y le había puesto un camisón. Rebuscó por todo el armario por si se topaba con alguna señal del traje, cuyas botas estaban diseñadas para trepar, pero todo lo que encontró fueron dos túnicas negras, unos pantalones a juego y unas botas negras normales y corrientes. Perfecto.

No había armas a la vista, y ella tampoco había traído ninguna. Sin embargo, haber vivido durante años en esa habitación tenía sus ventajas. Se movió con sigilo mientras levantaba los tablones sueltos del suelo, donde hacia mucho tiempo había escondido un juego de cuatro dagas. Envainó dos en su cintura y se guardó las otras dos en las botas. Después encontró las espadas gemelas que camuflaba en el marco de la cama desde que tenía catorce años. Ni las dagas ni las espadas eran lo bastante buenas para llevárselas cuando se había mudado, pero hoy valdrían.

Cuando terminó de asegurar las espadas a su espalda, volvió a trenzarse el pelo y se puso la capa. Luego se tapó la cabeza con la capucha.

Primero mataría a Jayne y luego arrastraría a Farran a un lugar donde podría vengarse a conciencia y tardar todo lo que quisiera en hacerlo. Días, incluso. Cuando esa deuda estuviera saldada, cuando Farran no tuviese más agonía ni más sangre que ofrecer, Celaena entregaría a Sam al abrazo de la tierra y le enviaría al otro mundo con la certeza de que había sido vengado.

Abrió la ventana y estudió el patio delantero. Las piedras empapadas de rocío centelleaban a la luz de las farolas, y los centinelas apostados ante las verjas de hierro parecían concentrados en las calles.

Bien.

Ese asesinato le pertenecía a ella; la venganza era suya. De nadie más.

Un fuego negro se prendió en sus entrañas y se extendió por sus venas mientras se encaramaba al alféizar de la ventana y se deslizaba al exterior.

Sus dedos encontraron agarre sobre las grandes piedras blancas y, con un ojo puesto en los guardias de la lejana verja, bajó por la pared de la casa. Nadie se fijó en ella, nadie miró en su dirección. La Fortaleza estaba en silencio, sumida en la calma previa a la tormenta, que estallaría cuando Arobynn y sus asesinos comenzaran su cacería.

El aterrizaje fue suave, apenas un susurro de sus botas sobre los adoquines resbaladizos. Los guardias estaban tan concentrados en la calle que no se dieron ni cuenta de que saltaba la valla cerca de los establos, en la parte de atrás de la casa.

Deslizarse a hurtadillas alrededor de la Fortaleza fue tan fácil como escapar de su cuarto, y estaba bien oculta entre las sombras de los establos cuando una mano brotó de la nada y la agarró.

La mano la tiró contra la pared del edificio de madera, pero ella ya había desenvainado una daga para cuando el eco del impacto dejó de resonar.

La cara furiosa de Wesley, retorcida de ira, surgió ante ella en la oscuridad.

—¿Dónde demonios crees que vas? —masculló, sin soltar los hombros de Celaena a pesar de que ella tenía la daga contra su cuello.

—Quítate de mi camino —gruñó, y apenas reconoció su propia voz—. Arobynn no puede mantenerme encerrada.

—No estoy hablando de Arobynn. ¡Usa la cabeza y *piensa*, Celaena! —Un rincón de ella, una parte que había desaparecido de algún modo desde que destrozara ese reloj, se percató de que quizás fuera la primera vez que Wesley se dirigía a ella por su nombre.

—Quítate de mi camino —repitió, y apretó un poco más fuerte con el filo de la daga contra el cuello expuesto del matón.

—Sé que quieres vengarte —jadeó él—. Yo también. Por lo que le hizo a Sam. Sé que... —Celaena hizo un gesto brusco con la daga, que obligó a Wesley a retroceder para evitar que le diera un profundo tajo en el cuello—. ¿No lo entiendes? —suplicó, con los ojos brillantes en la oscuridad—. Todo esto no es más que...

Pero el fuego arreció en el interior de Celaena, que giró en redondo, empleando un movimiento que le había enseñado el Maestro Mudo ese verano, y los ojos de Wesley se desenfocaron cuando la joven estampó el mango de la daga contra el lateral de su

cabeza. El hombre cayó como una piedra.

Antes de que terminara de caer, Celaena ya corría hacia la valla. Un momento más tarde, la saltó y desapareció por las calles de la ciudad.

Era un fuego al rojo vivo, era oscuridad, era polvo y sangre y sombra.

Corrió por las calles como alma que lleva el diablo, cada vez más rápido, mientras el fuego atravesaba sus pensamientos y emociones, hasta que solo quedaron su rabia y su presa.

Avanzó por estrechas callejuelas y saltó por encima de muros.

Los mataría a todos.

Más y más deprisa. Esprintó hacia esa casa preciosa en su tranquila calle, hacia los dos hombres que habían destrozado su mundo pedazo a pedazo, hueso a hueso.

Todo lo que tenía que hacer era llegar hasta Jayne y Farran. Todos los demás serían daños colaterales. Arobynn había dicho que los dos estarían en la cama. Eso significaba que tendría que dejar atrás a los guardias de las verjas de entrada, de la puerta principal, del primer piso..., por no mencionar a los guardias que sin duda estarían custodiando los dormitorios.

Sin embargo, había una manera más fácil de superar todas esas defensas. Una manera de entrar que, además, no pondría sobre aviso a Farran y a Jayne si los guardias de delante daban la voz de alarma. Harding había mencionado algo sobre una ventana en el segundo piso por la que podría entrar... Harding era un buen acróbata, pero ella era mejor.

Cuando estuvo a pocas manzanas de distancia, trepó por la pared de una casa hasta llegar al tejado y echó a correr otra vez, lo bastante deprisa como para saltar los huecos entre las viviendas.

Había pasado por delante de la casa de Jayne las veces suficientes en los últimos días como para saber que estaba separada de las de sus vecinos por callejuelas de unos cuatro o cinco metros de anchura.

Celaena saltó otro hueco entre dos tejados.

Ahora que lo pensaba, sabía que había una ventana en el segundo piso que daba a una de esas callejuelas, y le importaba un comino a dónde iba a parar esa ventana. Solo le importaba que le

diera acceso al interior antes de que los guardias de la primera planta se percataran de su presencia.

El tejado esmeralda de Jayne relucía, y Celaena se detuvo derrapando en el de la casa de al lado. Entre ella y el largo salto hasta el otro lado del callejón se interponía una ancha franja del tejado a dos aguas. Si apuntaba bien y corría lo bastante deprisa, podría dar ese salto y colarse por la ventana del segundo piso, que estaba abierta de par en par, aunque habían echado las cortinas, lo cual le impedía ver lo que había en el interior.

A pesar de la bruma de ira que la envolvía, sus años de entrenamiento le hicieron revisar por instinto todos los tejados aledaños. ¿Sería por arrogancia o por estupidez por lo que Jayne no tenía guardias apostados en ellos? Y los que estaban en la calle no levantaron la vista hacia ella ni una sola vez.

Celaena se desabrochó la capa y la dejó caer detrás de ella. Cualquier aumento en la resistencia al aire podría ser fatal, y ella no tenía ninguna intención de morir hasta que Jayne y Farran fuesen cadáveres.

El tejado sobre el que se encontraba estaba a tres pisos de altura y daba a la ventana de la segunda planta, al otro lado del callejón. Calculó la distancia y lo rápido que caería, luego se aseguró de que las espadas que llevaba cruzadas a la espalda estuvieran bien recogidas. La ventana era ancha, pero aun así tenía que evitar que las hojas se engancharan en el marco. Retrocedió todo lo que pudo para coger carrerilla.

En algún sitio de ese piso, dormían Jayne y Farran. Y, en algún sitio de aquella casa, habían destruido a Sam.

Después de matarlos, quizás hiciera pedazos la vivienda piedra a piedra.

Quizás hiciera pedazos la ciudad entera.

Sonrió. Le gustaba la idea.

Después respiró hondo y echó a correr.

El tejado no medía más de quince metros. Quince metros entre ella y el salto que o bien la haría aterrizar al otro lado de esa ventana abierta un piso más abajo, o bien la dejaría hecha papilla en el callejón.

Esprintó hacia el borde, que se acercaba a toda velocidad.

Doce metros.

No había margen de error, no había margen para sentir miedo ni pena ni cualquier cosa que no fuera esa furia cegadora y ese cálculo frío y despiadado.

Nueve metros.

Celaena corrió, recta como una flecha, cada movimiento de sus brazos y piernas la acercaba más al borde.

Seis.

Tres.

El callejón asomó ante sus ojos; el hueco parecía ahora mucho más grande.

Uno y medio.

Pero no le quedaba nada en el mundo para plantearse la posibilidad de detenerse.

Celaena llegó al borde del tejado y saltó.

CAPÍTULO 10

El beso frío del aire nocturno sobre la cara, el centelleo de las calles mojadas bajo el resplandor de las farolas, la pátina de luz de luna sobre las cortinas negras que flotaban al otro lado de la ventana abierta mientras Celaena caía hacia ella trazando un arco fugaz, con las manos ya prestas a desenvainar sus dagas...

Pegó la cabeza al pecho y se preparó para el impacto cuando atravesó las cortinas como un ariete, arrancándolas de cuajo de sus argollas. Cayó al suelo y rodó.

Y fue a parar a una sala llena de gente. En un abrir y cerrar de ojos, se fijó en todos los detalles: una habitación más bien pequeña en la que Jayne, Farran y otros estaban sentados en torno a una mesa cuadrada. Una docena de guardias la miraban, formando un muro de carne y armas entre ella y sus presas.

Las cortinas eran lo bastante gruesas como para haber bloqueado la luz del interior de la habitación, para haberla hecho parecer oscura y vacía. Un truco.

No importaba. Acabaría con ellos de todos modos. Las dos dagas

de sus botas salieron disparadas antes incluso de que se pusiese de pie, y los gritos de los guardias moribundos llevaron una sonrisa malvada a sus labios.

Sus espadas silbaron en sus manos cuando el guardia más cercano se abalanzó sobre ella.

Murió de inmediato, con una espada incrustada entre las costillas, directa al corazón. Cada objeto y cada persona entre ella y Farran eran un obstáculo o un arma, un escudo o una trampa.

Celaena giró en redondo hacia el siguiente guardia y su sonrisa se volvió salvaje cuando atisbó a Jayne y Farran en el otro extremo de la sala, aún sentados detrás de la mesa. Farran le sonreía, con los ojos oscuros brillando con intensidad, pero Jayne se puso en pie, boquiabierto.

Celaena enterró una de sus espadas en el pecho de un guardia para poder echar mano de su tercera daga.

Jayne seguía igual de pasmado cuando esa daga se incrustó hasta la empuñadura en su cuello.

Un caos absoluto. La puerta se abrió de golpe y entró otra oleada de guardias mientras Celaena recuperaba su segunda espada de la cavidad torácica del guardia caído. No podían haber pasado más de diez segundos desde que había entrado de un salto por la ventana. ¿La habían estado esperando?

Dos guardias se lanzaron a por ella y sus espadas volaron por los aires. Las espadas gemelas de la propia Celaena centellearon. La sangre salpicó en todas direcciones.

La habitación no era grande; solo seis metros la separaban de Farran, que permanecía sentado, observándola con expresión de salvaje deleite.

Cayeron tres guardias más.

Alguien le lanzó a Celaena una daga, pero ella la apartó con una de sus espadas y el arma fue a clavarse en la pierna de otro guardia. No fue intencionado, pero fue una suerte.

Derribó a otros dos guardias.

Solo quedaban unos pocos entre ella y la mesa. Y Farran al otro lado. El hombre ni siquiera miró el cuerpo de Jayne, desplomado sobre la mesa.

Seguían entrando guardias en tromba desde el pasillo, pero todos llevaban unas extrañas máscaras negras, máscaras con viseras

transparentes y algún tipo de cubierta de tela por encima de la boca...

Y entonces brotó el humo y la puerta se cerró y, mientras destripaba a otro guardia, Celaena miró a Farran a tiempo de verle ponerse su propia máscara.

Celaena conocía ese humo. Conocía ese olor. Había impregnado el cadáver de Sam. Ese extraño y almizclado...

Alguien selló la ventana e impidió la entrada de aire limpio. Había humo por todas partes, enturbiándolo todo...

Le escocían los ojos, pero dejó caer una espada para extraer esa última daga, la que encontraría su destino final en el cráneo de Farran.

El mundo dio una sacudida.

«No».

No sabía si lo había dicho en voz alta o si solo lo había pensado, pero la palabra resonó por la oscuridad que la devoraba.

Otro guardia enmascarado había llegado hasta ella y Celaena se enderezó a tiempo de atravesarle el costado con una espada. La sangre empapó su mano, pero logró que no se le escapara el arma. Tampoco se le había escapado la daga de la otra mano, que ahora echó hacia atrás para apuntar a la cabeza de Farran.

Pero el humo invadió los poros de su piel, su respiración, sus músculos. Y justo cuando arqueaba el brazo, un escalofrío la recorrió de arriba abajo e hizo que su visión se enturbiara.

Se tambaleó hacia un lado, perdiendo la daga. Un guardia le lanzó una estocada, pero falló y le cortó un par de dedos de la trenza. Su pelo se soltó en una ola dorada mientras ella se escoraba y caía muy muy despacio. Farran todavía le seguía sonriendo...

El puño de un guardia se estrelló contra su estómago y le sacó todo el aire de los pulmones. Celaena retrocedió, y otro puño de granito conectó con su cara. Y luego contra su espalda, sus costillas, su mandíbula. Un golpe tras otro, tan deprisa que el dolor no lograba mantenerles el ritmo. Estaba cayendo tan despacio, inhalando todo ese humo...

La estaban esperando. Esa ventana abierta, tan tentadora, el humo y las máscaras...; todo era parte de un plan. Y ella había caído directa en la trampa.

Todavía estaba cayendo cuando la oscuridad la engulló.

—Que no la toque nadie —dijo una voz fría y plana—. Hay que mantenerla con vida.

Unas manos la agarraron y soltaron las armas de sus dedos antes de sentarla contra la pared. Una oleada de aire fresco entró en la habitación, pero Celaena apenas podía sentirlo sobre su hormigueante rostro.

No sentía nada. No podía moverse. Estaba paralizada.

Consiguió abrir los ojos y se encontró a Farran en cuclillas delante de ella, con esa sonrisa felina todavía dibujada en la cara. El humo se había despejado y su máscara estaba tirada detrás de él.

—Hola, Celaena —la saludó con voz melosa.

Alguien la había traicionado. No Arobynn. No cuando él odiaba tanto a Jayne y a Farran. Si la habían traicionado, había sido uno de esos miserables del Gremio, alguien que se beneficiaría mucho con su muerte. No *podía* ser Arobynn.

La ropa gris oscura de Farran estaba impoluta.

—Llevo varios años esperando conocerte, ¿sabes? —comentó. Su voz sonaba bastante alegre, a pesar de la sangre y los cuerpos—. Para ser sincero —continuó mientras sus ojos devoraban cada centímetro de Celaena de un modo que hizo que a ella se le empezase a revolver el estómago—, estoy decepcionado. Has caído sin dudar en nuestra pequeña trampa. Ni siquiera te has parado a pensar dos veces en ello, ¿verdad? —Farran sonrió—. Nunca subestimes el poder del amor. ¿O es venganza?

Celaena no lograba convencer a sus dedos para que se movieran. Solo parpadear ya era un esfuerzo.

—No te preocupes. El aturdimiento de la gloriella ya se está diluyendo, aunque no serás capaz de moverte demasiado. Debería pasarse el efecto en unas seis horas. Al menos, ese es el tiempo que duró en tu compañero cuando le capturé. Es una herramienta especialmente útil para mantener a la gente inmóvil sin necesidad de esposas. Hace que el proceso sea mucho más... divertido, aunque no podáis gritar tanto.

Por todos los dioses. Gloriella. El mismo veneno que Ansel había utilizado con el Maestro Mudo, pero convertido de algún modo en incienso. Farran debía de haber atrapado a Sam para luego llevarlo allí, drogarlo con el humo y... A ella también la iba a torturar. Celaena era capaz de aguantar torturas, pero, visto lo que le habían

hecho a Sam, se preguntó cuánto tardaría en desmoronarse. Si hubiese tenido el control de su cuerpo en esos momentos, le habría arrancado la garganta a Farran con sus propios dientes.

Su único atisbo de esperanza provenía del hecho de que Arobynn y los otros llegarían pronto, y, aunque uno de los suyos la hubiera traicionado, cuando Arobynn se enterara..., cuando viera lo que fuese que Farran había empezado a hacerle... Mantendría a Farran con vida, aunque fuese solo para que cuando ella se recuperara pudiera sacarle las tripas en persona. Sacarle las tripas y tomarse todo el tiempo del mundo en hacerlo.

Farran le retiró el pelo de los ojos y se lo remetió detrás de las orejas. Esa mano también se la destrozaría. Del mismo modo que él había destrozado metódicamente las manos de Sam. Detrás de Farran, los guardias empezaron a llevarse los cadáveres a rastras. Nadie tocó el cuerpo de Jayne, todavía despanzurrado sobre la mesa.

—¿Sabes? —murmuró Farran—, eres preciosa. —Deslizó un dedo por la mejilla de Celaena, luego por su mandíbula. La ira de la joven se convirtió en un ente vivo que forcejeaba en su interior, pugnaba por una sola oportunidad de liberarse—. Ya veo por qué te ha mantenido Arobynn a su lado como una mascota durante todos estos años. —Su dedo siguió bajando, acarició su cuello—. De todos modos, ¿cuántos años tienes?

Celaena sabía que no esperaba una respuesta. Los ojos de Farran, oscuros y hambrientos, se cruzaron con los suyos.

No estaba dispuesta a suplicar. Si iba a morir como Sam, lo haría con dignidad. Con esa ira aún ardiendo. Y quizás... quizás tuviera la ocasión de acabar con él.

—Casi estoy tentado de quedarme contigo —caviló el hombre. Se pasó el pulgar por la boca—. En lugar de entregarte, quizás te lleve abajo y, si sobrevives... —Sacudió la cabeza—. Pero eso no era parte del trato, ¿verdad?

Las palabras bullían en el interior de Celaena, pero su lengua se negaba a moverse. No podía ni abrir la boca.

—Te mueres por saber cuál era el trato, ¿no es así? Veamos si lo recuerdo bien... Matamos a Sam Cortland —recitó Farran—, tú te vuelves loca y entras aquí, y luego tú matas a Jayne —hizo un gesto con la barbilla hacia el enorme cuerpo sobre la mesa— y yo ocupo

su lugar. —Sus manos paseaban ahora por su cuello, caricias sensuales que prometían una agonía insoportable. A cada segundo que pasaba, parte del entumecimiento se iba disipando, pero Celaena no recuperó ningún control sobre su cuerpo—. Es una pena que necesite echarte la culpa de la muerte de Jayne. Y que entregarte al rey sea algo tan suculento.

El rey. No iba a torturarla ni a matarla, sino a entregarla al rey como soborno para evitar que los ojos reales se volvieran hacia él. Habría podido soportar la tortura, incluso las violaciones que casi podía ver en los ojos de Farran, pero, si caía en manos del rey... Empujó ese pensamiento a un lado y se negó a seguir su camino.

Tenía que salir de allí. Farran debió de ver el pánico reflejado en sus ojos, porque sonrió, y una mano se cerró en torno a su cuello. Unas uñas afiladas se clavaron en su piel.

—No temas, Celaena —le susurró al oído, al tiempo que le clavaba las uñas más profundo—. Si el rey te permite vivir, estaré para siempre en deuda contigo. Después de todo, tú me has entregado mi corona.

Había una palabra en la punta de la lengua de Celaena, pero no lograba pronunciarla por mucho que lo intentaba.

«¿Quién?».

¿Quién la había traicionado de un modo tan despiadado? Podía comprender que la odiaran a ella, pero ¿a Sam? Todo el mundo adoraba a Sam, incluso Wesley.

Wesley. Él había intentado advertirla. «Todo esto no es más que...». Y en ese momento su rostro no había mostrado irritación, sino pena. Pena y una rabia que no iba dirigida a ella, sino a otra persona. ¿Le habría enviado Arobynn a ponerla sobre aviso? Harding, el asesino que había mencionado lo de la ventana, siempre había tenido un ojo puesto en la posición de Celaena como heredera de Arobynn. Y casi le había servido en bandeja los detalles de por dónde entrar en la casa, de cómo entrar... Tenía que ser él. Quizás Wesley lo hubiese deducido justo cuando ella escapaba de la Fortaleza. Porque la alternativa... No, no podía ni pensar en la alternativa.

Farran se echó atrás, le soltó el cuello.

—De verdad que desearía haber tenido la ocasión de jugar un poco contigo, pero juré no hacerte daño. —Ladeó la cabeza, estudió

las heridas que ya había sufrido—. Creo que unas cuantas costillas magulladas y un labio partido son excusables. —Sacó un reloj de bolsillo—. Bueno, son las once, y tú y yo tenemos cosas que hacer.

—Las once. Todavía quedaba una hora para que Arobynn saliese de la Fortaleza. Y, si Harding de verdad había sido el que la había traicionado, entonces era probable que hiciese todo lo posible por retrasarlos aún más. Una vez que la llevaran a las mazmorras reales, ¿qué posibilidades había de que Arobynn lograse sacarla de allí? ¿Cuando se diluyesen los efectos de la gloriella, qué posibilidades había de poder escapar por su cuenta?

Los ojos de Farran seguían fijos en los suyos y centelleaban de alegría. Y entonces, sin previo aviso, su brazo cruzó el aire.

Celaena oyó el sonido de una mano chocando contra la carne antes de sentir el intenso palpitar de su mejilla y su boca. El dolor era tenue. Dio gracias al entumecimiento que todavía se aferraba a ella, y más aún cuando el sabor metálico de la sangre llenó su boca.

Farran se levantó con agilidad.

—Eso ha sido por manchar la alfombra de sangre.

A pesar de tener la cabeza ladeada, Celaena logró lanzarle una mirada asesina, incluso cuando su sangre empezó a resbalar por su cuello. Farran enderezó su túnica gris, luego se agachó para girarle la cabeza hacia delante. La sonrisa volvió a su cara.

—Hubiera sido un auténtico placer romperte —le dijo, antes de marcharse de la habitación. Les hizo un gesto a tres hombres altos y bien vestidos al pasar. No eran unos guardias cualesquiera. Celaena había visto a esos tipos antes. En algún sitio, en algún momento del que no lograba acordarse del todo...

Uno de los hombres se acercó a ella, sonriendo a pesar de toda la sangre que la rodeaba. Celaena captó un atisbo del pomo redondeado de su espada justo antes de que la golpeara en la cabeza.

CAPÍTULO 11

Celaena se despertó con un dolor de cabeza atroz.

Mantuvo los ojos cerrados para dejar que sus sentidos percibieran el entorno antes de anunciarle al mundo que estaba despierta. Estuviese donde estuviese, reinaban el silencio, la humedad y el frío, y apestaba a moho y a desechos.

Antes incluso de abrir los ojos, ya sabía tres cosas.

La primera era que habían pasado al menos seis horas, porque podía mover los dedos de las manos y de los pies, y esos movimientos bastaron para indicarle que le habían quitado todas las armas.

La segunda era que, puesto que habían pasado al menos seis horas y estaba claro que Arobynn y los otros no la habían encontrado, estaba o bien en los calabozos reales del otro lado de la ciudad, o en algún tipo de celda debajo de la casa de Jayne, a la espera de ser trasladada.

La tercera era que Sam seguía muerto, y que incluso su propia ira había sido un peón en una traición tan enrevesada y brutal que

no podía ni empezar a encontrarle sentido.

Sam seguía muerto.

Abrió los ojos y se encontró, en efecto, en un calabozo, tirada sobre un jergón de heno podrido y encadenada a la pared. Sus pies también estaban encadenados al suelo, y ambos juegos de cadenas tenían la longitud justa para que pudiera llegar al mugriento cubo del rincón para hacer sus necesidades.

Esa fue la primera indignidad que se avino a sufrir.

Una vez que se había ocupado de su vejiga, examinó la celda. No había ninguna ventana, ni espacio suficiente entre la puerta de hierro y el marco para que pudiera colarse nada más que un delgado rayo de luz. No oía nada; ni a través de las paredes ni del exterior.

Tenía los labios resecos y notaba la lengua como plomo en la boca. Lo que daría por un trago de agua con el que enjuagar el sabor a sangre que aún perduraba... Además, le dolía el estómago de hambre, y las palpitaciones de su cabeza le alanceaban el cráneo con atroces fogonazos de luz.

La habían traicionado. Habría sido Harding o alguien como él, alguien que se beneficiaría de que desapareciese para siempre, sin esperanza alguna de regresar. Y Arobynn aún no la había rescatado.

Pero Arobynn la encontraría. Tenía que hacerlo.

Puso a prueba las cadenas de sus muñecas y tobillos, examinó los puntos en que estaban ancladas al suelo y a las paredes de piedra, revisó cada eslabón, estudió las cerraduras. Todo ello era sólido. Palpó todas las piedras, les dio golpecitos en busca de partes sueltas o de un bloque entero que pudiese usar como arma. No había nada. Le habían quitado todas las horquillas del pelo, con lo que le habían robado toda posibilidad de forzar las cerraduras. Y los botones de su túnica negra eran demasiado pequeños y delicados para servir de nada.

Tal vez si entrase un guardia lograra hacer que se acercase lo suficiente como para utilizar las cadenas contra él. Para estrangularle o dejarle inconsciente o utilizarlo como rehén el tiempo necesario para que alguien la dejara salir.

Tal vez...

La puerta se abrió con un quejido y la figura de un hombre ocupó el umbral. Tres más se situaron detrás de él.

Sus túnicas eran oscuras y estaban bordadas con hilo de oro. Si les sorprendía verla despierta, no lo demostraron.

Guardias reales.

Eran los calabozos reales, pues.

El guardia de la puerta dejó en el suelo la comida que traía y deslizó la bandeja hacia ella. Agua, pan, un pedazo de queso.

—La cena —dijo sin poner un pie dentro de la celda.

Él y sus compañeros conocían el peligro de acercarse demasiado.

Celaena miró la bandeja de reojo. La cena. ¿Cuánto tiempo llevaba allí abajo? ¿Había pasado casi un día entero y Arobynn todavía no había ido a por ella? Tenía que haberse encontrado con Wesley cerca de los establos, y este le habría dicho lo que había ido a hacer. Arobynn *tenía* que saber dónde estaba.

El guardia la observaba.

—Esta mazmorra es impenetrable —la informó—. Y esas cadenas están hechas de acero adarlaniano.

Celaena se limitó a mirarle. Era de mediana edad: unos cuarenta años, quizás. No llevaba armas. Otra precaución. Por lo general, los guardias reales se alistaban jóvenes y se quedaban en el cuerpo hasta que eran demasiado viejos para blandir una espada. Eso significaba que ese hombre tenía años de intenso entrenamiento a sus espaldas. Estaba demasiado oscuro para ver a los tres que esperaban detrás de él, pero Celaena sabía que no confiarían en cualquiera para vigilarla.

Y, aunque el hombre hubiese dicho esas palabras para intimidarla y convencerla de que se portase bien, también era muy probable que fuesen ciertas. Nadie escapaba de los calabozos reales y nadie podía colarse en ellos.

Si de verdad había pasado un día entero y Arobynn no la había encontrado aún, no iba a conseguir salir por su cuenta. Si el traidor había sido capaz de engañarla a ella, y a Sam, y a Arobynn, entonces seguro que también encontraba una manera de evitar que el rey de los asesinos supiese que estaba allí dentro.

De todos modos, ahora que Sam estaba muerto, tampoco le quedaba nada fuera de esas mazmorras por lo que mereciera la pena luchar. No cuando la asesina de Adarlan se estaba desmoronando por momentos, y su mundo con ella. La chica que se había enfrentado al señor de los piratas y a su isla entera y había

vencido, la chica que había robado una yegua asterión y había cabalgado por el Desierto Rojo, la chica que se había sentado sobre el tejado a contemplar el amanecer sobre el río Avery, la chica que se había sentido viva y llena de posibilidades...; esa chica ya no existía.

No le quedaba nada. Y Arobynn no iba a acudir en su ayuda.

Había fracasado.

Y, peor aún, le había fallado a Sam. Ni siquiera había podido matar al hombre que había terminado con su vida de un modo tan cruel y despiadado.

El guardia se movió un poco sobre sus pies y Celaena se dio cuenta de que le había estado mirando fijamente.

—La comida está limpia. —Eso fue todo lo que dijo antes de dar un paso atrás y cerrar la puerta.

Celaena se bebió el agua y comió todo el pan y el queso que su estómago pudo tolerar. No sabía si la comida en sí estaba insípida o si era solo que su lengua había perdido todo el sentido del gusto. Cada bocado le supo a ceniza.

Cuando terminó, le dio una patada a la bandeja hacia la puerta. No le interesaba utilizarla como arma o como cebo para atraer a uno de los guardias.

Porque no iba a conseguir salir de allí y Sam estaba muerto.

Celaena apoyó la cabeza contra la pared húmeda y helada. Nunca podría asegurarse de que Sam fuese bien enterrado. Le había fallado incluso en eso.

Cuando el silencio atronador fue otra vez en su busca, Celaena se zambulló en él con los brazos abiertos.

A los guardias les gustaba hablar. Sobre competiciones deportivas, sobre mujeres, sobre el movimiento de los ejércitos de Adarlan. Y, más que nada, sobre ella.

A veces, retazos de sus conversaciones se filtraban a través del muro de silencio y captaban su atención durante un instante antes de que Celaena dejara que la quietud la arrastrara de vuelta a su mar interminable.

—El capitán se va a poner furioso por perderse el juicio.

—Le está bien empleado por irse de juerga con el príncipe por la

costa de Suria.

Unas risitas.

—He oído que viene hacia Rifthold a toda velocidad.

—¿De qué le va a servir eso? El juicio de la chica es mañana. Ni siquiera llegará a tiempo de ver su ejecución.

—¿De verdad creéis que es Celaena Sardothien?

—No sé, parece que tiene la edad de mi hija.

—Es mejor no decírselo a nadie. El rey dijo que nos despellejaría vivos si decíamos una sola palabra.

—Es difícil de creer que sea ella. ¿Habéis visto la lista de víctimas? Era interminable.

—¿Creéis que está mal de la cabeza? Se limita a mirarte sin mirarte de verdad, ¿sabéis a lo que me refiero?

—Apuesto a que necesitaban un chivo expiatorio que cargara con la muerte de Jayne. Lo más probable es que apresaran a una chica cualquiera para fingir que había sido ella.

Resoplidos desdeñosos.

—Al rey no le importará lo más mínimo, ¿no es así? Y, si la chica no habla y es inocente, entonces es su maldita culpa.

—Yo no creo que sea Celaena Sardothien de verdad.

—He oído que el juicio y la ejecución serán a puerta cerrada porque el rey no quiere que nadie vea quién es en realidad.

—Qué típico del rey negarle a todo el mundo la oportunidad de ver el espectáculo.

—Me pregunto si la ahorcarán o la decapitarán.

CAPÍTULO 12

El mundo pasaba a fogonazos ante ella. Mazmorras, heno podrido, piedras frías contra su mejilla, guardias de cháchara, pan y queso y agua. Luego entraron unos guardias, con las ballestas apuntando hacia ella y las manos en sus espadas. De algún modo, habían pasado dos días. Le tiraron un trapo y un cubo de agua. Que se aseara para su juicio, le dijeron. Celaena obedeció. Y no forcejeó cuando le pusieron esposas nuevas en las muñecas y grilletes nuevos en los tobillos; grilletes con los que podía caminar. La condujeron por un pasillo oscuro y frío en el que resonaban gemidos lejanos, luego subieron unas escaleras. La luz del sol, cruda y cegadora, asomó por una ventana de barrotes cuando subieron otro tramo de escaleras y salieron por fin a una habitación de piedra y madera pulida.

Notó la silla de madera suave debajo de ella. Todavía le dolía la cabeza, así como las zonas que habían recibido golpes de los hombres de Farran.

La sala era grande, pero había muy pocos muebles en ella. La

habían obligado a sentarse en una silla en el centro, a una distancia segura de la gigantesca mesa del fondo, detrás de la cual se sentaban doce hombres frente a ella.

No le importaba quiénes eran ni cuál era su papel, aunque notaba sus ojos sobre ella. Todos los presentes (los hombres de la mesa y las docenas de guardias) la observaban.

La colgarían o la decapitarían. Se le cerró la garganta.

Luchar no tenía ningún sentido, ahora no.

Se lo merecía. Por más razones de las que podía contar. Jamás debió permitir que Sam la convenciera de ocuparse de Farran él solo. Era culpa suya, todo ello, empezando por el día que llegó a Bahía de la Calavera y decidió que podía luchar por algo.

Se abrió una puerta pequeña al fondo de la estancia y los hombres de la mesa se pusieron en pie.

Unas botas pesadas resonaron con fuerza contra el suelo, los guardias se cuadraron y saludaron...

El rey de Adarlan había entrado en la sala.

Celaena no pensaba mirarle. Que le hiciese lo que quisiese. Pero, si le miraba a los ojos, la poca calma que le quedaba se haría añicos. Era mejor no sentir nada que acobardarse ante él, el asesino despiadado que había destruido gran parte de Erilea. Mejor ir a la tumba embotada y aturdida que suplicando.

Retiraron una silla en el centro de la mesa. Los hombres en torno al rey no se sentaron hasta que lo hizo él.

Luego silencio.

El suelo de madera estaba tan pulido que Celaena podía ver el reflejo de la lámpara de araña de hierro que colgaba muy por encima de su cabeza.

Una risa grave, como un hueso que arañara la roca. Incluso sin mirarle, Celaena podía sentir su enorme masa, la oscuridad que giraba a su alrededor.

—No me había creído los rumores —empezó el rey—, pero parece que los guardias no mentían acerca de tu edad.

Un leve impulso de taparse los oídos, de bloquear esa maldita voz, titiló en el fondo de la mente de Celaena.

—¿Cuántos años tienes?

Celaena no contestó. Sam ya no estaba. Nada que ella pudiera hacer cambiaría eso, por mucho que luchara, por mucho que se

enfureciera.

—¿Rourke Farran te ha puesto las garras encima o solo te estás mostrando testaruda?

Recordó el rostro de Farran, su sonrisa lasciva y cruel mientras ella estaba indefensa delante de él.

—Muy bien, pues —dijo el rey. Se oyó un roce de papeles en el silencio mortal de la sala—. ¿Niegas ser Celaena Sardothien? Si no hablas, tomaré tu silencio por aquiescencia, chica.

Celaena mantuvo la boca cerrada.

—Entonces, léale los cargos, consejero Rensel.

Una garganta masculina carraspeó.

—Celaena Sardothien, se te acusa de las muertes de las siguientes personas... —Y entonces empezó a recitar la larga lista de todas aquellas vidas que había quitado. La historia brutal de una chica ahora desaparecida. Arobynn siempre se había asegurado de que el mundo supiera de sus trabajos. Siempre había hecho correr la voz, por canales secretos, de que otra víctima caía a manos de Celaena Sardothien. Y ahora la mismísima cosa que le había ganado el derecho a llamarse la asesina de Adarlan sería la que sellaría su destino. Cuando terminó de leer, el hombre le preguntó—: ¿Niegas alguno de los cargos?

Celaena respiraba despacio.

—Chica —la increpó el consejero con voz un poco estridente—, tomaremos tu falta de respuesta como una prueba de que no los niegas. ¿Lo entiendes?

Celaena no se molestó en asentir. En cualquier caso, todo había terminado.

—Entonces, dictaré tu sentencia —gruñó el rey.

En ese momento se oyeron murmullos y más crujidos de papeles. Luego una tos. La luz parpadeó sobre el suelo. Los guardias de la sala permanecían centrados en ella, con las armas listas.

De repente, resonaron unos pasos que se dirigían hacia ella desde la mesa, y se oyó el sonido de unas armas que se recolocaban. Celaena reconoció los pasos antes de que el rey llegase siquiera hasta su silla.

—Mírame. —Celaena mantuvo los ojos clavados en las botas del rey—. Mírame. —Ya daba igual, ¿no? Ese hombre había destruido tanto de Erilea, tantas partes de Celaena sin que ella misma lo

supiera...—. *Mírame.*

Celaena levantó la cabeza y miró al rey de Adarlan.

Toda la sangre desapareció de su cara. Esos ojos negros estaban dispuestos a devorar el mundo; los rasgos eran duros y curtidos. Llevaba a un lado la espada cuyo nombre todo el mundo conocía, una túnica elegante y una capa de piel. Sin embargo, no había corona alguna sobre su cabeza.

Celaena tenía que escapar. Tenía que salir de esa habitación, tenía que alejarse de él.

«Escapar».

—¿Tienes alguna última voluntad antes de que anuncie tu sentencia? —preguntó el rey mientras sus ojos seguían derribando todas las defensas que Celaena había aprendido a construir a lo largo de su vida. Todavía podía oler el humo que había sofocado cada centímetro de Terrasen hacía nueve años, todavía olía la carne chisporrotear y los gritos fútiles mientras el rey y sus huestes erradicaban hasta el último rastro de resistencia, hasta el último rastro de magia. Daba igual todo su entrenamiento con Arobynn, los recuerdos de esas últimas semanas mientras Terrasen caía estaban grabados a fuego en su sangre. Así que se limitó a mirar al rey.

Cuando ella no contestó, el rey dio media vuelta y regresó a la mesa.

Celaena tenía que escapar. Para siempre. Un fuego impulsivo y estúpido se encendió en su interior, y la convirtió, solo por un momento, en esa chica otra vez.

—La tengo —dijo, con la voz ronca por la falta de uso.

El rey se detuvo y giró la cabeza hacia ella.

Celaena sonrió. Una sonrisa maliciosa y salvaje.

—Que sea rápido.

Era un desafío, no una súplica. El consejo del rey y los guardias se removieron incómodos, murmurando entre sí.

Los ojos del rey se entornaron un poco, y, cuando le sonrió, fue la cosa más horripilante que había visto en la vida.

—¿Oh? —murmuró, y se giró para mirarla de frente.

Ese fuego estúpido se apagó.

—Si es una muerte fácil lo que deseas, Celaena Sardothien, ten claro que no te la daré. No hasta que hayas sufrido lo suficiente. —De repente, el mundo hacía equilibrios sobre el filo de un cuchillo y

resbalaba, resbalaba, resbalaba—. Yo te condeno a ti, Celaena Sardothien, al equivalente a nueve vidas de trabajos forzados en las minas de sal de Endovier.

A Celaena se le heló la sangre. Los consejeros se miraron los unos a los otros. Era obvio que esa opción no la habían discutido de antemano.

—Se te enviará allí con órdenes de que te mantengan con vida el mayor tiempo posible, para que tengas la oportunidad de disfrutar del tipo especial de agonía que ofrece Endovier.

Endovier.

El rey dio media vuelta.

Endovier.

Hubo un remolino de movimiento, y el rey ordenó que la metieran en el primer carro que partiera de la ciudad. Entonces sintió manos sobre sus brazos y ballestas que apuntaban hacia ella mientras la arrastraban fuera de la sala.

Endovier.

La arrojaron al calabozo, donde permaneció unos minutos, u horas, o un día entero. Luego otros guardias fueron a buscarla y la condujeron escaleras arriba, al sol cegador.

Endovier.

Nuevas esposas y grilletes cerrados a martillazos. El interior oscuro de un carro de la prisión. El chirrido de múltiples cerraduras, el traqueteo de unos caballos que se ponían en marcha, y el sonido de muchos caballos más rodeando el carro.

Por el ventanuco alto en la pared de la puerta, Celaena alcanzaba a ver la capital, las calles que tan bien conocía, la gente que rondaba por allí y lanzaba miradas temerosas al carro de la prisión y a los guardias montados, pero sin pensar en quién podía estar dentro. La cúpula dorada del Teatro Real a lo lejos, el olor salado de una brisa procedente del Avery, los tejados de color verde y la piedra blanca de todos los edificios.

Todo pasaba por su lado muy deprisa.

Pasaron por la Fortaleza de los Asesinos, donde había entrenado y sangrado y perdido tantísimo, el lugar donde yacía el cuerpo de Sam esperando a que ella lo enterrara.

El juego había llegado a su fin y ella había perdido.

Alcanzaron las enormes murallas de alabastro de la ciudad,

cuyas verjas estaban abiertas de par en par con el fin de dar cabida a su gran grupo.

Cuando la sacaron de la capital, Celaena Sardothien se dejó caer en un rincón del carro y no se volvió a levantar.

De pie sobre uno de los muchos tejados esmeralda de Rifthold, Rourke Farran y Arobynn Hamel observaban mientras el carro de la prisión era escoltado fuera de la ciudad. Un viento frío soplaba desde el Avery y les revolvía el pelo.

—Endovier, pues —caviló Farran, sin apartar sus ojos oscuros del carro—. Un giro sorprendente de los acontecimientos. Creía que habías planeado un gran rescate en el patíbulo. —El rey de los asesinos no dijo nada—. Entonces, ¿no vas a ir tras el carro?

—Es obvio que no —contestó Arobynn, mirando de reojo al nuevo señor del crimen de Rifthold. Había sido en ese mismo tejado donde Farran y el rey de los asesinos se habían topado por primera vez el uno con el otro. Farran había ido a espiar a una de las amantes de Jayne, mientras que Arobynn..., bueno, Farran nunca había averiguado por qué Arobynn estaba rondando por los tejados de Rifthold en mitad de la noche.

—Tú y tus hombres podríais liberarla en un abrir y cerrar de ojos —prosiguió Rourke—. Atacar un carro de la prisión es mucho más seguro que lo que tenías planeado antes. Aunque admito que enviarla a Endovier es mucho más interesante para mí.

—Si quisiera tu opinión, Farran, te la habría pedido.

El mafioso le dedicó una sonrisa perezosa.

—Puede que ahora quieras pensarte un poco mejor el tono que usas conmigo.

—Y puede que tú quieras recordar quién te ha conseguido esa corona.

Farran se rio entre dientes y se sumieron en un silencio denso durante un buen rato.

—Si querías que sufriera, deberías haberla dejado a mi cuidado. Me habrían bastado unos minutos para lograr que suplicara que fueras a salvarla. Hubiera sido exquisito.

Arobynn se limitó a negar con la cabeza.

—No sé en qué cloaca creciste, Farran, pero debió de ser un infierno sin igual.

Rourke estudió a su nuevo aliado con los ojos centelleantes.

—No te haces una idea. —Se hizo otro silencio—. ¿Por qué lo has hecho? —preguntó al fin.

La mirada de Arobynn se deslizó de nuevo hacia el carro, ya no más que un puntito sobre las ondulantes colinas que se alzaban por encima de Rifthold.

—Porque no me gusta compartir mis pertenencias.

DESPUÉS

Celaena llevaba ya dos días en el carro, observando cómo la luz cambiaba y danzaba sobre las paredes. Solo se movió del rincón el tiempo justo para hacer sus necesidades o para hurgar en la comida que le tiraban.

Había creído que podía amar a Sam y no pagar el precio. «Todo tiene un precio», le había dicho una vez un comerciante de seda de araña en el Desierto Rojo. Cuánta razón tenía.

El sol brillaba otra vez y llenaba el carro de una luz débil. Tardarían dos semanas en llegar hasta las minas de sal de Endovier. Cada kilómetro los llevaba más y más al norte, hacia temperaturas más bajas.

Cuando dormitaba, alternando entre el sueño y la realidad y a veces sin saber la diferencia, a menudo la despertaba la tiritona que sacudía su cuerpo. Los guardias no le proporcionaron protección alguna contra el frío.

Dos semanas dentro de ese carro oscuro y hediondo, con las sombras y luces de la pared por toda compañía y el silencio

flotando a su alrededor. Dos semanas y, después, Endovier.

Separó la cabeza de la pared.

Su miedo creciente hacía titilar el silencio.

Nadie sobrevivía a Endovier. La mayoría de los prisioneros no vivían ni un mes. Era un campo de exterminio.

Un escalofrío recorrió sus dedos entumecidos. Pegó más las piernas al pecho y apoyó la cabeza sobre ellas.

Las sombras y la luz seguían jugando en la pared.

Unos susurros nerviosos, el crujido de unos pies apresurados sobre la hierba seca, la luz de la luna que se filtraba a través del ventanuco.

Sin saber cómo, Celaena consiguió erguirse, ni cómo llegó hasta la diminuta ventana con barrotes, sintiendo las piernas rígidas, doloridas y temblorosas por la falta de uso.

Los guardias estaban reunidos al borde del claro en el que habían acampado esa noche, con los ojos clavados en la maraña de árboles. Habían entrado en el bosque de Oakwald en algún momento del primer día y ahora no verían más que árboles, árboles, árboles durante las dos semanas de viaje hacia el norte.

La luna iluminaba la neblina que se arremolinaba en el suelo cubierto de hojas y hacía que los árboles proyectaran largas sombras como espectros al acecho.

Y allí, en un bosquecillo de matas espinosas, había un ciervo blanco.

A Celaena se le cortó la respiración. Agarró con fuerza los barrotes del ventanuco mientras la criatura los observaba. Sus enormes cuernos parecían refulgir a la luz de la luna y lo coronaban como espirales de marfil.

—Por todos los dioses —susurró uno de los guardias.

La inmensa cabeza del ciervo se giró un poco, hacia el carro, hacia el ventanuco.

El Señor del Norte.

«Para que la gente de Terrasen siempre sepa cómo encontrar el camino a casa», le había dicho una vez a Ansel mientras estaban tumbadas bajo un manto de estrellas y le enseñaba la constelación del Ciervo. «Para que puedan mirar al cielo y, estén donde estén, sepan que Terrasen siempre está con ellos».

Unas volutas de aire caliente brotaron de los ollares del ciervo y serpentearon por la fría noche.

Celaena inclinó la cabeza, aunque no apartó la mirada de él.

«Para que la gente de Terrasen siempre sepa cómo encontrar el camino a casa...».

Una grieta en el silencio. Se hizo más y más ancha mientras los ojos insondables del ciervo seguían fijos en ella.

Un destello de un mundo largo tiempo destruido, un reino en ruinas. El ciervo no debería estar allí, tan cerca del corazón de Adarlan, ni tan lejos de casa. ¿Cómo había sobrevivido a los cazadores que habían enviado hacía nueve años, cuando el rey había ordenado que mataran a todos los ciervos blancos sagrados de Terrasen?

Y aun así allí estaba, reluciendo como un faro a la luz de la luna.

Allí estaba él.

Lo mismo que ella.

Celaena sintió el calor de las lágrimas antes de percatarse de que estaba llorando.

Después, oyó el inconfundible gemido de unas cuerdas de arco al tensarse.

El ciervo, su Señor del Norte, su faro, no se movió.

—¡Corre! —El grito ronco brotó de su garganta e hizo añicos el silencio.

El ciervo siguió mirándola.

Celaena aporreó las paredes del carro.

—¡Corre, maldita sea!

El ciervo dio media vuelta y salió disparado: un relámpago de luz blanca que serpenteaba entre los árboles.

El tañido de las cuerdas, el silbido de las flechas..., pero ninguna dio en el blanco.

Los guardias maldijeron y el carro se sacudió cuando uno de ellos lo golpeó, frustrado. Celaena retrocedió para alejarse de la ventana. Retrocedió y retrocedió, hasta que se topó con la pared y se desplomó de rodillas.

El silencio había desaparecido. En su ausencia, volvía a sentir la aullante agonía que reverberaba por sus piernas, y el dolor de las lesiones que le habían provocado los hombres de Farran, y el lejano escozor de sus muñecas y tobillos, en carne viva por el roce de las

cadenas. Y sintió el insondable agujero que antes ocupaba Sam.

La estaban llevando a Endovier. Iba a ser una esclava en las minas de sal de Endovier.

Un miedo frío y voraz se apoderó de ella.

COMIENZO

Celaena Sardothien supo que se acercaban a las minas de sal cuando, dos semanas después, los árboles de Oakwald dieron paso a unas tierras grises y yermas, y unas montañas escarpadas se recortaron contra el cielo. Llevaba tumbada en el suelo desde el amanecer y ya había vomitado una vez. Y ahora no lograba reunir fuerzas suficientes para levantarse.

Sonidos a los lejos: gritos y el tenue chasquido de un látigo.

Endovier.

No estaba preparada.

La luz se volvió más brillante cuando dejaron los árboles atrás. Se alegró de que Sam no estuviera allí para verla en ese estado.

Dejó escapar un sollozo tan violento que tuvo que apretar el puño contra su boca para evitar que la oyeran.

Jamás estaría preparada para aquello, para Endovier y para el mundo sin Sam.

Una brisa llenó el carro y empezó a llevarse los olores de las dos últimas semanas. Su temblor cesó durante unos instantes. Conocía

esa brisa.

Conocía el frío gélido que la acompañaba, sabía que llevaba consigo un olor a pino y nieve, conocía las montañas de donde provenía. Una brisa del norte, una brisa de Terrasen.

Tenía que levantarse.

Pinos y nieve y perezosos veranos dorados... Una ciudad de luz y música a la sombra de las montañas Staghorn. Tenía que ponerse en pie o dejarse vencer antes incluso de entrar en Endovier.

El carro empezó a ralentizar su marcha; las ruedas botaban por el camino irregular. Un látigo chasqueó por allí cerca.

—Me llamo Celaena Sardothien... —le susurró al suelo, pero sus labios temblaban lo suficiente como para cortar sus palabras.

En alguna parte, alguien comenzó a gritar. Por el cambio de luz, Celaena supo que se estaban acercando a lo que tenía que ser un muro inmenso.

—Me llamo Celaena Sardothien... —dijo de nuevo, medio ahogada, con la respiración entrecortada.

La brisa se convirtió en un intenso viento. Celaena cerró los ojos y dejó que arrastrara las cenizas de ese mundo muerto, de esa chica muerta. Y entonces no quedó nada excepto algo nuevo, algo que aún refulgía en rojo tras ser forjado.

Abrió los ojos.

Entraría en Endovier. Entraría en el infierno. Y no se derrumbaría.

Apoyó las palmas de las manos en el suelo y deslizó los pies debajo del cuerpo.

Todavía no había dejado de respirar, y había soportado la muerte de Sam y se había librado de la ejecución del rey. Sobreviviría a esto.

Celaena se puso en pie, se giró hacia la ventana y miró de frente al colosal muro de piedra que se alzaba delante de ella.

Guardaría con sumo cuidado a Sam en su corazón, como una luz brillante a la que recurrir siempre que las cosas se pusieran muy oscuras. Y después recordaría lo que se sentía al ser querida, cuando el mundo albergaba solo posibilidades. Daba igual lo que le hicieran, jamás podrían quitarle eso.

No se derrumbaría.

Y algún día... algún día, aunque le costara hasta el último

aliento, averiguaría quién le había hecho aquello. A ella. A Sam. Celaena se secó las lágrimas cuando el carro se adentró en la sombra del túnel que pasaba por debajo del muro. Látigos y gritos y el entrechocar de unas cadenas. Se puso tensa y empezó a tomar nota mental de todos los detalles que pudo.

Pero cuadró los hombros. Enderezó la columna.

—Soy Celaena Sardothien —susurró—, *y no tendré miedo.*

El carro emergió de debajo del muro y se detuvo.

Celaena levantó la cabeza.

Abrieron la cerradura y la puerta del carro se abrió de par en par. El espacio quedó iluminado por una luz grisácea. Unos guardias alargaron los brazos hacia ella, meras sombras contra el intenso resplandor. Celaena dejó que la agarraran, dejó que la sacaran del carro.

«No tendré miedo».

Celaena Sardothien levantó la barbilla y entró caminando en las minas de sal de Endovier.

AGRADECIMIENTOS

Estas historias han estado flotando por mi mente durante los últimos diez años, pero nunca pensé que fuese a tener la suerte de poder escribirlas. Fue una alegría compartir estas novelas cortas en formato electrónico, pero verlas impresas en un libro físico ha sido un sueño hecho realidad. Así que es con una gratitud inmensa que doy las gracias a las siguientes personas:

Mi marido, Josh, por hacer la cena, traerme café (y té... y chocolate... y cosas para picar), sacar a Annie a pasear, y por el amor incondicional. No podría hacer esto sin ti.

Mis padres, por comprar múltiples copias de cada novela y cuento, por ser mis fans número uno y por todas las aventuras (varias de las cuales inspiraron estas historias).

Mi incomparable agente, Tamar Rydzinski, que me llamó una tarde con una idea loca que al final se convertiría en estas novelas cortas.

Mi editora, Margaret Miller, que jamás deja de desafiarme a ser mejor escritora.

El equipo entero de Bloomsbury en todo el mundo, por su entusiasmo, su brillantez y su apoyo constantes. Gracias por todo lo que habéis hecho por la saga *Trono de cristal*. Estoy muy orgullosa de poder decir que soy una autora de Bloomsbury.

Escribir un libro no es en absoluto una tarea solitaria y sin las siguientes personas estas novelas no serían lo que son:

Alex Bracken, con la que siempre estaré en deuda por la genial sugerencia con respecto a *La asesina y el inframundo* (y también por todo el resto de sus aportaciones increíbles).

Jane Zhao, cuyo entusiasmo inquebrantable por el mundo de *Trono de cristal* fue una de las cosas a las que más me aferré durante el largo camino hasta la publicación. Kat Zhang, que siempre encuentra tiempo para la crítica a pesar de tener un horario absolutamente frenético. Amie Kaufman, que lloró y se deleitó en todas las partes pertinentes.

Y Susan Dennard, mi maravillosa, sincera y fiera Sooz. Tú me recuerdas que a veces, solo a veces, el universo puede hacer las cosas bien. Da igual lo que pase, siempre estaré agradecida por el día que entraste en mi vida.

Envío también cariño y agradecimientos a mis increíbles amigos Erin Bowman, Dan Krokos, Leigh Bardugo y Biljana Likic.

Y a ti, querido lector: gracias por acompañarme en este viaje. Espero que hayas disfrutado de este vistazo al pasado de Celaena. Y espero que disfrutes de ver a dónde la llevan sus aventuras en *Trono de cristal*.

SARAH J. MAAS es una autora superventas número 1, y su obra, en la que destaca la saga *Trono de cristal*, es todo un fenómeno internacional. Se han vendido millones de ejemplares de sus libros, y estos se publican en treinta y ocho idiomas. Sarah vive en California con su familia.

ÍNDICE

Mapa de Erilea

La asesina y señor de los piratas

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

La asesina y la curandera
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

La asesina y el desierto
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

La asesina y el inframundo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

La asesina y el imperio
Después
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Después
Comienzo

Agradecimientos

Sobre la autora